
Google

HARVARD COLLEGE LIBRARY

SOUTH AMERICAN COLLECTION



THE GIFT OF

ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87

AND

CLARENCE LEONARD HAY, '08

IN REMEMBRANCE OF THE
PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE, DECEMBER
MDCCCCVIII

FROM THE LIBRARY OF LUIS MONTT



FRANCISCO VALDES VERGARA

Historia de Chile

PARA

LAS ESCUELAS PRIMARIAS

VALPARAISO
IMPRENTA DE LA PATRIA
CORONEL URRIOLA, 16

1897

Este compendio de la historia patria se aparta del uso establecido porque no sigue con rigor el órden cronolójico, ni hace mencion de innumerables fechas i nombres propios.

Lo esencial en la enseñanza de la historia es dar a los niños ideas precisas sobre el oríjen i los caractéres peculiares de cada pueblo. En tal concepto, el autor ha procurado esponer con exactitud la condicion social de los indíjenas, las violencias de la conquista, los errores del réjimen colonial i los sacrificios de la independencia o sea los antecedentes necesarios para apreciar el desenvolvimiento posterior de la República de Chile.

Tambien ha cuidado de dar a conocer, en forma biográfica i anecdótica, a los principales servidores del pais, ofreciendo así a la juventud la enseñanza moral que resulta del buen ejemplo de los hombres que se han distin-

guido por su intelijencia, su carácter o sus virtudes.

La HISTORIA JENERAL DE CHILE *por Barros Arana ha sido la fuente de este compendio. Para la época posterior a la independencia el autor ha consultado diversos libros i ha recojido no pocas informaciones verbales.*

Como apéndice se ha preparado, con estrofas escojidas de LA ARAUCANA, *un cuadro de la porfiada lucha de los indíjenas con los conquistadores. Por su estension i sus frecuentes divagaciones el poema de Ercilla es un libro de difícil lectura para los niños; sin embargo, en todos sus cantos hai bellas estrofas que merecen ser enseñadas en las escuelas, porque recuerdan las heróicas hazañas del pueblo americano que resistió a la conquista con esfuerzo mas varonil.*





I

LOS INDÍJENAS

1.—Antiguos habitantes de Chile.

HACE cinco siglos todos los habitantes de Chile eran indios. Entonces no habia en este pais ninguna de las ciudades que hai ahora. Los indios vivian dispersos en los campos con sus mujeres i sus hijos. En ciertos lugares se juntaban tres o mas familias, que vivian cada una en su rancho; pero en ninguna parte estos ranchos alcanzaban a formar una ciudad, ni una aldea.

En los ranchos de los indios no habia muebles, ni comodidad alguna. Hombres, mujeres i niños dormian tendidos en el suelo sin colchon. Su almohada, cuando la usaban, era una piedra o un tronco de árbol; para abrigarse se cubrian con ramas secas; pocos indios tenian un cuero de

huanaco que les protejiese contra el frio en las noches tan heladas del invierno.

En aquella época lejana no habia en Chile vacas, corderos, caballos, ni gallinas. Tampoco habia trigo, maiz, frejoles, ni cebada. Los indios se alimentaban con papas, piñones, avellanas, frutillas i otras frutas silvestres que encontraban en los bosques. Solo comian carne cuando podian cazar en las montañas un leon o cualquiera otro animal salvaje.

Los indios tenian tanta dificultad para procurarse alimentos que siempre andaban con hambre. Muchas veces, obligados por la necesidad, comian sapos, lagartos i otras sabandijas. Tambien, cuando estaban en guerra, mataban a sus enemigos i los devoraban. No se daban el trabajo de asar o cocer la carne: la comian cruda. Esto se esplica porque los indios carecian de las ollas i demas útiles que usan los hombres civilizados para condimentar sus alimentos. Hacian fogatas en el interior de sus ranchos con el objeto de darles luz i calor. Para tener fuego frotaban rápidamente un palo contra un trozo de madera seca. Con este esfuerzo hacian brotar el fuego en algunos minutos i lo propagaban con yerbas secas.

Para depositar sus provisiones i preparar sus comidas usaban vasijas hechas con cortezas de árboles. Como estas vasijas no podian colocarse

sobre el fuego, los indios se valian de un sistema mui curioso para calentar el agua i cocer, por escepcion, alguno de sus alimentos, como el pescado. Llenando esas vasijas con agua i haciendo cerca de ellas un gran fuego, calentaban piedras que echaban despues a la vasija hasta hacer hervir el agua.

Los indios andaban casi siempre desnudos. No sabian fabricar paños, ni jéneros de ninguna especie; tampoco tenian lana ni algodon para fabricarlos. Por consiguiente, no podian hacerse ropas como las que usan los hombres civilizados. Algunos se cubrian parte del cuerpo con las pieles de los animales salvajes que lograban cazar i usaban una manta hecha con cortezas de árboles. Jamas usaban zapatos ni sombreros. Los hombres i las mujeres eran aficionados a adornarse con plumas. Tambien se adornaban con collares, que hacian de piedrecitas de colores, de conchas i caracoles.

Los indios que tenian algun parentesco entre sí formaban una familia. El mas valiente i mas forzudo era el jefe, a quien los españoles dieron el nombre de cacique. Este dirijia a los indios en las guerras que se hacian unas familias contra otras. Cuando habia paz el cacique no podia mandar ni castigar a los indios. Cada uno vivia como le daba la gana sin obedecer a nadie.

En la guerra los indios eran mas feroces que el leon i que el tigre. Mataban a los prisioneros i colgaban sus cabezas en las ramas de los árboles. Les sacaban el corazon i lo pasaban de mano en mano, mordiéndolo cada cual con la rabia mas feroz. Bebian la sangre, como si fuera un agradable licor, i comian sin repugnancia la carne humana. Con los huesos de los brazos i de las piernas hacian flautas para tocar en sus fiestas. A veces, ántes de matar a los prisioneros, les cortaban las manos, los piés, las orejas i las narices o les sacaban los ojos. Estas mutilaciones se hacian con instrumentos de huesos, de conchas o de piedra, porque los indios no sabian fabricar instrumentos de metal. Pero los indios eran tan sufridos que aguantaban estos martirios atroces sin quejarse. Por un esfuerzo poderoso de su voluntad se mostraban insensibles al dolor de su cuerpo maltratado i tenian orgullo en morir como valientes, desafiando hasta la última hora a sus enemigos victoriosos.

2.—Costumbres de los indios.

LOS indios se casaban al mismo tiempo con muchas mujeres. Estas eran vendidas por sus padres i cada hombre tenia tantas cuantas podia comprar. Habia algunos indios que vivian en sus ranchos hasta con veinte mujeres.

Entónces no habia leyes, ni jueces para protejer a las mujeres, ni para castigar a los hombres que cometian crueldades con ellas. Los indios eran dueños de sus esposas porque las habian comprado, como se compran hoi los animales de servicio. Del mismo modo, el padre era dueño de sus hijos i podia venderlos i matarlos. Nadie le castigaba por esto, que entónces no era un delito. Sin embargo, las mujeres servian muchísimo a sus maridos. Ellas eran las que trabajaban, porque los hombres, que no tenian otra ocupacion que la de pelear, vivian en la ociosidad cuando estaban en paz. Hasta en la guerra acompañaban algunas mujeres a sus maridos, llevando sobre sus espaldas los alimentos que ellos necesitaban.

Los niños eran acostumbrados desde la mas tierna edad a vivir como hombres. Apenas nacian, sus madres los bañaban en el rio o el estero que estaba mas cerca del rancho. Los criaban

desnudos i cuando ya podian andar los abandoban para que hiciesen en todo su voluntad. A los cinco o seis años los niños indios sabian manejar la lanza, tirar flechas i hacer otros ejercicios guerreros. Sus padres les enseñaban estos ejercicios para que fuesen robustos i forzudos; tambien los acostumbraban a correr i a nadar, de tal modo que corrian sin fatigarse dias enteros i pasaban los rios a nado llevando sus lanzas en la boca o en una mano.

Desde temprano los muchachos acompañaban a sus padres en sus fiestas i borracheras. Cuando un niño mostraba gusto por la bebida, su padre, en vez de castigarle, le aplaudia; si el niño golpeaba a su madre o a sus hermanos, el padre quedaba mas contento, porque creia que su hijo iba ser bueno para la guerra. Una vez le preguntaron a un indio por un niño que era su pariente, i él contestó: "Ya está grande, ya pelea con su padre i le pega a su madre." El indio decia esto como una gran recomendacion del niño.

Todos los indios, hombres, mujeres i niños, tenian mucha aficion a emborracharse. En Chile no habia uvas para hacer vino o chicha, pero los indios preparaban con frutas silvestres unas bebidas bastante fuertes. Cuando un indio compraba una mujer, cuando enterraba a un muerto,

i cuando tenia un combate, se reunian sus parientes o conocidos para celebrar el acontecimiento con grandes borracheras que duraban muchos dias, hasta que el licor se acababa.

3.—Falta de industria i de comercio.

EL aislamiento en que vivian los indios i las guerras que se hacian unos a otros, eran causa de que su existencia fuese tan miserable.

Hoi dia en Chile cada individuo trabaja en el oficio que mas le gusta i que mejor conoce. El panadero, por ejemplo, no trabaja sino en hacer pan; el zapatero solo hace zapatos; el herrero solo se ocupa en fabricar chapas, llaves, herraduras i otros objetos de fierro. Pero cada individuo vende lo que hace con su trabajo i así tiene dinero para comprar lo que necesita. Esta es la primera ventaja que los hombres obtienen de reunirse para vivir en sociedad i ayudarse los unos a los otros. Todos trabajan i despues cambian entre sí lo que han fabricado, comprando i vendiendo cada uno segun sus necesidades.

En aquel tiempo, como ya se ha dicho, los indios vivian dispersos en los campos. No habia distintos oficios, no habia fábricas de ninguna clase, i tampoco habia comercio. Cada individuo

debia satisfacer sus necesidades sin ayuda de otros; por consiguiente, tenia que privarse de todo lo que no podia conseguir o fabricar por sí mismo. Por este motivo los indios eran mui atrasados i carecian de las comodidades que hoi tienen hasta las personas mas pobres.

Los indios no conocian el fierro ni el cobre. Esto significa que no tenian cuchillos, hachas, ni herramienta alguna para trabajar. Empleaban la piedra, las espinas de pescado, las conchas i los huesos de algunos animales i de algunas aves para fabricar sus armas, sus adornos i los pocos instrumentos que necesitaban en la paz i en la guerra.

4.—Ideas relijiosas.

LOS indios, en su ignorancia, no podian comprender que las lluvias, los truenos, los vientos, eran sucesos naturales i ordinarios en la tierra; ellos creian que alguna persona mui poderosa mandaba esás cosas. Creian tambien que las enfermedades i la muerte eran mandadas por un poder superior a ellos. Pero en realidad no tenian idea de Dios, como la tienen los cristianos. Tampoco tenian idea de que en la vida futura serian premiados los individuos que se hubieran conducido bien en la

tierra i castigado los que se hubieran conducido mal. No podian pensar en esto, puesto que tampoco distinguian claramente lo bueno de lo malo. Por el contrario, para ellos, por falta de educacion, eran buenos muchos actos que a nosotros nos indignan por su maldad, por ejemplo: golpear a su madre i matar a los que no eran sus amigos. Del mismo modo ellos miraban como despreciables muchos de los actos que nosotros consideramos dignos de elojio, por ejemplo: perdonar las ofensas en vez de tomar venganza de ellas, tratar al enemigo con bondad, tener buenas costumbres i no robar.

Los indios pensaban que despues de la muerte cada persona iba a vivir en otras partes, segun su importancia. Creian que los guerreros mas valientes eran trasportados a las nubes i allí seguian peleando en medio de las tempestades. Creian que otros quedaban viviendo cerca de sus casas i que tomaban el cuerpo de un ave, de un insecto o de un animal para acercarse a las personas de su familia.

Enterraban a los muertos en un sitio apartado de los ranchos donde habian vivido. Cerca del cadáver ponian muchos alimentos, con algunos cántaros de licor, i hacian un gran fuego para que el difunto pudiera alimentarse i calentarse en su nueva vida. Sobre la sepultura colocaban,

ademas, si se trataba de una mujer, sus útiles de trabajo, i si se trataba de un hombre, sus armas de combate. Toda esta ceremonia tenia lugar con acompañamiento de cantos que recordaban las acciones del difunto. El entierro terminaba siempre por una borrachera que solia durar varios dias.

Al cabo de un año la sepultura era visitada por los parientes i amigos. Estos renovaban la provision de víveres i de licor, recordaban otra vez las acciones del difunto i le contaban todo lo que habia ocurrido en su casa despues de su muerte, como si él estuviese escuchando. Despues de esta última ceremonia nadie volvia a acercarse a la sepultura; pero el recuerdo del muerto siempre se conservaba entre las personas de su familia. Estaban tan convencidos de que el espíritu de alguno de sus parientes vivia al lado de ellos que tenian la costumbre, al comenzar a beber, de derramar una parte del licor para calmar la sed de esos espíritus.

5.—Los indios del Perú.

EN el Perú habia entonces unos indios mucho mas civilizados que los de Chile. Ellos obedecian con todo respeto a un rei que llamaban Inca i éste los gobernaba con bondad.

Para los indios peruanos la persona del Inca era sagrada. Nadie podia tocarle, ni mirarle de frente; los que tenian permiso para hablarle debian acercarse a él con los pies descalzos i con una pequeña carga a la espalda, en señal de respeto.

El Inca usaba pendientes de oro mui pesados que servian para alargar sus orejas hasta los hombros. Los indios consideraban las orejas alargadas del Inca como un signo de superioridad. Los trajes del Inca eran de pieles o tejidos finos adornados con oro. En su palacio habia mas de ocho mil personas para servirle.

El Inca dictaba leyes que se cumplian severamente. Con este objeto en todos los pueblos habia gobernadores nombrados por él. Los indios peruanos obedecian humildemente al Inca i a sus gobernadores, de modo que no habia entre ellos las continuas guerras que habia entre los indios de Chile. Los súbditos del Inca vivian en completa paz, ocupados en trabajar en los campos i las minas, en cuidar los rebaños de llamas o vicuñas que les daban lana o alimento, en fabricar tejidos para sus trajes, en construir buenas casas, en hacer caminos i otras obras útiles.

El Inca tenia un ejército numeroso para conservar el órden en su reino. A veces se servia

tambien de su ejército para conquistar otros pueblos i agregarlos al Perú. Cuando sucedia esto el Inca trataba al pueblo conquistado con dulzura, procuraba mejorar su condicion i tenerle contento.

Uno de los Incas ordenó a sus soldados que viniesen a Chile a hacerse dueños de este pais. Vinieron, pues, los peruanos con los jefes elejidos por el Inca i llegaron hasta el sitio donde hoi está la ciudad de Quillota. Quisieron seguir adelante; pero los indios chilenos les hicieron la guerra i no les permitieron pasar mas allá. Algunos años mas tarde vino otro ejército peruano i llegó hasta las orillas del Bio-Bio retirándose despues al norte. Para asegurar su conquista el Inca hizo construir un largo camino entre el Perú i Chile atravesando el desierto de Atacama.

Los peruanos trajeron a Chile el maiz i los frejoles. Amansaron el huanaco que solo vivia en las montañas. Enseñaron tambien a los indios chilenos a hacer tejidos con lana de huanaco i a fabricar ollas, cántaros i vasos de barro. Descubrieron minerales de oro en diversas partes del pais i comenzaron a trabajar en ellos. Hicieron acequias para sacar agua de algunos rios i regar los campos que destinaron al cultivo agrícola.

Gracias a la venida de los soldados del Inca los indios del norte de Chile vivieron desde entonces con mas comodidad. Sembrando maiz i frejoles, ya no tuvieron que sufrir hambre en el invierno. Haciendo tejidos con la lana del huanaco, pudieron abrigarse contra el frio. Obligados tambien a obedecer a los soldados del Inca, dejaron de hacerse la guerra i se ocuparon en trabajar en los campos i en las minas.

II

LA CONQUISTA

1.--Llegada de los primeros españoles.

HACIA un siglo que los indios peruanos estaban en el norte de Chile cuando llegaron al Perú algunos soldados españoles que venian de Panamá en busca de oro. Sus jefes eran Francisco Pizarro i Diego de Almagro, soldados valientes i atrevidos que habian peleado en muchas batallas.

Los españoles cometieron en el Perú toda clase de crímenes. Mataron traidoramente al Inca i a miles de indios; robaron todo el oro i la plata que encontraron en el pais; destruyeron las casas i los templos e hicieron muchas otras violencias. Pizarro i Almagro, enriquecidos con el oro i la plata que habian quitado a los indios, dejaron de ser amigos i se disputaron el domi-

nio del pais conquistado. El Rei de España, para poner término a la disputa, ordenó que el Perú se dividiese en dos partes: la del norte, donde estan Lima i Arequipa, le tocó a Pizarro; la del sur, lo que es ahora Bolivia, le tocó a Almagro.

Los indios del Perú habian visto que los españoles no buscaban sino el oro i la plata. Para librarse de ellos les contaron que en Chile habia mucho oro i que con poco trabajo se podian sacar millones. Les contaron tambien que en Chile habia campos cultivados i que se cosechaba maiz en abundancia. Con estas noticias esperaban tentar la codicia de los conquistadores i librarse de ellos haciéndoles pasar a Chile.

En efecto, Diego de Almagro i quinientos soldados españoles resolvieron venir a Chile en busca de riquezas en 1535. El camino era largo i penoso. Pronto vieron los españoles que, para llegar al término de su viaje, necesitaban proveerse de víveres en gran cantidad. Con este objeto persiguieron a los indios del sur del Perú, saquearon sus habitaciones, robaron sus alimentos e hicieron numerosos prisioneros para obligarles a llevar sobre sus espaldas los equipajes i alimentos de la espedicion. Estos infelices, forzados a caminar de dia i de noche, perecieron en su mayor parte víctimas de tantos sufrimientos.

Al cabo de seis meses de viaje por el desierto i por la cordillera de los Andes, Almagro llegó al sitio donde hoi está Copiapó. Apenas le acompañaban la mitad de los españoles que salieron con él del Perú. Los demas habian muerto de hambre, de frio o de fatiga durante el viaje. Se cuenta de un soldado español a quien en el paso de la cordillera "se le pegaron los dedos de los piés a las botas, de tal suerte, que cuando le descalzaron a la noche, le arrancaron los dedos sin que él lo sintiese, ni echase de ver hasta otro dia, que halló sus piés sin dedos."

Los indios de Chile, que tenian noticias de las maldades cometidas por los españoles en el Perú, se escondieron en las montañas al saber que se acercaba Almagro. Este los persiguió, tomó muchos prisioneros, hizo quemar vivos a algunos de estos i continuó su viaje al sur.

Almagro llegó hasta el rio Aconcagua. Allí vivia entre los indios un soldado español de apellido Barrientos. En castigo de una falta Francisco Pizarro le habia hecho cortar las orejas en el Perú. Avergonzado Barrientos de verse sin orejas, se separó del ejército español i quiso ocultarse donde jamas pudieran verle sus compañeros. Barrientos vivia en paz con los indios i deseaba el bien de ellos; por esto, cuando se acercaba Almagro, les aconsejó que

lo recibiesen con amistad para que él no les hiciese daño.

Los indios siguieron el consejo de Barrientos. El cacique salió a recibir a los españoles i ofreció sus servicios a Almagro, quien le hizo algunos regalos. Esta amistad entre los españoles i los indios duró mui pocos dias. Almagro traia como sirviente a un indio peruano, a quien llamaban Felipillo. Este, que era testigo de tantas crueldades cometidas por los españoles, advirtió a los indios que no debian tener confianza en ellos i les dijo que, si querian conservar su libertad, los matasen en la noche mientras dormian.

Los indios no se atrevieron a matar a los españoles; pero, temerosos de recibir malos tratamientos, abandonaron sus ranchos para ocultarse en las montañas. Felipillo tambien tomó la fuga marchando al norte en compañia de algunos indios peruanos, que aun quedaban como prisioneros en el ejército español.

Almagro persiguió a los fujitivos i logró apresar a Felipillo, a quien hizo descuartizar en presencia de los indios que le acompañaban en su fuga. Despues de este suceso, Almagro ordenó a sus soldados que buscasen a los indios chilenos ocultos en los bosques, prometió a estos no hacerles daño i consiguió así que volviesen a sus ranchos.

2.—Retirada de Almagro.

LOS españoles habian venido a Chile buscando oro. En todas partes preguntaban a los indios por las minas i rejistraban los ranchos para ver si encontraban las riquezas tan deseadas. Pero sus esperanzas no fueron satisfechas, porque los habitantes del pais vivian en la mayor miseria.

Al fin comprendió Almagro que habia sido engañado. Tambien vió que sus soldados estaban descontentos porque nada podian sacar de un pais tan miserable. Por estos motivos dió la órden de prepararse para regresar al Perú. Los españoles, ántes de ponerse en viaje, cometieron toda clase de atrocidades contra esos pacíficos indios de Aconcagua que les habian recibido como amigos. Saquearon e incendiaron sus ranchos, les despojaron de sus víveres i les redujeron a esclavitud para servirse tambien de ellos como de animales de carga en su viaje de regreso. De este modo se cumplieron al pié de la letra todas las desgracias anunciadas a los indios por Felipillo.

Amarrados del pescuezo por docenas i cargados con los equipajes de los españoles, marchaban los indios el dia entero, no tomando

descanso ni alimento sino cuando ya les era imposible moverse. Si alguno se fatigaba o detenia el paso, los españoles le hacian andar a palos; si alguno se enfermaba o se moria, le cortaban la cabeza para no darse el trabajo de desatar el lazo con que iban amarrados. Jamas se ha visto entre los hombres una conducta tan injusta i tan cruel como la que observaron los españoles contra estos indios inocentes i sencillos, que creyendo en la verdad de sus promesas, se entregaron a ellos con entera confianza.

3.—Poder militar de los españoles.

LOS españoles eran soldados mui valientes, estaban acostumbrados a pelear en las grandes guerras de Europa, venian a América en busca de riquezas i con la resolucion de esponerse a todos los peligros. Pero los indios de Chile, especialmente los araucanos, tambien eran hombres de gran valor i no tenian miedo de perder la vida peleando contra los estranjeros que injustamente venian a quitarles su libertad i sus tierras.

Si los españoles i los indios hubieran combatido con armas iguales, de seguro que los últimos habrian sido vencedores, porque eran mas numerosos, estaban en su propio pais i defen-

dian lo que era suyo. Solo la gran superioridad de las armas dió el triunfo a los españoles i les permitió dominar en Chile i en toda la América.

Los españoles usaban la pólvora en cañones i fusiles, mui imperfectos comparados con los que se usan hoi, pero mui poderosos respecto de las demas armas conocidas; empleaban grandes espadas con las cuales podian atravesar a un hombre o partirlo de un solo golpe; cubrian su cabeza con un casco de fierro i su cuerpo con una coraza del mismo metal para defenderse de los golpes de los enemigos; tenian caballos adiestrados para la guerra, i perros bravos que, en medio de la pelea, atacaban furiosos a los indios i los mordian hasta matarlos.

Las armas de los indios eran las flechas, la pica i la maza. Las flechas fueron abandonadas pronto porque no hacian daño a los españoles protejidos por sus corazas de fierro. La pica era una lanza de cinco o seis metros de largo, cuya estremidad, cuidadosamente aguzada, penetraba en el cuerpo como si fuera una punta de metal. Manejada con destreza, causaba heridas graves i muchas veces atravesaba al enemigo de parte a parte. La maza era el arma mas formidable de los indios. Consistia en un trozo de madera mui dura, de dos o tres metros de largo, delgado en un estremo para empuñarlo con facili-

dad, pero mui grueso en el otro a fin de que tuviera mucho peso. Los indios levantaban la maza con sus dos manos i la dejaban caer con tanta fuerza que podian derribar a un jinete con su caballo.

Las primeras veces que los indios vieron a los jinetes españoles tuvieron una gran sorpresa creyendo que el hombre i el caballo formaban un solo cuerpo. Admiraban la velocidad del caballo en la carrera, su fuerza en el ataque i su destreza para volver en cualquiera direccion. Los disparos de los fusiles i cañones tambien fueron motivo de admiracion i espanto para los indios. Ellos no podian comprender cómo esas armas daban la muerte a personas que estaban tan lejos; el ruido i el humo de la pólvora aumentaban esta sorpresa. Pero mas temor que todo les inspiraban los perros bravos, cuyas mordeduras les producian sufrimientos mayores que las heridas hechas por las balas.

Esta diferencia tan grande entre las armas de los españoles i las de los indios fué la verdadera causa del triunfo de los primeros. La ventaja en el uso del caballo i en la calidad de las armas bastaba para que cada soldado español valiese por lo menos como cien indios. Pero los españoles tenian otra ventaja no menos importante. Ellos peleaban formados en órden i diri-

jidos por un jefe a quien obedecian ciegamente Los indios no tenian un jefe único; entraban en batalla sin plan ni direccion superior; se dispersaban en el mayor desórden cuando los jinetes cargaban sobre ellos i les perseguian con tanta rapidez. Los españoles con su disciplina militar aprovechaban la confusion de los indios i triunfaban sobre ellos por grande que fuese su número.

4.—Espedicion de Pedro de Valdivia.

EN 1540, cinco años despues que Almagro regresó al Perú, vino a Chile otro capitan español, Pedro de Valdivia, con ciento cincuenta soldados. Esta nueva espedicion pasó por Copiapó, Coquimbo i Aconcagua i avanzó hasta las orillas del Mapocho.

Los indios, escarmentados con las crueldades de Almagro, huian al acercarse los españoles dejando sus ranchos abandonados. Valdivia para tranquilizarlos recomendó a sus soldados que no les hiciesen daño i que procurasen atraerlos con actos de amistad; los indios se dejaron engañar por las falsas promesas de los españoles i volvieron a habitar sus ranchos i cuidar sus siembras.

Valdivia hizo construir para él una casa al pié del cerro Santa Lucia i dió un sitio a cada

uno de sus soldados, quienes construyeron tambien sus habitaciones i edificaron una pequeña iglesia. Todos estos edificios eran hechos con postes de madera clavados en el suelo i cubiertos de barro; los techos eran formados con ramas i paja de maiz. Con esta humildad fué fundada el 12 de Febrero de 1541 la ciudad de Santiago, capital de Chile.

Por las noticias de los españoles que habian acompañado a Almagro sabia Valdivia que en Chile no habia otros alimentos que papas, maiz i algunas frutas silvestres. Por este motivo trajo varias fanegas de trigo, algunos chanchos, gallos i gallinas. No pudo traer bueyes, ni vacas porque el viaje por tierra era mui largo; estos animales no llegaron a Chile sino mas tarde, cuando fué posible traerlos por mar. Valdivia i algunos de sus compañeros trajeron caballos, para servirse de ellos durante el viaje i para emplearlos en las guerras contra los indios.

Sembrando el trigo i cuidando las aves i los animales traidos, los españoles tuvieron despues cuanto necesitaban para alimentarse i trabajar. Estuvieron, sin embargo, en grave peligro de perderlo todo i tambien sus vidas, porque faltaron, como de costumbre, a sus promesas, abusaron cruelmente de los indios, les trataron como esclavos i estos al fin se sublevaron contra ellos.

5.—Sangriento combate en Santiago.

UNA noche, miéntras los españoles dormian, los indios entraron en Santiago en gran número con el intento de matar a sus enemigos. El momento estaba bien elejido para el ataque, no solo porque los españoles descansaban sin sospechar el peligro, sino tambien porque Valdivia estaba ausente reconociendo el sur del pais con algunos de sus soldados.

Los indios que asaltaron a Santiago eran mui numerosos. Se dice que pasaban de 6,000. Los españoles eran solamente 20 soldados de infantería i 30 de caballería, mandados por el capitan Alonso de Monroi. El combate principió a las tres de la mañana. Los indios llenaban la ciudad i aumentaban la confusion de la sorpresa dando gritos espantosos en medio de la pelea. Los españoles tenian que combatir en las condiciones mas desfavorables: no conocian el número de sus enemigos i no podian distinguir, por la oscuridad de la noche, los movimientos que estos hacian. Obligados a defenderse, perdian todas las ventajas que sus caballos i sus armas les daban cada vez que peleaban en campo abierto i que podian atacar libremente a los indios.

Valdivia habia hecho construir un fuerte en la ciudad. Allí fueron sitiados los españoles i resistieron valerosamente los asaltos de los indios durante mas de quince horas. Pero su situacion era mui apurada porque no podian darse un descanso ni renovar sus fuerzas. Entre tanto los indios, viéndose victoriosos, peleaban con ciego furor; la sangre de los heridos i los muertos, léjos de acobardarles, les hacia mas valientes.

Los españoles temieron que los indios se apoderasen del fuerte si el combate se prolongaba durante la noche en esas condiciones. Para evitarlo, Monroi hizo formar los jinetes, colocó detras de ellos a los soldados de infantería i salió del fuerte para atacar a los indios en las calles. Los españoles tenian en su poder a varios caciques apresados algunos dias ántes del combate; degollaron a estos infelices i, a tiempo de salir del fuerte, arrojaron sus cabezas a los indios para atemorizarlos con este acto de crueldad.

Los indios no supieron oponer resistencia al ataque de los jinetes españoles. Pronto se vieron perdidos i emprendieron la fuga, perseguidos de cerca por los enemigos que les sablearon sin compasion. Entre los españoles habia una sola mujer, llamada Ines de Suarez, que peleó en el combate como el mas valeroso de los sol-

dados. Miéntras estaban sitiados en el fuerte, ella dividia su tiempo en atender a los heridos i en atacar a los indios. Se cuenta que ella por su propia mano degolló a uno de los caciques prisioneros. Cuando los españoles salieron del fuerte, Ines de Suarez, vestida i armada como los demas guerreros, formó tambien en las filas i se distinguió por su valentía en atacar a los indios. Igualmente se hizo notar como soldado el clérigo Juan Lobos, que se portó entre los indios, dice un escritor de aquellos tiempos, "como el lobo entre las ovejas."

6.—Situacion de los españoles despues del combate.

EN la noche que siguió al combate los españoles no tuvieron donde dormir. Sus casas habian sido quemadas por los indios. Sus ropas i sus alimentos tambien habian sido destruidos por el fuego. Solo salvaron de la ruina tres cerdos, un gallo i una gallina. Buscando al dia siguiente entre los escombros, los soldapos pudieron reunir unos pocos puñados de trigo. Todo lo demas habia desaparecido en el incendio.

Los españoles se encontraron así en peor condicion que antes de fundar a Santiago. Habian

perdido todos sus recursos, tenian a los indios por enemigos i se veian en la necesidad de reconstruir sus casas. Luego que Valdivia tuvo noticia de lo sucedido, regresó rápidamente a Santiago para ausiliar a sus compañeros i tomar venganza del desastre.

El primer cuidado de Valdivia fué recorrer los campos vecinos con el doble objeto de atacar a los indios i de procurarse algunos víveres. Así consiguió un poco de maiz, que hizo sembrar en los alrededores de la ciudad. El mismo destino dió a los puñados de trigo que se encontraron entre los escombros. Valdivia, hombre previsor i de esperiencia, comprendia que él i sus compañeros moririan de hambre si no cultivaban la tierra; por eso preferia sufrir privaciones durante algunos meses i hacer esas siembras para cosechar trigo i maiz en el verano siguiente. Con igual pensamiento prohibió que se matasen los cerdos, el gallo i la gallina salvados del incendio. Entregó estos animales a Ines de Suarez, que los cuidó hasta conseguir que se multiplicasen en abundancia.

En los años posteriores otros españoles trajeron a Chile ovejas, cabras, vacas i bueyes. Cada uno de estos animales valia al principio muchos pesos, porque los gastos del viaje eran mui grandes. Pero se aclimataron fácilmente en

el pais, su número aumentó bastante en pocos años i todos los españoles pudieron tener crianzas en sus haciendas.

Otro de los cuidados de Valdivia fué reconstruir las casas quemadas por los indios. Para evitar un nuevo incendio ordenó que las paredes se hiciesen con adobes i no con postes de madera i con barro como la primera vez. Este trabajo fué largo i mui fatigoso, porque los españoles tenian que hacer al mismo tiempo el oficio de soldados, de agricultores i de albañiles.

Sin distincion de rango todos se ocuparon en estas faenas dirijidos personalmente por Valdivia, que siendo mui severo en el mando, sabia dar ejemplo de constancia en el trabajo i de paciencia para soportar los sufrimientos. Con referencia a los trabajos de esa época Valdivia escribió en una de sus cartas estas palabras: «todos cavábamos, arábamos i sembrábamos estando siempre armados i los caballos ensillados.» Por las cartas de Valdivia se sabe tambien que los españoles se vieron tan escasos de alimentos que se tenia por feliz el que lograba «cincuenta granos de maiz en cada dia.»

7.—La guerra permanente.

DESDE entónces siempre hubo guerra entre los españoles i los indios. En una espedicion que Valdivia hizo al sur con 200 soldados no tuvo un solo dia de sosiego. Los araucanos le atacaron sin cesar, así en el dia como en la noche, de modo que sus soldados no pudieron dejar las armas ni para dormir.

Al fin tuvo lugar en Concepcion una batalla sangrienta. Los españoles mataron mas de dos mil indios i tomaron cuatrocientos prisioneros. Valdivia hizo cortar las narices i la mano derecha a los prisioneros; en seguida les dejó libres diciéndoles que daria igual castigo a todos los indios que le hiciesen la guerra. Este acto de salvaje crueldad produjo resultados contrarios a los que Valdivia esperaba; los araucanos, en vez de tomar miedo, se mostraron mas furiosos contra los españoles que los trataban con tal barbarie. Sin embargo, pasó mucho tiempo antes que los indios pudiesen dar otra batalla. Habian sufrido tanto en la guerra que necesitaban algun descanso para volver a ella con vigor.

Entre los criados de Valdivia habia un indio que se llamaba Lautaro. Valdivia le habia hecho prisionero en un combate i le ocupaba en cuidar

sus caballos. Lautaro vivió mas de un año entre los soldados españoles, conoció sus defectos i sus vicios i aprendió a pelear como ellos. Cansado de la esclavitud en que vivia, una noche salió a escondidas de Concepcion i fué a juntarse con los araucanos, que se preparaban a atacar nuevamente a sus enemigos.

Los araucanos, mandados por el cacique Caupolican, acababan de destruir un fuerte matando a la guarnicion española que lo defendia. Valdivia acudió presuroso, con el resto de sus tropas, para castigar a los indios. Confiado en la superioridad de sus armas, Valdivia pensaba que era cosa facil derrotarlos una vez mas; pero los indios estaban mejor organizados que ántes, porque se habian dividido en diversos grupos para pelear unos despues de otros, segun las órdenes de un jefe, en vez de precipitarse en confusion al combate sin obedecer ninguna voz de mando. Este nuevo plan de guerra fué aconsejado por Lautaro, que conocia la organizacion militar de los españoles i comprendia que sus triunfos muchas veces eran debidos al desórden con que peleaban los araucanos.

La nueva batalla tuvo lugar en un sitio llamado Tucapel. Los jinetes españoles dieron una carga formidable contra los indios; el primer grupo de éstos les hizo frente con denuedo,

pero pronto fué derrotado. Ya se consideraban vencedores los españoles, cuando se presentó al combate el segundo grupo de indios. Derrotados estos, llegaron sucesivamente los demas grupos, hasta que los españoles, agotadas sus fuerzas y las de sus caballos, hubieron de darse por vencidos. Los que no murieron en la batalla se entregaron prisioneros, encontrándose entre estos el mismo Pedro de Valdivia, gobernador de Chile.

Pedro de Valdivia, cuando se vió en presencia de Caupolican, quiso engañar a éste con sus acostumbradas promesas. «Déjame en libertad, dijo al cacique; te prometo abandonar tu tierra i regalarte dos mil ovejas.» Los araucanos sabian por dolorosa esperiencia que las promesas de los españoles no tenian valor; tambien estaban deseosos de tomar venganza de las horribles crueldades que éstos habian cometido contra ellos.

La muerte de Valdivia fué horrorosa. Los indios le cortaron los brazos i, despues de asarlos lijeramente, los comieron en su presencia. En seguida le maltrataron de mil maneras haciéndole perecer en medio de atroces sufrimientos. Iguales torturas sufrieron uno a uno los demas prisioneros. Esta crueldad de los indios fué una simple imitacion de las crueldades de

los españoles, quienes sufrieron así las consecuencias de su conducta sanguinaria i de sus actos inhumanos contra este pueblo que defendia su independencia.

8.—Muerte de Lautaro i Caupolican.

DESPUES que la victoria fué celebrada con grandes fiestas i con la borrachera de costumbre, Lautaro marchó al norte con una parte de los araucanos. Su propósito era llegar hasta Santiago, donde se habian refujiado los españoles que huyeron del sur abandonando a Concepcion i otras ciudades fundadas por Valdivia.

Lautaro ganó en el camino varias batallas en las que mostró mucho valor y grande habilidad militar. Por desgracia, uno de los indios que acompañaban a los españoles sirvió de guia a éstos para atacar de sorpresa el campamento araucano. Lautaro cayó herido de muerte al principio del combate; los indios se defendieron con su acostumbrado valor, pero la pérdida de su jefe los dejó sin direccion i fué causa de una derrota que les hizo perder todas las ventajas alcanzadas.

Los indios se retiraron a sus tierras perseguidos por los españoles, que ocuparon nuevamente las ciudades abandonadas. Caupolican vol-

vió a ser reconocido como jefe de los araucanos i realizó nuevas hazañas en diaria lucha contra los conquistadores. Pero estos consiguieron tomarlo prisionero despues de un combate i le dieron una muerte atroz. Clavando en el suelo un palo grueso, que terminaba en una punta bien aguzada, sentaron a Caupolican en esta punta e hicieron que el palo le atravesase todo el cuerpo, mientras seis hombres, colocados a corta distancia, lanzaban flechas sobre su pecho desnudo. Este suplicio causó a Caupolican terribles padecimientos, que él soportó en silencio sin dar señales de dolor. Los araucanos pensaban que era una cobardía quejarse cuando sus enemigos les hacian morir; por esto siempre se les veia soportar con tranquilidad los mayores tormentos. Un capitan español, que habia visto matar a muchos indios, contaba que, cuando iban a ahorcarlos, ellos mismos señalaban la rama mas alta del árbol para que de ella los colgasen; i que cuando les mandaban cortar las manos, apenas el verdugo les habia cortado una, ellos mismos le tendian la otra para que acabase pronto.

Las mujeres mostraban en la guerra el mismo valor que los hombres. Cuando Caupolican cayó prisionero, una de sus mujeres, llamada Fresia, fué encontrada en el bosque llevando

un niño en los brazos. Los españoles la apresaron i la condujeron al sitio donde estaban los prisioneros. Fresia no sabia que Caupolican habia caido en poder de sus enemigos; al verle allí encadenado, la india se enfureció contra él, le dijo que era un cobarde porque no se habia hecho matar ántes que rendirse i, arrojando el niño al suelo, esclamó: «no quiero ser madre del hijo de este infame.»

9.—Crueldades de la guerra.

LA guerra entre los españoles i los araucanos era horrorosa por las crueldades que cometian los unos i los otros.

En los indios se esplica esta ferocidad. Ellos no tenian educacion i no podian comprender que fuese un crímen robar i matar. Ademas la guerra no fué buscada por ellos; la injusticia de los estranjeros, que vinieron a despojarles de su libertad i de sus tierras, les obligó a defenderse.

La ferocidad de los españoles era mucho mas culpable que la de los indios, porque estaban educados en la relijion cristiana que tiene por fundamentos la justicia i la caridad. Sin embargo, las maldades de ellos tienen tambien una esplicacion: casi todos eran soldados groseros

o criminales vulgares que no distinguian lo bueno de lo malo. Acostumbrados a matar a sus semejantes, trataban a los indios con bárbara crueldad i hacian burlas de sus sufrimientos. Para los conquistadores la vida de un perro o de un caballo valia mucho mas que la de todos los indios. Por ningun motivo habrian hecho morir a uno de estos animales; pero no tenian pesar, ni remordimiento en matar a cuanto indio caia en su poder, aunque fuesen mujeres indefensas i débiles niños.

Los soldados españoles, cuando salian en persecucion de los indios, destruian todo lo que encontraban en su camino. Quemaban los ranchos, arrasaban las siembras, i no perdonaban la vida a nadie. Muchos indios se escondian en los bosques i con troncos de árboles construian murallas para defenderse; pero los españoles los buscaban en esos lugares de refujio, destruian sus obras de defensa i lanzaban contra ellos a los perros bravos que los mordian hasta matarlos. En una ocasion un capitan español salió con cien soldados i algunos perros a perseguir a los indios. Al cabo de diez dias volvió al pueblo de donde habia salido i contaba con torpe orgullo que sus soldados i sus perros habian hecho morir, en tan corto tiempo, a mas de dos mil indios.

La guerra fué para los indios un prolongado martirio. Sus ranchos eran quemados; sus siembras eran destruidas; ellos i sus familias tenian que vivir fujitivos i ocultos en los campos padeciendo toda clase de penalidades. Atormentados por el hambre se mataban unos a otros para devorarse. Habia madres que comian a sus propios hijos. Los que menos padecian eran aquellos que lograban refujiarse a la orilla del mar, porque comian peces i mariscos; pero allí caian mas fácilmente en poder de los españoles i por esto preferian irse a las montañas donde solo hallaban yerbas i raices.

10.—Valor indomable de los araucanos.

LOS españoles esperaban que los araucanos se acobardasen con tantos sufrimientos. Razon tenian para pensar así, por que parecia imposible que hubiera hombres capaces de soportar indefinidamente esa vida de sacrificios. Sin embargo, los araucanos prefirieron vivir en la mayor miseria antes que hacer la paz con sus enemigos. No volvieron a pasar al norte del Bio-Bio, porque no tenian un jefe como Lautaro o como Caupolican para dirijirlos en la guerra; pero aprovecharon toda ocasion de atacar a los soldados españoles que los habian despojado de

sus tierras. En alguno de estos combates los araucanos quedaron victoriosos i se apoderaron de las armas i de los caballos de sus enemigos.

Una de las mas notables victorias de los araucanos tuvo lugar a las márjenes del rio Puren. Un jefe español salió a perseguirlos con ciento treinta soldados i algunos cañones. Los españoles elijieron un terreno a propósito para colocar su artilleria en altura i aprovechar en un llano la ventaja que les daban sus caballos. Los araucanos, en número de mil quinientos, vinieron a buscar allí al enemigo e intentaron tomar por asalto el campamento. Los españoles, aunque eran pocos en comparacion de los indios, tenian en realidad mucho mas poder que estos por sus caballos i sus armas. Facilmente rechazaron el ataque de los indios i entónces comenzaron a perseguir a éstos alejándose del terreno que habian preparado para el combate. Los indios suspendieron de improviso la fuga, hicieron frente a sus perseguidores i pelearon con tanto valor que en pocos minutos obtuvieron el triunfo. Los españoles huyeron a refujiarse en Angol, dejando abandonadas sus armas en el campo.

En los años siguientes hubo otros combates en los cuales la victoria quedó mas veces a favor de los españoles que de los indios. Pero estos se adiestraron en la guerra, se hicieron buenos jine-

tes usando los caballos que lograban quitar a sus enemigos i durante mas de trescientos años resistieron a la conquista con enerjia invencible.

En ninguna otra parte de América encontraron los españoles enemigos tan valientes i tan tenaces como los indios de Arauco. En otros pueblos cien españoles bastaron para hacer esclavos en un año a millones de indios; en Chile hubo necesidad de tener siempre sobre las armas un ejército numeroso i, sin embargo, jamas se consiguió dominar por completo a los araucanos.

III

LA COLONIA

1.—El padre Luis de Valdivia.

EN Chile hubo mui pocos españoles que tuviesen compasion de los indios i les tratasen con bondad. El mas notable de estos fué un padre jesuita, llamado Luis de Valdivia.

El padre Valdivia vivió algunos años en este pais, vió todas las crueldades que los españoles cometian contra los indios i se convenció de que estos estaban siempre en guerra porque no podian someterse a tan injustos sufrimientos. Por este motivo aconsejó a los españoles que no fuesen crueles i trabajó sin descanso para conseguir que cambiasen de conducta.

Pero los buenos consejos del padre Valdivia no fueron escuchados. Los españoles, que en todas partes habian vencido a los indios, querian

vencer tambien a los araucanos i, mientras mas resistencia les oponian estos, mas crueles eran con ellos. El padre, cansado de predicar en vano, se fué a España para contar al Rei lo que sucedia i pedirle que pusiese remedio a tantos males. Los soldados españoles mandaron por su parte a uno de sus capitanes para que diese al Rei informes contrarios a los del padre Valdivia.

El Rei de España escuchó con atencion al sacerdote i al militar, luego comprendió que el primero tenia razon para quejarse de la crueldad con que eran tratados los indios, i entónces mandó órdenes al Gobernador de Chile para que suspendiese la guerra contra los araucanos. El Rei ordenó tambien al padre Valdivia que volviese a Chile para ayudar a la pacificacion de los indios.

Por desgracia, ya no era tiempo de conseguir este resultado. Los indios no podian creer en las buenas intenciones de los españoles que siempre les habian engañado. La bondad del padre Valdivia no bastaba para hacerles olvidar los crímenes de los conquistadores; tampoco era suficiente para convertir en hombres caritativos a soldados inhumanos que no conocian la compasion, ni tenian sentimientos de justicia i caridad.

Durante algun tiempo el padre Valdivia se ocupó en predicar la paz entre los indios. Pero sus trabajos fueron tan infructuosos que ni siquiera consiguió ser recibido como amigo por los araucanos. En cierta ocasion estos intentaron matarle, porque le creian tan malo como los demas españoles; le salvó de este peligro la intervencion de unos caciques que vivian en paz i le ayudaban en sus trabajos. Menos afortunados que él fueron tres sacerdotes que por órden suya se dirijieron al interior de Arauco para dar misiones a los indios. Los araucanos mataron a los misioneros con dolorosos tormentos.

El padre Valdivia, perdida la esperanza de pacificar a los indios i de hacer mas humanos a los españoles, se alejó de Chile para siempre. Su corazon bondadoso no le permitia quedarse en el pais para ser testigo de las crueldades de la guerra. Murió en España lamentando hasta su última hora las desgracias que no pudo evitar. El padre se condujo como buen cristiano i ocupó toda su vida en hacer el bien. Su memoria es digna de veneracion porque él fué un verdadero discípulo de la santa doctrina de Jesucristo.

2.—Los indios convertidos en esclavos.

LOS indios fueron tratados cruelmente, no solo en la guerra, sino tambien en la paz. Al norte de Arauco, en el territorio que los españoles ocupaban con tranquilidad, habia numerosos indios que fueron reducidos a la condicion de esclavos. Cada soldado español tenia el derecho de hacerse dueño de algunos indios para aprovecharlos como quisiera. Estos infelices eran tratados en las minas i en las haciendas como si fueran animales de trabajo. Se les separaba de sus familias, aun cuando sus mujeres i sus hijos quedasen abandonados i muriesen en la miseria. Se les hacia trabajar sin descanso, azotándoles i apaleándoles cada vez que por fatiga o por pereza suspendian su tarea. No recibian salario por su trabajo; solo se les daba el alimento indispensable para que no muriesen de hambre; del mismo modo, apenas se les daba un trozo de bayeta para que no anduviesen desnudos.

Estos sufrimientos eran tan duros que los indios, para librarse de ellos, se fugaban en cuanto podian de las minas i las haciendas de los españoles. La vida en los bosques era mui penosa para los indios, porque no tenian qué comer, ni

dónde abrigarse; pero, a lo ménos, allí estaban libres de las crueldades de sus amos i ellos preferian morir en la libertad a vivir en la esclavitud.

Los españoles, para impedir la fuga de los indios, cometian con ellos nuevas maldades. Les cortaban los dedos de los pies a fin de que no pudiesen correr, o les marcaban en la cara con un hierro candente, como hasta hoi se hace con los caballos i los bueyes, a fin de que cada amo pudiese reconocer siempre a sus esclavos.

Los españoles imponian a los indios estos tratamientos i otros aun mas bárbaros, porque no habia leyes, ni autoridades que lo prohibiesen. Un Gobernador, que acababa de llegar a Chile, escribia al Rei de España diciéndole "que por las crueldades de los españoles se veia una multitud de indios cojos, mancos, sin manos o con una sola, ciegos, desnarizados i desorejados." Estas mutilaciones de los indios contribuyeron a disminuir la poblacion de Chile i a aumentar las violencias de la guerra. Todo indio que podia escaparse estaba dispuesto a pelear hasta la muerte antes que volver a poder de los españoles.

3.—Productos agrícolas.

EL mas importantes de los trabajos en los campos era sembrar i cosechar trigo. Tambien se cultivaban la cebada, el maiz, los frejoles i las lentejas, pero en mucho menor cantidad que el trigo. Se hacian siembras de papas, sandias, melones i zapallos, productos que se daban en abundancia i se vendian a mui bajo precio. Los españoles trajeron duraznos, manzanos, membrillos i otros árboles que crecieron en Chile como en España i produjeron excelentes frutas. Asi mismo trajeron parras para plantar viñas, semillas de cáñamo para fabricar toda clase de cuerdas, i olivos para sacar de las aceitunas el aceite de comer. Con el cultivo de aquellas semillas i estos árboles los habitantes de Chile llegaron a tener lo necesario para alimentarse.

El trigo se cultivaba, no solo para las necesidades de Chile, sino tambien para mandar al Perú donde el clima no es favorable a este cultivo. Tambien se mandaban al Perú frutas secas i cables fabricados con cáñamo de Chile. En cambio del trigo, las frutas secas i el cáñamo, los comerciantes del Perú mandaban a Chile jéneros traidos de España, azúcar, chocolate, arroz

i sal. Un comercio parecido se hacia con Buenos Aires, de donde se traia la yerba para tomar mate.

De Mendoza venian, como vienen hoi, los bueyes i vacas que los agricultores de Chile compraban para engordar en sus campos. En el verano, cuando estos animales ya estaban gordos, sus dueños hacian grandes matanzas para preparar charqui i sebo. El cuero lo preparaban en las curtiembres para la fabricacion de zapatos.

Al principio eran escasos los españoles que habia en Chile i necesitaban pocos animales para alimentarse. Entonces un buei o una vaca no valia sino tres pesos. Mas tarde aumentó el número de habitantes de raza española; tambien hubo comerciantes que compraban charqui, sebo i cueros para llevar al Perú i a Buenos Aires junto con el trigo. Por estas dos causas cada uno de esos animales tuvo mayor precio i llegó a venderse a ocho o diez pesos

Los caballos traidos a Chile por los conquistadores se aclimataron facilmente en el pais i se multiplicaron con rapidez. En los primeros tiempos un caballo valia a lo menos mil pesos porque era necesario traerlo del Perú o de España i el viaje por mar importaba muchos pesos. Despues hubo tal abundancia de caballos que apenas valian cinco o seis pesos cada uno.

Desde entonces los caballos de Chile han sido recomendados por sus fuerzas, por su resistencia para el trabajo i principalmente por sus servicios en la guerra. Los soldados españoles que venian de Europa o de otras colonias se sorprendian de encontrar aquí caballos tan buenos como en su patria. En el Perú un caballo de Chile era apreciado como los mejores que llegaban de España.

4.—Los estranjeros i el comercio

PARA que los españoles fueran dueños de todo Chile, el Rei de España prohibió que viniesen habitantes de otros paises. Los comerciantes ingleses querian venir a Chile para vender paños, jéneros blancos, herramientas, cuchillos, papel,loza i otras mercaderias fabricadas en Inglaterra. El Rei de España no les permitia traer estas mercaderias, para que los españoles tuviesen el privilejio de traerlas en sus buques i de venderlas mas caras. El Rei habia mandado que se castigase con la pena de muerte a cualquier habitante de Chile que comprase mercaderias a los ingleses o a otros estranjeros.

Durante muchos años se mantuvo la órden que prohibia a los estranjeros venir a América.

Pero habiéndose encontrado el Rei de España escaso de dinero, escribió a sus vireyes i gobernadores para que recibiesen a los estranjeros si estos pagaban una contribucion. Para el Rei la América no valia sino por el dinero que podia producirle. Primero prohibió la venida de los estranjeros, porque pensaba que ellos podian llevarse las riquezas que habia en estos paises. Despues él mismo los invitaba a venir para que le pagasen una parte de lo que ganaran. Pero siempre conservó la prohibicion de comprar mercaderias que no fuesen mandadas desde España con su permiso.

Ahora diariamente llegan a Chile buques que vienen de Europa con toda clase de mercaderias. Entonces apenas llegaban cinco o seis buques en todo el año. Cuando la España estaba en guerra con la Inglaterra, lo que era frecuente, solian pasar muchos años sin que llegara a Chile un solo buque. Cuando sucedia esto, los comerciantes de Chile tenian que comprar mercaderias en Buenos Aires o en Lima. Las mercaderias compradas en Buenos Aires eran traidas a Mendoza en carretas. Este viaje duraba cerca de un mes. Desde Mendoza hasta Santiago las traian en mulas, empleando ocho o diez dias. Las mercaderias compradas en Lima eran trasladadas por mar a Valparaiso. Este viaje al

principio duraba tres meses; despues un marino, llamado Juan Fernandez, pudo hacerlo en un mes, aprovechando vientos favorables, i enseñó a todos los marinos a hacerlo en igual tiempo

De Valparaiso a Santiago las mercaderias eran llevadas en mulas, que hacian el viaje en cuatro dias. Solo en los últimos años de la colonia hubo un camino que permitia conducir los bultos mas pesados en carretas, tiradas por seis o mas bueyes. Estas carretas tardaban hasta quince dias en un viaje de Valparaiso a Santiago. Con todas estas dificultades i gastos para traer a Chile los productos de las fábricas europeas, los precios de venta tenian que ser mui subidos. Por consiguiente el Rei de España, para favorecer a unos pocos comerciantes de su reino, obligaba a todos los habitantes de América a pagar por esas mercaderias tres o cuatro veces su valor.

5.—La pobreza de Chile

LA guerra constante con los indios obligaba a los españoles a ser soldados. Por esta causa los trabajos agrícolas tenian que descuidarse. En la primavera salian los españoles a campaña contra los indios i no volvian a sus casas hasta el mes de abril o mayo, cuando ya co-

menzaba el invierno, perdiendo así el tiempo en que debian hacerse las cosechas.

La guerra costaba tambien mucha plata. Por esto el Rei se veia en la necesidad de ordenar que todos los años mandasen del Perú a Chile mas de doscientos mil pesos para pagar los sueldos a los soldados. Cuando los españoles llegaron a Chile, creian que este pais era mui rico i que sin trabajar tendrian mucho oro. Luego conocieron que se habian equivocado porque Chile era el pais mas pobre de la América. Ademas en ninguna parte habia indios tan valientes como los araucanos i tan temibles como ellos en la guerra. De esto resultaba que ya no querian venir a Chile otros españoles. En Méjico i en el Perú habia grandes riquezas i no habia guerra con los indios. Los españoles tenian, pues, razon para ir a aquellos paises en vez de venir a Chile a hacer una vida llena de peligros.

Los indios, que trabajaban como esclavos en las minas i en los campos, eran, como ya se ha dicho, mui mal tratados. Casi todos murieron por causa de sus sufrimientos. Con la muerte de los indios comenzaron a escasear los trabajadores i habia años en que apenas se cosechaba trigo para hacer el pan que consumian los habitantes del pais.

Al Perú habian llevado los españoles muchos negros de Africa para hacerlos trabajar como esclavos. Pero estos negros se vendian mui caros; algunos valian hasta seiscientos pesos i en Chile habia pocos hombres bastante ricos para comprarlos. Solo por lujo algunos españoles habian comprado negros para ocuparlos como criados en sus casas. Los jesuitas, dueños de grandes haciendas, fueron amos de la mayor parte de los esclavos que hubo en Chile.

Los españoles trataban a los negros, lo mismo que a los indios, como si no fueran hombres. Para ellos los negros i los indios eran animales a quienes podian matar como a sus bueyes. Por cualquiera falta que cometian los negros les daban los castigos mas crueles. Si un negro andaba por las calles despues de las nueve de la noche, lo llevaban a la cárcel i le pegaban cien azotes. Si un negro tenia un puñal, tambien lo tomaban preso i le atravesaban las manos con un clavo. Hubo un gobernador en Chile que ordenó que, cuando un negro huyese de la casa de su amo, le pegasen doscientos azotes i le quebrasen un pié.

Hoi todos los habitantes de Chile viven i trabajan como mas les conviene. Los blancos, los negros i los indios son iguales. El que comete una falta es castigado; pero nadie molesta al que

vive tranquilo i no hace daño a los demas. Los pobres tienen que trabajar para ganar su vida; pero cada uno trabaja segun su gusto i sus necesidades i nadie puede obligar a otro a trabajar por la fuerza.

En aquel tiempo sucedia lo contrario. Unos eran amos, otros eran esclavos. Unos mandaban, otros obedecian. Los blancos eran los señores; los indios i los negros eran como animales al servicio de los blancos. Se creia entonces que los hombres no valian por su buena conducta, sino por el color de su cara o por el lugar donde habian nacido.

6.—Los condes i marqueses de Chile

EN Chile se creia, pues, que los individuos que mas valian eran los blancos nacidos en España. Estos, que tenian el sobrenombre de *chapetones*, gozaban de muchas ventajas. Por órden del Rei solo los *chapetones* podian ser comerciantes i empleados públicos.

Despues de los *chapetones* venian los *criollos*. Estos eran blancos, hijos de españoles, pero nacidos en Chile o en cualquiera otro pais de América. Los padres o los abuelos de los criollos eran los españoles que habian venido como soldados para hacer la conquista de estos paises.

Por eso los criollos eran dueños de las casas i haciendas que habian tenido aquellos.

Los criollos habian nacido en Chile i eran chilenos. Ellos miraban con fastidio a los chapetones que los trataban como si valiesen menos. Algunos criollos, que se habian hecho ricos con el trabajo de los indios, daban dinero al Rei de España para que éste les permitiese llamarse condes o marqueses. Estos títulos los daba algunas veces el Rei a los soldados que se distinguian en la guerra. Por ejemplo, Francisco Pizarro, que fué cuidador de cerdos en su niñez, que nunca supo leer ni escribir, recibió el título de marques en recompensa de su audacia, sus crueldades i su avaricia en la conquista del Perú.

Llamarse conde o marques no significa nada. El hombre que mas vale es el que se conduce mejor. Un zapatero trabajador i honrado vale mucho, aunque sea mui pobre i aunque haya nacido en un rancho. Un hombre que no trabaja, que es vicioso, que roba i engaña, vale mui poco, aunque sea rico, aunque haya nacido en Europa i se llame conde o marques.

Pero en aquel tiempo era moda comprar esos títulos. Así como hai modas en los trajes tambien hai modas en las costumbres. Por seguir la moda algunos chilenos gastaron mucha

plata para hacerse llamar condes o marqueses comprando estos títulos al Rei de España, que los vendia en 20,000 pesos fuertes cada uno. Hoi toda persona sensata se burla de esa costumbre ridícula; pero hace uno o dos siglos nadie se burlaba de los que perdian su dinero en la compra de aquellos títulos, porque a todos les gustaba tenerlos.

Despues de los españoles o chapetones i de los criollos venian los indios, *los mestizos* que eran hijos de blancos i de indios i *los mulatos*, que eran hijos de blancos i de negros. Los *mestizos* i los *mulatos* vivian trabajando como peones en los campos i en las ciudades. El salario que ganaban con su trabajo apenas les alcanzaba para sus necesidades. Por esto vivian siempre en la miseria i sus hijos tenian la misma triste suerte que ellos.

7.—Predicacion relijiosa

YA se ha visto que los españoles, por regla jeneral, se condujeron como verdugos de los indios. Un historiador de Chile ha podido decir:

«Ansiosos de adquirir riquezas los españoles impusieron a los indefensos i desvalidos indíjenas las mas penosas i mortíferas tareas. Les dieron

un tratamiento peor del que se suele dar a las bestias. El hombre guarda consideraciones a su caballo i a su buei, atiende a que no sucumban bajo el peso del escesivo trabajo, cuida de que esten bien comidos i bien alojados, porque tiene necesidad de ellos i porque su reemplazo le exije dinero. Al conquistador no le importaba la muerte del indio. ¡Habia tantos! Si unos morian se tomaba a otros, i eso sin que costara el mas pequeño desembolso!»

Muchos de los españoles, para disculpar sus crueldades, decian que los indios no tenian alma, que no eran hombres como los demas hombres, i que no habia injusticia en perseguirlos, cautivarlos i domarlos como a fieras. Esta escusa tan torpe no podia atenuar la culpa de los españoles, porque la doctrina cristiana, de la que ellos se decian discípulos i defensores, ordena tratar con caridad, no solo a los hombres, sino tambien a los animales. El Papa Paulo III condenó el mal tratamiento que los españoles daban a los indios de América i, declarando que estos eran «verdaderos hombres capaces de la fé cristiana», ordenó que fuesen tratados con benevolencia i suavidad, que no se les sometiese a esclavitud, ni se les despojase de sus bienes.

Los Reyes de España tambien ordenaron muchas veces que se tratase a los indios con justicia

i establecieron severas penas contra sus perseguidores. Pero las declaraciones del Papa i las órdenes de los Reyes no mejoraron la triste suerte de los indios, que fueron esterminados en Chile i en toda la América con invariable crueldad.

Hubo, por escepcion, unos pocos españoles que no fueron crueles. En este número se encuentran varios de los sacerdotes que vinieron a fundar iglesias con la esperanza de convertir a los indios al cristianismo. En los primeros años de la conquista hubo sacerdotes guerreros, mas inclinados a la violencia que a la caridad; pero hubo tambien otros que se ocuparon solo en predicar el Evanjelio i esos fueron caritativos, justos i jenerosos.

En pájinas anteriores se ha referido cómo el padre Luis de Valdivia se consagró a servir a los indios i cuanto trabajó para impedir las violencias de los españoles. Algunos años antes, en los primeros tiempos de la conquista de Chile, tres frailes franciscanos reprendieron severamente al mismo Gobernador Pedro de Valdivia por su conducta inhumana con los indios i obtuvieron que ordenase correjir algunos abusos. El fraile domínico Jil Gozalez fué tambien un defensor jeneroso de los indios perseguidos i predicó en su Iglesia que «los indios defendian

causa justa, que era su libertad, casas i hacienhaciendas por lo cual se iban al infierno los que los mataban.»

El primer Obispo de Santiago fué Rodrigo Gonzalez Marmolejo. Este sacerdote vino a Chile sirviendo de capellan en la espedicion de Pedro de Valdivia. Fué mui querido de los conquistadores porque no solo les prestaba los servicios propios de su ministerio, sino tambien les ausiliaba en sus desgracias i les ayudaba jenerosamente en sus necesidades. Era ya muy anciano i estaba achacoso, cuando le llegó en 1562 su nombramiento de Obispo; murió en 1564 sin haber podido consagrarse, ni desempeñar las funciones episcopales.

El primer Obispo de Concepcion fué el fraile franciscano Antonio de San Miguel. El Papa hizo su designacion para el Obispado en 1563; pero el señor de San Miguel no pudo consagrarse, por diversos inconvenientes, hasta el año 1568. Este Obispo es digno de recuerdo por sus constantes esfuerzos para conseguir que los indios fuesen tratados con humanidad. Igual mérito tiene el tercer obispo de Santiago, frai Diego de Medellin, tambien de la orden franciscana. Fué el mas decidido protector de los indios contra la crueldad de los españoles; poco antes de morir escribia al Rei de España estas palabras

que revelan toda la bondad de su alma: «El mayor deseo que en esta tierra tengo es ver a estos naturales con alguna quietud». Murió a la edad de noventa i siete años. Un historiador de la Iglesia chilena escribe lo que sigue refiriéndose al señor Medellin:

«Profundamente amado i respetado en el pais, debió de ser su muerte sentida por todos, pero principalmente por los pobres indios, a quienes durante los diez i siete años de su episcopado, no habia cesado un momento de prestar decidida proteccion, defendiéndolos contra los poderosos i los opresores con el valor, la constancia, el desinteres i la jenerosidad de que sabe dar muestra un obispo católico».

8.—El Obispo Villarroel.

ACASO el mas notable de los sacerdotes de Chile, durante la colonia, fué el fraile agustino Gaspar de Villarroel, séptimo Obispo de Santiago.

El obispo Villarroel era un modelo de bondad i de virtud. Vivia consagrado a servir a los enfermos i los menesterosos.—Los dias lúnes visitaba a los presos en la cárcel pública, les llevaba alimentos i cigarros, hablaba cariñosamente con ellos i trataba de hacerles arrepentirse de sus faltas. Los viérnes visitaba el hos-

pital de San Juan de Dios i personalmente distribuia a los enfermos los regalos que para ellos llevaba. Los sábados repartia limosnas en su casa, que se llenaba de hombres, mujeres i niños hambrientos por falta de trabajo.

Dos pobres, casi desnudos i temblando de frio, llegaron a pedirle limosna en circunstancias en que él no tenia las llaves de su escritorio i de su ropero, porque su mayordomo estaba ausente. El Obispo, no pudiendo resignarse a despedirlos sin darles un socorro, pasó a su cuarto de dormir, se quitó rápidamente la ropa interior i pronto volvió, vestido solo con su sotana, para dar a uno de los pobres su camisa i al otro sus pantalones. Este acto de caridad cristiana debe servir de ejemplo a todos los curas que estan encargados, no solo de predicar la enseñanza sagrada, sino tambien de sacrificarse en servicio de sus semejantes.

El 13 de mayo de 1647 un espantoso terremoto destruyó a Santiago. A las diez i media de la noche se estremeció la tierra con tanta violencia que en breves instantes cayeron derrumbados todos los edificios de la ciudad.

Algunos de los habitantes alcanzaron a correr a las calles i a los patios interiores de las casas; otros quedaron sepultados entre las ruinas. Muchos de estos murieron aplastados por las

paredes; otros estaban heridos i daban gritos lastimeros pidiendo socorro.

En medio del espanto producido por la catástrofe, los que estaban sanos i salvos se desesperaban por encontrar a las personas de su familia, pues todos temian que sus padres, sus esposos, sus hijos o sus hermanos estuviesen pereciendo bajo las ruinas. Era necesario proceder sin demora a levantar los escombros i prestar ayuda a los desgraciados que pedian ausilio. En esta obra de salvacion el Obispo Villarroel tomó una parte principal. El mismo estuvo a punto a perecer, quedando sepultado bajo los escombros de su casa; sus sirvientes lograron desenterrarlo i así libró con solo tres heridas leves en la cabeza.

El Obispo, apenas se vió libre de este gravísimo peligro, se ocupó en ausiliar a los moribundos i cuidar a los heridos, obra en que fué ayudado por todos los sacerdotes que habia en la ciudad. Las autoridades civiles, por su parte, hicieron prodijios tambien para servir a los desgraciados; pero en aquellos tiempos se creia que los temblores i terremotos eran castigos decretados por Dios i las jentes, aterrorizadas por el cataclismo, daban mas importancia a las oraciones del Obispo que a los servicios de las autoridades civiles.

Por esto en los recuerdos del terremoto se menciona especialmente la actividad con que procedieron los sacerdotes a confesar i absolver a los moribundos. Los que habian salvado tambien se confesaban a gritos i hacian otros actos de devocion para descargar sus conciencias de las culpas que, segun creian, eran la causa del terremoto. Mas de cuarenta sacerdotes pasaron la noche en escuchar las confesiones de tantos culpables arrepentidos en la hora del peligro.

9.—Los jesuitas

EN la historia eclesiástica de Chile corresponde un recuerdo especial a la famosa Compañia de Jesus. En 1593 llegaron a Santiago ocho jesuitas, los primeros que venian a Chile. Su pobreza era estremada; no tenian dinero ni para pagar su alojamiento i su comida. Fueron hospedados en el convento de Santo Domingo, mientras la caridad pública les proporcionaba recursos para atender a sus necesidades. Setenta años mas tarde habia en Chile 300 jesuitas, que eran dueños de 59 haciendas, de innumerables casas en todas las ciudades de Chile, de 2,000 esclavos i de una inmensa cantidad de animales. Estos bienes representaban un valor de muchos millones de pesos.

La mayor parte de estas inmensas riquezas fueron regaladas a los jesuitas por los habitantes de Chile; pero ellos administraban sus bienes con mucha habilidad i los aumentaban mediante el trabajo i la economia. Es admirable que los chilenos, en medio de su pobreza, fueran tan jenerosos con los jesuitas. Esto se esplica porque esos sacerdotes eran los hombres mas instruidos, mas serviciales i mas laboriosos que habia en el pais. Servian de maestros a la juventud, predicaban en todas las iglesias, hacian con frecuencia procesiones i fiestas solemnes, viajaban como misioneros por los campos enseñando la relijion a los indios, acompañaban a los enfermos, ausiliaban a los moribundos, consolaban a los aflijidos, i eran los consejeros de todas las familias en los dias de desgracias i pesares.

Los padres jesuitas se ocuparon especialmente en predicar a los indios la relijion cristiana. Despreciando los peligros de la guerra, se internaban como misioneros en el territorio de Arauco, fundaban iglesias i procuraban convertir a los indios por medio de la bondad. El ejemplo del jesuita Luis de Valdivia fué imitado por muchos sacerdotes de la misma órden. Entre otros es justo recordar al padre Diego Rosales, que vivió algunos años entre los araucanos i escribió una notable Historia de Chile. En la penosa vida

de misioneros los jesuitas tuvieron que soportar grandes sufrimientos. Algunos fueron apresados i otros muertos por los indios en las épocas de guerra; pero, a pesar de ello, siempre continuaron abnegadamente en la santa obra de enseñar el Evanjelio.

Con tales méritos i servicios los jesuitas se conquistaron el afecto de los chilenos. Algunas personas, compadecidas de verlos tan pobres a su llegada, les dieron terrenos i dinero para que edificasen una iglesia; ellos, en señal de gratitud, concedieron a estas personas el título de *fundadores* de la iglesia, lo que les daba derecho a solemnes funerales el dia de su entierro. Esta recompensa espiritual, que era una promesa de salvacion del alma, satisfacia tambien el orgullo mundano de los ricos, i ofrecia un poderoso estímulo a la jenerosidad de aquellos colonos que se distinguian tanto por su devocion como por su vanidad.

Puede decirse que los jesuitas fueron los primeros agricultores de Chile. Hasta entonces el cultivo de los campos se habia hecho de un modo mui imperfecto; ellos principiaron por enseñar a los trabajadores, introdujeron nuevos instrumentos de labranza, construyeron canales para sacar agua de los rios i regar sus campos en la primavera i el verano. Asi lograron que sus

haciendas diesen abundante produccion de trigo, vino, aguardiente, frutas secas, sebo i charqui.

Tambien cultivaron el cáñamo i fabricaron cuerdas, establecieron curtidurias para beneficiar los cueros de los animales que mataban en sus haciendas i fundaron en Santiago una alfarería para fabricar vasijas, ollas destinadas a la cocina i otros artefactos. En la embocadura del Maule, donde se fundó mas tarde el puerto de Constitucion, tuvieron un astillero para construir lanchas i otras embarcaciones menores.

Por estos medios los jesuitas habian adquirido grandes riquezas, no solo en Chile, sino tambien en los demas paises de América i en España. Formaban, al mismo tiempo, una órden relijiosa i una gran sociedad industrial con ajencias en todo el mundo, i ponian en la administracion de sus negocios igual fervor que en el desempeño de sus funciones sacerdotales. Fué tanto el poder que adquirieron con sus riquezas, su influencia fué tan grande en la sociedad, que el Rei de España llegó a pensar que eran un peligro para su poder, por lo cual ordenó que fueran espulsados de todos sus dominios. Esta órden se cumplió en Chile, como en los otros pueblos americanos, en agosto de 1767. Las riquezas inmensas de los jesuitas fueron declaradas de propiedad del Rei.

Dos jesuitas nacidos en Chile, el padre Miguel de Olivares i el padre Juan Ignacio Molina, merecen un recuerdo por su ilustracion i sus trabajos literarios.

El padre Olivares, natural de Chillan, fué destinado a las misiones i recorrió casi todo el territorio de Chile predicando la relijion a los indios. Cuando pudo descansar, dedicó su tiempo a la lectura i el estudio i escribió un libro curioso sobre la historia de los jesuitas en Chile. Terminado este trabajo, volvió a pasar muchos años en la vida de misionero, hasta que llegó la órden de espulsion. El padre Olivares escribió tambien una historia de Chile, que contiene noticias interesantes sobre las costumbres de los araucanos.

El padre Juan Ignacio Molina nació en el campo, a orillas del rio Maule. Hizo sus estudios en un colejio que los jesuitas tenian en Concepcion i despues se trasladó al colejio de Santiago, donde estaba cuando llegó la órden de espulsion. Molina fué trasladado a Italia; allí vivió mas de sesenta años en mucha pobreza.

Movido por el cariño a su patria, Molina se propuso dar a conocer en Europa la jeografia i la historia de Chile. Desde niño tuvo aficion al estudio de las plantas i los animales. Esto era una simple curiosidad, porque en aquel tiempo

no se daba importancia a tales cosas. En Italia se procuró algunos libros científicos, i con ausilio de ellos i de sus recuerdos, escribió en italiano tres libros, que llamaron la atencion de los sabios. La parte mas importante de su trabajo es la que trata de la Historia Natural de Chile; fué traducida a las principales lenguas de Europa i dió mucha fama a su autor.

Molina vivió hasta el año 1829. Jamas volvió a Chile; pero siempre recordó a su patria con grande afecto. Los chilenos le han hecho justicia levantándole una estátua que ha sido colocada frente a la Universidad, para que los estudiantes se inspiren en su ejemplo.

10.—El Gobernador Ambrosio O'Higgins.

EN Chile habia un Gobernador, nombrado por el Rei de España i encargado de hacer cumplir las órdenes de éste. La guerra con los araucanos fué la principal ocupacion de los Gobernadores. Por esta causa i por la pobreza del pais, casi todos se dedicaron a los servicios militares sin hacer obras de provecho que les recomienden a la gratitud de los chilenos. El mejor de esos Gobernadores, el que mas hizo progresar la colonia fué Ambrosio O'Higgins,

comerciante irlandes que se estableció en España, i despues de vivir allí algunos años, se trasladó al Perú, con permiso del Rei, llevando algunas mercaderias. O'Higgins perdió en malos negocios el poco capital que poseia i del Perú pasó a Chile, como empleado del Rei, con el sueldo anual de quinientos pesos.

O'Higgins era un hombre intelijente, laborioso i honrado. Las autoridades superiores le apreciaban mucho por la exactitud con que cumplia sus obligaciones i por su lealtad para servir los intereses de España. Aun cuando era estranjero por su nacimiento, se condujo en América como el español mas fiel a las órdenes reales. En recompensa de su fidelidad i sus servicios el Rei le nombró Gobernador de Chile en 1788. O'Higgins tenia 67 años de edad cuando recibió este nombramiento; pero su salud era fuerte i, no obstante la vejez, pudo trabajar con la actividad propia de un jóven.

El nuevo Gobernador conocia todo el territorio comprendido entre Santiago i Arauco porque, en cumplimiento de sus obligaciones como empleado, lo habia recorrido muchas veces. Su primer cuidado en el Gobierno fué visitar el territorio que no conocia al norte de Santiago. Se marchó primero a San Felipe; de allí se dirijió a Petorca i al puerto de Coquimbo, donde se em-

barcó con direccion a Caldera; se detuvo en Copiapó treinta dias i, atravesando el desierto de Atacama, volvió a la Serena para seguir despues a Quillota i Valparaiso.

Hoi, con todas las comodidades con que se viaja, pocas personas se atreverian a hacer una visita a las provincias del norte como la practicada por el Gobernador O'Higgins. Este, a pesar de sus años, soportó las fatigas sin enfermarse i se ocupó activamente en servir a las poblaciones que visitaba. Desde la mañana hasta la noche se ocupaba en recojer noticias sobre las necesidades del pais, en oir las quejas que los habitantes presentaban contra las autoridades locales, en ordenar trabajos útiles i en hacer toda clase de servicios.

Lo que mas llamó la atencion del Gobernador fué la crueldad con que se hacia trabajar a los indios en los campos i en las minas. O'Higgins, compadecido de estos infelices, se apresuró a ordenar que los mineros i agricultores les tratasen con caridad i les pagasen su trabajo. Hasta entonces los pobres indios habian trabajado como esclavos, porque sus patrones tenian libertad de hacer con ellos lo que querian. Jamas recibian un salario que les permitiese atender a sus necesidades i las de sus familias. Era costumbre jeneral que los amos no diesen a los

indios otra cosa que una arroba de charqui de cabra i un almud de cebada en cada mes i algunas varas de balleta en cada año. Con estos recursos tan miserables, los indios i sus familias no podian alimentarse ni abrigarse, por lo cual morian en gran número, víctimas del hambre i de las enfermedades.

La órden del Gobernador O'Higgins para que los indios fuesen tratados como hombres libres encontró muchas resistencias, porque los agricultores i dueños de minas hacian su negocio tratándolos como a esclavos. Pero el Gobernador mantuvo su órden con enerjia i la hizo cumplir, prestando amparo a los indios que se quejaban con justicia de la conducta de sus patrones.

El Gobernador O'Higgins puso tambien especial empeño en conseguir que los araucanos viviesen tranquilos. Ordenó al jefe de las tropas españolas en Arauco que siempre estuviese pronto para la guerra; pero que no atacase, ni ofendiese a los indios sin motivo, a fin de ver si se podia estar en paz con ellos. El resultado fué satisfactorio porque los araucanos, sabiendo que los españoles estaban armados i prontos para combatir, tuvieron cuidado de no atacarlos i vivieron ocupados en cultivar sus campos. De este modo, la prudencia del Gobernador fué mucho mas eficaz que las violencias de sus antecesores

para obtener, siquiera por algun tiempo, la pacificacion de los guerreros indomables de Arauco.

11.—Cómo se viajaba en aquel tiempo.

HASTA entonces no habia en Chile caminos para carruajes. Solo podia viajarse a pié o a caballo. Los viajes eran tan difíciles que para ir de Santiago a Valparaiso se necesitaban cerca de tres dias; para ir de Santiago a Talca, ocho dias; para ir de Talca a Concepcion, otro tiempo igual. Tampoco habia posadas ni hoteles en los caminos, de modo que los viajeros tenian que pasar la noche en pleno campo. Elejian para esto los sitios donde habia pasto para sus caballos; ellos se contentaban con poder recostarse debajo de un árbol. Durante el viaje solo podian comer charqui i harina tostada, que llevaban en sus monturas.

En los campos por donde pasaban de ordinario los viajeros habia muchos salteadores. Se juntaban éstos en número de diez o doce, elejian entre ellos un capitan i buscaban a los viajeros para robarlos i matarlos. Los viajeros, para defenderse contra los salteadores, nunca iban solos. Se hacian acompañar por sus sirvientes o mayordomos, montaban buenos caballos i se armaban como para ir a la guerra.

El bandolerismo fué en Chile una verdadera plaga durante la época colonial. La pobreza del pais, el continuo estado de guerra con los araucanos, el carácter duro i la codicia de los soldados castellanos, la falta absoluta de educacion moral en el pueblo, todo esto se habia juntado para dar desarrollo a los peores instintos humanos i provocar los mas odiosos crímenes. El jesuita Olivares dice en su Historia que habia en Chile mas de 12,000 hombres que vivian esclusivamente del robo i del salteo en los campos. Barros Arana agrega: "Bandas, regularmente organizadas, robaban cantidades considerables de ganado, que llevaban de una provincia a otra para venderlo. En casi todos los caminos, a las puertas mismas de la capital, en el llano de Maipo, pero mas aun en la rejion del sur, i sobre todo en los partidos vecinos al rio Maule, esas bandas ejercian sus depredaciones en mayor escala, no solo robando los ganados, sino asaltando a los viajeros desprevenidos para despojarlos de cuanto llevaban i con frecuencia para darles muerte."

El Gobernador O'Higgins trató de poner remedio a estos males i de conseguir siquiera que se pudiese viajar con menos peligros. Comenzó por ordenar que se construyese un buen camino carretero entre Santiago i Valparaiso,

tanto para facilitar los viajes como para establecer una vijilancia mas eficaz. Los dueños de las haciendas por donde debia pasar el camino creyeron que podia causarles perjuicios i pusieron dificultades para su construccion. El Gobernador trató de hacerles comprender que seria una gran ventaja para ellos mismos viajar con comodidad i trasportar con menos gastos a Santiago o a Valparaiso los productos de sus haciendas. Algunos aceptaron las razones del Gobernador reconociendo que eran justas. Otros no quisieron oirlas; pero el Gobernador mandó hacer el trabajo, porque no era posible que el capricho de unos pocos hacendados condenase a todos los habitantes de Chile a no tener caminos.

Desde entonces se comenzó a hacer en coche el viaje entre Valparaiso i Santiago; las mercaderias ya no se trasportaron en mulas, sino en grandes carretas, tiradas por seis o mas bueyes que podian llevar mucha carga. De este modo el viaje fué mas cómodo para los viajeros i mas barato para las mercaderias. Al propio tiempo las autoridades pudieron atender mejor a la seguridad personal, porque los bandoleros se alejan de los sitios donde es fácil la vijilancia para refujiarse en lugares apartados i ejecutar sus crímenes en los caminos mas desatendidos.

12.—Inundacion de Santiago en 1783.

LA ciudad de Santiago estaba espuesta durante el invierno al peligro de ser inundada por las aguas del Mapocho. Este rio es de ordinario poco caudaloso i puede ser atravesado a caballo sin peligro alguno; pero con las lluvias del invierno suele tener creces estraordinarias que lo hacen invadeable. En aquella época, cuando habia abundantes lluvias, las aguas del Mapocho llenaban el cauce del rio i se derramaban por las calles de la ciudad.

En el mes de junio de 1783 hubo una lluvia que duró nueve dias seguidos. Las aguas del Mapocho aumentaron de un modo nunca visto i corrieron en abundancia por las calles. La Alameda de Santiago parecia un verdadero rio. El agua corria por ella anegando todas las casas i destruyendo muchas murallas.

En la parte norte de la ciudad la inundacion produjo mayores daños. Un convento de monjas fué anegado completamente i las relijiosas se vieron en peligro de perecer ahogadas. Hubo necesidad de mandar una partida de hombres a caballo para que las socorriesen. Estos con gran trabajo derribaron una parte de la pared que cerraba el convento i salvaron a veintiocho monjas sacándolas a las ancas.

Los daños causados por esta inundacion fueron enormes. Muchas casas quedaron destruidas; gran cantidad de muebles i ropa fué inutilizada; se perdieron en número considerable los caballos, vacas i otros animales que habia en las casas i en los campos vecinos a la ciudad. Se estima que los habitantes de Santiago perdieron en esa inundacion, por la destruccion de sus casas i la muerte de sus animales, mas de un millon de pesos.

El Gobernador O'Higgins, deseoso de ejecutar obras útiles i duraderas, se propuso librar para siempre a Santiago de este peligro de las inundaciones. Con este fin en 1792 comenzó a construir el tajamar, que durante un siglo protejió a la capital contra las creces del Mapocho. El trabajo fué ejecutado con cal i ladrillos de la mejor calidad El arquitecto Toesca, nombrado por el Gobernador para dirijir la obra, era un hábil injeniero que todo lo hizo con el mayor esmero. La mejor prueba de la buena ejecucion del trabajo la dieron sus resultados, pues la ciudad quedó libre de nuevas inundaciones. Al cabo de un siglo el tajamar ha sido destruido a consecuencia de la canalizacion del Mapocho, que fué comenzada en 1887 i terminada en 1892.

El Palacio de la Moneda i la Catedral de Santiago se construyeron al mismo tiempo que el

tajamar. El gobernador O'Higgins tambien tuvo mucha parte en la construccion de esos dos edificios que en aquel tiempo fueron de gran lujo comparados con la pobreza jeneral de las casas de la ciudad.

13.—Retirada del gobernador O'Higgins.

LOS españoles habian recorrido todo el territorio de Chile hasta llegar a la isla de Chiloé. Tambien habian fundado la ciudad de Osorno; pero en la guerra con los indios éstos la habian destruido. De consiguiente, a fines del siglo pasado, no habia en el continente, al sur de Arauco, otra poblacion que la de Valdivia.

El Gobernador O'Higgins se propuso fundar nuevamente la ciudad de Osorno, para establecer colonos españoles en la rejion del sur i fijar por ese lado un límite al territorio que ocupaban los araucanos, así como existia un límite por el norte. En 1795, a la edad de 74 años, el Gobernador se dirijió a Valparaiso i allí se embarcó en un buque que lo condujo a Valdivia. En esa ciudad reunió noventa i cuatro familias, que formaban un total de 426 individuos, i se trasladó con ellas al sitio donde habia existido la poblacion de Osorno. Trazó el plan de la ciudad, repartió alimentos, animales, semillas i

útiles de trabajo entre las familias i dió a cada una un terreno para construir su casa i veinticinco cuadras de tierra para el cultivo.

En Osorno se enfermó de gravedad el Gobernador; luego que hubo mejorado se trasladó a Valdivia i desde allí a Concepcion. Estaba en esta última ciudad cuando recibió la noticia de que el Rei de España, en recompensa de sus servicios, le habia nombrado Virrei del Perú. Regresó entonces a Santiago para preparar su viaje a Lima, a donde se trasladó en 1796.

O'Higgins fué el mejor Gobernador de Chile nombrado por el Rei de España. Trabajó sin descanso por el bien del pais; fué justiciero para todos, especialmente para los indios, a quienes trató con bondad; administró los bienes públicos con la mayor honradez; nunca abusó de su autoridad ni persiguió a sus adversarios. Su traslacion al Perú, aunque era un ascenso para él, fue mui lamentada por los chilenos que reconocian sus méritos.

Ahora mismo, despues de tantos años de gobierno republicano independiente, es preciso confesar que en Chile no ha habido un gobernante mas prudente, mas previsor, mas laborioso, mas recto i justiciero que Ambrosio O'Higgins. El tuvo en sus manos una autoridad sin límites, porque era representante del Rei de Es-

paña i no habia en Chile ningun poder superior al suyo; pero supo hacer uso de esta autoridad en servicio del pais i nadie pudo acusarle de abusos en provecho de sus intereses personales, ni de violencias contra el derecho de sus gobernados, ni de abandono en el cumplimiento de sus deberes.

Tiene el Gobernador O'Higgins otro título para ser recordado de los chilenos. Su hijo único fué, algunos años despues, el mas notable de los guerreros de la independencia i el que mas contribuyó a la fundacion de la República.

14.—Las antiguas ciudades de Chile.

LAS ciudades principales de Chile en el año de 1800 eran Santiago con 36,000 habitantes, Concepcion con 5,000, Valparaiso i la Serena con 4,000 cada una. Siendo los caminos mui malos, habia poca comunicacion entre éstas ciudades i sus respectivos habitantes vivian tan aislados los unos de los otros como si perteneciesen a diversos paises. Entonces no habia diarios ni servicio de correo; en cada ciudad no se sabia lo que pasaba en las otras sino cuando llegaba algun viajero para contarlo.

Solo en Santiago habia algunos edificios bien construidos. El principal de ellos era la Moneda,

cuya construccion principió en 1786 i fué terminada veinte años despues con un gasto de mas de un millon de pesos, suma equivalente a varios millones de la moneda actual. Venian en seguida la Catedral, la iglesia de Santo Domingo, el palacio donde están ahora los tribunales i la casa que ocupa la intendencia en la plaza de Armas.

Los edificios de Santiago carecian, no solo de comodidad i elegancia, sino tambien de muchas cosas que hoi son absolutamente necesarias. Por ejemplo, las puertas i ventanas no tenian vidrios, porque estos eran sumamente caros. Para dar luz a las habitaciones habia que dejar las puertas i ventanas abiertas, lo que era mui molesto en el invierno por causa del frio. Los papeles pintados, que hoi se venden a un precio ínfimo i se usan hasta en las casas mas pobres, eran entónces considerados como objeto de mucho lujo. Todas las paredes en las calles, en los patios i en las habitaciones eran blanqueadas con cal. Igual cosa se hacia con los techos, los pilares i las puertas, cuando no se dejaba la madera al natural. Apenas se usaba la pintura en las iglesias para embellecer los altares.

En Santiago no habia mercado para la venta de la carne, las legumbres, la leche i demas artículos de consumo diario. Todas las mañanas se reunian en la plaza, frente a la Catedral, nu-

merosos vendedores que colocaban pequeños techos de lona o de totora i allí ofrecian sus productos a las cocineras que iban a comprarlos.

En las calles no habia alumbrado durante la noche. Uno que otro vecino solia colocar frente a su casa un candil de sebo que apenas daba luz. Las familias mui rara vez salian a la calle despues de comer i cuando sucedia esto, para ir a la iglesia o a una tertulia, se hacian acompañar por un sirviente o un esclavo, que les alumbraba el camino con un farol. En las habitaciones no podia usarse otro alumbrado que el de las velas de sebo, porque no habia lámparas de aceite, ni se conocia la fabricacion del gas, ni de las velas de esperma.

En Santiago tampoco habia sitios de paseos. Las únicas fiestas públicas eran las procesiones que salian de las iglesias i recorrian las calles principales, con asistencia de las autoridades civiles i eclesiástica, en medio del recojimiento de los habitantes. De vez en cuando habia corridas de toros i peleas degallos, a las cuales concurrian las familias con especial agrado. Es una crueldad hacer sufrir a los animales para que la jente se divierta; pero entonces los niños, desde pequeños, tomaban gusto por estas bárbaras diversiones, que eran propias del carácter duro de los conquistadores de América.

El pueblo gozaba estraordinariamente con las corridas de toros i las riñas de gallos; pero no habia fiesta para él si le faltaba el aguardiente o la chicha. En esa época, lo mismo que hoi, los trabajadores perdian su tiempo, gastaban su dinero, comprometian su salud i su vida entregándose al vicio repugnante de la embriaguez En cada fiesta habia desórdenes sangrientos, porque los hombres, armados siempre de cuchillos, se daban de puñaladas, cuando estaban ébrios, por cualquier disgusto. "Las riñas a puñal i los asesinatos eran crímenes ordinarios en los campos i en los suburbios de las ciudades. En la ciudad de Santiago podian verse cada mañana, en los portales de la cárcel pública, los cadáveres recojidos por la autoridad, i puestos allí a la espectacion del pueblo para que fueran reconocidos antes de darles sepultura. En las mañanas de los lúnes, despues de las orjías i borracheras de la noche anterior, no era raro encontrar seis u ocho cadáveres ensangrentados i cubiertos de golpes i puñaladas."

15.—Escuelas i colejios.

EN aquel tiempo habia mui pocas escuelas en las ciudades de Chile. En los campos no habia ninguna. Los frailes de los conventos de Santiago, Concepcion, Talca, Chillan, se ocupaban en enseñar a algunos niños; pero en las ciudades donde no habia conventos nadie pensaba en esto. Solo en Santiago habia dos escuelas que no eran sostenidas por las órdenes relijiosas.

Cada niño debia llevar a la escuela el libro en que aprendia a leer, el papel para escribir i una silla o banco para sentarse. El maestro castigaba a los niños con crueldad. "La letra con sangre entra" era la regla invariable de los maestros, que azotaban a los niños hasta sacarles sangre cuando no sabian su leccion o cuando hacian una travesura. Los libros de estudio estaban escritos en latin, por lo cual los niños, sin entender lo que leian, aprendian sus lecciones de memoria i las recitaban como loros.

Los padres de familia daban mui escasa importancia a la instruccion de sus hijos. Se miraba como cosa innecesaria el cultivo de la intelijencia i se trataba a los maestros de escuela con desprecio. "Algunos vecinos acaudalados o padres de numerosa familia, tenian en sus casas

en una condicion mui poco mas elevada que la de los demas sirvientes, uno especialmente encargado de enseñar a sus hijos la lectura, la escritura i las primeras operaciones de aritmética, única instruccion que recibian muchos de ellos. No era raro que algunos de esos vecinos hicieran enseñar a algunos de los hijos de sus esclavos, en que descubrian cierta intelijencia, para que luego pasase a ser el preceptor de la familia."

Para las niñas no habia en todo Chile ninguna escuela; se creia que las mujeres no necesitaban estudiar i apenas se les enseñaban a coser, a bordar, a cuidar la casa i preparar la comida, ni mas ni menos lo que se exije de una buena sirviente. Eran mui escasas las señoras que sabian leer i escribir. Hace menos de un siglo llegó a Chile, con permiso del Rei de España, un viajero europeo que deseaba conocer los pueblos americanos. Este viajero pasó algunos dias en Santiago i fué amigo de las familias mas importantes de la ciudad. Cuando volvió a Europa contaba que las señoras de Chile eran mui virtuosas, pero tan ignorantes que no sabian ni escribir sus nombres. "No sin pena observé, decia, que en Santiago de Chile la educacion de las señoras es de tal modo descuidada, que entre ellas solo un pequeño número sabia leer i escri-

bir. Algunas quisieron poner sus nombres por escrito para que pudiera pronunciarlos mas correctamente i los escribian con unas letras grandes las pocas que eran capaces de hacerlo.»

Es cierto tambien que entonces servia mui poco saber leer, porque no habia en Chile libros, ni diarios, ni imprentas. El Rei de España habia prohibido que se trajesen libros a Chile i a los otros pueblos de América. Los Gobernadores i los Obispos estaban encargados de hacer rejistrar los buques que venian de Europa i de destruir los libros que estos pudieran traer sin licencia real. Esos mismos funcionarios castigaban con severas penas a las personas que, burlando la prohibicion, tenian libros en sus casas. Solo se permitia leer libros de misa, vidas de santos i algunas obras aprobadas especialmente por las autoridades eclesiásticas de España.

Estas prohibiciones tenian por principal objeto evitar que los americanos leyesen libros destinados a enseñar que los pueblos tienen derecho a ser libres i a elejir sus gobernantes. El Rei de España no queria que sus súbditos americanos aprendiesen a gobernarse solos, ni que tuviesen noticias de lo que pasaba en otros pueblos que eran independientes. En tal virtud, para impedir la introduccion de libros, adoptaba medidas mucho mas severas que las que hoi se adoptan

en todos los paises para impedir la introduccion del cólera, la fiebre amarilla, la viruela i otras enfermedades contajiosas. Los libros eran para el Rei de España mas temibles que las pestes i que el veneno.

Apesar de tantas precauciones algunos chilenos que viajaron por Europa i conocieron pueblos mas adelantados que la España, lograron introducir ocultamente varios libros de historia i de filosofía que enseñaban doctrinas contrarias al absolutismo del Rei. Mui pocas personas pudieron leer estas obras, porque sus dueños, temiendo al castigo, las guardaban con gran cuidado; pero esas pocas personas aprendieron en ellas a condenar el sistema de gobierno establecido por España i mas tarde contribuyeron a dar a Chile un gobierno independiente.

IV

REVOLUCION DE 1810

1.—Oríjen de la independencia.

Diez i ocho de Setiembre, hermosa fiesta
de Chile, alegre dia
que nos viste lanzar el grave yugo
de antigua tiranía,
cánticos te celebren de victoria,
que blanda el aura lleve
desde la verde playa hasta las cumbres
coronadas de nieve.

ANDRES BELLO.

LA gran mayoria de los chilenos vivian en la miseria i la ignorancia, resignados a su triste condicion con la misma mansedumbre con que un rebaño vive sumiso a las órdenes de sus guardianes. De padres a hijos se habia trasmitido, durante mas de dos siglos i medio, la costumbre de obedecer ciegamente a los representantes del Rei, considerando a éste como un

personaje de oríjen divino cuya voluntad era omnipotente. Igual cosa sucedia en las demas colonias, de tal modo que el dominio de la España parecia asegurado en América por la eternidad.

Felizmente, en los últimos años del siglo pasado, las colonias que Inglaterra tenia en la América del Norte tomaron las armas para conquistar su independencia i, despues de una porfiada guerra, lograron constituirse en República bajo la presidencia de su libertador, el glorioso jeneral i virtuoso ciudadano Jorje Washington. Este suceso fué mui grato a los españoles, por que ellos eran enemigos de Inglaterra i celebraban como un triunfo todo lo que era un daño para esta nacion. Pero la independencia de los Estados Unidos sirvió de enseñanza a las colonias españoles i desde entónces hubo en estos paises algunos hombres que deseaban imitar aquel ejemplo i esperaban obtener tambien la libertad de la tierra donde habian nacido.

En los primeros años de este siglo el jeneral Napoleon, que gobernaba en Francia con el título de Emperador i que habia dominado a la Europa con sus hazañas militares, apresó al Rei de España e invadió la península con un numeroso ejército proclamando Rei a su hermano José Bonaparte. Los españoles resistieron valerosa-

mente a la invasion francesa, negaron obediencia al hermano de Napoleon a quien llamaban Rei intruso, i pelearon con gloria en defensa de su independencia, hasta conseguir que se retirase el ejército invasor i que el trono real fuese ocupado por el soberano lejítimo.

Mientras el Rei de España estaba destronado i sus súbditos luchaban con el ejército de Napoleon, los pocos americanos que aspiraban a ser independientes procuraron en todas las colonias que se formasen juntas nacionales de Gobierno en reemplazo de las autoridades españolas. El pueblo, impresionado con las noticias estraordinarias que cada correo traia de Europa, aceptó con entusiasmo estos primeros actos revolucionarios, aunque no podia darse cuenta de la importancia que tenian, ni de los resultados que iban a producir.

Las autoridades españolas trataron, en un principio, de impedir por medios pacíficos la constitucion de las Juntas de Gobierno; despues que las vieron organizadas, se dispusieron a combatirlas por la fuerza. Los jefes patriotas, al verse amenazados, se prepararon tambien para la guerra con el apoyo del pueblo, que ya habia comprendido las ventajas de tener un gobierno independiente i estaba resuelto a conservarlo. En esta lucha armada contra los americanos

que deseaban tener una patria libre, los jefes i oficiales españoles mostraron la misma ferocidad que en las guerras de la conquista. Así como fueron inhumanos con los infelices indios, a quienes despojaron de sus tierras, así tambien fueron sanguinarios con los patriotas, a quienes negaban su libertad. Con estas violencias solo consiguieron aumentar el número i la enerjia de los patriotas, porque hasta los mas pacíficos tomaron parte en la guerra cuando vieron que se les perseguia i maltrataba sin piedad.

La constitucion de la primera Junta de Gobierno tuvo lugar en Chile el 18 de setiembre de 1810. En ese dia las principales personas de Santiago, reunidas en la sala del cabildo, nombraron una comision de siete individuos para que se encargase del Gobierno del pais. Las personas que nombraron esta Junta pensaban que ella gobernaria solo hasta que el Rei de España, prisionero entonces de Napoleon, pudiese nombrar nuevo Gobernador de Chile. Pero entre los individuos de la Junta habia uno, llamado Juan Martinez de Rozas, que tenia la firme resolucion de trabajar sin descanso en favor de la completa independencia de Chile. Martinez de Rozas era un hombre tan notable por su intelijencia como por la enerjia de su carácter. El no quiso declarar con franqueza sus propó-

sitos, porque comprendia que los otros individuos de la Junta tendrian miedo de acompañarle en tan atrevida empresa; pero aprovechó la influencia que le daba su talento para hacer aprobar por sus compañeros dos medidas de mucha importancia que en realidad eran actos de un gobierno independiente. La primera medida consistió en comprar armas i reclutar soldados para organizar un ejercito capaz de defender al pais contra cualquier enemigo. La segunda consistió en abrir al libre comercio de todas las naciones los puertos de Coquimbo, Valparaiso, Talcahuano i Valdivia, poniendo así termino a las prohibiciones del Rei de España que tenian a Chile incomunicado del resto del mundo.

La Junta de Gobierno constituida el 18 de setiembre de 1810 tuvo pocos meses de existencia. El pueblo, convocado por ella a elecciones, designó diputados que se reunieron en Congreso, en la ciudad de Santiago, el 4 de julio de 1811. En el mes de agosto el Congreso estableció una nueva Junta de Gobierno formada por tres individuos; en seguida dictó diversas leyes, entre las cuales merece recordarse una que prohibió traer esclavos a Chile i declaró libres a los hijos de los esclavos que habia en el pais.

2.—El Jeneral Carrera.

LOS trabajos del Congreso i de la Junta de Gobierno fueron pronto perturbados por diversos movimientos revolucionarios. En el Congreso habia algunos diputados que eran partidarios del Rei i otros que, siendo patriotas, no se atrevian, sin embargo, a trabajar francamente en favor de la independencia. En cambio habia tambien diputados, como Martinez de Rozas, que estaban resueltos a separar para siempre a Chile de España. Estos últimos, descontentos de sus colegas, promovieron una fuerte oposicion en el pais contra ellos. A consecuencia de esto hubo en Santiago dos revoluciones dirijidas por José Miguel Carrera, quien se apoderó del mando en noviembre de 1811.

Carrera, jóven entónces de 25 años, tenia gran prestijio en la sociedad de Santiago por la posicion distinguida de su familia, por sus méritos personales i por los servicios militares que acababa de prestar en España combatiendo en la guerra contra Napoleon. En Setiembre de 1810, cuando se constituyó la primera Junta de Gobierno, Carrera acababa de ser ascendido al grado de Sarjento Mayor del Rejimiento de Húsares de Galicia, en premio de su valeroso comportamiento en diversas batallas; su por-

venir estaba asegurado en el ejército español i, si hubiera permanecido en su filas, no habria tardado en llegar a los mas altos grados.

Pero, apenas supo que en su patria se habia constituido un gobierno nacional, renunció a todas las ventajas que le ofrecia su permanencia en el ejército de España, pidió permiso para volver a Chile a pretesto de que su padre estaba enfermo i llegó a Valparaiso el 25 de julio de 1811. Pronto observó Carrera que el Congreso reunido en Santiago no comprendia la gravedad de la situacion, ni era capaz de preparar el triunfo de la independencia nacional. Con ánimo resuelto se puso al servicio de los patriotas mas atrevidos i de acuerdo con ellos hizo su primera revolucion el 4 de setiembre de 1811. El resultado de este movimiento no le dejó satisfecho, porque las nuevas personas que se encargaron del gobierno no le dieron la participacion a que creia tener derecho en los negocios públicos. En esta virtud hizo en el mes de noviembre la segunda revolucion i entonces conservó el poder en sus manos organizando una Junta de Gobierno de la que él formaba parte.

Procediendo de este modo Carrera creia servir bien a la patria, a la cual consagraba su vida i sacrificaba sus intereses. Pero de ordinario las revoluciones producen mas males que

bienes, porque acostumbran a los ciudadanos a apartarse del cumplimiento de las leyes i a negar obediencia a las autoridades cada vez que éstas no les agradan. Con frecuencia sucede que una revolucion, despues de derribar al gobierno contra el cual es dirijida, perjudica tambien al nuevo gobierno que nace de ella, puesto que sirve de ejemplo para que se levanten tambien contra éste los ciudadanos descontentos de sus actos.

Carrera no pensó en este peligro de las revoluciones i se dejó guiar solamente por su deseo de obtener la completa independencia de Chile. Desde el primer dia de su gobierno se ocupó con actividad infatigable en preparar al pueblo para la guerra, aumentando el ejército i adquiriendo armas. Al propio tiempo, dictó varios decretos para mejorar la administracion de justicia, para establecer un buen servicio de policia i para fundar algunas escuelas. Todos los actos ejecutados por Carrera demuestran que era un hombre enérjico para el mando i que tenia el propósito firme de impedir a toda costa que se restableciese en este pais el dominio de España. La voluntad imperiosa de Carrera dominó a los patriotas tímidos, que aun prometian obediencia al Rei i juraban que las autoridades nacionales solo gobernarian en su nombre mientras él

estuviese prisionero. Desde entónces se habló de la independencia con mas franqueza i pudo preverse que el resultado del cambio de gobierno tenia que ser la organizacion definitiva de la República.

3.—"La Aurora de Chile"

EN ese tiempo se publicó el primer periódico de Chile. Al presente hai imprentas hasta en las poblaciones mas insignificantes i se publican muchos diarios llenos de noticias sobre lo que sucede en el mundo entero. Los diarios sirven tambien a los ciudadanos de cada pais para espresar sus opiniones, para manifestar sus deseos, para hacer sentir sus necesidades, para aplaudir o censurar los actos del gobierno. La libertad de imprimir libros i diarios ha llegado a ser en los pueblos modernos una de las primeras condiciones de su progreso. Pero en el réjimen colonial de España, siendo un delito traer libros del estranjero, tambien lo era tener imprentas para imprimirlos en el pais.

Apenas instalada la primera Junta de Gobierno en 1810 algunos patriotas pensaron en la necesidad de tener una imprenta para dar noticias al pueblo sobre los asuntos públicos. Con este objeto se escribió a Buenos Aires, creyendo que era posible comprarla en esa ciudad;

pero allí habian imperado las mismas leyes españolas que en Chile, por lo cual no se encontró quien tuviera una imprenta que vender. Un ciudadano de los Estados Unidos, Mateo Arnaldo Hœvel, que residia entónces en Santiago, escribió a su patria dando órden de comprar i mandarle una imprenta con todos sus útiles i de hacer venir los operarios indispensables para ponerla en trabajo. En cumplimiento de esta órden los ajentes de Hœvel en Nueva York embarcaron una imprenta i tres impresores a bordo de una fragata que llegó a Valparaiso en noviembre de 1811.

El jeneral Carrera, jefe del gobierno en esa fecha, compró la imprenta por cuenta del Estado, la hizo trasladar a Santiago i la entregó a Camilo Henriquez, quien principió a publicar *La Aurora de Chile*, primer periódico nacional, el 13 de febrero de 1812. Camilo Henriquez era un sacerdote nacido en Valdivia i educado en Lima, donde pudo hacer mejores estudios que en Chile, porque en esa capital, notable por la riqueza de sus habitantes, era mas fácil encontrar buenos maestros i se conseguian con menos dificultad los libros que las autoridades permitian leer.

En el primer número de *La Aurora* Camilo Henriquez, dirijiéndose a los chilenos, les decia: "Vosotros no sois esclavos; ninguno puede

mandaros contra vuestra voluntad. ¿Recibió alguno patentes del cielo que acrediten que debe mandaros? La naturaleza nos hizo iguales; solamente en fuerza de un pacto libre, espontáneo i voluntariamente celebrado, puede otro hombre ejercer sobre nosotros una autoridad justa, lejítima i razonable.» Estas palabras, que hoi a nadie sorprenden porque espresan una verdad, causaron en aquel tiempo grande escándalo entre los partidarios de España, porque estos pensaban que el Rei habia recibido de Dios el derecho de tratar a los americanos como un amo a sus esclavos.

En un libro sobre la independencia de Chile, escrito por el padre Martinez, entusiasta defensor de España, se cuenta que la publicacion de *La Aurora* produjo en Santiago inmensa alegria. «Corrian los hombres por la calle con una *Aurora* en la mano, dice ese historiador, i deteniendo a cuantos encontraban, leian i volvian a leer su contenido, dándose los parabienes de tanta felicidad, i prometiéndose que por este medio pronto se desterraria la ignorancia i ceguedad en que hasta ahora habian vivido... No padecieron engaño los que elijieron a Camilo Henriquez para redactor, porque desde la primera pájina de su periódico empezó a defender muchos errores políticos i morales... Todo el afan es probar que

la soberania reside en los pueblos, que las leyes reciben la autoridad de estos mediante el contrato social i que son amovibles por la autoridad del pueblo.»

Se ve, pues, que los españoles consideraban entónces como un error político i moral decir que los pueblos tienen el derecho de elejir sus gobernantes. Del mismo modo se habia sostenido en siglos anteriores que era un error moral decir que la tierra es redonda i que jira al rededor del sol. Colon fué tenido por loco i por hereje porque aseguraba que la redondez de la tierra permitia navegar en todas direcciones. Esa ignorancia que condenaba como delitos la espresion de la verdad, fué el fundamento mas firme del poder de los Reyes en España i en América.

4.—Nuevas revoluciones

EL Jeneral Carrera fué siempre tan activo en el trabajo como severo en el mando. El queria que su autoridad fuese respetada sin observacion, que sus órdenes fuesen cumplidas sin tardanza. Pero no todos los chilenos estaban contentos con su gobierno: mientras unos le acusaban de tirania, otros le negaban el derecho de gobernar, puesto que se habia adueñado del poder por la fuerza. Asi, él mismo, por haber

hecho revoluciones, autorizaba a otros para hacerlas en contra suya.

Este descontento contra el Jeneral Carrera se hizo sentir principalmente en Concepcion, donde habia tambien una Junta de Gobierno que obedecia a la influencia del ilustre patriota Martinez de Rozas. Este nada ambicionaba para sí, no queria honores ni mando; pero tampoco deseaba que la revolucion de 1810, hecha con el objeto de dar libertad al pueblo, sirviese solo para elevar al Gobierno a un caudillo militar. El Jeneral Carrera se vió en la necesidad de entrar en negociaciones con la Junta de Concepcion, porque le faltaban fuerzas para destruirla; pero al propio tiempo mandó emisarios para que ajitasen la opinion contra ella i al fin consiguió, en julio de 1812, que, por medio de un movimiento de cuartel, esa Junta fuese suprimida i sus miembros apresados. Por órden espresa de la Junta de Santiago, Martinez de Rozas fué remitido al norte en calidad de preso, pues se temia que su permanencia en Concepcion diese lugar a nuevas ajitaciones.

Fué mui injusto tratar de este modo al hombre mas ilustrado de la revolucion, al patriota de mejor consejo, al ciudadano que estaba mejor preparado para dirijir el Gobierno en aquellas circunstancias. Martinez de Rozas aceptó su des-

gracia con tranquilidad de espíritu i, en vez de lamentarse o de conspirar, se ocupó en advertir a su adversario que era preciso prepararse para la guerra con España, porque habia noticias de que el Virei del Perú proyectaba una espedicion contra Chilē. Poco antes habia tenido lugar en Valdivia un movimiento revolucionario con el pretesto de separarse de la Junta de Concepcion, pero con el verdadero objeto de ponerse al servicio del Rei. Martinez de Rozas manifestaba a Carrera que igual cosa podia suceder en Concepcion, porque el Obispo i muchas otras personas eran hostiles a la independencia.

Estas advertencias fueron, por desgracia, desatendidas. El Gobierno de Santiago parecia temer mas a los patriotas opositores que a las fuerzas militares del Virei del Perú. En vez de aprovechar el tiempo para reclutar mas soldados, para aumentar la provision de armas i municiones, para organizar en debida forma la defensa del pais, se ocupó en perseguir a sus adversarios. Pronto se verá que este lamentable error produjo las mas funestas consecuencias.

Martinez de Rozas, que desde el mes de julio residia en una hacienda al sur de Santiago, fué desterrado a Mendoza en noviembre de 1812. El ilustre patriota, cuya salud estaba quebrantada, recibió un golpe de muerte con esta últi-

ma injusticia. Pasó los Andes llevando en su alma la amargura de dejar en Chile una situacion tan peligrosa para la independencia, i falleció en Mendoza en el mes de mayo de 1813. "Su cadáver fué sepultado a la entrada de la iglesia Matriz bajo una lápida que decia: *Hic jacet Johannis de Rozas, pulvis et cinis.* Su memoria, mucho mas duradera que ese puñado de polvo, vive en la historia, que le cuenta entre los mas ilustres promotores de la revolucion hispano-americana."

Los mortales despojos de Martinez de Rozas permanecieron en aquella sepultura mas de ochenta años, hasta que un sentimiento tardío de gratitud hizo que los chilenos cumplieran con el deber de trasladarlos al territorio nacional. Por lei dictada en 1892 el Congreso de Chile ordenó que se erijiese un monumento a la memoria de aquel fundador de la patria i que sus restos fuesen traidos de Mendoza con la solemnidad correspondiente. La ciudad de Concepcion, a la cual Martinez de Rozas consagró particularmente su afecto, hizo a sus restos en 1894 la respetuosa acojida que aconsejaban a la vez la justicia i la gratitud.

La mayor parte de los hombres que sirven con desinteres a sus semejantes tienen la misma suerte que Martinez de Rozas; en vida sufren

persecusiones e injusticias; despues de muertos se reconocen sus virtudes i su ejemplo sirve de enseñanza eterna a los pueblos.

5. –Primeras operaciones militares.

MIENTRAS las discordia dividia a los patriotas chilenos i daba lugar a frecuentes revoluciones, los representantes del Rei de España se aprestaban para traerles la guerra.

Las autoridades españolas que gobernaban en el Perú, deseosas de restablecer en Chile el gobierno del Rei, reunieron todos los elementos necesarios para atacar a los patriotas i a fines de 1812 mandaron a Chiloé al Jeneral Pareja con armas, dinero, oficiales i algunos soldados para organizar allí un ejército. En dos meses Pareja consiguió tener cerca de 1,400 hombres regularmente armados. Embarcó estas tropas en cinco buques i las condujo a Valdivia, donde aumentó su ejército a mas de 2,000 soldados. Volvió a embarcarse i se trasladó a la bahia de San Vicente, inmediata a Talcahuano.

Los patriotas, ignorantes de lo que estaba pasando en Valdivia i Chiloé, fueron tomados de sorpresa por la espedicion de Pareja. Este se apoderó de Talcahuano, despues de un lijero combate, i ocupó en seguida a Concepcion sin

resistencia. Para celebrar este acontecimiento hubo una fiesta relijiosa; el Obispo Diego Villodres, elocuente predicador, pronunció un sermon felicitando a Pareja por el triunfo i pidiendo a Dios que le protejiese en sus próximas campañas; los empleados políticos i militares hicieron público juramento de obediencia al Rei de España. Dejando al Obispo encargado del gobierno de la ciudad, Pareja marchó con su ejército hasta Chillan, punto elejido para reclutar mas soldados i establecer el centro de las operaciones contra los patriotas.

Cuando estas noticias llegaron a Santiago sus habitantes manifestaron con entusiasmo el deseo de tomar parte en la guerra. Todos tenian confianza en el triunfo. Engañados por su patriotismo, creian que la lucha seria corta i gloriosa. Les parecia imposible que las tropas reclutadas en Valdivia i Chiloé para defender a un Rei estranjero, fueran capaces de resistir a los soldados que defendian su libertad personal, sus bienes, sus familias i la independencia de su patria. Verdad era que la justicia estaba de parte de los patriotas, que ellos ardian en deseos de pelear i que ningun sacrificio podia asustarles; pero en la guerra las armas i la disciplina militar son tan necesarias como el valor de los soldados i desgraciadamente faltaban a los pa-

triotas aquellos requisitos esenciales. Sus jefes habian perdido en discordias i revoluciones el tiempo que debieron consagrar a la buena organizacion del ejército i por esta causa se encontraban débiles para resistir al enemigo.

El Jeneral Carrera se trasladó a Talca para imponerse de la situacion i adoptar las medidas que fuesen necesarias. Allí llegaron tambien los patriotas que se habian retirado de Concepcion, Chillan i otros lugares al apróximarse el ejército del Jeneral Pareja. De esta suerte la ciudad de Talca quedó convertida en cuartel jeneral del ejército patriota, estando en Chillan el cuartel del ejército realista. El rio Maule servia de línea divisoria entre los territorios dominados por las dos fuerzas enemigas.

6.—Los patriotas en campaña.

EN abril de 1813 el ejército patriota, a las órdenes del Jeneral Carrera, se componia de 4,000 hombres mal armados i con escasa instruccion militar. Entre los jefes superiores se distinguian el coronel Juan Mackenna, oficial mui competente, de oríjen irlandes, i el comandante Bernardo O'Higgins, hijo del famoso Gobernador de este apellido. Así como Pareja tenia un Obispo que predicaba en favor del Rei de

España, Carrera tenia otro Obispo que predicaba en favor de la independencia de Chile. En efecto, el Obispo ausiliar de Santiago Rafael Andreu i Guerrero, se trasladó a Talca movido, dijo el mismo, por "los mas sagrados sentimientos de relijion, humanidad i amor a la América" Dando cuenta de un sermon del Obispo, Carrera escribia estas palabras: "Demostró el Obispo con tanta viveza i solidez la justicia de nuestra causa, que todo el gran concurso del pueblo i del ejército esclamó ¡viva la patria! No se pudo presenciar este acto sin enternecerse. En su consecuencia, se enarboló con salva el estandarte tricolor."

Ya habia llegado la hora de las batallas i era preciso ponerse activamente en campaña. Se necesitaba un plan de operaciones bien meditado i mucha enerjia para ejecutarlo. El jeneral Carrera, despues de algunos combates parciales, libró batalla a los realistas en San Cárlos. Los patriotas pelearon valerosamente; pero la resistencia del enemigo fué tambien mui firme, por lo cual la victoria quedó indecisa i los combatientes tuvieron que retirarse para remediar sus pérdidas.

Los españoles despues de la retirada volvieron a su campamento de Chillan donde falleció el Jeneral Pareja. En su reemplazo tomó el mando

el Comandante Juan Francisco Sanchez, quien se ocupó con actividad en reorganizar las tropas desmoralizadas por esa estéril campaña. Por su parte el Jeneral Carrera resolvió apoderarse de Çoncepcion i Talcahuano, donde no habia fuerzas realistas capaces de resistirle. En seguida, en el mes de julio marchó sobre Chillan i puso sitio al ejército enemigo acuartelado en esa ciudad. Esta operacion militar fué en estremo desgraciada. Los soldados patriotas, mal vestidos i peor alimentados, tuvieron que soportar los mas horribles padecimientos. Era la estacion de las lluvias i de los frios, faltaba forraje para los caballos, el suelo estaba pantanoso i a estos inconvenientes se agregaban la insuficencia de la tropa para rodear toda la ciudad, la escasez de municiones i la desventaja de tener que pelear diariamente con un enemigo que podia descansar i alimentarse en las casas del pueblo.

Apesar de estos obstáculos los patriotas mantuvieron el sitio durante un mes i pelearon con su acostumbrado valor en numerosos combates. Pero esto no podia prolongarse indefinidamente. Carrera hubo de reconocer su error i levantó el sitio retirándose a Concepcion, sin haber obtenido ninguna ventaja para compensar los sufrimientos del ejército de su mando.

Los españoles tomaron en esos momentos la ofensiva con la esperanza de destruir las fuerzas patriotas que estaba fraccionadas en pequeñas divisiones. A orillas del Itata, en un sitio llamado el Roble, hubo un combate que puso a prueba el valor heróico de O'Higgins. Encontrábase allí el Jeneral Carrera con pocas fuerzas cuando de improviso fué atacado por un destacamento realista. Carrera, cortado de sus tropas, tomó la fuga para salvar la vida. O'Higgins asumió el mando de los patriotas, se mostró sereno ante el peligro i organizó bien la resistencia. "Duraba ya el fuego mas de una hora, dice un testigo del combate, cuando O'Higgins, toma el fusil de un soldado que cayó muerto junto a él, grita a los suyos i les dice: ¡"O vivir con honor o morir con gloria! el que sea valiente sígame"! La tropa entusiasmada con este ejemplo, se precipita sobre el enemigo i lo pone pronto en derrota."

Carrera, al juntarse nuevamente con sus tropas, saludó a O'Higgins como vencedor. En carta dirijida a las autoridades de Santiago escribió estas palabras: "No puedo dejar en silencio el justo elojio que tan dignamente merece O'Higgins, a quien se debe contar por el primer soldado capaz en si solo de reconcentrar i unir

heroicamente el mérito de las glorias i triunfos del Estado Chileno."

La guerra duraba ya mas de seis meses sin obtenerse ningun resultado definitivo a favor de los patriotas. Estos se habian hecho veteranos, mostrando tanto valor en la pelea como fortaleza en las penalidades de la vida militar; pero los realistas tambien mantenian i aumentaban su ejército, de modo que la independencia estaba, despues de tantos sacrificios, en mayor peligro que al principiar la campaña.

Se culpó entonces al Jeneral Carrera de neglijencia en el cumplimiento de sus deberes i de falta de aptitudes para dirijir la guerra. Los descontentos de su gobierno, los que antes habian sido perseguidos por él, aprovecharon la oportunidad para desacreditarle ante la opinion pública. Por fin, las autoridades de Santiago, que ejercian el gobierno nacional, resolvieron separar a Carrera del mando del ejército i nombraron a O'Higgins en su reemplazo.

7.--Batallas i negociaciones de paz.

AL mismo tiempo que O'Higgins tomaba el mando del ejército chileno, llegaba del Perú otro Jeneral español, Gavino Gainza, con armas i dinero para continuar la guerra. Este jefe desembarcó en la costa de Arauco, tomó

el mando de algunas fuerzas realistas organizadas en el sur i marchó a Chillan, donde se reunió con el resto del ejército a principio de 1814.

El jeneral Carrera, separado del mando, se retiraba de Concepcion en viaje para Santiago, en compañia de su hermano Luis, en los primeros dias de marzo de aquel año. En Penco fueron sorprendidos los dos hermanos por un destacamento realista, que les apresó i les condujo a Chillan, donde permanecieron como prisioneros de guerra hasta el 12 de mayo, fecha en que lograron burlar la vijilancia de los españoles i recuperar su libertad.

El nuevo jeneral español deseaba poner pronto en movimiento a su ejército. Uno de sus oficiales avanzó hasta Talca, atacó a esta ciudad i se apoderó de ella despues de un sangriento combate en el cual murió como un héroe el coronel patriota, de oríjen español, Cárlos Spano. Este acontecimiento produjo grande alarma entre los patriotas. O'Higgins estaba en Concepcion con una parte del ejército; el coronel Mackenna estaba con la otra parte a orillas del Itata, en el Membrillar. Era preciso unir sin demora estos dos cuerpos de ejército, no solo para evitar que los realistas los atacasen separadamente, sino tambien para marchar al norte i cerrar a los enemigos el paso a Santiago.

El jeneral Gainza, sabiendo que los patriotas preparaban la reunion de sus tropas, se apresuró a llevar un formidable ataque contra el coronel Mackenna. Las fuerzas de éste eran inferiores en número; pero ocupaban un campo bien elejido i tenian un jefe de mucha esperiencia. Con estas ventajas rechazaron a los españoles ocasionándoles pérdidas de consideracion. En el combate del Membrillar se batieron, junto con los chilenos, 300 soldados arjentinos que el Gobierno de Buenos Aires habia enviado como ausiliares a las órdenes del coronel Balcárcel. El sarjento mayor Juan Gregorio de Las Heras tambien acababa de batirse con denuedo, al frente de cien ausiliares arjentinos, contra fuerzas mui superiores del ejército español. La fraternidad chileno-arjentina quedó desde entónces consagrada en los campos de batalla con la sangre i el heroismo de los soldados de las dos naciones. Años mas tarde esa fraternidad, personificada en San Martin i O'Higgins, aseguró la independencia de todo el continente sud-americano.

A consecuencia de la victoria del Membrillar pudo realizarse la union de las tropas de O'Higgins i de Mackenna. El ejército patriota marchó aceleradamente al norte, a fin de ganar la delantera a los españoles i colocarse entre éstos i

Santiago. O'Higgins logró el objeto indicado atrincherándose en un campamento favorable al norte de Talca.

El estado de la guerra era, como se vé, mui incierto. Ninguno de los adversarios podia considerarse en situacion ventajosa para obtener el triunfo final. Los patriotas habian fracasado en una tentativa de recuperar a Talca con tropas mandadas de Santiago, antes que O'Higgins marchara al norte. Los españoles, por su parte, veian alejarse mas i mas el término de una campaña que al principio les pareció fácil i de corta duracion.

Los jefes españoles i patriotas, convencidos unos i otros de que les faltaban fuerzas para continuar la guerra, celebraron un tratado para suspenderla. Las dos condiciones principales del tratado fueron éstas: 1.° Chile reconocia su dependencia del Rei de España; 2.° Cesaban las hostilidades i los realistas desocupaban las ciudades que tenian en su poder. Esta negociacion era para los chilenos peor que una derrota, porque con ella renunciaban a la independencia de la patria i perdian los sangrientos sacrificios hechos en las campañas de 1813 i 1814.

8.—Revolucion de los Carreras.

EN los mismos dias en que se negociaba este tratado, los hermanos Carreras, prisioneros de los españoles en Chillan, lograban libertarse por la fuga. La presencia de los Carreras en Talca primero, i en Santiago despues, alarmó mucho a las autoridades patriotas, temerosas de que ellos conspirasen para adueñarse otra vez del mando. Las circunstancias eran propicias para una nueva revolucion, por el justo descontento que habia provocado contra el Gobierno la negociacion hecha con los españoles.

La nueva revolucion del jeneral Carrera no se hizo aguardar muchos dias. El 23 de julio de 1814 él i sus amigos se apoderaron de los cuarteles en Santiago i organizaron una Junta de Gobierno. O'Higgins marchó al norte con su ejército para restablecer las autoridades depuestas por la revolucion triunfante. El jeneral Carrera formó con rapidez algunos batallones i salió de la ciudad a presentar batalla a su adversario. Los dos jenerales chilenos se encontraron en Maipo el 12 de agosto de 1814 i pelearon como si fueran hijos de dos patrias enemigas.

O'Higgnis fué rechazado i tuvo que retirarse del campo de batalla con cien hombres escasos.

Habiéndose reunido con él muchos dispersos, se disponia a renovar la guerra civil, cuando supo que el ejército español, mandado por un nuevo jeneral, Mariano Osorio, volvia a hacer la guerra porque el Virei del Perú no aprobaba el tratado hecho con los patriotas. Los jenerales chilenos, viendo a la patria en peligro, olvidaron sus querellas para luchar juntos contra los realistas. O'Higgins reconoció a Carrera como jeneral en jefe i declaró que él i sus oficiales no reclamaban otro honor que el de formar la vanguardia del ejército patriota.

El jeneral Osorio, para aprovechar las ventajas que le ofrecia la discordia de los jefes patriotas, reorganizó en pocos dias el ejército que acampaba en Chillan i marchó al norte a la cabeza de 5,000 soldados en los últimos dias del mes de agosto. En Talca tuvo noticia de la reconciliacion de O'Higgins i Carrera. Este suceso, que contrariaba sus planes, le obligó a retardar su avance sobre Santiago; en cambio, le permitió completar sus aprestos, adquirir noticias exactas sobre la situacion del pais i recibir ausilios de muchos realistas que habian aparentado ser patriotas cuando creian a estos victoriosos. Por fin, el 15 de setiembre Osorio levantó su campamento de Talca para emprender operaciones activas contra los patriotas; desgraciada-

mente estos, aunque se habian reconciliado, no obedecian a un plan de campaña que diese unidad a sus fuerzas. A Carrera le faltó confianza en la lealtad de O'Higgins i de esto resultaron para la patria grandes males.

9—Batalla de Rancagua

¡Rancagua!... No en la historia
Ejemplo se hallará que eclipse el brillo
Del inmortal caudillo
Que el lauro conquistó, no la victoria!

JOSÉ ANTONIO SOFFIA.

EL 1.° de octubre, al amanecer, los realistas atacaron a O'Higgins que, con 1,900 soldados chilenos, estaba atrincherado en Rancagua, teniendo como segundo en el mando a Juan José Carrera, hermano mayor del jeneral en jefe. El ejército realista era mui superior en armas i soldados, pues tenia 5,000 hombres bien provistos de elementos de guerra.

Los realistas, creyendo que los patriotas por su escaso número se entregarian prisioneros, marcharon por varias calles hasta mui cerca de la plaza principal de la ciudad. Pero O'Higgins habia hecho construir trincheras en las entradas de la plaza i en cada una habia colocado doscientos soldados i dos piezas de artilleria con

la órden de pelear hasta morir. Cuando los españoles estuvieron a corta distancia, O'Higgins mandó disparar los cañones i hacer un nutrido fuego de fusileria. Espantados los realistas con tan formidable resistencia, retrocedieron en confusion dejando muchos muertos i heridos. El jeneral Osorio dió entónces a sus tropas la órden de apoderarse de la ciudad a sangre i fuego.

Los patriotas estaban encerrados en la plaza, sin agua i sin víveres. Tampoco tenian bastante pólvora para sus fusiles i cañones. Por consiguiente, no podian resistir mucho tiempo al empuje vigoroso de los españoles que los atacaron al mismo tiempo por todas las calles i pusieron fuego a muchas casas de la ciudad.

El combate duró dos dias completos. Los patriotas aguardaban por momentos al Jeneral Carrera, que tenia fuerzas suficientes para atacar al enemigo por la retagnardia; pero el jeneral en jefe permaneció inactivo i los sitiados comprendieron al fin que no debian esperar ninguna ayuda. Ya no quedaban sino trescientos hombres para defender la plaza; los demas habian muerto o no podian moverse por sus heridas. O'Higgins resolvió salir de la ciudad con sus tropas abriéndose paso entre las filas de los enemigos. Con este objeto hizo tocar llamada i, una vez que los soldados estuvieron reunidos, les ordenó montar

a caballo, desenvainar sus sables i seguirle a dónde él fuera. El capitan Ramon Freire quiso que O'Higgins se colocase en el centro de la tropa para que esta lo defendiese. "Capitan Freire, le dijo O'Higgins, usted es un valiente i yo quiero ser como usted. A mi me toca estar donde haya mas peligro."

Al decir esto O'Higgins clavó las espuelas a su caballo; los oficiales i soldados siguieron tras él resueltos a ser dignos de tan heroico jefe. Los españoles pretendieron cerrarles el paso; pero ellos con sus sables i con el empuje de sus caballos rompieron las filas enemigas. Saltando sobre los cañones, atropellando a los soldados realista i peleando con éstos cuerpo a cuerpo, consiguieron salir de la ciudad i llegar con O'Higgins a Santiago, como emisarios de la gloria i del desastre.

Pocos hombres han mostrado en la guerra el valor con que O'Higgins peleó en Rancagua. Esto solo bastaria para que los chilenos tuviesen el mayor respeto por su memoria. La estátua que se le ha erijido en Santiago le representa en el momento de salir de Rancagua; por eso su caballo salta una palizada i pisotea a un soldado español que se opone a su paso.

La llegada del Jeneral O'Higgins con las reliquias de su ejército produjo en Santiago un pá-

nico espantoso. Los patriotas comprendieron que la guerra estaba perdida porque no era de esperar que los soldados de Carrera, ociosos durante el combate de Rancagua, fueran capaces de oponerse al avance de los realistas despues de su victoria. Los mas leales servidores de la patria abandonaron sus intereses i sus familias para trasladarse a San Felipe i continuar viaje a Mendoza pasando la cordillera. Otros se ocultaron en las casas de la ciudad i en las haciendas vecinas para escapar a las venganzas de los vencedores. Hubo tambien ciudadanos sin valor para ser fieles a la patria en su desgracia; estos, renegando de los juramentos que antes habian hecho en favor de la independencia, volvieron a bendecir el despotismo español.

V

LA RECONQUISTA

1.—Violencias de la tirania.

EL ejército realista, vencedor en Rancagua, fué recibido con grandes fiestas por los habitantes de Santiago. Se celebró el triunfo del Rei con toda clase de fiestas, como si tratara del acontecimiento mas feliz para los chilenos: hubo solemne procesion relijiosa con asistencia de todas las autoridades españolas, se quemaron fuegos de artificio i hubo otros festejos populares en honor del triunfo.

Durante un mes el jeneral Osorio dejó vivir tranquilos a los patriotas que se habian quedado en Santiago. Todos pensaron que ya no habia ningun peligro i los que estaban ocultos salieron de sus escondites; pero una noche, cuando la ciudad estaba mas tranquila, fueron apresadas

en sus casas varias personas notables. Esto hizo comprender que Osorio tenia el propósito de perseguir i maltratar a los chilenos que habian servido al ejército patriota. Para librarse de esta venganza todos quisieron retirarse de la ciudad i ocultarse en los campos; pero Osorio habia ordenado que nadie saliese de Santiago sin permiso suyo e hizo apresar a muchos otros caballeros. Los patriotas fueron detenidos en la cárcel junto con los ladrones i asesinos; algunos dias mas tarde fueron trasportados a Valparaiso i embarcados en un buque que les llevó a la isla desierta de Juan Fernandez.

El viaje fué sumamente penoso. Los presos, encerrados en la oscura i sucia bodega del buque, carecian hasta de aire para sus pulmones. Algunos eran ancianos débiles i enfermizos que necesitaban muchas atenciones. Pero sus carceleros no se cuidaban de eso, porque era costumbre de los españoles tratar a los defensores de la independencia americana como a infames criminales. En una representacion dirijida por los presos al Virei del Perú quejándose del maltrato que recibieron, declaran que se les mantuvo en la bodega del buque "sin poder acomodar la mayor parte de los cuerpos i ménos las camas; con prohibicion de moverse aun para las necesidades mas urjentes; cubiertos de inmundicias,

vómitos i fetidez; i sobre todo, impedida la respiracion, que se les suministraba a ratos artificialmente por una manguera.» La residencia de los presos en la isla de Juan Fernandez fué un prolongado martirio. Como si no bastara privarles de la libertad personal i de la compañia de sus familias, se les hizo sufrir tambien la desnudez, el hambre i otras miserias.

En Santiago la cárcel habia vuelto a llenarse con otros chilenos perseguidos por la cruel venganza de los vencedores. Los presos se consolaban con la esperanza de que el jeneral O'Higgins no tardaria en pasar los Andes con un nuevo ejército libertador i formaban planes de revolucion para ayudarle. Algunos de los soldados que hacian la guardia en la cárcel oyeron estas conversaciones i dieron parte de ellas a sus jefes. Osorio, prevenido de esto, encargó la custodia de la cárcel a dos oficiales que tenian toda su confianza. Dichos oficiales se propusieron matar a los presos porque deseaban su libertad i con tal objeto ordenaron a un sarjento de la guardia que les engañase haciéndoles creer que les ayudaria en la revolucion. El sarjento conversaba diariamente con los presos para repetir despues a sus jefes todo lo que aquellos le habian dicho. El engaño fué llevado hasta el estremo de

que el sarjento convino con los presos en abrirles una noche la puerta de la cárcel i ayudarles con los soldados de su compañia a hacer la revolucion.

En la noche elejida para consumar la traicion los oficiales españoles aumentaron la guardia de la cárcel, mandaron abrir la puerta a la hora designada por el sarjento i, cuando los presos quisieron salir, les sablearon sin piedad. Los infelices, que no podian defenderse porque no tenian armas, fueron víctimas de un crímen alevosamente preparado por las autoridades. De este modo se repitieron, hasta en los últimos dias del gobierno español, los mismos actos de vergonzosa crueldad que durante la conquista i durante la colonia ensangrentaron el suelo americano.

2.—El Capitan San Bruno

LA traidora matanza de los presos fué dirijida por un capitan español que se llamaba Vicente San Bruno. Este, que habia sido fraile en un convento de San Francisco, se hizo soldado en la guerra contra los franceses. Vino a Chile como capitan en un batallon llamado de los Talaveras i peleó en la batalla de Rancagua.

El capitan San Bruno era tan valiente como perverso. En las batallas peleaba como un leon.

A la cabeza de sus soldados era el primero en atacar al enemigo i en desafiar el peligro. Pero su gusto era derramar sangre i matar; se enfurecia como un animal carnicero i no perdonaba la vida al enemigo que caia en sus manos.

El jeneral Osorio, avergonzado i arrepentido del crímen de la cárcel, dejó de ocupar al capitan San Bruno que se lo habia aconsejado. Pero pronto vino como Gobernador de Chile otro jeneral, que se llamaba Francisco Casimiro Marcó del Pont; este hizo de San Bruno su íntimo consejero i le ascendió a Sarjento Mayor. El Gobernador Marcó era un hombre de mui escasa intelijencia i de malos sentimientos. Desde que llegó a Santiago se ocupó en activar las persecuciones contra los patriotas. A fin de que ninguno pudiera escaparse puso la policia a las órdenes de San Bruno i dió a éste la autorizacion mas completa para que impusiese penas i ordenase prisiones a su voluntad.

San Bruno tenia espias en muchas casas para saber lo que pasaba en ellas. Estos espias le daban cuenta diaria de todo lo que sucedia en la familia i en especial de las conversaciones que podian escuchar. Algunas veces el mismo San Bruno se presentaba de repente en una casa i tomaba presas a las personas que la habitaban. Nadie se esplicaba el motivo de estas prisio-

nes, porque los presos eran personas tranquilas i honradas que no habian cometido ninguna falta. Pero San Bruno sabia, por sus espias, que habian hablado mal de él o del Gobernador diciendo que eran unos tiranos. A su juicio esto era un crímen imperdonable : lo castigaba llevando a la cárcel a cuantos tenian el atrevimiento de cometerlo.

En esa época no habia alumbrado público; las calles en la noche estaban completamente oscuras. San Bruno temia que las personas a quienes llevaba a la cárcel se fugasen merced a la oscuridad de las calles; para que esto no sucediese acostumbraba tratar a los presos del modo mas indigno. Les obligaba a bajarse los pantalones hasta los tobillos i allí se los ataba con una cuerda o con un pañuelo. En seguida daba a cada cual una vela encendida para que alumbrara su camino. Los presos marchaban así, con medio cuerpo desnudo, con una luz en la mano, enredándose en sus pantalones, cayéndose i levantándose i siendo objeto de las burlas de sus carceleros. Muchas personas inocentes i respetables tuvireron que sufrir este infame tratamiento.

Ningun chileno estaba seguro en su casa porque San Bruno rondaba la ciudad de dia i de noche a la cabeza de un piquete de soldados. Con frecuencia tomaba presos a cuantos encon-

traba, los conducian a la cárcel i los obligaba a barrer las calles. Mas de una vez tomó presas a todas las personas que habia en un baile por el delito de no acostarse temprano. San Bruno llegó a ser el terror de los habitantes de Santiago, que le odiaban tanto como le temian.

Este odio se estendia tambien a los soldados del batallon Talavera, que eran los ejecutores de las órdenes crueles de aquel hombre. Ninguno de los soldados del Talavera podia andar solo por las calles, porque corria el riesgo de ser atacado por el pueblo. "El cuchillo i la piedra, que con tanta maestria manejan los hombres de nuestro pueblo, fueron las armas que opusieron al sable i la bayoneta de los realistas. En las riñas i pendencias rara vez escapó con vida un soldado del Talavera i bastaba que se presentase uno de estos en los barrios estraviados de la poblacion para que, como aves de rapiña, cayesen sobre él algunos hombres del pueblo i lo apedreasen o cosiesen a puñaladas. La repeticion de estos actos de resistencia obligó a los jefes del cuerpo a dictar órdenes terminantes para que ningun soldado se apartase muchas cuadras del cuartel si no iba en una partida diez o doce hombres. El odio con que se miraba a los talaveras era je-

neral i unánime en todas las clases de la sociedad. El pueblo creia que esos hombres, oficiales i soldados, pertenecian a una especie degradada del jénero humano i tenian cola como los animales. En esta creencia, guardaban por ellos el mismo odio que inspiran las fieras i los trataban sin aprecio ni compasion.»

3.—Contribuciones de guerra

LOS españoles no se contentaban con imponer estos sufrimientos a los chilenos. Tambien les despojaban de sus bienes para pagar los sueldos a los soldados i para hacer los demas gastos del ejército.

El jeneral Osorio se apoderó de las casas, haciendas i animales de los chilenos que habian tomado parte en la guerra. Como esto no fuera suficiente para las necesidades del ejército, ordenó que los habitantes de Santiago, Valparaiso, Concepcion i otras ciudades juntasen todos los meses ochenta i tres mil pesos para los gastos públicos. Hizo formar listas de los habitantes ricos de cada ciudad i fijó la suma que cada uno tenia obligacion de entregar. Pero el pais se encontraba en tal estado de pobreza que fué imposible completar la cantidad pedida i Osorio tuvo que rebajarla a cuarenta i tres mil pesos.

Durante un año se cobró esa contribucion de la tirania. En noviembre de 1816 el Gobernador Marcó del Pont ordenó que, en el plazo de un mes, le entregasen doscientos mil pesos los habitantes de Santiago i otros doscientos mil los habitantes de las demas provincias de Chile. Nunca pudo juntarse tanto dinero, porque no habia en el pais quienes lo ganasen para pagarlo en contribuciones. Marcó del Pont amenazó con fuertes castigos a los que no entregasen la cantidad que se les pedia. Pero todo fué inútil pues la miseria del pais era estremada.

La torpeza de Marcó del Pont no se limitaba a imponer estas contribuciones exajeradas para un pueblo que estaba en la miseria; pretendia tambien gravar con ellas hasta a los mas infelices pobladores de los campos i hacerlas efectivas por medio de la violencia. Se imajinaba aquel gobernante que el pobre, a fuerza de amenazas, habia de tener para el pago de contribuciones de guerra el dinero que no tenia ni para vestirse i alimentarse. Viendo que los resultados no correspondian a sus deseos, dictó en enero de 1817 las órdenes mas severas a fin de procurarse fondos; pero estos rigores contra los patriotas se aplicaron sin fruto alguno i sirvieron solo para hacer mas odiosa la tirania.

Con tantos sufrimientos i atropellos los chilenos no podian vivir tranquilos bajo el gobierno de los españoles. Las crueldades i las injusticias de que eran víctimas les hacian desear mas que antes la independencia de la patria. Ahora comprendian bien que necesitaban libertarse para siempre de España i elejir buenos gobernantes, si querían trabajar en paz, conservar sus bienes, educar i hacer felices a sus familias. Muchos chilenos en la guerra anterior se habian negado a pelear en contra de los españoles. Otros habian sido soldados del Rei i habian peleado en contra del ejército nacional. Ahora todos deseaban luchar por la independencia de la patria i de este modo, la tirania española llegó a ser un ausiliar poderoso de los patriotas que en Mendoza se preparaban para renovar la guerra.

4.—Incapacidad de Marcó del Pont

LAS persecuciones i los impuestos de guerra eran causas mui poderosas para mantener vivo el espíritu de independencia e incitar a los patriotas a levantarse nuevamente contra el dominio español. Contribuyó tambien a este resultado el desprestijio personal del Gobernador Marcó del Pont, militar tan lleno de vanidad como escaso de merecimientos.

Marcó del Pont fué designado para este cargo por el favor de que un hermano suyo gozaba en la Corte de Madrid. Nunca habia mostrado capacidad para el Gobierno, ni prudencia para restablecer la tranquilidad en un pueblo ajitado por la revolucion, ni talentos militares para mandar un ejército en tiempo de guerra; en cambio tenia una vanidad sin límites i, sin cuidarse de adquirir méritos para ser respetado, solo pensaba en exhibirse con lujosos uniformes recargados de galones, cruces i medallas. Trajo de España muebles riquísimos para sus salones de recibo, su comedor i su dormitorio, i se complacia en mostrar estos objetos a sus visitantes para deslumbrarles con tanta magnificencia. Junto con su mobiliario hizo venir un coche lujosamente tapizado i con vidrieras en las puertas, lo que hacia que las jentes se parasen en las calles a contemplarlo como una maravilla. «Para el espíritu frívolo de Marcó del Pont, estas impresiones de admiracion i de sorpresa de un pueblo que no habia visto tales manifestaciones de lujo, formaban uno de los goces del ejercicio del mando i demostraban la obediente sumision de los gobernados.»

La cualidad sobresaliente de los españoles durante el largo período de su dominacion en América fué la varonil fortaleza de sus corazo-

nes. Desde los primeros capitanes hasta los últimos soldados, todos fueron audaces para acometer las mas atrevidas empresas, esforzados para resistir con ánimo firme a todas las penalidades, valientes para vencer o morir en los combates. Sus odiosos crímenes i sus crueldades inhumanas fueron en cierto modo amortiguadas por el brillo de sus increibles hazañas. Los castellanos que hicieron la conquista i los que la conservaron durante tres siglos, mostraron siempre un valor heróico que les hacia temibles i les daba prestijio ante los americanos. En las recientes campañas contra los patriotas los españoles habian peleado con su acostumbrado valor i hasta el mismo San Bruno, siendo por instintos un malvado, era como militar un ejemplo de arrojo i valentia.

El Gobernador Marcó del Pont, lejos de poseer aquella cualidad lejendaria de los castellanos, era "un fanfarron sin talento ni valor"; en las batallas a que habia asistido en España durante la guerra con los franceses se habia hecho notar por su timidez; sus compañeros de armas siempre se habian burlado de él, tanto por su falta de ánimo en la pelea, como por su fátua arrogancia para pretender de valiente cuando no tenia enemigo al frente. Es fácil comprender que los chilenos, sufriendo el despotismo de este

hombre afeminado, le mirasen mas con desprecio que con temor i juzgasen que el Rei, representado por semejante personaje, no era ya aquel ser casi divino a quien habian adorado en los tiempos de la colonia. Asi desaparecieron, por las violencias i las torpezas de Marcó del Pont, hasta los últimos vestijios de los sentimientos de respeto que en los siglos anteriores inspiraban a los hijos de este pais la grandeza española i la majestad real.

VI

LA INDEPENDENCIA

1.—Los chilenos en Mendoza

LOS Jenerales Carrera i O'Higgins pasaron la cordillera en direccion a Mendoza despues del desastre de Rancagua. Por el momento la patria estaba perdida i sus poco afortunados defensores se veian en la necesidad de trasmontar los Andes, tanto para ponerse a salvo de la venganza española, como para reorganizarse i volver a la lucha en mas felices dias.

El Jeneral Carrera, que iba en compañia de sus hermanos Juan José i Luis i a la cabeza de un cuerpo de ejército, manifestó en la desgracia la misma arrogancia que habia mostrado en el poder i trató de conservar en territorio arjentino el título i las atribuciones de Jefe del Estado de Chile. Procediendo de este modo Carrera co-

metió un gravísimo error, porque al salir de Chile habia cesado en sus funciones de gobernante i, como jefe militar de los soldados que le acompañaban, debia respeto a las autoridades del pais amigo que le brindaba seguro refujio. Por otra parte, Carrera no comprendia que su conducta durante la batalla de Rancagua le hacia odioso a muchos de los chilenos fujitivos, ni tomaba en cuenta las antipatias que habian provocado en contra suya Martinez de Rosas i otros patriotas a quienes él, en los dias de su omnipotencia, condenara al destierro.

Formando contraste con la arrogancia provocadora de Carrera, el Jeneral O'Higgins se acojió a la hospitalidad arjentina con una actitud discreta que le atrajo todas las voluntades. O'Higgins pasó los Andes sin el acompañamiento de tropas que llevaba Carrera; pero en Mendoza se sabia que llegaba solo con un grupo de amigos porque sus soldados habian sucumbido como héroes en Rancagua i esto daba a su persona los resplandores de la gloria. De esta suerte O'Higgins llegó a ser entre los arjentinos el mas digno representante de la patria chilena, sujeta nuevamente a la dominacion española.

El Jeneral San Martin, Gobernador de Mendoza, meditaba, desde hacia algun tiempo, el

proyecto de espedicionar en el Pacífico para llevar la guerra al Vireinato del Perú, que era el centro del poder español en América del Sur. La independencia arjentina estaba continuamente amagada por las tropas que el Virei mantenia con este objeto en el actual territorio de Bolivia. Invadir por tierra el Vireinato era empresa superior a las fuerzas del Gobierno de Buenos Aires i ofrecia el peligro de dejar el camino abierto, en caso de derrota, para que los realistas peruanos avanzaran sobre el Plata. San Martin pensaba con juicio certero que para vencer al Virei era indispensable pasar a Chile i dominar el océano Pacífico con una escuadra independiente.

Existe una carta de San Martin, fechada en Tucuman el 22 de abril de 1814, en la cual, contestando a las felicitaciones de un amigo por su nombramiento de Jeneral en Jefe del Ejército que operaba contra las tropas del Virei, le decia lo siguiente:

"No se felicite Ud. con anticipacion de lo que yo pueda hacer en esta: no haré nada i nada me gusta aquí. La patria no hará camino por este lado del norte que no sea una guerra defensiva i nada mas; para esto bastan los valientes gauchos de Salta con dos escuadrones de buenos veteranos. Pensar otra cosa es empeñarse en

echar al pozo de Ayron hombres i dinero. Ya le he dicho a Ud. mi secreto. Un ejército pequeño i bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile i acabar allí con los godos, apoyando un Gobierno de amigos sólido para concluir tambien con la anarquia que reina. Aliando las fuerzas pasaremos por el mar a tomar a Lima: ese es el camino i no este. Convénzase, hasta que no estemos sobre Lima la guerra no acabará.»

Los planes que meditaba San Martin fueron perturbados por el desastre de Rancagua i la reconquista de Chile. Estos acontecimientos complicaron el problema que él se habia propuesto resolver i le pusieron en la necesidad de organizar un ejército libertador en Mendoza para obtener a viva fuerza en el Pacífico la base de futuras operaciones navales i militares contra el Perú.

Para realizar esta obra era indispensable el concurso de los chilenos emigrados i principalmente la adhesion de los jefes que por su prestijio fueran capaces de mantener la disciplina entre ellos. San Martin, conocedor de las desavenencias ocurridas en Chile entre O'Higgins i Carrera, comprendió que debia elejir entre el uno i el otro i sin vacilacion alguna se decidió por el primero. La posteridad ha reconocido que esa preferencia acordada a O'Higgins fué justa,

porque este jefe tenia la virtud de olvidarse de sí mismo en servicio de la patria, a la inversa de Carrera, que en todo hacia sentir su temperamento dominador i su aficion al mando.

San Martin notificó a Carrera la órden de salir de Mendoza i continuar su viaje a la vecina ciudad de San Luis. A esta intimacion repuso Carrera lo que sigue: "Como Jeneral del Ejercito de Chile i encargado de su representacion en el empleo de vocal de gobierno, solo puedo contestar que primero será descuartizarme que dejar yo de sostener los derechos de mi patria." San Martin disimuló el desagrado que le produjo esta impolítica respuesta porque aun no estaba preparado para asegurar la completa ejecucion de sus órdenes. Pero diez dias mas tarde, el 30 de octubre de 1814, puso sitio al cuartel donde estaban los soldados de Carrera, procedió a desarmarlos i notificó a su caudillo que quedaba en arresto. Por fin, el 3 de noviembre el Jeneral Carrera fué sacado de Mendoza con una escolta de tropas chilenas incorporadas al ejército arjentino, i conducido a San Luis, donde debia esperar órdenes del Gobierno de Buenos Aires.

Una vez que se vió libre de estas inquietudes, San Martin pudo dedicar todo su tiempo a la organizacion del ejército libertador. O'Higgins fué uno de sus mas eficaces cooperadores en

esa obra que exijió tantos i tan grandes sacrificios. Desde entónces los dos Jenerales estuvieron unidos por una afectuosa amistad que, consagrada por la gloria de comunes hazañas, resistió despues a la desgracia i se prolongó hasta la tumba.

2.—El Jeneral San Martin

SAN Martin nació el 25 de febrero de 1778 en el pequeño pueblo de Yapeyú a orillas del rio Uruguai. Aprendió a leer i escribir en una escuela de Buenos Aires; pero se educó en Madrid, a donde fué llevado cuando solo tenia 10 años por su padre, que era capitan del ejército español.

La educacion de San Martin fué esencialmente militar. «No habia cumplido aun los doce años de edad (julio de 1789) dice don Bartolomé Mitre, cuando colgando de su hombro los cordones de cadete del rejimiento «Murcia», dió comienzo a su verdadera educacion i desde ese dia se bastó a sí mismo. El uniforme del Murcia era celeste i blanco, i el jóven aspirante vistió con él los colores que treinta años despues debia pasear en triunfo por la mitad de un continente.»

En 1791 San Martin recibió su baustismo de fuego guerreando contra los moros en las cos

tas de Marruecos. Desde esa fecha estuvo constantemente en servicio activo i tomó parte en numerosas acciones de guerra que pusieron a prueba el temple de su alma de soldado. Distinguióse de un modo especial en la lucha gloriosa de los españoles contra la invasion francesa. Su comportamiento en la batalla de Baylen, setiembre de 1808, le mereció el honor de ser recomendado por el Jeneral en Jefe en la órden del dia. Por este motivo recibió tambien los despachos de teniente coronel i una medalla de oro, conmemorativa del triunfo.

En todos sus actos reveló San Martin, desde la infancia, un carácter sério i una intelijencia despejada, cualidades que le sirvieron para resistir a las tentaciones que seducen a los jóvenes en la vida de cuartel. Modelo de buenas costumbres, de órden i de economia, jamas perdia su tiempo ni su escaso dinero en las diversiones a que solian entregarse sus compañeros de armas. Empleaba el dia entero en trabajar o leer i cuando necesitaba distraerse lo hacia montando a caballo, adiestrándose en el manejo del sable o ejercitándose en la jimnasia. De este modo robustecia su salud para soportar sin debilidad los sufrimientos de la vida militar.

San Martin era pobre, no teniendo mas renta que su escaso sueldo de oficial; pero esto le

bastaba para dar satisfaccion a sus necesidades, porque preferia imponerse privaciones antes que hacer un gasto superior a sus recursos. Llevaba cuenta prolija de la inversion de su sueldo i cuando le faltaba dinero, en vez de endeudarse, se abstenia de fumar o se imponia otro sacrificio análogo. «Cada uno debe vivir con lo que gana», decia San Martin; fiel a esta regla de conducta, jamas tomó dinero en préstamo, como lo comprueban sus cuentas, en las cuales mas de una vez escribió de su puño i letra esta declaracion: "Hasta hoi nunca he debido un real a nadie."

En sus gustos i en su modo de vestir San Martin era modesto hasta ser humilde. Algunos de sus compañeros usaban uniformes llenos de bordados i sentian placer en llamar la atencion con su lujo; él despreciaba estos sentimientos de vanidad i se presentaba en todas partes con su ropa de cuartel, conservada siempre con la mayor limpieza. Cuando llegó a ser Jeneral en Jefe observaba igual conducta i así daba a sus subalternos un hermoso ejemplo de discrecion i buen sentido. En su juventud se habia acostumbrado, por razon de pobreza, a lustrar él mismo sus botas, a remendar su ropa vieja i a limpiar sus armas. Mas tarde, sin ser rico, tuvo en ocasiones un sueldo superior a sus necesidades;

conservó, no obstante, aquellas costumbres tan sencillas porque en su alma varonil no habia sitio para el necio orgullo, ni para la torpe vanidad.

Guiado por su amor a la patria i a la libertad, San Martin renunció a su brillante porvenir en España i vino en 1812 a ofrecer sus servicios al Gobierno de Buenos Aires, que le dió la comision de organizar el famoso rejimiento de *Granaderos a caballo*. En el cumplimiento de este encargo San Martin puso de relieve las cualidades superiores de su espíritu e inició una reforma de gran trascendencia en la organizacion de las fuerzas militares arjentinas. Hasta entónces los batallones se habian improvisado en medio del entusiasmo popular i en las batallas habian mostrado mas valor que disciplina. San Martin, educado en una guerra formidable, sabia por esperiencia personal que el valor del soldado se sacrifica esterilmente cuando las tropas entran en combate sin una organizacion vigorosa que haga de ellas un solo cuerpo con una sola voluntad. En esta virtud se propuso hacer de los Granaderos a caballo un modelo para el ejército arjentino i formar el tipo del verdadero hombre de guerra. "Bajo una disciplina austera que no anonadaba la enerjia individual, i mas bien la retemplaba, formó San Martin soldado por soldado, oficial por oficial, apasionándolos por el

deber, i les inoculó ese fanatismo frio del coraje que se considera invencible i es el secreto de vencer."

El Gobierno de Buenos Aires, satisfecho de los servicios de San Martin, le nombró a principió de 1814 Jeneral en Jefe del ejército que operaba en las provincias del norte contra las tropas del Virei del Perú. Ese ejército habia tenido la desgracia de sufrir graves reveses; San Martin se encargó del mando para devolverle la confianza en sus propias fuerzas sometiéndole a una severa disciplina. Pero su permanencia en el norte no podia ser larga, puesto que el estaba persuadido de que no era ese el camino para llegar al triunfo definitivo de la independencia. En abril del mismo año renunció el mando por motivos de salud i poco despues obtuvo el nombramiento de Gobernador de la provincia de Cuyo. Así llegó a establecerse en Mendoza, al pié de la Cordillera de los Andes, en el sitio mas adecuado para observar el desarrollo de la guerra de Chile i preparar los planes de la espedicion libertadora que debia llevar a Lima el estandarte de la independencia americana.

3.—Organizacion del ejército libertador

SAN Martin puso en ejercicio todas las facultades de su intelijencia i de su carácter para formar en Mendoza la base del ejército libertador de Chile. El Gobierno de Buenos Aires no podia prestarle ayuda, porque sus atenciones i sus recursos eran solicitados de preferencia por otras necesidades nacionales. Ademas, se consideraba irrealizable el proyecto de pasar los Andes con un ejército mientras en Chile dominaran los españoles.

Pero San Martin habia meditado mucho su plan de operaciones i tenia la certeza de realizarlo. El no desconocia las dificultades del paso de la Cordillera; las apreciaba, por el contrario, en toda su magnitud i, sin embargo, tenia confianza en el éxito, porque, a su juicio, este dependia del acierto con que se organizase el ejército espedicionario. Se consagró, pues, al trabajo con una enerjia sin igual, a fin de que nada faltase cuando llegara el dia de emprender la marcha.

Todas las mañanas se levantaba al amanecer e inmediatamente visitaba los cuarteles, ocupándose él mismo en enseñar a los oficiales a mandar i a los soldados a obedecer. Presenciaba los ejercicios de los batallones para conocer los progresos que hacian los reclutas i remediar

las faltas que se notaran en el servicio. San Martin se ocupaba al mismo tiempo en acopiar galletas, charqui, frejoles, vino i otras provisiones no solo para el alimento diario de la tropa, sino tambien para las necesidades de la grande espedicion que proyectaba. Con igual empeño reunia pasto seco para los caballos de los granaderos i para las mulas que debia trasportar el armamento del ejército.

Estos trabajos, ejecutados con método i paciencia, hicieron comprender a todos que el Jeneral San Martin era capaz de pasar la cordillera al frente de un ejército libertador. El Gobierno de Buenos Aires tuvo entónces plena confianza en él, le proporcionó dinero i le mandó soldados para que terminase sus preparativos. Así el Jeneral San Martin pudo pasar revista en diciembre de 1816 a un ejército que tenia 5,200 soldados, 1,600 caballos i gran número de mulas. Habia necesitado mas de dos años para formar i equipar este ejército; pero la demora habia servido para adiestrar a los soldados i aumentar las probabilidades de triunfo.

A Santiago habian llegado noticias contradictorias sobre los proyectos de San Martin. Estas noticias eran mandadas por el mismo Jeneral con el doble objeto de asustar al Gobernador Marcó del Pont i de prevenir a los habitantes de

Chile que habia llegado el momento de aprestarse para la lucha. Con frecuencia venian de Mendoza algunos chilenos encargados por San Martin de mandarle informes sobre lo que pasaba en este pais i de preparar las operaciones militares. Esos patriotas vivian ocultos en las casas de sus amigos o viajaban disfrazados por los campos en busca de ausiliares i de recursos. Unos i otros estaban en comunicacion con San Martin por medio de correos que burlaban la vijilancia de los españoles. Los que llevaban i traian estas cartas corrian gran peligro, porque habia pena de muerte contra ellos; pero el patriotismo les movia a desafiar todos los peligros i la astucia les servia para evitarlos. Viajaban de noche por sitios donde no andaban otros viajeros, se disfrasaban de campesinos o peones i atravesaban la cordillera por los pasos mas difíciles donde solo los huanacos podian trepar.

4.—Manuel Rodriguez

EL mas notable de los chilenos que prestaron tan valiosos servicios a la patria fué Manuel Rodriguez, jóven entónces de treinta años de edad. Era hijo de un caballero español establecido en Santiago; pero desde el 18 de setiembre de 1810 se declaró partidario en-

tusiasta de la independencia de Chile i tomó parte en la guerra contra los españoles. Era robusto i bien formado, tenia un valor a toda prueba, manejaba las armas con destreza, montaba a caballo como el mejor jinete, conocia todo el territorio comprendido entre Santiago i Concepcion, i se sentia dominado por un patriotismo ardiente que le daba audacia para desafiar el peligro i valor para esponer la vida en defensa de la libertad.

Manuel Rodriguez pasó tres veces la Cordillera trayendo i llevando noticias como lo deseaba San Martin. Hacia estos viajes a pié vistiéndose unas veces de marinero i presentándose otras veces como vendedor de frutas, de pan o de cualquiera otra cosa. Con estos disfrases llegaba a Santiago, San Fernando, Talca i otras ciudades, se daba a conocer a sus íntimos amigos, recibia noticias de estos i observaba por sus propios ojos todo lo que necesitaba saber. Usaba con recuencia fsotanas, porque la jente era entónces mui devota i nadie sospechaba que alguien se atreviese a vestir ese traje no siendo sacerdote.

Rodriguez no conocia a Marcó del Pont. Para verle de cerca se vistió una mañana como hombre del pueblo i fué a colocarse a la puerta de

la casa del Gobernador. Cuando éste salió para subir al coche que le estaba aguardando, Manuel Rodriguez se acercó a él aparentando mucho respeto i le abrió la portezuela. Rodriguez mostraba con esto un gran valor, porque el mismo Marcó del Pont lo hacia buscar por todas partes para mandarle ahorcar. El Gobernador habia ofrecido mil pesos de premio a quien lo entregase vivo o muerto a Manuel Rodriguez. ¡Cuál habria sido su asombro si hubiera sabido que el audaz i jeneroso patriota, lejos de ocultarse, iba a esperarle en la puerta de su propia casa!

En cierta ocasion Manuel Rodriguez pidió albergue durante la noche a un hombre de campo amigo suyo, que disimulaba su patriotismo desempeñando el cargo de subdelegado con nombramiento de las autoridades españolas. Rodriguez por prudencia dejó en observacion fuera de la casa a dos hombres que le acompañaban. No habian dado las diez cuando uno de estos hombres dió aviso de la aproximacion de una numerosa patrulla de soldados realistas que venian a rejistrar la casa. Rodriguez se creyó perdido, porque no habia donde ocultarse, ni era posible tomar la fuga. Lo que mas le apenaba era el daño irreparable que su presencia allí iba a cau-

sar al dueño de casa. De repente tuvo Rodriguez una feliz idea i dijo a su amigo:—¿Cuántos presos tiene Ud. en el cepo?—Dos borrachos recojidos esta tarde, contestó el subdelegado.—Pues bien, observó Rodriguez, los borrachos son tres; póngame Ud. en el cepo ahora mismo.

Media hora despues el Jefe de la patrulla habia terminado el rejistro de la casa i pidió se le mostrara el cepo; allí encontró tres hombres que estaban durmiendo su borrachera i que fueron insensibles a los puntapiés que él les aplicó para despertarles. Rodriguez hizo su papel con una maestria consumada. Le ayudó en esta circunstancia el traje de campesino que vestia, pues de otro modo hubiera sido inútil su admirable sangre fria para finjirse borracho en presencia de los esbirros que le buscaban con el objeto de ahorcarle.

En uno de sus viajes, cuando venia de Mendoza, Manuel Rodriguez fué detenido por un oficial que con varios soldados estaba de guardia en el camino de la cordillera. Rodriguez, que venia vestido de peon, dijo que andaba buscando trabajo i se ofreció para ayudar a varios obreros que se ocupaban en reparar el camino. Dos dias estuvo trabajando con la pala i la barreta; despues siguió tranquilamente su viaje

a Santiago, pues el oficial no pudo sospechar que un peon tan diestro para el trabajo fuese un patriota tan notable. En esa ocasion Rodriguez traia ocultas en su ropa andrajosa algunas cartas de San Martin i otros papeles de importancia.

5.—El paso de los Andes

Crecida muchedumbre se agolpaba
Cual las ondas del mar en sus linderos;
Infantes i jinetes avanzaban
Desnudos los aceros,
I atónita al sentirlos la montaña,
Bajó la frente i desgarró su entraña!

Dónde van? dónde van? Dios los empuja!
Amor de patria i libertad los guia;
Donde mas fuerte la tormenta ruja,
Donde la onda bravía
Mas rudo azote el piélago profundo,
Van a morir o libertar un mundo!

OLEGARIO V. ANDRADE.

CUANDO el ejército de Mendoza estuvo listo para marchar, fué necesario que la guerra principiase en Chile a fin de distraer la vijilancia que los españoles ejercian en la cordillera. El paso de los Andes por un ejército en tiempo de guerra es mui difícil. Esas inmensas



i elevadas montañas forman como una muralla divisoria que impide toda comunicacion entre Chile i la Arjentina. El frio que se siente en las alturas cubiertas de nieve, las asperezas de los senderos para subir a la cumbre i bajar al lado opuesto, la necesidad de conducir víveres, forrajes para los animales, armas i municiones, todo esto se juntaba para poner dificultades a la marcha del ejército de San Martin. Habia tambien el peligro de que el Gobernador Marcó del Pont mandase soldados españoles para impedir el paso del ejército libertador. Esto podia hacerse con mucha facilidad, porque en algunas partes los patriotas se veian obligados a marchar de uno en uno por la estrechez del sendero. Los caballos i mulas no tenian espacio para dar vuelta i volver atras; la artilleria no podia ser trasportada sino desarmando las cureñas para colocar sus piezas i los cañones sobre los animales de carga. En algunos sitios habrian bastado doscientos soldados españoles para impedir que pasasen los patriotas. Colocados con abundantes municiones en una altura, los realistas habrian podido fusilar a los patriotas en masa sin que estos pudieran defenderse, ni avanzar, ni salvarse en una retirada.

El Jeneral San Martin midió el peligro i con su prudencia acostumbrada tomó toda clase de

precauciones para que no lo atacasen los españoles en el camino. Antes de emprender la marcha mandó algunas partidas de soldados a reconocer los pasos de la cordillera al sur de Santiago. Él estaba resuelto a pasar por Uspallata i llegar a la ciudad de San Felipe; pero queria hacer creer a los españoles que podia pasar por otra parte i con este objeto hacia reconocer la cordillera al sur de Chile por tres puntos diversos. Al mismo tiempo, Manuel Rodriguez i otros patriotas habian organizado grupos de jinetes bien armados para atacar a los realistas en Chile. Estos jinetes entraban en algunas poblaciones de sorpresa, atacaban a los soldados españoles que habia en ellas i los tomaban prisioneros. En una ocasion Manuel Rodriguez se acercó a Melipilla acompañado solo de cuatro jinetes i recorrió las haciendas vecinas en busca de patriotas que le acompañasen a entrar en la poblacion. Pudo juntar cerca de ochenta personas sin armas; solo él i sus cuatro acompañantes llevaban sable i pistola.

A las nueve de la mañana del dia 4 de enero de 1817 Rodriguez llegó con su jente a Melipilla. Todos entraron gritando ¡viva la patria! mueran los godos! El pueblo les siguió por las calles, gritando como ellos, hasta la casa del subdelegado. Rodriguez ordenó a éste que le

hiciese entrega del dinero que habia recojido para mandarlo al gobernador Marcó del Pont. El subdelegado, no pudiendo resistir, porque todo el pueblo ayudaba a Rodriguez, cumplió la órden de éste i puso en sus manos el dinero. Rodriguez se dirijió a la plaza, habló al pueblo en nombre de la patria i le distribuyó el dinero recibido del subdelegado. En la tarde se retiró de Melipilla con sus acompañantes, llevando prisionero a un oficial i un soldado del batallon Talaveras.

La noticia de este suceso llenó de espanto al gobernador Marcó del Pont, que era militar de aparato i no de guerra. El solo sabia vestirse con elegancia, regalarse con buena comida i autorizar a San Bruno para descuartizar a los patriotas. Pero con esto no lograba impedir que el pueblo aguardase a San Martin como a un redentor, ni dominaba tampoco la pavorosa inquietud en que le tenian las noticias sobre la próxima invasion. Marcó del Pont era informado dia a dia de los reconocimientos que San Martin hacia practicar en diversos pasos de la cordillera i se imajinaba que a toda hora i por todas partes los patriotas estaban llegando a Chile. Perturbado con estos temores i lleno de miedo por los atrevidos ataques de Manuel Rodriguez, hizo lo peor que podia hacer: dividió su

ejército para defenderse en todas partes al mismo tiempo i dejó libre el paso de Uspallata por donde vino San Martin con su ejército.

San Martin encontró en el camino pequeñas partidas de soldados realistas i las derrotó fácilmente. Los españoles, por torpeza i descuido del Gobernador, no habian hecho ningun trabajo formal para impedir el paso del ejército libertador. El miedo de Marcó del Pont i su incapacidad militar fueron así mui útiles para el éxito de la espedicion de San Martin.

El 8 de febrero de 1817 el Jeneral San Martin llegó con su ejército a la ciudad de San Felipe. Tomó allí un lijero descanso i al dia siguiente volvió a ponerse en marcha. Los españoles habian reunido sus tropas aceleradamente i el 12 de febrero los defensores de la patria tuvieron la satisfaccion i la gloria de vencerlos en el campo de Chacabuco.

6.—Batalla de Chacabuco

Porfiada era la lid! por las laderas
Bajában los bizarros batallones
I penachos, espadas i cimeras,
Cureñas i cañones,
Como heridos de un vértigo tremendo
En la cima fatal iban cayendo!

Porfiada era la lid! En la humareda,
La enseña de los libres ondeaba
Acariciada por la brisa leda
Que sus pliegues hinchaba;
I al fin entre relámpagos de gloria,
Vino a alzarla en sus brazos la victoria!

OLEGARIO V. ANDRADE.

EL ejército patriota marchaba dividido en dos cuerpos: uno era mandado por el Jeneral O'Higgins i otro por el Jeneral arjentino Soler. San Martin tenia la direccion superior de los dos cuerpos i daba sus órdenes a aquellos por medio de ayudantes escojidos entre los mejores oficiales.

Los españoles, colocados en los cerros de Chacabuco, observaban los movimientos de los patriotas en posiciones mui ventajosas para resistirlos. San Martin dispuso que los dos cuerpos de su ejército avanzasen al mismo tiempo que mientras O'Higgins atacaba al enemigo

por la derecha, Soler le atacase por la izquierda. El Jeneral O'Higgins, que mandaba cerca de la mitad del ejército patriota, avanzó sin tropiezo i empeñó la batalla con los españoles antes que pudiera llegar el Jeneral Soler. O'Higgins animaba con su ejemplo a los soldados, él mismo buscaba el peligro i dirijia personalmente el ataque. Hubo un momento en que O'Higgins, a la cabeza de dos batallones, cargó a la bayoneta sobre los españoles que, en número mui superior, le resistieron a pié firme.

En medio de la confusion producida por este incidente de la batalla, los españoles llegaron a creerse victoriosos; pero O'Higgins reorganizó sus valerosos batallones, ordenó avanzar a los jinetes i repitió con mayor empuje la carga a la bayoneta. En estas circunstancias el mismo Jeneral San Martin acudió en ausilio de O'Higgins i contribuyó con su presencia a dar enerjia a los patriotas.

Los españoles no pudieron rechazar este segundo ataque; sin embargo, se defendieron porfiadamente i conservaron sus posiciones hasta que la llegada del Jeneral Soler con la division de su mando les hizo comprender que estaban perdidos. Una impetuosa carga de los granaderos i cazadores a caballo de esta division decidió la victoria de los patriotas.

Las tropas españolas, puestas en derrota, abandonaron el campo dejando allí sus fusiles, sus cañones i sus víveres. Los oficiales i soldados, perdida la disciplina, huyeron en confuso tropel por el camino que conduce a Santiago. Los patriotas les persiguieron activamente para impedir su reorganizacion i ocupar sin demora la capital. En esta batalla los españoles perdieron 500 hombres entre muertos i heridos i 600 que fueron hechos prisioneros. Los patriotas tuvieron 200 bajas entre muertos i heridos.

Se ha dicho que San Martin ganó la batalla de Chacabuco desde su gabinete de trabajo en Mendoza. Esta es la verdad. Con la prudencia que le era característica, él previó todas las necesidades que tendria su ejército i todos los errores que cometerian las autoridades españolas de Chile. En consecuencia preparó su espedicion de modo que nada le faltase en el camino i fijó hasta la duracion de las marchas del ejército con tanta exactitud como si se tratase del movimiento de los punteros de un reloj.

El 24 de enero de 1817, en víspera de salir de Mendoza, San Martin escribió a un amigo suyo en Tucuman estas palabras: "Para el 6 de febrero estaremos en el valle de Aconcagua i para el 15, ya Chile es de vida o muerte" I como lo dijo lo hizo: el 8 de febrero acampó con su ejér-

cito en San Felipe capital de Aconcagua, i el 12 de febrero devolvió a Chile su libertad en el campo memorable de Chacabuco.

7.—Desinteres de San Martin

Al dia siguiente de la batalla llegó San Martin a Santiago. El Gobernador Marcó del Pont i todas las autoridades habian huido al tener noticia de la derrota. Los habitantes de Santiago quisieron recibir a San Martin con grandes fiestas; pero él no lo permitió, porque era enemigo de la vanidad i no queria que el pueblo creyese que deseaba recibir honores i recompensas.

El 18 de febrero se reunieron las personas mas notables de Santiago para constituir un Gobierno i declararon que "la voluntad unánime era nombrar a don José de San Martin Gobernador de Chile con omnímoda facultad." San Martin se negó a aceptar el mando, porque nada ambicionaba para si mismo siendo su único deseo la libertad de América. Por órden suya volvió a reunirse una asamblea de notables, que proclamó al jeneral O'Higgins jefe del gobierno con el título de Director Supremo de Chile. El primer acto de O'Higgins fué dirijir al pueblo una proclama patriótica en la cual declaraba que la gratitud

de este pais debia ser eterna para „nuestros amigos, los hijos de las provincias del Rio de la Plata, que acaban de recuperarnos la libertad usurpada por los tiranos.„

El cabildo o municipalidad de Santiago ofreció a San Martin diez mil pesos en onzas de oro para que con este dinero cubriese los gastos personales que habia hecho durante la campaña. El jeneral aceptó el regalo; pero, en vez de emplear ese dinero en sus gastos personales, lo destinó a la fundacion de una biblioteca pública en Chile diciendo: „La ilustracion es la llave que abre las puertas de la abundancia.„

San Martin no necesitaba dinero, aunque era mui pobre, porque vivia con mucha economia. Se han conservado las cuentas de sus gastos en aquellos dias tan gloriosos para él i tan provechosos para Chile i la Arjentina. Esas cuentas enseñan que el Gran Capitan americano conservaba su aficion al órden aun en medio de las ajitaciones de la guerra i que su vida como Jeneral en Jefe victorioso, era tan modesta como la del último oficial de su ejército. Impedido por sus ocupaciones de llevar él mismo la nota de sus gastos, como siempre lo habia acostumbrado, encargó este detalle a su capellan, quien tuvo el cuidado de apuntar hasta los mas pequeños desembolsos.

Al llegar a Santiago San Martin no tenia mas ropa que la que llevaba puesta; por sus cuentas se sabe que gastó *once pesos cuatro reales i medio* en mandar componer su capoton de campaña, *cuatro pesos siete reales i medio* en hacer forrar su chaqueta, *veintinueve pesos* en comprar un leviton nuevo, *cuatro pesos* en la compostura de su sombrero militar i *cuatro reales* en una cinta para su reloj.

Gastó tambien *ciento treinta i cuatro pesos*, i este fué su mayor lujo, en tenedores i cucharas de plata, *veintinueve pesos* en vasos para su comedor, *cien pesos* en una docena de sillas para su sala de recibo i *dos pesos cuatro reales* en componer la mesa de su escritorio. En siete meses gastó *veintitres pesos i cuatro reales* en tabaco, que él mismo picaba para hacer sus cigarrillos. Por un sermon predicado en la Catedral de Santiago, dando gracias a Dios despues de la batalla de Chacabuco, pagó al predicador *dos onzas de oro* o sean *treinta i cuatro pesos cuatro reales*.

En música gastó por todo *sesenta i cinco pesos*. En sus cuentas hai ademas una anotacion estraordinaria en estos términos "Por *dos pesos* que se gratificaron al que tocó la guitarra en una noche que se bailó alegre." "Felices tiempos, dice un escritor arjentino, en que las alegrias

de sus poderosos no costaban sino dos pesos al tesoro del pueblo i esto por una sola vez." Felices aquellos tiempos de hombres probos i económicos que no malgastaban ni un solo centavo de las rentas públicas! Felices tiempos aquellos en que la patria podia enorgullecerse por el valor i las virtudes de sus hijos!

San Martin desdeñaba el dinero i tambien los honores. En noviembre de 1816, cuando organizaba el ejército libertador, llegó a sus oidos que algunas personas le creian ambicioso de mando. Entonces hizo esta declaracion, que se publicó en un diario de Buenos Aires: "Protesto a nombre de la independencia de mi patria no admitir jamas mayor graduacion que la que tengo, ni obtener empleo público, i el militar que poseo renunciarlo en el momento en que los americanos no tengan enemigos."

Despues de la batalla de Chacabuco el Gobierno de Buenos Aires dictó un decreto dándole el grado de Brigadier de los ejércitos de la Patria. San Martin se negó a aceptar este ascenso en virtud de su promesa anterior i dijo, con tal motivo, que nunca debe permitirse la presencia en el ejército de "un oficial que no sabe cumplir lo que promete."

8.—Carácter i costumbres de San Martin

SAN Martin era terco i severo como militar; pero, en su trato privado, era afectuoso i de jenio festivo. Cuando estaba de buen humor le gustaba hacer bromas aun tratándose de las cosas mas sérias.

Se recuerdan muchos actos suyos que dan a conocer estas opuestas cualidades de su carácter.

Cuando organizaba el ejército libertador en Mendoza se presentó un dia en su despacho un oficial i, saludándole militarmente, le dijo:

—Necesito hablar con D. José de San Martin, no con el Jeneral ¿Me permite Ud. hacerlo?

—Hable Ud., contestó San Martin.

—Señor, dijo el oficial, mi honor i mi vida dependen de Ud. Anoche he perdido en el juego dos mil pesos que no eran mios. Este dinero me lo habia entregado mi Comandante para pagar varias cuentas del batallon. Ruego a Ud. tenga compasion de mí i me ayude a salvarme. Le juro que no soi vicioso; esta es la única vez que he jugado i nó volveré a hacerlo. Mas me aflijo por mi padre que por mí: él es un hombre anciano i tan honrado que se morirá de vergüenza si se publica mi falta.

—Basta! esclamó San Martin, i abriendo un cajon de su escritorio, sacó dos mil pesos, los entregó al oficial i le dijo:

—Vaya Ud. a pagar las cuentas de su batallon i guarde el mas profundo secreto sobre lo que acaba de decirme. Tenga Ud. mucho cuidado, porque si el Jeneral San Martin sabe que Ud. habla de esto, le mandará fusilar en el acto.

Cierto dia San Martin fué a visitar el cuartel de un rejimiento de artilleria en Santiago. Recorrió todos los departamentos del cuartel examinando las armas, revisando las camas i las mochilas de los soldados, pidiendo informes sobre la comida que se les daba i sobre el estado de los enfermos. Cuando ya se retiraba vió una puerta custodiada por un centinela.

—¿Qué es aquello? preguntó.

—El departamento de la pólvora, donde se prepara la carga para los cañones, le contestó un sarjento.

Sin preguntar mas, San Martin se dirijió a la puerta i quiso entrar. El centinela le cerró el paso diciéndole:

—Alto, señor, no se puede pasar.

—Cómo es esto! esclamó San Martin. ¿No sabe Ud. que soi el Jeneral en Jefe?

Junto con decir estas palabras San Martin hizo ademan de pasar adelante; pero el centinela se mantuvo firme en su puesto i gritó:

—Cabo de guardia! el Jeneral quiere forzar el puesto!

El cabo se acercó corriendo i dijo a San Martin:

—Mi Jeneral, el centinela tiene órden de impedir que se pase al departamento de la pólvora con zapatos por temor de un incendio. Si Ud. quiere entrar, sírvase venir conmigo a mudar el traje para que pueda hacerlo en la forma permitida.

San Martin siguió al cabo, entró en una habitacion, cambió sus zapatos por un par de zapatillas i puso un traje de brin sobre su uniforme de Jeneral. En seguida volvió a la puerta donde estaba el centinela i este le dejó pasar.

Al retirarse del cuartel, San Martin ordenó que el centinela fuese a verle en su despacho cuando terminase la guardia.

Así se hizo. El soldado se presentó al Jeneral, que le recibió cortesmente, aplaudió su conducta i le regaló una onza de oro, moneda cuyo valor equivalia a mas de cuarenta pesos de la moneda actual.

•

La mujer de un sarjento que estaba arrestado por faltas en el servicio, presentó al Jeneral una

solicitud pidiendo el perdon de su marido. San Martin escribió al pié de la solicitud estas palabras: "No me entiendo con mujeres, sino con soldados sujetos a la disciplina militar."

Un oficial solicitó en Mendoza aumento de racion porque su sueldo no le alcanzaba para sostenerse. San Martin escribió este decreto: "Extráñase el desahogo con que aspira el suplicante a gravar al Estado en medio de las mas graves i apuradas urjencias públicas, cuando todos los jefes i oficiales sufren iguales privaciones."

Una chacarera estaba acusada ante las autoridades militares de haber "hablado contra la patria." El Jeneral la dejó en libertad ordenándole que "entregase diez docenas de zapallos que el ejército necesitaba para su rancho."

Mientras San Martin preparaba en Mendoza la espedicion a Chile, un candoroso sacerdote de Santiago, el padre Zapata, predicaba contra él i decia desde el púlpito que era un hereje, un condenado, que no debia llamarse San Martin,

sino Martin en recuerdo del otro hereje Martin Lutero.

Estando San Martin victorioso en Santiago, alguien le contó la ocurrencia del predicador. El Jeneral, que estaba de buen humor, hizo traer a su presencia al sacerdote, se finjió mui irritado i le dijo:

—Por haber cambiado mi apellido, tendrá Ud. el mismo castigo. En adelante se llamará Ud. el padre Pata, en vez del padre Zapata. Cuidado con olvidarlo, porque le mando fusilar!

El tímido sacerdote se retiró lleno de susto no comprendiendo que aquello era una simple burla. Al salir a la calle un amigo suyo le llamó por su nombre. El fraile aterrado le tapó la boca i le dijo en voz baja: ¡Nó, no soi el padre Zapata, sino el padre Pata! Me va en ello la vida!

San Martin, en tanto, quedaba riéndose del espanto del padre i hasta los últimos años de su vida recordaba alegremente la chistosa escena.

En esa misma época San Martin mandó componer el capote de campaña i la casaca con que habia pasado la cordillera i peleado en Chacabuco. Un tendero español que vió esas prendas en la tienda del sastre, llevó a este una pieza de buen paño para que hiciese ropa nueva a San

Martin, creyendo que de este modo se ganaba el aprecio del Jeneral. Sabedor San Martin de la ocurrencia, ordenó al sastre que hiciese ocho fracs i obligó al español, "para que otra vez no fuese tonto," a ponerse un frac cada dia durante una semana, a pasar por la casa de Gobierno con ese traje i hacer una cortesia al enfrentar la ventana de su despacho.

¡Con estas humoradas tomaba venganza el vencedor de las crueldades que cometieron los españoles durante la reconquista!

"Solo un escarmiento se hizo, dice Mitre en la Historia de San Martin. El feroz San Bruno, manchado con los asesinatos alevosos de los prisioneros en la cárcel de Santiago i que habia oprimido barbaramente a la poblacion, fué tomado prisionero en Chacabuco, sometido a juicio, condenado a muerte i ejecutado en la plaza pública. Fué justicia!"

San Martin tenia por costumbre levantarse a las cuatro de la mañana. Inmediatamente se ponia a trabajar. Una hora mas tarde se presentaba su secretario para escribir las cartas, decretos e instrucciones que fuesen necesarias.

Despues de las diez recibia al jefe de Estado Mayor, a los comandantes de los batallones i a todas las personas que necesitaban verle. Atendia con igual cortesia a cuantos llegaban a su despacho, no haciendo diferencia entre los ricos i los pobres, i resolvia siempre con justicia los reclamos que se le presentaban.

Tomaba su almuerzo a la una del dia en la cocina. El mismo elejia dos platos, jeneralmente puchero i asado, i un poco de dulce. Le servian en una pequeña mesa i allí le pasaban aviso de los que solicitaban verle. Cuando se le anunciaban personas de su confianza, las recibia en ese humilde sitio i conversaba alegremente con ellas.

Poco mas tarde se servia en el comedor una mesa abundante para los jefes principales del ejército i otras personas a quienes invitaba San Martin. Este se sentaba tambien a la mesa, pedia una taza de café i tomaba parte con familiaridad en las conversaciones de sus invitados. No volvia a tomar alimento hasta las 10 de la noche, hora en que se servia una lijera colacion cuando ya se habian retirado sus visitas.

Su traje era mui sencillo. Para presentarse en público vestia el uniforme de Granaderos a Caballo, el mas modesto de todo el ejército, sin adornos, ni bordados. Para estar en casa usaba

en el verano una chaqueta larga de paño azul, i en el invierno, un leviton grueso, del mismo color, que le llegaba hasta los tobillos. Los muebles de su dormitorio correspondian a esta sencillez de sus costumbres: eran un angosto catre de campaña, un pár de sillas i una mesa con útiles para lavarse.

El Jeneral San Martin era tambien el mas leal de los hombres. Jamas prometió cosa alguna que no cumpliera con relijiosa exactitud. Su palabra era sagrada. Todos los individuos del ejército tenian una fé ciega en sus promesas. Decir la verdad, cumplir el deber, respetar la palabra empeñada, fueron tres reglas de las cuales nunca se apartó San Martin.

9.—Trabajos del Jeneral Carrera

DURANTE los dos años i medio que San Martin empleó en organizar el Ejército libertador de Chile, el Jeneral Carrera se ocupó tambien en preparar planes destinados al mismo fin. En Buenos Aires trabajó con mucho empeño para conseguir que el Gobierno le diese armas i le permitiese reunir algunos soldados. Su propósito era pasar a Chile por la cordillera de la provincia de Coquimbo, organizar allí un pequeño ejército con las armas que llevara de

Buenos Aires i abrir nueva campaña contra las autoridades españolas que dominaban en todo el pais despues de la batalla de Rancagua. Pero sus trabajos fueron estériles. Nada consiguió del Gobierno de Buenos Aires, que le consideraba, lo mismo que San Martin, como un peligro para el buen resultado de la espedicion libertadora que se estaba preparando en Mendoza.

Cuando Carrera se convenció de que perdia su tiempo en Buenos Aires, formó otro proyecto para servir a Chile. Haciendo el sacrificio de separarse de su esposa i de su hija, recien nacida, se embarcó con destino a los Estados Unidos en busca de ausilios para renovar la guerra. No tenia dinero, no conocia en los Estados Unidos sino a dos personas que habian estado en Chile cuando él gobernaba, i no sabia hablar el ingles. Parecia, pues, imposible que el Jeneral Carrera consiguiese lo que deseaba. Sin amigos i sin dinero ¿cómo habia de adquirir armas i buques que valian muchos miles de pesos? Sin embargo, pudo vencer todas las dificultades. Vivió un año en aquel pais, logró adquirir buenas relaciones, aprendió el idioma i por fin tuvo la felicidad de encontrar hombres jenerosos que le ayudasen en su patriótica empresa.

En diciembre de 1816 el Jeneral Carrera partió de Estados Unidos a bordo de la corbeta *Clifton* armada en guerra para servir a la independencia de Chile. Le acompañaban otras embarcaciones con un valioso cargamento de armas. Esta escuadrilla se dirijió a Buenos Aires para tomar noticias sobre la situacion de Chile i preparar el viaje al Pacífico dando la vuelta al cabo de Hornos.

Acababa de llegar Carrera a Buenos Aires cuando se recibió en esa capital la noticia de la batalla de Chacabuco, ganada por San Martin contra el ejército español de Chile el 12 de febrero de 1817. Esta victoria fué celebrada por el pueblo arjentino como una gloria nacional. En verdad, el paso de los Andes, la derrota de los españoles i la independencia de Chile, junto con hacer famoso a un Jeneral arjentino, aseguraban tambien la independencia de aquella república. Era natural, por consiguiente, que tales sucesos fuesen celebrados en Buenos Aires con gran regocijo.

El gobierno de Buenos Aires temió que la presencia de Carrera en Chile pusiese en peligro el órden público. La conocida enemistad de Carrera con San Martin i O'Higgins podia ser oríjen de nuevas revoluciones. Por esto se negó a permitirle que continuara viaje al Pacífico

con la espedicion organizada en Estados Unidos. Carrera, dominado por un sentimiento de indignacion, formó el proyecto de ponerse en viaje sin permiso; pero fué reducido a prision, encerrado en un cuartel i conducido despues a bordo de un buque, de donde se fugó con direccion a Montevideo.

10.— Combate de Gavilan

LOS soldados realistas, fujitivos despues de la batalla de Chacabuco, llegaron desordenadamente a Valparaiso. Los que pudieron hacerlo, se embarcaron, en la mayor confusion, a bordo de algunas naves españolas fondeadas en el puerto. Pero la mayor parte tuvieron que quedarse en tierra, por falta de capacidad en los buques para recibirlos; desesperados estos con su mala suerte, se entregaron a los mas violentos excesos, saqueando los almacenes i las habitaciones, matando a los vecinos pacíficos i poniendo fuego a los edificios. En su furor contra los compañeros de armas i de derrota que habian logrado embarcarse, dispararon contra los buques, que se ponian en marcha, los cañones de los castillos que defendian el puerto.

Pronto se restableció el órden en tierra con la llegada de tropas i autoridades patriotas. Los

realistas embarcados siguieron viaje al norte con rumbo al Callao. Pero el Virei del Perú les hizo un recibimiento mui duro: les reprochó el haberse alejado de Chile, en vez de ir a juntarse con las tropas realistas que habia en Talcahuano, i les obligó a hacerse de nuevo a la mar con rumbo al sur. El 1.º de mayo de 1817 llegaron a Talcahuano los derrotados de Chacabuco para reforzar la guarnicion del Coronel Ordoñez, jefe de mérito sobresaliente que estaba resistiendo a los patriotas i organizando un ejército para salir a campaña contra estos.

Los patriotas, mandados por un notable jefe arjentino, el coronel Las Heras, tenian su campamento entre el pueblo de Penco i la ciudad de Concepcion, en un sitio llamado Gavilan. Su número era escaso para atacar con éxito a Ordoñez que estaba atrincherado en Talcahuano i tenia a sus órdenes tropas veteranas. Por tal motivo el Director Supremo salió de Santiago con 600 soldados para dar impulso a las operaciones en el sur hasta terminar la guerra.

En esas circunstancias recibió Ordoñez el ausilio de los 1,600 hombres que el Virei del Perú hizo regresar del Callao. Sabedor de la aproximacion de O'Higgins, el jefe español se apresuró a ordenar un ataque contra el campamento de Las Heras en la confianza de que este, por la sor-

presa i por la inferioridad numérica, seria incapaz de resistirle. Pero el jefe patriota era tan valeroso como esperto en las operaciones de guerra; luego que observó la llegada a Talcahuano de buques con refuerzos, comprendió que los enemigos le traerian sin demora un formidable ataque i mandó repetidos avisos a O'Higgins para que avanzase con mas rapidez: «Al alba pienso ser atacado, le escribia en la tarde de 4 de mayo i si V. E. no acelera su marcha a toda costa en ausilio de estas divisiones, pudiera tener un fatal resultado para el pais.»

En la misma noche del dia 4 de mayo Ordoñez puso en movimiento su ejército, despues de haber adoptado con suma prudencia las disposiciones mas eficaces para envolver el campamento patriota i atacarle al amanecer del dia 5 por los dos flancos. Un destacamento de caballeria recibió órden de acampar a retaguardia de los patriotas para cortarles la retirada.

La pericia militar de Ordoñez fué burlada por la habilidad no inferior del coronel Las Heras. Este, que habia previsto el ataque, lo aguardaba con ánimo firme i con sus tropas bien colocadas para la defensa. Las tropas realistas se movieron con regularidad e iniciaron la batalla con un avance vigoroso de la division que mandaba Ordoñez contra el flanco izquierdo

de los patriotas. La artilleria de estos detuvo a los realistas en su marcha e introdujo el desórden en sus filas. Reorganizados por Ordoñez, los enemigos volvieron con mas brios al ataque; pero el coronel Las Heras tomó entónces la ofensiva i, por medio de maniobras diestramente ejecutadas por su infanteria i su caballeria, puso de su parte las probabilidades del triunfo.

En tanto la otra division realista, mandada por el coronel Morgado, habia roto sus fuegos contra el flanco derecho de los patriotas. El Comandante Freire rechazó este ataque i desbarató por completo al enemigo con una impetuosa carga a la bayoneta. Este descalabro decidió a Ordoñez, que aun resistia con su division, a ponerse en retirada. Eran las 10 de la mañana cuando los patriotas cantaron victoria. A esa hora llegaban tambien al campo de batalla dos compañias de la division de O'Higgins, que este habia hecho avanzar a marchas forzadas.

Este triunfo, que salvó a los patriotas de un peligro mui grave, colocó al coronel Las Heras en el número de los mas esclarecidos servidores de la independencia chilena.

11.—Sitio i asalto de Talcahuano

EL coronel Ordoñez, rechazado con grandes pérdidas en la accion de Gavilan, volvió a refujiarse en su campamento fortificado de Talcahuano. El Jeneral O'Higgins, asumiendo el mando en jefe de los patriotas, puso sitio a esta plaza i pidió refuerzos a Santiago para tomarla por asalto. Mientras los realistas ocuparan a Talcabuano la independencia de Chile estaba amenazada, porque el Virei del Perú, dueño del mar, podia enviar armas i tropas para proseguir la guerra. De consiguiente era indispensable desalojar a los realistas de aquella posicion tan ventajosa. La empresa ofrecia, sin embargo, muchas dificultades, porque Chile, habiendo sufrido tantos años de guerra, carecia de armas i de dinero para equipar las tropas que se necesitaban.

Haciendo grandes sacrificios, los patriotas, al cabo de cinco meses, pudieron reunir frente a Talcahuano un ejército de 3,700 hombres bien disciplinados. Despues de numerosos combates parciales, que pusieron a prueba el valor i la pericia de los combatientes de uno i otro campo, el Jeneral O'Higgins resolvió hacer un esfuerzo supremo i ordenó que el 6 de diciembre, a las 2 de la mañana, se efectuase un ataque jeneral contra la plaza.

El plan del ataque fué formado por el Jeneral Brayer, militar frances que se distinguió a las órdenes de Napoleon i que vino a Chile a prestar sus servicios a favor de la independencia cuando salió de su patria desterrado. En cumplimiento de las instrucciones de Brayer el ejército patriota se dividió en tres brigadas: la primera, al mando del coronel Las Heras, para tomar por asalto las baterias de la izquierda española, que eran las mas formidables; la segunda, a las órdenes del Coronel Pedro Conde, para simular un ataque sobre las baterias del centro i asaltar las de la derecha; la tercera brigada, compuesta de cazadores i granaderos a caballo a las órdenes del Comandante Freire, para penetrar en la plazá enemiga una vez que el coronel La Heras se hubiese apoderado de las baterias de la izquierda.

Con su acostumbrada bravura Las Heras avanza, a la cabeza de su columna, hasta las baterias enemigas, "aplica las escalas de asalto, trepa a la muralla, se posesiona del morro, bayonetea la mayor parte de la guarnicion, pone en fuga a otra, obliga al resto a precipitarse al mar i, cumpliendo su palabra i sus instrucciones, lanza desde lo alto de la bateria, por la boca de sus valientes soldados, el grito de *¡Viva la Patria!*" Pero allí le fué forzoso detenerse sin

completar su triunfo, porque habia en el terreno una cortadura natural i los realistas alzaron el puente levadizo que servia para pasar de un lado a otro. Entre tanto el ataque de la segunda brigada patriota a las baterias de la derecha española habia fracasado i Ordoñez pudo concentrar sus fuegos sobre la heroica brigada de Las Heras. Viendo O'Higgins que la resistencia de esta brigada era un sacrificio estéril, le mandó órden de retirarse. La retirada ‹‹era en aquellos momentos, tan peligrosa como el asalto; pero Las Heras, con imperturbable sangre fria, se mantuvo a la altura de aquel difícil trance. Mandó primeramente poner en salvo sus heridos, clavó los cañones de que se habia apoderado i conduciendo los prisioneros tomados en la jornada, salió batiendo marcha bajo los fuegos de todas las baterias.›› Ordoñez, en su parte oficial del combate, dió testimonio del valeroso comportamiento de la brigada de Las Heras, diciendo: ‹‹Al cabo de cuatro horas de un obstinado fuego por una i otra parte, comenzó a salir el enemigo en retirada por el mismo punto por donde entró i en la formacion de columna por compañias.››

12.—Declaracion de la Independencia

UN mes mas tarde, en enero de 1818, arribaba a Talcahuano un convoi que traia del Callao 3,400 veteramos a las órdenes del Jeneral Osorio, el vencedor de Rancagua, designado por el Virei del Perú para hacer por segunda vez la reconquista de Chile. El ejército patriota acababa de levantar el sitio de Talcahuano i se dirijia al norte para reunirse con las tropas que estaban a las órdenes de San Martin. La nueva campaña iba a ser decisiva para el porvenir de la República: de ella dependeria el éxito final de las operaciones realizadas por el ejército libertador de Mendoza.

El Director Supremo estimó oportuno renovar en aquellas circunstancias, al frente del enemigo, el juramento de morir en defensa de la libertad de la patria. Al efecto dispuso que el 12 febrero de 1818, primer aniversario de Chacabuco, se proclamase con toda solemnidad la absoluta Independencia de Chile. O'Higgins i sus Ministros firmaron un documento para «declarar solemnemente, a nombre de los pueblos en presencia del Altísimo i hacer saber a la gran confederacion del jénero humano, que el territorio continental de Chile i sus islas adyacentes forman de hecho i por derecho un estado libre, indepen-

diente i soberano i quedan para siempre separados de la monarquia de España." A fin de que esta declaracion fuese confirmada por la voluntad del pueblo, se invitó a los ciudadanos a suscribirla i en Santiago las autoridades hicieron público juramento de respetarla i hacerla cumplir.

La ceremonia se celebró en la plaza principal en presencia de un pueblo numeroso i del ejército. A las nueve de la mañana del 12 de Febrero subió a un tablado la comitiva oficial. El presidente de la Municipalidad llevaba una bandera arjentina, i el representante del Gobierno de Buenos Aires llevaba una bandera chilena, presentando unidas las dos insignias en prenda de fraternidad. El Ministro de Estado, Miguel Zañartu, leyó el acta que declaraba la Independencia i en seguida el Director Supremo, poniéndose de rodillas i colocando sus manos sobre los Santos Evanjelios, hizo este juramento: "Juro a Dios i prometo a la Patria bajo la garantia de mi honor, vida i fortuna, sostener la presente declaracion de Independencia absoluta del estado chileno de Fernando VII, sus sucesores i de cualquiera otra nacion estraña." El Obispo hizo igual juramento agregando: "*I así lo juro por que creo en mi conciencia que esta es la voluntad del Eterno.*" San Martin juró tambien la Independencia en su carácter de Jeneral

en Jefe del Ejército chileno-arjentino, libertador de la patria.

13.—Sorpresa de Cancha Rayada

LAS operaciones militares eran desarrolladas con igual actividad por los dos ejércitos enemigos. Los patriotas se retiraron al norte abandonando a Talca, que fué ocupada por Osorio el 4 de marzo. Los realistas, creyendo que la retirada de los patriotas era una confesion de debilidad, se sentian seguros del triunfo; pero sufrian en esto un engaño, porque San Martin, con plena confianza en sus fuerzas, estaba ejecutando una série de movimientos hábilmente dirijidos para envolver a los realistas i obligarles a aceptar la batalla en condiciones que les fueran adversas.

Por fin el 19 de marzo San Martin tuvo la satisfaccion de ver realizados sus planes, obligando al ejército de Osorio a aceptar la batalla en las inmediaciones de Talca. Era tarde ya para comprometer la accion, de suerte que fué necesario resignarse a no romper los fuegos hasta la madrugada del dia 20. Todo hacia esperar que en ese campo, llamado Cancha Rayada, se obtendria la victoria final de la guerra de la independencia chilena, porque las ventajas del terreno, de la direccion superior i de la calidad de

la tropa estaban de parte del ejército libertador.

Los jefes españoles comprendieron el peligro i trataron de conjurarlo por medio de un golpe de audacia. Por consejo de Ordoñez, resolvieron hacer un movimiento inmediato para caer de sorpresa sobre los patriotas en la oscuridad de la noche. El mismo Ordoñez fué el director de esta maniobra tan difícil como atrevida.

El Jeneral San Martin habia ordenado al anochecer que sus tropas cambiasen de alojamiento, pues temia que el enemigo buscase la salvacion en un ataque de sorpresa. Los patriotas estaban principiando a ejecutar el movimiento ordenado por San Martin, cuando los españoles cayeron sobre ellos i los envolvieron en una confusion espantosa. En la oscuridad era imposible distinguir al amigo del enemigo, saber por donde venia el ataque i conservar los batallones en formacion. Al Jeneral O'Higgins le tocó la peor parte en la pelea. El mandaba, como en Chacabuco, la mitad del ejército i con estos soldados tuvo que hacer frente a todo el ejército español. En medio del combate su caballo fué muerto de un balazo. O'Higgins montó en el caballo de uno de sus ayudantes i se puso en salvo despues de recibir un balazo en el brazo derecho.

La otra mitad del ejército patriota, que estaba a corta distancia, no pudo tomar parte en la

lucha, por que la oscuridad no le permitia distinguir a los españoles i, si hacia fuego, podia herir a los soldados de O'Higgins en vez de ofender a los enemigos. El Coronel Las Heras, jefe de esa division, prestó un gran servicio conservándola bien organizada i retirándose con ella al norte.

San Martin i O'Higgins se dirijieron a San Fernando para reunir allí a los patriotas dispersos i reorganizar los batallones deshechos en la sorpresa de Cancha Rayada. Este trabajo dió mui buenos resultados, gracias a la salvacion de los 3,000 hombres que mandaba el Coronel Las Heras. Esta division inspiró nueva confianza a los patriotas, reanimó los espíritus abatidos por el desastre i puso a San Martin en situacion de impedir que los españoles victoriosos marchasen sobre Santiago.

Los españoles salieron de Talca dos dias despues de la sorpresa de Cancha Rayada con la esperanza de llegar sin tropiezos a la capital. Ellos creian que San Martin i O'Higgins no podrian reorganizar su ejército, i ya daban por seguro el restablecimiento del Gobierno del Rei.

Los jenerales patriotas se habian trasladado a Santiago con las tropas reunidas en San Fernando i allí trabajaba sin descanso para aumentar el ejército, para juntar caballos i para tener gran

cantidad de víveres, de pólvora i de balas. Al cabo de una semana ya habia en la capital cerca de cinco mil soldados para hacer frente al enemigo. El Jeneral O'Higgins estaba enfermo a consecuencia de la herida que recibió en Cancha Rayada; pero eso no le impedia ocuparse con todo empeño en la defensa de la patria. Por otra parte San Martin, como Jeneral en jefe, hizo uso, en esas circunstancias tan difíciles, de toda la enerjia de su noble carácter i de toda la fuerza de su intelijencia para salvar su obra de la destruccion que la amenazaba.

14.—Batalla de Maipo.

A la hidra que vomita
Por millares de bocas cruda muerte
El hercúleo campeon se precipita,
Su gran maza levanta,
I la tiende mortal bajo su planta.

Así fué la jornada
De las célebres márjenes del Maipo,
En donde fuiste ¡Oh Patria! coronada
De lauro inmarcesible
Por San Martin i su lejion terrible.

VICENTE LOPEZ I PLANES.

SAN Martin salió de Santiago con el ejército patriota, acampó al sur de la ciudad en el llano de Maipo i allí hizo los trabajos necesarios para rechazar al ejército realista que se acercaba a la capital.

Los españoles llegaron al llano de Maipo a principios de abril de 1818. El dia 5 del mismo mes los dos ejércitos estaban ya preparados para empeñar la batalla. Los dos ocupaban fuertes posiciones en las lomas que circundan el llano de Maipo, quedando entre ellos un terreno plano que en su parte mas ancha media escasamente mil metros. A las doce del dia el Jeneral San Martin mandó disparar sus cañones sobre el enemigo con el propósito de obligarle a desalojar sus posiciones i bajar al llano para tomar la ofensiva; pero los realistas contestaron tambien con su artilleria sin dar señales de moverse.

Mientras tronaba el cañon en los dos campos San Martin ordenó que algunos batallones patriotas marchasen de frente a atacar a los realistas. Dos escuadrones de estos quisieron impedirles el paso; pero los Granaderos i los Cazadores patriotas clavaron las espuelas a sus caballos i les salieron al encuentro. El choque de los jinetes fué violento i desastroso. Peleando de hombre a hombre con sus afilados sables, se causaban heridas profundas i regaban el campo con su sangre. Los caballos de los soldados que caian moribundos aumentaban la confusion corriendo desbocados en todas direcciones. Tras larga i porfiada pelea, los jinetes españoles se retiraon en completa derrota.

Entre tanto, los batallones de infanteria se disputaban con furor la victoria. Los españoles hicieron esfuerzos sobre humanos en esta parte dela batalla para afianzar las ventajas que habian alcanzado en el Sur; pero los patriotas no fueron menos valientes que ellos i durante un largo rato el éxito de la batalla estuvo indeciso entre tan esforzados adversarios. Los dos ejércitos parecian iguales en disciplina i en valor; despues de cuatro horas de batalla, aun no habia vencedor ni vencido, porque las pérdidas de unos i otros estaban equilibradas. Pero al caer la tarde, el empuje de los patriotas fué irresistible i obligó a los españoles a retroceder en desórden.

San Martin, en cuanto vió que la victoria se pronunciaba a su favor, ordenó que los jinetes patriotas entrasen nuevamente en accion. Los comandantes Freire i Bueras cumplieron esta órden cargando sobre el enemigo a la cabeza de los Cazadores de los Andes i los Lanceros de Chile. El comandante Bueras recibió un balazo que le dejó muerto en medio del combate. Sus soldados supieron honrar su memoria i pelearon hasta el último momento con el valor de que él les habia dado noble ejemplo.

A las seis de la tarde la batalla estaba ganada por San Martin. En el campo quedaron mil ochocientos cadáveres de uno i otro ejército. Los

patriotas tomaron mas de 1.300 prisioneros. Tambien tomaron los estandartes de todos los batallones españoles, sus cañones, sus fusiles i una gran cantidad de municiones i víveres. En los momentos en que se pronunciaba la victoria llegó al campo de batalla el Jeneral O'Higgins con una parte de la guarnicion de Santiago. El Director Supremo se habia quedado en la capital por causa de la herida que recibió en Cancha Rayada; pero le fué imposible dominar sus patrióticos sentimientos i montó a caballo para ser testigo a lo ménos de la heróica contienda. Al ver que el triunfo estaba asegurado O'Higgins se adelantó de un galope al encuentro de San Martin i abrazó a éste diciéndole:—¡Gloria al salvador de Chile!—San Martin, señalando la venda ensangrentada que envolvia el brazo derecho de O'Higgins, le contestó:—Jeneral, Chile no olvidará jamas el sacrificio que U. hace presentándose herido en el campo de batalla!

15.—Asesinato de Manuel Rodriguez

EL Jeneral O'Higgins empañó sus glorias de soldado i comprometió su honra de gobernante por no haber evitado un hecho que la historia condena con severa justicia.

Manuel Rodriguez, el atrevido patriota que vino a Chile a organizar guerrillas para facilitar

el paso de los Andes por San Martin, el noble ciudadano que acababa de batirse valerosamente en la batalla de Maipo, fué apresado el 17 de Abril de 1818 por el delito de promover reuniones contra el Gobierno i de pedir que se llamase al pueblo a elecciones i se dictase una constitucion.

En verdad el momento no era oportuno para promover divisiones políticas en Chile. Los españoles estaban vencidos; pero eran dueños del Perú i allí podian organizar otros ejércitos, como ya lo habian hecho, para traer nuevamente la guerra. San Martin tenia por esto el propósito de ir al Perú a la cabeza de un ejército libertador para espulsar de allí a los españoles. O'Higgins, obedeciendo al mismo pensamiento, solo se ocupaba en preparar esta espedicion. Para trabajar con provecho i para constituir un buen Gobierno, despues de ocho años de guerra, O'Higgins necesitaba estar tranquilo i tener en sus manos una autoridad que fuese respetada por todos los chilenos. Ademas, no era esta la primera vez que Manuel Rodriguez fomentaba la division entre los patriotas. Poco despues de la batalla de Chacabuco cometió la misma falta, por lo cuál fué perseguido i tuvo que ocultarse. Entónces debió su libertad a San Martin, que fué bastante jeneroso para escusarle i permitirle que se reincorporase al ejército.

Con tales antecedentes O'Higgins juzgó necesario mostrarse mui severo. Hizo aprehender a Manuel Rodriguez, que se habia presentado frente a la Casa de Gobierno encabezando un tumulto, i le mandó encerrar en el cuartel de los Cazadores. Al cabo de un mes este cuerpo recibió órden de trasladarse a Quillota i partió al pueblo de su destino llevando a Manuel Rodriguez en calidad de prisionero. En el camino un oficial, que estaba encargado de custodiar a Rodriguez, atacó a este traidoramente i lo mató de un tiro de pistola. Un sarjento i un cabo mutilaron el cadáver a bayonetazos. Este horrendo crímen, ejecutado con premeditacion i alevosia, tuvo lugar el 24 de mayo de 1818 en la aldea de Tiltil donde mas tarde se ha erijido una columna de granito en recuerdo de la víctima.

"La noticia de este suceso, dice un historiador, se divulgó al dia siguiente por la capital; pero nadie queria creerla, porque nadie consideraba posible monstruosidad semejante. Un amigo de Rodriguez fué inmediatamente al sitio de la catástrofe; pero, no pudiendo averiguar nada con certeza, regresó a Santiago, i al otro dia volvió a salir con otros muchos patriotas no menos impacientes que él por saber la realidad. Convencidos desgraciadamente de ella, se fueron a Santiago donde se esparció la mayor consternacion. La opinion pública vió en esta

muerte un verdadero asesinato i acusó como autor de él a O'Higgins.»

Los amigos del Gobierno pretendieron que Rodriguez intentó fugarse i que el oficial le mató en cumplimiento de su deber militar. Esta escusa no engañó a nadie. En esos mismos dias habian sido fusilados en Mendoza Juan José i Luis Carrera. El pueblo comprendió por estos hechos que O'Higgins i sus consejeros estaban resueltos a ser severos, hasta la injusticia i la crueldad, para evitar nuevas guerras civiles.

El propósito de evitar las guerras civiles era bueno para el pais i tambien era justo. Pero eso no bastaba para autorizar el crímen i siempre en Chile serán condenados los gobernantes que permitieron o no quisieron evitar el asesinato de Manuel Rodriguez.

A Manuel Rodriguez

En la inauguracion de su monumento

La gloria i el pesar hoi se dividen
El corazon i el alma del patriota
I vibra el aire una doliente nota
Eco eternal de inestinguible amor.

Rodriguez inmortal, los nobles hijos
De aquellos que salvaste con tu arrojo
Hoi visitan tu mísero despojo
I lágrimas te ofrecen de dolor.

Despareciste... ¡Oh Dios! pasion traidora
Te dió muerte alevosa i simulada...
En silencio por tí la patria amada
No cesó largos años de jemir.

¡Oh memoria de duelo i amargura!
¡Mengua que no redime inútil lloro!
¡Oh de cuanta virtud rico tesoro
Arrebatado en flor al porvenir!

Caiga al sombrio velo del olvido
Sobre este cuadro de dolor profundo,
I tiemble el héroe, aunque le admire el mundo
Si un crímen ha manchado su blason...

Mas tu, Rodriguez, vive glorioso,
Que en este suelo donde mártir fuiste
A tu alto nombre, a tu recuerdo triste
Un santuario ha erijido el corazon.

MERCEDES MARIN DE SOLAR.

16.—Fusilamiento de los Carreras

MIENTRAS el Jeneral Carrera estaba en Montevideo, sus hermanos Juan José i Luis se pusieron en marcha para Chile con el objeto de hacer una revolucion contra San Martin i O'Higgins. Cuando el Jeneral tuvo noticias de este viaje dijo: "Mis hermanos se pier-

den. No son hombres para estas empresas. No tienen discrecion ni recursos, ni es esta tampoco la época.»

Juan José i Luis Carrera fueron apresados por las autoridades arjentinas i encerrados en la cárcel de Mendoza. Durante ocho meses permanecieron en esos calabozos soportando toda clase de sufrimientos. Este castigo era exesivo para la falta de que se les acusaba. Razon habia para impedir que viniesen a Chile a hacer revoluciones; pero no era justo tratarles como a criminales. Desgraciadamente San Martin i O'Higgins escribian desde Chile aconsejando que se les castigase con toda severidad i las autoridades de Mendoza, dóciles a estos consejos, no vacilaron en condenarles a la pena de muerte. El 8 de abril de 1818, mientras en Chile se celebraba el glorioso triunfo de Maipo, el mismo dia que esta noticia se recibió en Mendoza, Juan José i Luis Carrera fueron conducidos a la plaza pública para ser fusilados en el sitio donde se aplicaba esta pena a los asesinos. Los dos hermanos marcharon juntos al lugar del sacrificio. Juan José iba triste i desconsolado pensando en la esposa a quien dejaba en el desamparo; Luis, que era soltero, se mostraba mucho mas sereno i dijo a su hermano, momentos antes del fusilamiento: «¡Cálmate! recuerda que somos soldados

chilenos i que debemos morir como tales." Apénas pronunciadas estas palabras, se dió la voz de fuego i quedó consumado el martirio de esos desgraciados patriotas.

El Jeneral Carrera, desterrado en Montevideo, recibió el mismo dia la noticia de la batalla de Maipo i del fusilamiento de sus hermanos. Su corazon patriota no pudo gozar con la noticia de aquella batalla, que aseguraba la libertad de Chile, porque el sacrificio de sus hermanos le causó el mas profundo dolor.

Desde ese dia Carrera solo pensó en la venganza. Para él los gobernantes de Buenos Aires i Santiago eran los asesinos de sus hermanos ántes que los libertadores de Chile i la Arjentina. Movido por este sentimiento, tomó parte en revoluciones contra el Gobierno de Buenos Aires i formó el proyecto de reunir tropas para pasar los Andes i hacer tambien revolucion contra el gobierno de Chile. La suerte de la guerra le fué favorable en un principio. Vencedor en varios combates, puso sitio a la capital arjentina i entró en ella despues de celebrar un convenio de paz. Estos triunfos no fueron de larga duracion. Hubo nuevos combates entre los ejércitos de los diversos bandos i en poco tiempo Carrera perdió todas las ventajas que habia alcanzado. En agosto de 1821 fué definitivamente derro-

tado i hecho prisionero a imediaciones de Mendoza.

Sin pérdida de tiempo, el Gobernador de esa provincia le sometió a un consejo de guerra. Este tribunal fué nombrado el 2 de setiembre i el dia 3 dió sentencia condenando al acusado a la pena de muerte. En la mañana del dia 4 de setiembre de 1821 el Jeneral Carrera fué sacado de la cárcel i conducido a la misma plaza donde dos años i cinco meses ántes habian sido fusilados sus hermanos. En esas solemnes circunstancias el Jeneral Carrera mostró toda la enerjía de su alma varonil. Marchó tranquilo como si la muerte no lo aguardase a los pocos pasos; al llegar al sitio designado para el fusilamiento saludó con cortesia al oficial que mandaba el piquete encargado de matarle i le pidió, como un servicio, que le permitiese morir de pié i dar él mismo las voces de mando.

El oficial accedió a lo primero. En cuanto a las voces de mando, observó a Carrera que la ordenanza militar no permitia hacer lo que él deseaba. «Al menos, dijo entónces Carrera, escoja usted los mejores tiradores i dígales que apunten donde yo ponga mi mano.»

En seguida se colocó al frente de los soldados en actitud que revelaba tanta resignacion como valor. En aquel momento, dice un testigo, oyó

"Carrera que alguien pronunciaba su nombre con emocion; levantó la vista i vió que una señora, llevando su pañuelo a los ojos, se inclinaba para saludarle. Carrera levantó airosamente su gorra i con aire tranquilo devolvió el saludo."

"Todo estaba ya listo en aquel instante.... Carrera se puso de pie delante del banco i, apartando con indignacion al verdugo que se acercaba a vendarle los ojos, colocó con sublime reposo la mano derecha sobre su corazon." Momentos despues el oficial dió la voz de mando, los soldados hicieron fuego con certera punteria i el sacrificio quedó consumado. Así se perdió, en guerras intestinas, la vida de un hombre que por su intelijencia i su carácter pudo haber prestado los mas grandes servicios a su patria.

Los restos de los tres hermanos Carreras fueron trasladados de Mendoza a Santiago en 1828 por mandato del Congreso Nacional. En Junio de ese año llegaron a la capital, donde fueron recibidos con profundo respeto i honrados con solemnes exequias en la iglesia de la Compañia. En una pirámide armada en el centro de la iglesia se leia este epitafio: *La Patria a los Carreras, agradecida a sus servicios, compadecida de sus desgracias.*

En esa ocasion el literato español José Joaquin de Mora, que residía en Santiago, escribió

un Canto Fúnebre al cual pertenece la siguiente estrofa:

Cubran cipreses fúnebres la escena
del sacrificio atroz, riéguela el llanto
de la nacion chilena;
i desde el trono santo
donde reside el Hacedor divino
grato perdon descienda al asesino.
Mas eternice el jénio de la historia
la incorrupta memoria
del que sabe morir como hombre fuerte,
del que marcha a la muerte
sin que le imprima susto.
Así muere el honrado i muere el justo,
así, inmolados por venganzas fieras,
murieron en Mendoza los Carreras.

17.—Buenos servidores de la patria

LA guerra de la independencia dió gloria a los oficiales, jefes i soldados que pelearon contra el ejército español hasta asegurar el triunfo de la patria.

Pero esa gloria no fué patrimonio esclusivo de los militares. Tambien correspondió buena parte de ella a los ciudadanos que pusieron su instruccion i su talento a servicio del gobierno

republicano. Ellos fueron los consejeros de la revolucion; ellos enseñaron al pueblo a desconocer la autoridad arbitraria del Rei de España; ellos prepararon las primeras leyes destinadas a respetar la libertad de los chilenos.

Ya se ha dicho en otras pájinas que Juan Martinez de Rozas, miembro de la Junta de Gobierno formada el 18 de Setiembre de 1810, preparó desde el primer dia la completa independencia de Chile. Mientras otros se decláraban fieles al Rei i decian que la Junta solo gobernaria en representacion de él, Martinez de Rozas sostenia la necesidad de separarse para siempre de España. Sus servicios tienen por este motivo mucho valor. El fué el primero en seña lar el verdadero objeto dela revolucion; sus consejos determinaron al pueblo a luchar hasta la muerte por su completa libertad.

Tambien se ha contado que Camilo Henriquez publicó en Santiago el primer periódico de Chile: LA AURORA. Sus escritos, impresos en este papel, recomendaban el mismo pensamiento de Martinez de Rozas o sea la absoluta independencia de Chile. En esos dias, aun entre los que aceptaban la independencia, habia chilenos que por ignorancia no sabian como podria organi-

zarse un gobierno libre. Camilo Henriquez demostró que era preciso organizar una República, es decir, establecer un gobierno con autoridades elejidas periódicamente por el pueblo i obligadas a respetar las leyes dictadas por un congreso. Otra de las necesidades a que prestó atencion Camilo Henriquez fué la de fundar escuelas i colejios para instruir a todos los ciudadanos i facilitar así el buen gobierno de la República. Sus indicaciones en este sentido influyeron mucho en el ánimo de las autoridades patriotas para la fundacion del Instituto Nacional de Santiago que tuvo lugar en 1813.

Otro de los ciudadanos pacificos que prestaron buenos servicios a la patria fué don Juan Egaña. Hijo de padres chilenos, pero nacido i educado en Lima, tenia una instruccion mui superior a la de la jeneralidad de sus compatriotas. Ejercia en Santiago su profesion de abogado en 1810. Luego que se formó la Junta encargada de administrar el pais, Egaña presentó un plan de gobierno. En este plan proponia: declarar la libertad de comercio, abrir caminos, construir canales para regar los campos, ofrecer premios a los que establecieran fábricas de tejidos, educar al pueblo i enseñarle a trabajar. «La obra

de Chile, decia, debe ser un gran colejio de artes i ciencias, i sobre todo de una educacion civil i moral capaz de darnos costumbres i carácter. Allí debe haber talleres i maestros de todas las artes principales, inclusa la agricultura; catedráticos, máquinas i libros de todas las ciencias.»

Egaña fué diputado al primer Congreso de Chile, elejido en 1811. Su conducta tranquila, su ilustracion estraordinaria en aquellos tiempos i su notable intelijencia le conquistaron el aprecio de los chilenos patriotas. Pero las mismas cualidades lé atrajeron el odio de los españoles i cuando estos ocuparon a Santiago despues de la batalla de Rancagua, le apresaron i le mandaron desterrado a las islas de Juan Fernandez. Allí sufrió un duro cautiverio hasta el triunfo de los patriotas en Chacabuco.

Tambien merece especial recuerdo don Manuel Salas, el hombre mas servicial i bondadoso de Chile. Tenia 56 años de edad cuando principió la guerra de la independencia i habia envejecido en servicio de los pobres i los enfermos. Educado bajo el réjimen español, respetaba la autoridad del Rei tanto como la del Papa. Nadie habria sospechado que ese ciudadano de carácter apaci-

ble, sumiso a la autoridad, habia de ser uno de los fundadores de la patria chilena independiente de España.

El aceptó la primera Junta de Gobierno en la creencia de que solo existiria mientras durase la prision del Rei de España. Despues fué elejido diputado al primer Congreso i así tomó parte activa en el nuevo gobierno. Consagró toda su atencion a las obras de beneficencia i al servicio de la instruccion pública. Para honra de don Manuel Salas debe recordarse que él propuso al Congreso la lei que prohibió traer mas esclavos a Chile i declaró hombres libres a los hijos de los esclavos que habia en el pais desde una época anterior.

Despues de la batalla de Rancagua don Manuel Salas pagó en la cárcel i el destierro el delito de haber prestado aquellos servicios. Las autoridades españolas no podian perdonarle su obediencia a las autoridades patriotas i su participacion en los trabajos del Congreso. Remitido a Juan Fernandez, allí sufrió toda clase de privaciones hasta que Chile recuperó su libertad.

Vuelto a la patria don Manuel Salas se dedicó nuevamente a sus ocupaciones favoritas: el cuidado de los hospitales, el servicio de los necesitados, el fomento de la instruccion pública i el establecimiento de industrias i trabajos nue-

vos. Por su caridad mereció ser llamado *Padre de los pobres*. Murió en 1842 a la edad de 88 años; los chilenos jamas olvidaran su memoria porque ella esta ligada a hechos que le hacen acreedor a la gratitud nacional.

18.—Primera Escuadra Nacional

PARA espedicionar al Perú habia necesidad de tener una escuadra capaz de sobreponerse a las fuerzas navales de España en el Pacífico. Así lo comprendian San Martin i O'Higgins, quienes, desde tiempo atras, se ocupaban en arbitrar recursos con el objeto de comprar barcos de guerra i trasportes para el ejército. La pobreza del pais era un obstáculo casi insuperable, porque no habia quien pudiera pagar contribuciones para atender al mismo tiempo a la terminacion de la guerra i al armamento naval. Sin embargo aquellos hombres, acostumbrados a vencer todas las dificultades, no desesperaron de realizar sus grandes propósitos. En vísperas de la batalla de Maipo, el 30 de marzo de 1818, el Gobierno compró una fragata norte-americana, armada con 44 cañones, en la suma de 180,000 pesos, pagaderos parte al contado i parte a cuatro meses plazo con fianza del Gobierno de Buenos Aires. Esta fragata fué bautizada con el nombre

de *Lautaro* i puesta a las órdenes del Capitan O'Brien, distinguido oficial de la marina inglesa. La fragata *Lautaro* se hizo a la mar en compañia de otra pequeña nave que los patriotas habian apresado despues de Chacabuco, i el 27 de Abril presentó combate a dos barcos españoles que bloqueaban a Valparaiso: la fragata *Esmeralda* i el bergantin *Pezuela*. Con temerario arrojo el Capitan O'Brien atacó a la *Esmeralda*, saltó al abordaje seguido por treinta marineros, se posesionó del puente de la nave enemiga i arreó su bandera. En esos instantes O'Brien cayó herido de muerte, gritando: "No hai que abandonarla, muchachos! La fragata es nuestra!" Por desgracia la muerte del capitan O'Brien i un golpe de mar que separó a las fragatas, pusieron fin al combate permitiendo a la nave española tomar la fuga i dirijirse al Callao a reparar sus averias. Los marineros que la habian asaltado se arrojaron al mar para volver a nado a bordo de la *Lautaro*.

Esta primera hazaña de la armada nacional fué seguida pronto de otra que produjo los mas lisonjeros resultados. Entre los meses de Mayo i Agosto el Gobierno compró varios barcos que algunos armadores trajeron a Valparaiso para ofrecerlos en venta a la República. De este modo se organizó una escuadra compuesta de 4

naves, a saber: la corbeta *Chacabuco* de 20 cañones, el bergantin *Araucano* de 16 cañones, la fragata *Lautaro* de 44 cañones i la fragata *San Martin* de 60 cañones. El mando de esta escuadra fué confiada al comandante de artilleria, Manuel Blanco Encalada, que habia servido durante algun tiempo en la armada española.

En octubre la escuadra chilena zarpó de Valparaiso, con rumbo al sur, para hacer un crucero con el objeto de apresar a varias naves españolas que traian refuerzos de tropas i de armas al Virei del Perú. La fortuna acompañó a Blanco Encalada en esta espedicion: el 28 de Octubre sorprendió a la fragata *Maria Isabel*, en la bahia de Talcahuano, i se apoderó de ella despues de un glorioso combate que se prolongó hasta el medio dia del 29. La fragata *Maria Isabel* fué incorporada a la escuadra chilena con el nombre de *O'Higgins*.

Blanco Encalada, prosiguiendo el crucero de que estaba encargado, capturó cinco trasportes españoles con 700 soldados i abundante acopio de elementos bélicos. Con estas presas regresó en Noviembre de 1818, al puerto de Valparaiso, donde fué recibido en medio de grandes aclamaciones populares. El Gobierno honró a los jefes, oficiales i tripulantes de la armada autorizándoles para llevar en el brazo izquierdo un escudo

con este lema: *Su primer ensayo dió a Chile el dominio del Pacífico.*

De este modo quedó el camino abierto para llevar al Perú el ejército libertador i pudo disponerse del número de trasportes necesarios para esta grandiosa empresa. La captura de la fragata *Maria Isabel* i de los barcos convoyados por ella fué un doble golpe para la dominacion española en América: la privó de una fuerza considerable i duplicó el poder naval de la primera escuadra republicana.

19.—Lord Cochranne.—Espedicion al Perú

Esperad, esperad, jente peruana;
Favorables los vientos
Impelen ya las naves atrevidas,
Que os llevan la hueste americana;
Ellas van conducidas
Por el nuevo Argonauta, el gran Cohranne,
Que triunfa de los fieros elementos
I en tus costas humilla
El pendon ominoso de Castilla.

Estevan de Luca.

NO hacia una semana que el Almirante Blanco Encalada estaba en Valparaiso de regreso de su feliz campaña, cuando llegó al mismo punto uno de los primeros marinos de Inglaterra, el Almirante Lord Tomas Alejandro Cochranne,

que venia a ofrecer sus servicios a la República de Chile. Blanco Encalada se apresuró a ceder el mando de la escuadra al Almirante Cochranne declarando, con ejemplar modestia, que reconocia la superioridad de tan ilustre marino i que, en tal virtud, le entregaba gustoso el mando para servir a sus órdenes.

El Almirante Cochranne enarboló su insignia en la fragata *O'Higgins* i se hizo a la mar con la escuadra en Enero de 1819. Su intento era atacar en el Callao a las naves españolas que allí se habian refujiado al amparo de las formidables fortificaciones de esa plaza. Dificultades insuperables le impidieron dar realidad a este pensamiento; pero durante el curso del año cruzó dos veces entre el Callao i Valparaiso con lo cual demostró la supremacia de Chile en el Océano Pacífico i la impotencia de la España para presentarle combate.

Fatigado de la inaccion i deseoso de ilustrar su nombre en estos mares con hazañas dignas de las que habia ejecutado en las guerras navales de Europa, el almirante Cochranne tomó de improviso la resolucion de apoderarse a viva fuerza de Valdivia. Este puerto era una fortaleza considerada inespugnable; allí habia una guarnicion española que esperaba servir de base a futuras operaciones contra la independen-

cia chilena. Lord Cochranne, tentado a la vez por la dificultad i por la importancia de la empresa, se dirijió a Valdivia en enero de 1820. Reconoció en persona las posiciones ocupadas por los españoles, hizo los estudios i cálculos necesarios para asegurar el éxito de un asalto, volvió a Talcahuano, que ya estaba en poder de los patriotas, en busca de tropas de infanteria, i por fin, en los primeros dias de febrero, se presentó nuevamente en Valdivia. Sin pérdida de tiempo dirijió contra la plaza un ataque tan audaz como feliz que le hizo dueño de ella casi sin pérdida de jente. Los realistas tenian ochocientos soldados de línea distribuidos en cinco fuertes bien artillados; fueron impotentes, sin embargo, para resistir al asalto de 325 hombres que Cochranne desembarcó de sus naves para esta operacion. Este suceso confirmó en América la justa fama de Cochranne i al propio tiempo hizo ver que él habia encontrado, en los marineros chilenos, hombres capaces de comprenderle i de acompañarle hasta el heroismo.

En el mismo año 1820 Lord Cochranne mandó la escuadra que condujo al Perú el Ejército libertador a las órdenes de San Martin. La espedicion zarpó de Valparaiso en la tarde del 20 de agosto. Constaba de 4,400 soldados chilenos i arjentinos, 35 piezas de artilleria, 650 caballos

i un repuesto de armamento, equipo i vestuario para 15,000 hombres. La escuadra se componia de ocho buques de guerra con 24 cañones i 1,600 hombres de tripulacion i de 16 trasportes. El Jeneral Mitre en su Historia de San Martin dice, al dar cuenta de esta espedicion: „Jamas ninguna de las nacientes repúblicas habia hecho un esfuerzo relativamente tan jigantesco en pro de la emancipacion del nuevo continente meridional. Es gloria de Chile haberlo realizado con el concurso del ejército de los Andes a costa de inmensos sacrificios. El Director O'Higgins, que en 1819 habia pactado con el Gobierno arjentino llevar en comun la libertad al Perú, costeando ambos estados los gastos, hizo honor a las armas aliadas i al solemne compromiso internacional contraido ante el mundo, al tomar la ardua empresa a su cargo e impulsarla vigorosamente i con fé. Al recordar mas tarde las angustias que ella le costó, esclamaba: „Yo debí encanecer a cada instante.—Solo la futura suerte de Chile (i de la América) podia sostener mi corazon i mi espíritu. El que no se ha visto en en estas circunstancia no sabe lo que es mandar. Es el mayor i mas digno sacrificio que podia ofrecer a mi patria.„

El ejército libertador desembarcó en Pisco por resolucion de San Martin, que se proponia

evitar una batalla inmediata con las tropas del Virei para tener tiempo de mover la opinion del pueblo peruano en favor de la independencia. Despues de esplorar el pais i de enviar al interior una division de su ejército, San Martin volvió a embarcarse en el mes de octubre de 1820 i se trasladó con las tropas al norte del Callao.

20.—Captura de la Esmeralda en el Callao.

EL Almirante Cochranne, una vez libre de las atenciones que le imponia el trasporte del ejército, formó el atrevido proyecto de apoderarse de la fragata española *Esmeralda* que estaba en el Callao bajo la proteccion de los poderosos castillos de tierra. La empresa parecia irrealizable porque habia en el puerto no menos de trescientas piezas de artilleria listas para hacer fuego sobre la escuadra chilena. Ademas, la entrada al puerto estaba cerrada por dos líneas de defensa: la una la formaban 20 lanchas cañoneras; i la otra, numerosos maderos flotantes, atados con cadenas, que solo permitian entrar por un angosto boquete abierto al norte.

Los peligros i dificultades, lejos de arredrar a Cochranne, aumentaban su audacia. Por lo mismo que veia a la *Esmeralda* tan segura con-

tra todo ataque, determinó hacerse dueño de ella. Para ejecutar esta accion hizo aprontar 14 botes con capacidad para 250 hombres que debian dar el asalto. En seguida invitó a formar parte de la espedicion a los marineros que tuviesen voluntad para ello. Las tripulaciones de todos los buques se ofrecieron en masa, por lo cual el Almirante hubo de escojer los hombres que necesitaba.

El ataque quedó resuelto para la noche del 5 de noviembre de 1820. En el dia anterior se dió a los tripulantes de los botes la siguiente instruccion:

«Los botes avanzarán en dos líneas paralelas i separadas una de otra a distancia de tres botes. Los oficiales i soldados llevarán chaqueta blanca e irán armados de pístolas, sables i puñales. Cada bote debe tener hachas afiladas que los guardas cargarán a la cintura. Al tomar posesion de la fragata los marinos chilenos no harán oir las esclamaciones que acostumbran, sino que gritarán: *viva el Rei!* para engañar al enemigo. Si la chaqueta blanca no bastase para distinguir a los asaltantes por la oscuridad de la noche, se reconocerán gritando: *¡Gloria!* i contestando *¡Victoria!*»

Al anochecer el Almirante hizo repartir la siguiente proclama:

"¡Soldados i marineros! Esta noche vamos a dar un golpe mortal al enemigo. Mañana os presentareis con orgullo delante del Callao. Todos vuestros compañeros envidiarán vuestra buena suerte: Una hora de coraje i resolucion es cuanto se requiere de vosotros para triunfar. Recordad que habeis vencido en Valdivia i no os atemoriceis de los que huyeron de vuestra presencia. El momento de gloria se acerca. Espero que los marinos chilenos se batirán como tienen de costumbre i que los ingleses obrarán como siempre lo han hecho én su pais i fuera de él.—*Cochranne*."

A las 10 de la noche, hora señalada para tripular los botes, el Almirante fué el primero en ocupar su puesto. Se presentó con la chaqueta blanca ordenada en las instrucciones, con una faja azul en un brazo, con un puñal i dos pistolas a la cintura i una hacha de abordaje en la mano. Formadas las dos líneas de botes, el Almirante se colocó a la cabeza i se puso en marcha. En medio de las tinieblas los botes avanzaron silenciosamente i, como sus tripulantes iban vestidos de blanco i no se escuchaba ni el ruido de los remos, mas que hombres parecian ser misteriosos espíritus.

En la media noche la flotilla se encontró frente al boquete de la línea de defensa, donde hacia

guardia una lancha cañonera. El centinela dió el grito: *Quién vive!* pero en el mismo instante, lord Cochranne con voz sorda contestó—¡Silencio o todos mueren! Tomados de sorpresa, los españoles fueron incapaces de resistir. Cochranne entró entónces en el puerto i se dirijió rapidamente a la *Esmeralda.*

El Almirante, con la mitad de los botes, se aproximó al costado de estribor de la fragata; el Capitan Guise, al mando de la otra mitad, se aproximó al costado de babor. «El valeroso Almirante lanzóse el primero por las amarras de popa i trepó como un atleta hasta alcanzar la borda de la *Esmeralda.* El centinela español que allí estaba, lanzando el grito de *alarma!* le dió un culatazo en el pecho, i le arrojó de espaldas a uno de los botes. Animado de nobles iras, se puso instantáneamente de pié i subió por segunda vez al asalto, seguido de su tripulacion electrizada por su ejemplo. *¡Arriba muchachos! ya es nuestra!* gritó a los de las chalupas. Apenas hacia un minuto que pisaba el puente de la fragata, cuando alzó los ojos hacia lo alto de los mástiles i gritó con la serenidad del que manda una maniobra ordinaria: *¡Oh de las cofas —Pronto!* contestaron varias voces de lo alto de la verga del trinquete.—*Pronto!* repitieron otras voces de lo alto de la cofa del palo mayor. Era

un destacamento de gavieros que, trepando por los obenques, se habian apoderado de las cofas. Este fué el golpe maestro del abordaje. Los asaltantes eran dueños de las velas del buque. Esta maniobra fué hecha con tal perfeccion que Cochranne, al hablar de ella, dice en sus Memorias: No hai tripulacion de buque de guerra ingles que pueda cumplir esta órden con mayor exactitud.»

Entre tanto los marineros de la *Esmeralda*, repuestos de la sorpresa, se habian reunido en el castillo de proa i ponian a Cochranne en gravísimo peligro. En este momento apareció Guise con sus marineros por el otro costado de la fragata. Los de estribor gritaban *Gloria!* i los de babor respondian *Victoria!* Los asaltantes de uno i otro costado, reconociéndose en la oscuridad con estas voces, se reunieron en el castillo de popa. Cochranne i Guise, que eran rivales, arrastrados por un movimiento jeneroso, se dieron allí las manos, como hermanos de armas i de gloria, olvidando por el momento sus rencores.

Los españoles hacian un vivo fuego de fusileria sobre los asaltantes i barrian el puente con sus proyectiles. Una bala traspasó a Cochranne un muslo. Sentóse el Almirante con tranquilidad sobre un cañon, estendió la pierna, se ató la herida con un pañuelo i despues ordenó que se

llevase el asalto al arma blanca sobre el castillo de proa. Trabóse entonces en la oscuridad un combate cuerpo a cuerpo a golpe de hacha i de machete. En este primer ataque los asaltantes fueron rechazados. No fueron mas felices en el segundo, en el cual Guise fué herido. Hacia un cuarto de hora que duraba este choque horrendo: el puente estaba cubierto de cadáveres, los pies resbalaban en la sangre. Por fin, un nuevo i vigoroso esfuerzo dirijido por Guise, decidió la victoria en favor de los patriotas i puso la *Esmeralda* en poder de la escuadra de Chile. Momentos mas tarde la fragata desplegaba sus velas i se ponia en movimiento para salir del puerto convoyada por los botes espedicionarios que llevaban a remolque dos cañoneras españolas tomadas al abordaje. Las baterias de tierra atronaban el aire con sus disparos; mas, por causa de la oscuridad, no acertaban a ofender a los patriotas ni a entorpecer su salida del puerto.

La captura de la *Esmeralda* fué celebrada con grandes regocijos por el ejército libertador, que vió en esa hazaña un ejemplo de heroismo i una promesa de futuros triunfos. San Martin quiso dar a la fragata el nombre de *Cochranne;* el Almirante rehusó este honor prefiriendo que fuese bautizada con el nombre de *Valdivia* en recuer-

do de la anterior victoria alcanzada por la escuadra.

21.—San Martin en el Perú.

DESPUES de la captura de la *Esmeralda* el Almirante Cochranne aconsejaba a San Martin que avanzase con su ejército sobre Lima para librar pronto una batalla decisiva con las tropas del Virei. San Martin, que tenia sus planes formados i que todo lo hacia con lento estudio, no aceptó los consejos del osado Almirante. El admiraba i aplaudia las hazañas de Valdivia i el Callao, ejecutadas por Cochranne sin preparacion alguna i fiado solo en su propio heroismo i en el coraje de sus oficiales i marineros; pero no se sentia inclinado a imitarle porque deseaba dar al Perú su independencia evitando, en cuanto fuera posible, los horrores de una guerra sangrienta.

San Martin permaneció con el ejército en el norte del Perú, mientras sus ajentes recorrian el pais en todas direcciones i preparaban la opinion en favor de un levantamiento nacional contra las autoridades españolas. "Todo va bien, escribia San Martin a O'Higgins en fecha 23 de diciembre de 1820. Cada dia se asegura mas la libertad del Perú. Yo me voi con pies de plomo,

sin querer comprometer una accion jeneral. Mi plan es bloquear a Pezuela (el Virei). El pierde cada dia la moral de su ejército: se mina sin cesar. Yo aumento mis fuerzas progresivamente. La insurreccion anda por todas partes como el rayo. En fin, con paciencia i sin precipitacion, todo el Perú será libre en breve tiempo."

El Virei, comprendiendo que su situacion se hacia mui difícil en Lima, invitó a San Martin a abrir negociaciones de paz. Ambos jefes nombraron representantes autorizados para estudiar las bases de un arreglo i despues celebraron ellos mismos una amistosa conferencia. San Martin propuso que se declarase la independencia del Perú i que se constituyese una monarquia elijiendo Rei a un príncipe de la familia real de España. El Virei pidió un breve plazo para contestar; cumplido éste, declaró que la proposicion le parecia aceptable, pero que no podia reconocer la independencia peruana sin espresa autorizacion de su Soberano.

La idea de dar un Rei al Perú le fué sujerida a San Martin por el temor de que los pueblos americanos, acostumbrados a obedecer ciegamente a un gobierno absoluto, no pudieran vivir en paz si se constituian en repúblicas para elejir un Presidente cada cinco o seis años. Del mismo modo pensaban los fundadores de la independen-

cia arjentina i algunos de los patriotas chilenos. El Gobierno de Buenos Aires i el de Chile enviaron a Europa ajentes especiales para tratar con el Gobierno ingles sobre la designacion de príncipes que vinieran a ser reyes en las colonias españolas. Todos esos proyectos fracasaron porque solo la forma republicana de Gobierno podia satisfacer a estos pueblos que acababan de conquistar su libertad a costa de tan grandes sacrificios; el único resultado de ellos fué despertar desconfianzas contra San Martin, O'Higgins i otros patriotas i contribuir a la caida de ellos como se verá en las pájinas siguientes.

Rotas las negociaciones de paz entre San Martin i el Virei del Perú, este salió de Lima con las escasas tropas que le quedaban i aquel vino a ocuparla en julio de 1821. En carta dirijida a O'Higgins para anunciarle este suceso, San Martin se limitó a escribir estas palabras: "Al fin, con paciencia i movimientos, hemos reducido a los enemigos a que abandonen la capital de los Pizarros; al fin nuestros desvelos han sido recompensados con los santos fines de ser asegurada la independencia de la América del Sud. El Perú es libre. En conclusion yo quiero el término de mi vida pública i voi a tratar de entregar esta pesada carga a manos seguras i retirarme a un rincon a vivir como hombre."

El primer pensamiento de San Martin fué organizar en Lima un gobierno nacional que se ocupase en dirijir la administracion pública i atender a las necesidades militares. Pronto se persuadió de que esto era irrealizable en aquel momento, porque no habia en Lima hombre alguno que se hubiera señalado por servicios especiales a la independencia americana i que tuviese prestijio para ser respetado por el ejército libertador. En consecuencia aplazó para mejor oportunidad la convocatoria del pueblo a elecciones i siguiendo el consejo de los jefes que le acompañaban, asumió él mismo el gobiernodel Perú con el título de Protector. Al dar cuenta a O'Higgins de su resolucion le escribia: «Los amigos me han obligado terminantemente a encargarme de este gobierno: he tenido que hacer el sacrificio, pues conozco que de no ser así, el pais se envolvia en la anarquia. Espero que mi permanencia no pasará de un año, pues usted, que conoce mis sentimientos, sabe que no son mis deseos otros que vivir tranquilo i retirarme a mi casa a descansar.»

Un año mas tarde San Martin llamó al pueblo peruano a elejir un Çongreso. Esta asamblea se reunió el 20 de setiembre de 1822. En la noche del mismo dia, despues de haber renunciado el mando, San Martin se embarcó ocultamente en

el puerto de Ancon a bordo de un barco que estaba listo para zarpar con destino a Valparaiso. Su alejamiento del Perú fué motivado, no solo por el deseo de retirarse a vivir en reposo, sino tambien por el convencimiento de que era preciso que Bolivar, libertador de Colombia, pasase al Perú con su ejército para unirse con arjentinos i chilenos contra un poderoso ejército realista que se habia organizado en el interior del pais i amenazaba poner en peligro la independencia.

San Martin permaneció en Chile pocos meses. En los primeros dias de enero de 1823 pasó los Andes para establecerse en Mendoza, donde se ocupó en trabajos agrícolas, viviendo segun sus propias palabras, como un "un pobre chacarero." Pero ni esta humilde satisfaccion pudo darse el libertador de tres Repúblicas. Allí, en el retiro que tanto habia deseado cuando era poderoso, se sintió herido por la ingratitud i por la injusticia. Los gobernantes arjentinos desconfiaron de él i le trataron como si fuese un ambicioso. Los opositores, por su parte, pretendieron comprometerle en planes revolucionarios. Sucedió tambien que en Chile i el Perú la opinion pública fué ajitada en contra suya por personas que habian sido sus adversarios. Entónces se echaron al olvido sus virtudes para no ver sino sus debilidades i sus errores. En vez de

agradecer los servicios por él prestados a la independencia se le acusó hasta de tirano por haber proyectado que estos pueblos fuesen gobernados por reyes.

San Martin aceptó su desgracia con resignacion. Viendo que no le era posible vivir tranquilo en América i habiendo tenido la desgracia de perder a su esposa, tomó voluntariamente el camino del destierro i se dirijió a Europa en compañia de su hija única, niña de mui corta edad.

22.—Un viejo amigo de San Martin.

CUANDO San Martin peleaba en España contra los franceses fué mui amigo de un capitan español de apellido Aguado. El capitan Aguado i San Martin vivian como si fueran hermanos: comian juntos, dormian en la misma habitacion i no tenian secretos el uno para el otro.

Las operaciones de la guerra separaron a los dos amigos. Poco despues San Martin se trasladó a América para luchar por la independencia de su patria. Aguado permaneció en España, se retiró del ejército, hizo buenos negocios, ganó mucho dinero i al fin se estableció en Paris como banquero.

Un dia Aguado oyó hablar en Paris de la guerra de la independencia de América i del Jeneral San Martin.

—Yo he sido amigo, dijo Aguado, de un oficial americano del mismo apellido; seria curioso que este amigo mio fuese el libertador de América.

Por su parte San Martin oyó hablar en Santiago del rico banquero español Aguado que habia en Paris i dijo:

—Si será mi amigo el capitàn Aguado! Nó, no puede ser, porque es difícil que un militar se haga rico i llegue a ser banquero.

En 1824 el Jeneral San Martin llegó a Paris buscando en pais estranjero la tranquilidad i el respeto que le negaban las naciones libertadas por él.

Una mañana, mientras San Martin estaba vistiéndose, entró en su habitacion una persona que él no conocia i, despues de mirarle fijamente algunos segundos, esclamó:

—Ah! tu eres el mismo San Martin!

—Y tu debes ser Aguado, contestó el Jeneral.

Junto con decir estas palabras los dos viejos amigos se dieron un estrecho abrazo como afectuoso saludo despues de tantos años de separacion.

—Almorzarás conmigo, dijo San Martin.

—Nó, contestó Aguado; nos aguardan en mi casa porque saben que he venido a buscarte.

Salieron juntos a la calle i, a poco andar, llegaron a un gran palacio amoblado con mucho lujo. Viendo tanta riqueza, San Mantin dijo:

—Por lo que veo tu eres el banquero Aguado.

—Que quieres, hombre! contestó Aguado; cuando uno no puede ser el libertador de medio mundo, ha de contentarse con ser banquero.

Desde entónces el pobre libertador desterrado i el rico banquero volvieron a vivir en la mas íntima amistad. I Aguado, al morir, nombró tutor de sus hijos a este hombre modesto i honrado que vivia feliz en la pobreza despues de haber dado libertad a tres naciones.

23.—San Martin en el destierro.

SAN Martin vivió en Europa con su acostumbrada modestia. Se encontró allí mui escaso de recursos, porque la Arjentina, Chile i el Perú le suspendieron el pago de sus sueldos. Siendo económico por educacion, supo moderar sus gastos e imponerse privaciones. Se levantaba todas las mañanas antes de las cinco, se servia el mismo una taza de café i despues, cuando el tiempo estaba bueno, montaba un rato a caballo.

Desde niño tuvo la costumbre de guardar todo en órden. Sus papeles, sus libros, sus armas i su ropa estaban siempre en su respectivo lugar. Cuando mandaba el ejército, él mismo cuidaba i componia su ropa. Tenia para esto una caja con hilo, agujas i botones. Esta caja le habia acompañado en todas las batallas i él la conservaba en Europa como un grato recuerdo del pasado. Algunas veces se ocupaba en pegar los botones a sus camisas. Su hija trataba de impedírselo para hacer ella la costura: "Deja, niña, le decia San Martin. Vas a ver como tu padre puede enseñarte estas cosas. Un boton pegado por mi mano no se corta jamas."

Durante el dia San Martin se ocupaba en leer i en dar lecciones a su hija. Para distraerse hacia trabajos de carpinteria, usando las herramientas con tanta destreza como si hubiera aprendido ese oficio. Otras veces se ocupaba en limpiar el sable i las pistolas que le habian servido en las batallas de Chacabuco i Maipo. San Martin debia sentirse orgulloso i triste a la vista de esas armas que, recordándole sus dias de gloria, le hacian sentir toda la injusticia de su interminable destierro.

Hasta la fecha de su muerte San Martin usó un catre ordinario de fierro. En su vida de soldado se acostumbró a dormir donde le encon-

traba la noche. Nada le importaba carecer de colchon i almohada, porque las comodidades i el lujo le eran desconocidos. El mejor lujo, decia San Martin, es la limpieza; en su casa todo era pobre, pero mui aseado.

Para San Martin era mui penoso vivir en el destierro como si hubiera sido enemigo i no libertador de su patria. Al sufrimiento causado por esta injusticia se agregaba la escacez de recursos para alimentarse i educar a su hija. Una vez escribió a O'Higgins, su leal amigo, desterrado entónces en el Perú, las siguientes palabras: «Estoi persuadido que Ud. empleará toda su actividad para remitirme un socorro lo mas pronto que pueda, pues mi situacion, a pesar de la mas rigorosa economía, se hace cada dia mas embarazosa.» O'Higgins le mandó tres mil pesos, que le sirvieron para salir de apuros i para comprar el traje de novia de su hija. Por fin el Gobierno de Chile en 1840 reconoció la obligacion de atender a las necesidades de San Martin i le mandó pagar puntualmente en Paris el sueldo correspondiente a su rango de Jeneral en Jefe del ejército chileno.

San Martin no se quejaba de la injusticia con que era tratado por los pueblos a quienes habia servido. El pensaba que mas tarde se reconocerian sus servicios i se honraria su memoria. Con

este pensamiento aceptaba resignado el sufrimiento de su destierro. Un jóven arjentino, que fué a visitarle, le pidió que escribiese algunas palabras en un libro que tenia las firmas de muchas personas notables. San Martin tomó la pluma i escribió esta frase: *Los hombres juzgan lo presente segun sus pasiones i lo pasado segun la verdadera justicia*.

Estas palabras de San Martin fueron una profesia. Los hombres de su tiempo le juzgaron mal, porque estaban perturbados por sus pasiones i sus intereses; los hombres de hoi le juzgan bien i reconocen todos sus méritos, porque la justicia ha dominado al fin sobre los odios i las enemistades que le persiguieron hasta el sepulcro.

San Martin gozaba de mui buena salud. Su cuerpo, acostumbrado a las fatigas de la guerra, parecia de fierro. Pero los grandes trabajos i la vejez todo lo destruyen. En sus últimos años tuvo que sufrir varias enfermedades graves que destruyeron sus fuerzas. En la mañana del 17 de agosto de 1850 estaba conversando con su hija mientras sus nietos jugaban con bulliciosa alegria. La madre i el abuelo se sentian complacidos viendo a los niños tan contentos. San Martin tenia entónces setenta i dos años de edad. De repente dió un quejido i dijo: *Mercedes, me siento mal!...... Esta es la fatiga de la muerte*. El Jene-

ral no pudo hablar mas. Su buena hija le hizo toda clase de remedios, pero sus esfuerzos fueron vanos: San Martin estaba muerto.

Años mas tardes los restos de San Martin, fueron trasladados con gran pompa a Buenos Aires i depositados en la Iglesia Catedral. Un hermoso monumento de mármol cubre la sepultura del héroe cuyo nombre bendecirán hasta las mas remotas jeneraciones. La gratitud de chilenos i arjentinos ha erijido, para honrar su memoria, una estátua de bronce en Santiago i otra en Buenos Aires, representándole como Jeneral en Jefe del Ejército libertador en su caballo de batalla.

24.—Himno a San Martin.

Del Andes en la cumbre
Tu gloria escrita está.
Mientras el sol alumbre
Tu nombre vivirá.

Vencidos de la suerte
Por el injusto fallo
I afrontando la muerte,
¡Oh Libertad! por tí,
Despues de larga guerra
Los héroes de Rancagua
La dulce, amada tierra
Dejaron tras de sí.

De los Andes altivos
En la oriental vertiente
Hallaron fujitivos
Grata hospitalidad;
I bajo el claro cielo
De Cuyo, reavivaron
El santo i puro anhelo
De patria i libertad.

Contigo, los que huyeron
De la sangrienta rota
Para vencer volvieron,
Heroico San Martin.
A tan gloriosa empresa
Tu espada i nombre diste,
I de la patria opresa
Te alzaste paladin.

Los fieros españoles
Seguros se juzgaban
Tras de las altas moles
Del Andes protector:
Sus ventisqueros frios
Hollaste con las alas
Del jénio i con los brios
De indómito valor.

Las ríjidas alturas
Pisó tu altiva hueste,
Bajando a las llanuras,
Impávida i audaz.
I los tercios de España,
Aunque bravos, se vieron
Rotos cual frájil caña,
Despues de lid tenaz.

La libertad llevando
Tus huestes triunfadoras,
Cruzaron, ostestando
Virtudes i valor,
Cual rápido torrente,
Desde el Arauco indómito
Hasta la zona ardiente
Del cálido Ecuador.

El pueblo agradecido
Recuerda tus hazañas;
Tu nombre en el olvido
Jamas se esconderá.
Tu imájen la memoria
Nos trae de heroicos hechos
I dignos de esa gloria
Por siempre nos verá.

EUSEBIO LILLO.

25.—San Martin i Bolívar.

De esos dos héroes, tán grandes
Como en la tierra los Andes,
Se levanta la figura
En la historia a tanta altura
Que la América latina
Reverente i gráta inclina
Ante ellos su libre frente.
Si esto hace la edad presente
¡Qué no hará la edad futura!

R. B.

ASÍ como Chile recuerda agradecido a los buenos ciudadanos que sacrificaron su tranquilidad, su fortuna i su vida para establecer la independencia nacional, así tambien en las demas repúblicas americanas se tributa igual homenaje a otros ciudadanos que les prestaron idénticos servicios. Cada pueblo tiene sus héroes propios, a quienes venera como a padres de la patria. Pero hubo dos hombres superiores, dos grandes capitanes que, pasando mas allá de las fronteras de sus respectivas naciones, consagraron con abnegacion su existencia al servicio de todo el continente americano. Estos dos hombres, libertadores de América del Sur, fueron San Martin i Bolívar.

Bolívar era hijo de Venezuela. Allí sobresalió en el ejército republicano por la superioridad

de su intelijencia i de su carácter i llegó a ser el jefe necesario de las operaciones militares. El Gobierno de España hizo en Venezuela un esfuerzo mucho mas poderoso que en el resto de América para dominar a los patriotas. En 1815 desembarcó en la costa venezolana una espedicion compuesta de 10,000 soldados veteranos en la guerra contra Napoleon i mandada por el Jeneral Pablo Morillo. Hacia cinco años que los patriotas luchaban con heroismo en favor de la independencia triunfando algunas veces, siendo otras veces derrotados, pero mostrando en todas partes una enerjia indomable. Con la llegada del ejército de Morillo pudo creerse que los patriotas estaban perdidos, porque les sería imposible organizar fuerzas capaces de batirse con soldados aguerridos, bien armados i sujetos a severa disciplina.

Sin embargo, el patriotismo venezolano i el jénio de Bolívar bastaron para salvar la patria de aquel peligro. Bolívar se sobrepuso a todas las dificultades i logró establecer su cuartel jeneral en las costas orientales de Venezuela. Habiendo partido de allí en julio de 1819 para abrir campaña contra Morillo, de improviso cambió de plan, resolvió pasar los Andes para caer sobre los españoles que habian reconquistado a Nueva Granada i realizó este atrevido proyecto domi-

nando con su poderosa voluntad obstáculos que hoi mismo parecen insuperables. El paso de los Andes por Bolívar, lejos de ser metodicamente preparado como el de San Martin, fué una hazaña realizada al mismo tiempo que fué pensada. El ejército venezolano, organizado en rejiones tropicales, habituado al calor i a la fácil alimentacion, marchó resueltamente a la cordillera i soportó el hambre, el frio i todas las penalidades con admirable firmeza. Los soldados correspondieron a la audacia de su jefe con una enerjía de que hai pocos ejemplos para vencer a la naturaleza antes de vencer a sus enemigos.

Los españoles que dominaban en Nueva Granada no podia imajinarse que los patriotas se atrevieran a pasar la cordillera en aquellas condiciones. La aparicion de Bolívar les tomó de sorpresa i el 7 de agosto de 1819 fueron derrotodas en la batalla campal de Boyaçá, que produjo en aquella república resultados idénticos a los que la batalla de Chacabuco produjo a Chile.

Una vez vencidos los españoles de Nueva Granada, Bolívar no tuvo otro pensamiento que libertar a su patria, i marchó con todo el ejército republicano contra los realistas de Venezuela, a quienes derrotó en la gloriosa batalla de Carabobo en junio de 1821. Asegurada la independencia de Venezuela, Bolívar regresó a Nueva

Granada, no para descansar sobre sus laureles, sino para abrir otra campaña en favor de la independencia del Ecuador. En esta nueva empresa, Bolívar fué hábilmente secundado por el Jeneral Sucre, quien puso término a la guerra, ganando la batalla de Pichincha el 24 de mayo de 1822. Venezuela, Nueva Granada i el Ecuador, las tres naciones libertadas por Bolívar, se unieron para formar la República de Colombia bajo el gobierno de su Libertador.

En los dias en que Bolívar coronaba su grande obra con la independencia del Ecuador, San Martin estaba en Lima a la cabeza de la espedicion libertadora organizada por el Gobierno de Chile. En el Perú no se habian librado batalla; pero en el interior del pais existia un ejército realista, numeroso, bien disciplinado, dirijido por jefes meritorios. Bolívar, justamente ufano con sus triunfos, anunciaba el propósito de pasar tambien al Perú con el ejército colombiano. San Martin pensaba que el ausilio de Bolívar era necesario; pero al propio tiempo temia que de ello surjiesen rivalidades peligrosas para la independencia. A fin de conjurar las dificultades se propuso ver a Bolívar i fué a buscarle para arreglar con él un plan de operaciones.

Los dos libertadores se reunieron en Guayaquil en julio de 1822 i celebraron largas conferencias

sobre el asunto que debian resolver. No hubo testigos, ni actas de tales conferencias; mas, por una carta de San Martin a Bolívar, escrita en Lima el 29 de agosto, se sabe que aquel ofreció ponerse con su ejército a las órdenes de éste i que Bolívar se escusó de aceptarlo porque su delicadeza no le permitia mandar a otro libertador. San Martin regresó a Lima convencido, dice el mismo, de que Bolívar no "creyó sincero su ofrecimiento o que su persona le era embarazosa." Como él pensaba que la intervencion de Bolívar en el Perú era indispensable, no quiso ser un estorbo para ella i resolvió alejarse de esa nacion cediendo el campo al libertador del norte.

Con la ausencia de San Martin el Perú se encontró sin una cabeza fuerte para dirijir el Gobierno en tan difíciles circunstancias. La intervencion del ejército colombiano fué entónces una necesidad imperiosa. Llegó primero una division de 3,000 hombres a las órdenes de Sucre i despues vino Bolívar en persona a organizar i dirijir las operaciones militares, que terminaron el 9 de diciembre de 1824 con la gran batalla de Ayacucho ganada por la pericia militar del virtuoso Jeneral Sucre.

Bolívar i San Martin ocupan igual rango en la historia de la América meridional, porque a

los dos se debe el triunfo definitivo de la independencia. La obra realizada por cada uno de estos libertadores se completó con la obra realizada por el otro i la independencia del continente no estuvo asegurada sino cuando los dos terminaron gloriosamente sus campañas. Pero si los servicios i los merecimientos de los dos libertadores fueron iguales, los medios de que se valieron para desempeñar su mision redentora fueron mui diversos, porque ellos tenian condiciones opuestas de carácter, de corazon i de intelijencia.

San Martin era reposado, taciturno, calculador; no ejecutaba acto alguno sin meditarlo tranquilamente; tenia una paciencia a toda prueba para resistir a las contrariedades, para atender a los mas insignificantes detalles i para aguardar impasible el momento propicio en que cada cosa debia realizarse. San Martin nunca era sorprendido por las dificultades, porque las calculaba de antemano i se preparaba para vencerlas. Su regla de conducta era no dejar nada a lo imprevisto; preferia permanecer en la inaccion antes que comprometerse como jefe en una empresa que el mismo no hubiera estudiado i organizado.

Bolívar, de naturaleza impresionable, de temperamento ardoroso, era arrebatado en sus pen-

samientos i en sus actos; jamas meditaba sus grandes proyectos, porque estos brotaban en su mente rápidos como el relámpago; jamas los aplazaba para perfeccionarlos con el estudio, por que su carácter impetūoso le obligaba a ejecutar con la misma rapidez con que pensaba. Estas cualidades esenciales del jenio de Bolívar se pusieron de relieve en los tiempos adversos, cuando la derrota le dejó solo, sin ejércitos i sin recursos para seguir luchando con un enemigo fuerte por la organizacion i la victoria. El supo improvisar soldados, comunicarles su entusiasmo, fortalecerles para el sufrimiento, hacer un héroe de cada uno de ellos i conducirles por medio continente a paso de vencedores.

San Martin se mostró poco sensible a la vanidad i a la ambicion. Su vida fué tan modesta, sus costumbres fueron tan austeras en los dias oscuros de su juventud como en la época brillante de sus triunfos. En la Arjentina, léjos de aspirar a la posesion del Gobierno, se ocupó sin descanso en preparar el ejército libertador de Chile. Despues de la batalla de Chacabuco, léjos de aceptar el Gobierno que le ofrecian los chilenos, consagró todo su pensamiento a preparar la espedicion libertadora del Perú. En Lima se vió obligado por las circunstancias a encargarse del poder público; pero se apresuró

a abandonarlo tan pronto como vió que sus servicios no eran necesarios.

Bolívar, mostrando tanto vigor en sus debilidades como grandeza en sus virtudes, fué sensible a la vanidad hasta el esceso, fué sediento de gloria hasta el delirio, fué ambicioso de mando hasta hacerse llamar tirano. Envanecido con sus triunfos, endiosado por la adulacion i la lisonja, perdió el equilibrio de sus facultades i se imajinó ser el árbitro supremo de los destinos de América. En 1827 era Presidente de Colombia, Dictador del Perú, Jefe vitalicio de Bolivia i, como esto no bastara a satisfacer su sed de gloria i poderio, tuvo tambien el propósito de pasar al Paraguai i la Arjentina en busca de ruidosas aventuras.

En lo militar Bolívar superó a San Martin por la audacia, la rapidez i el brillo de sus afortunadas campañas contra los mas poderosos ejércitos españoles que hubo en América. En lo moral San Martin superó a Bolívar por la consumada prudencia de su carácter, por el absoluto desinteres de sus servicios, por su firmeza en resistir a las tentaciones que asedian a los soldados felices i, finalmente, por su filosófica resignacion para alejarse, sin quejas ni recriminaciones, de los pueblos que habia libertado.

Bolívar i San Martin son los fundadores de la independencia sud-americana; en tal virtud tienen por patria a todo el continente republicano i merecen ser eternamente recordados con admiracion, respeto i gratitud.

26.—La bandera de Chile.

CADA pueblo tiene, como insignia de su soberania, una bandera nacional que se enarbola en los edificios públicos, en los buques de guerra, en los cuarteles i las fortalezas i tambien en las casas que habitan sus representantes en otras naciones. Los ciudadanos respetan la bandera de su patria como los hijos respetan las imájenes de sus padres. I en tiempos de guerra los marinos i los soldados derraman su sangre i sacrifican su vida en defensa de esa insignia sagrada.

Durante la colonia la bandera de Chile era la bandera española que recordaba las violencias de los conquistadores i representaba el absolutismo de los Reyes. Pero luego que se formó un gobierno nacional i que se organizó el primer ejército patriota, fué preciso adoptar una bandera que sirviese a este de guia en los combates con el ejército realista. El Jeneral Carrera ordenó en 1812 que se usase una bandera formada de

tres fajas, a imitacion de la española, pero de distintos colores, que fueron: azul, blanco i amarillo. Con esa bandera hicieron los patriotas las primeras campañas de la independencia en los años 1813 i 1814. En defensa de ella O'Higgins i sus soldados lucharon hasta el heroismo en el sitio de Rancagua, tan glorioso como desgraciado para las armas chilenas.

Reconquistado Chile por los españoles, aquella bandera nacional desapareció para siempre. El ejército libertador que San Martin organizó en Mendoza era casi en su totalidad arjentino i obedecia al Gobierno independiente de Buenos Aires. Ese ejército pasó los Andes i peleó en Chacabuco con la bandera arjentina, que adquirió gloria imperecedera en tan memorable campaña.

Despues del triunfo del ejército libertador el Director O'Higgins se apresuró a organizar un ejército chileno i con este objeto dispuso que se formasen batallones en diversos pueblos. Entónces fué necesario tener una bandera nacional; pero, en vez de restablecer la que habia servido en las primeras campañas de los patriotas, se adoptó otra con los colores azul, blanco i encarnado. El uso de esta bandera no se jeneralizó mui pronto. En octubre de 1817 el Gobernador de Valparaiso escribia al gobierno de Santiago

lo que sigue: "Hasta ahora tremolan en los castillos i buques de este puerto las banderas de Buenos Aires i no se ha hecho mutacion en ellas por no haber órden para variarlas. Vuestra Excelencia por medio de un diseño se servirá indicarme cual es la forma que se haya adoptado en nuestro estado de Chile para los castillos i embarcaciones. En esa capital las he visto tricolores; pero de distintos modos i figuras, que no me dan lugar a resolverme para establecerlas aquí, por cuyo motivo Vuestra Excelencia tendrá a bien el esponerme acerca de este particular lo que tuviese por conveniente."

El Gobierno debió resolver esta consulta i dar instrucciones para usar la nueva bandera, porque un mes mas tarde el mismo Gobernador pedia que se le mandasen algunas piezas de lanilla de los colores blanco, azul i encarnado para las banderas que necesitaba hacer. No hai sin embargo constancia escrita de esta resolucion.

En 1826 el Gobierno ordenó que la bandera tricolor con estrella solo pudiera ser enarbolada en los ejércitos, en las plazas de armas, en las naves de guerra i en las casas del jefe del Estado i de las autoridades municipales. En las naves mercantes i casas particulares debia usarse la bandera sin estrella. En 1854 se fijó con exactitud la forma de la bandera nacional i se declaró

que las autoridades i los particulares debian usarla con estrella.

Ya se ha dicho que el ejército libertador de Chile era arjentino en su mayor parte e hizo la brillante campaña de Chacabuco con la bandera arjentina. No sucedió igual cosa con el ejército libertador del Perú, que siendo mitad chileno i mitad arjentino, fué equipado por el Gobierno de Chile i trasportado a bordo de las naves de la escuadra chilena.

El jeneral San Martin, jefe de la espedicion, nada habia dicho sobre la bandera que reconoceria en el Perú el Ejército de su mando. Los gobernantes de Chile temian que él por amor a su patria tratara de llevar la bandera arjentina i pensaban que esto seria contrario a la dignidad de la República. Nadie, sin embargo, ni el mismo O'Higgins, se resolvia a interrogar a San Martin sobre este punto, que podia dar oríjen a un desacuerdo grave.

Por fin, en víspera de salir la espedicion i en un banquete ofrecido a San Martin, O'Higgins en presencia de todo los invitados le dijo:—Jeneral ¿cuál será la bandera del ejército espedicionario?—San Martin, tomado de sorpresa, meditó un breve instante i en seguida respondió:—La bandera de Chile, Jeneral.

San Martin manifestó en esas circunstancias una grande elevacion de carácter sacrificando sin vacilar sus naturales sentimientos de soldado i ciudadano arjentino para evitar una dificultad que podia entorpecer la espedicion al Perú. O'Higgins, que le conocia a fondo i comprendia la magnitud del sacrificio, le estrechó silenciosamente en un afectuoso abrazo.

La bandera de Chile, honrada ya con la gloria de Maipo, cruzó victoriosamente las aguas del océano Pacífico como enseña de redencion para él último pueblo de América del Sur que permanecia sujeto al dominio español.

27.—El escudo chileno.

EL Jeneral Carrera estableció tambien en 1812 el uso de un escudo de Chile en reemplazo del escudo real de España. En setiembre de aquel año se celebró el aniversario de la instalacion de la primera Junta de Gobierno con un baile dado en la Moneda. En la portada principal del palacio se colocó un lienzo en el cual se habia pintado el nuevo escudo de Chile. Este consistia en una columna dominada por un globo, sobre el cual habia cruzadas una lanza i una palma. Al lado izquierdo de la columna, estaba un gallardo jóven vestido de indio, i a la derecha, una hermosa mujer con el mismo traje.

Encima de todo, a alguna distancia, se elevaba radiante una estrella rodeada de una inscripcion latina alusiva al cambio de gobierno. La bandera tricolor que se habia enarbolado en la fachada del edificio tenia en el medio el escudo que se acabó de describir.

Este primer escudo chileno cayó pronto en el olvido. En setiembre de 1819 el Gobierno trató de restablecerlo con algunas modificaciones. Para esto ordenó que en las puertas del palacio se colocasen las armas de la Patria, teniéndose por tales, "un escudo formado en campo azul oscuro, ubicado en su centro una columna de órden dórico sobre su pedestal de mármol blanco, encimada del mundo nuevo americano, submontada de un letrero que dice así: *Libertad*; i sobre éste, una estrella de cinco puntas representante de la provincia de Santiago, presentándose a los lados de la columna otras dos estrellas iguales por Concepcion i Coquimbo, orlado todo de dos ramas de laurel, atados sus cogollos con una cinta i rosa tricolor, apareciendo en su circuito toda armeria por el órden de caballeria, dragones, artilleria i bombarderia, con los demas jeroglíficos alusivos a la vil cadena de esclavitud que supo romper la América."

Las armas de la Patria, segun la descripcion que precede, fueron talladas en madera por un

escultor nacional i esta obra se colocó sobre la puerta del palacio de Gobierno, en la Plaza de Armas, en medio de una entusiasta manifestacion popular. El escultor habia agregado la figura de un indio que sostenia el escudo sobre sus hombros i tenia a sus pies un caiman devorando al vencido leon de Castilla.

Algunos años mas tarde, en 1832, el Presidente de la República dirijió al Congreso un mensaje que decia, entre otras cosas, lo que sigue:

"La República debe tener un escudo de armas que la simbolice conforme al uso casi inmemorial de todos los pueblos i naciones. No puede considerarse como tal el que se introdujo en los primeros tiempos de la revolucion, porque a mas de haber carecido de la sancion de autoridad competente, no contiene pieza alguna alusiva al objeto que debe representar. Ha creido, pues, el Gobierno que, no debiéndose tolerar por mas tiempo ese escudo insignificante, se sancionase de una vez el que reuna a la legalidad de su oríjen la propiedad de la alusion. Al efecto se ha hecho presentar varios diseños i entre los que parecen haberse acercado mas a desempeñar el asunto es el que tiene la honra de adjuntar.

"En él observará el Congreso un campo de dos esmaltes cuyos bien conocidos atributos cuadran perfectamente con la naturaleza del pais i

el carácter de sus habitantes. La estrella de plata es el blason que nuestros aboríjenes ostentaron siempre en sus pendones i el mismo que representa ese caro pabellon a cuya sombra se ha ceñido la patria de tantos i tan gloriosos laureles.

"Los soportes representan un huemul i un cóndor: este, el ave mas fuerte, animosa i corpulenta que puebla nuestros aires, i aquel el cuadrúpedo mas raro i singular de nuestras sierras, de que no hai noticia que habite otra rejion del globo.

"La corona naval que supera la cabeza de ambos animales será el monumento que recordará siempre el glorioso triunfo de nuestras fuerzas marítimas sobre las de España en las varias aguas del Pacífico.

"Si como es de esperar, mereciese esta idea la aprobacion del Congreso, el gobierno somete a su aprobacion el siguiente proyecto de decreto:

"*El escudo de armas de la República de Chile presentará en campo cortado de azur i de gules una estrella de plata; tendrá por timbre un plumaje tricolor de azul, blanco i encarnado; i por soportes un huemul a la derecha i un cóndor a la izquierda, coronado cada uno de estos animales con una corona naval de oro.*"

Debe advertirse que estas esplicaciones sobre el significado del escudo chileno adolecen de un

grave error en la parte en que se refiere al huemul. Este animal es un pequeño ciervo, raro en Chile, que suele encontrase tambien en la cordillera de Bolivia i el Perú i que nada tiene de estraordinario, pues presenta todos los caractéres propios de los demas ciervos.

El error señalado proviene de una descripcion fabulosa del huemul hecha por el jesuita Molina en su compendio de Historia Natural de Chile. Molina, sin haber visto el huemul, lo describió como un animal que tenia algo del ciervo i del caballo, dejándose impresionar talvez por los informes de algun campesino.

Por causa de este error, el huemul ha quedado ocupando en el escudo de la República el sitio que se le dió en 1832.

28.—La Cancion Nacional.

EN 1819 i por encargo de O'Higgins, don Bernardo Vera i Pintado compuso un himno patriótico que debia cantarse en las fiestas públicas i especialmente en las que se celebraban el 18 de setiembre, aniversario de la instalacion del primer gobierno nacional.

Con tal motivo el Ministro de Estado dirijió a Vera, con fecha 2 de octubre de 1819, una nota de felicitacion que decia asi:

"La cancion patriótica cuya composicion encargó su Exelencia el Supremo Director a usted, ha ocupado un distinguido lugar en la fiesta nacional del 18 de setiembre, habiendo primero merecido el título de *Cancion Nacional* por sancion de los poderes lejislativo i ejecutivo. Su Excelencia tiene la mayor satisfaccion de que haya usted desempeñado su encargo manifestando un entusiasmo i brillantez propia de su acendrado patriotismo i acreditado talento. De órden suprema, tengo el honor de comunicarlo a usted para su satisfaccion.—Dios guarde a usted muchos años.—Ministerio de Estado, octubre 2 de 1819.—Joaquin de Echeverria.—SeñorDoctor D. Bernardo Vera.

Esta Cancion tan aplaudida es la siguiente:

CORO

Dulce patria, recibe los votos
Con que Chile en tus aras juró,
Que la tumba serás de los libres
O el asilo contra la opresion.

I

Ciudadanos, el amor sagrado
De la patria os convoca a la lid:
Libertad es el eco de alarma,
La divisa: *triunfar o morir!*

El cadalso o la antigua cadena
Os presenta el soberbio español....
Arrancad el puñal al tirano,
Quebrantad ese cuello feroz!

II

Habituarnos quisieron tres siglos
Del esclavo a la suerte infeliz,
Que al sonar de sus propias cadenas
Mas aprende a cantar que a jemir.
Pero el fuerte clamor de la Patria
Ese ruido espantoso acalló,
I las voces de la Independencia
Penetraron hasta el corazon.

III

En sus ojos hermosos la Patria
Nuevas luces empieza a sentir,
I observando sus altos derechos,
Se ha incendiado en ardor varonil.
De virtud i justicia rodeada,
A los pueblos del orbe anunció,
Que con sangre de Arauco ha firmado
La gran carta de emancipacion.

IV

Los tiranos en rabia encendidos,
I tocando de cerca su fin,
Desplegaron la furia impotente,
Que, aunque en vano, se halaga en destruir.

Ciudadanos, mirad en el campo
El cadáver del vil invasor...
Que perezca ese cruel que el sepulcro
Tan lejano a su cuna buscó!

V

Esos valles tambien ved, chilenos,
Que el Eterno quiso bendedir,
I en que rie la naturaleza,
Aunque ajada del déspota vil.
Al amigo i al deudo mas caro
Sirven hoi de sepulcro i de honor:
Mas la sangre del héroe es fecunda,
I en cada hombre cuenta un vengador.

VI

Del silencio profundo en que habitan
Esos Manes ilustres,—Oid!
Que os reclaman venganza, chilenos,
I en venganza a la guerra acudid.
De Lautaro, Colocolo i Rengo
Reanimad el nativo valor
I empeñad el coraje en las fieras
Que la España a estinguiros mandó.

VII

Esos monstruos que cargan consigo
El carácter infame i servil
¿Cómo pueden jamas compararse
Con los héroes del cinco de abril?

Ellos sirven al mismo tirano
Que su lei i su sangre burló:
Por la Patria nosotros peleamos,
Nuestra vida, libertad i honor.

VIII

Por el mar i la tierra amenazan
Los secuaces del déspota vil;
Pero toda la naturaleza
Los espera para combatir.
El Pacífico al Sud i Occidente,
Al oriente los Andes i el Sol,
Por el norte un inmenso desierto
I en el centro libertad i union.

IX

Ved la insignia con que en Chacabuco
Al intruso supisteis rendir
I el augusto tricolor que en Maipo
En un dia de triunfo os dió mil.
Vedle ya señoreando el Océano
I flameando sobre el fiero leon:
Se estremece a su vista el Ibero,
Nuestros pechos inflama el valor.

X

Ciudadanos, la gloria presida
De la Patria al destino feliz,
I podrán las edades futuras
A sus padres así bendecir.

Venturosas mil veces las vidas
Con que Chile su dicha afianzó;
Si quedara un tirano, su sangre
De los héroes escriba el blason.

En el primer año la Cancion Nacional fué cantada con la música del himno arjentino; pero en 1820 un compositor chileno, llamado Manuel Robles, le dió música propia, la cual fué reemplazada en 1828 por la que hoi se usa, compuesta en aquel año por el maestro español Ramon Carnicer.

Los versos de la Cancion Nacional espresan fielmente los sentimientos de aversion que en los corazones chilenos hizo nacer la crueldad de las autoridades españolas durante la reconquista. Mas tarde, cuando esos sentimientos se calmaron, muchos españoles pacíficos que habian fijado su residencia en Chile, haciendo de este pais su verdadera patria, indicaron la conveniencia de suprimir o cambiar algunos de esos versos que eran demasiado duros contra España.

A esto se debe la moderna Cancion Nacional, escrita en 1847 por don Eusebio Lillo.

CORO

Dulce patria, recibe los votos
Con que Chile en tus aras juró,
Que la tumba serás de los libres
O el asilo contra la opresion.

I

Ha cesado la lucha sangrienta,
Ya es hermano el que ayer invasor;
De tres siglos lavamos la afrenta
Combatiendo en el campo de honor.
El que ayer doblegábase esclavo,
Libre al fin i triunfante se vé;
Libertad es la herencia del bravo,
La victoria se humilla a su pié.

II

Alza, Chile, sin mancha la frente,
Conquistaste tu nombre en la lid:
Siempre noble, constante, valiente
Te encontraron los hijos del Cid.
Que tus libres, tranquilos coronen
A las artes, la industria i la paz,
I de triunfo cantares entonen
Que amedranten al déspota audaz.

III

Vuestros nombres, valientes soldados
Que habeis sido de Chile el sosten,
Nuestros pechos los llevan grabados....
Los sabrán nuestros hijos tambien.
Sean ellos el grito de muerte
Que lancemos marchando a lidiar,
I sonando en la boca del fuerte,
Hagan siempre al tirano temblar.

IV

Si pretende el cañon estranjero
Nuestros pueblos osado invadir,
Desnudemos al punto el acero
I sepamos vencer o morir.
Con su sangre el altivo Araucano
Nos legó por herencia el valor;
I no tiembla la espada en la mano
Defendiendo de Chile el honor.

V

Puro, Chile, es tu cielo azulado,
Puras brisas te cruzan tambien,
I tu campo de flores bordado
Es la copia feliz del Eden.
Majestuosa es la blanca montaña
Que te dió por baluarte el Señor,
I ese mar que tranquilo te baña
Te promete futuro esplendor.

VI

Esas galas, oh Patria, esas flores
Que tapizan tu suelo feraz,
No las pisen jamas invasores,
Con su sombra las cubra la paz.
Nuestros pechos serán tu baluarte,
Con tu nombre sabremos vencer,
O tu noble, glorioso Estandarte,
Nos verá combatiendo caer.

VII

LA REPÚBLICA

1.—Fin de la Guerra.

LA independencia de Chile quedó afianzada con la ocupacion del Perú por el ejército chileno-arjentino a las órdenes de San Martin. Mientras el Virei del Perú se vió libre de los cuidados de la guerra en su propio territorio, se ocupó en hostilizar la independencia arjentina por las provincias limítrofes con la actual República de Bolivia, i en enviar espediciones a Talcahuano, Valdivia i Chiloé para impedir la independencia de Chile. Pero, una vez que Cochranne dominó el Pacífico con la escuadra chilena i que San Martin tomó posesion de tierra peruana con el ejército libertador, el Virei hubo de renunciar a todo pensamiento de hostilidad contra

Chile i la República Arjentina, porque los recursos de que disponia eran escasos para defenderse de la atrevida invasion de los patriotas.

Desde entónces pudo considerarse terminada la guerra de la independencia de Chile. Sin embargo, los restos del ejército realista derrotado en Maipo se refujiaron en la rejion montañosa del Sur i se unieron con los araucanos, que vivian siempre en estado de guerra como en la época colonial. Esta alianza de los indíjenas i los soldados realistas era impotente para organizar un verdadero ejército i emprender operaciones regulares contra el Gobierno independiente; en cambio, era sobrado poderosa para poner en peligro las ciudades del Sur i para impedir el cultivo de los campos, destruyendo las siembras, robando los animales i matando a los indefensos campesinos. Durante algunos años no hubo en aquella rejion seguridad alguna para las personas ni para las propiedades. Los araucanos i los realistas, animados por igual espíritu de destruccion, vivian en contínuo acecho de oportunidades favorables para entregarse a la matanza i al pillaje. Fué menester que el Gobierno mantuviese en el Sur un ejército numeroso, a las órdenes de los mas espertos jefes militares, para hacer frente a estas partidas de indios i bandoleros que luchaban con salvaje furor. El Jeneral

Freire estuvo al mando de ese ejército hasta el año 1823; despues de esa fecha fué reemplazado por el Jeneral Prieto, que conservó el mando hasta 1829; en seguida se nombró Comandante en Jefe al Jeneral Búlnes, que como subalterno habia adquirido mucha esperiencia en esa lucha i, como jefe, supo aprovecharla para emprender una afortunada campaña contra aquellos enemigos. Despues de una série de triunfos parciales, el Jeneral Búlnes venció por completo a los montoneros en 1831 devolviendo la paz a aquella rejion para que sus habitantes pudieran entregarse con seguridad al trabajo.

El archipiélago de Chiloé, donde los realistas reclutaron sus mejores tropas para hacer la guerra a los patriotas, permaneció en poder de España despues de la batalla de Maipo. Sus habitantes se mantuvieron fieles al Rei, porque no habia llegado hasta ellos el contajio de las ideas revolucionarias, ni sentian aspiracion alguna a la independencia. Separados por una enorme distancia del centro de las operaciones militares, no tenian noticia exacta del objeto, ni de los resultados de la contienda. Ademas, el dominio español no tuvo para ellos los carácteres de violencia i crueldad que le hicieron tan odioso en el resto del pais. Allí no hubo guerra para someter a los indíjenas, que apénas formaban una

que otra tribu de inofensivos pescadores. En vez del despotismo de los militares castellanos, se hizo sentir en Chiloé, durante la colonia, la pacifica influencia de los sacerdotes encargados de predicar el cristianismo. La sumision al Rei no fué impuesta por la fuerza de las armas, sino enseñada, como un dogma de la Iglesia, por los frailes domínicos i franciscanos que establecieron sus conventos en la isla. Esta predicacion relijiosa, excenta de crueldades i violencias, hizo de los humildes isleños los súbditos mas leales de la España. Así se esplica que, léjos de servir a la independencia, la resistieran hasta que el Gobierno mandó un ejército para establecer allí el dominio de la República.

2.—Gobierno de O'Higgins.

SE ha visto en las pájinas anteriores que O'Higgins fué un modelo de patriotismo, desinteres i valentia. Jamas le perturbó la ambicion del mando, jamas procuró obtener ventajas personales; amaba a su patria i, deseando verla libre, se ponia a su servicio como soldado i como ciudadano. Miéntras otros hacian revoluciones i fomentaban la discordia, O'Higgins se ocupaba solo en mantener la union de los patriotas para vencer a los realistas. Es digna de

recordarse su conducta respecto de San Martin en Mendoza i en la gran campaña libertadora. El reconoció, desde el primer momento, la superioridad del ilustre jefe arjentino i se puso a sus órdenes como el mas disciplinado subalterno. En seguida, cuando el triunfo de Chacabuco le hizo jefe del Estado, O'Higgins no se envaneció con el poder, ni olvidó que San Martin era el libertador de Chile i el director necesario de las operaciones militares. En la campaña que precedió a la batalla de Maipo i en la funesta accion de Cancha Rayada, O'Higgins, Director Supremo de Chile, mandaba una division del ejército a las órdenes de San Martin como Jeneral en Jefe, dando con esto un hermoso ejemplo de modestia personal, de respeto al mérito ajeno i de noble patriotismo.

En el ejercicio del gobierno O'Higgins tuvo dos propósitos bien determinados: conservar la alianza chileno-arjentina i realizar la espedicion libertadora del Perú. En lo primero veia, no solo una condicion necesaria para la prosperidad de Chile, sino tambien el cumplimiento de un deber de gratitud por los servicios recibidos del Gobierno i del pueblo arjentino. En lo segundo era guiado por el convencimiento de que la independencia de Sud-América no estaria definiivamente conquistada, miéntras la España man-

tuviese su dominio en un pueblo como el Perú, colocado en el centro del continente i dotado de tan abundantes fuentes de riqueza.

Al tratar de la organizacion de la primera escuadra chilena i de la espedicion al Perú, se ha manifestado el gran mérito que a O'Higgins corresponde por tales hechos. Es justo recordar tambien que su accion fué hábilmente secundada por el Ministro de Guerra i Marina, José Ignacio Zenteno, hombre infatigable para el trabajo i tan distinguido por su talento como por la firmeza de su voluntad. San Martin, buen juez para apreciar a los hombres útiles a la independencia, consideraba a Zenteno entre los primeros. En Mendoza le llamó a su lado con el carácter de secretario i quedó tan satisfecho de sus servicios, que desde entónces le ocupó en todo trabajo que requeria discrecion, intelijencia i buen consejo. En julio de 1817 O'Higgins, que estaba a la cabeza del ejército sitiador de Talcahuano, escribia a San Martin diciéndole que "no conocia un solo hombre a quien confiar" el gobierno durante su ausencia. San Martin le contestaba, con fecha 21 de julio, estas palabras que hacen el mas cumplido elojio de Zenteno: "Me dice usted que no conoce un solo hombre

a quien dejar la delegacion. Hágalo usted en Zenteno i verá si todo toma nervio como corresponde; de lo contrario, nada se hace i todo se lo lleva el diablo. Venga Zenteno i verá usted si todo marcha bien.»

O'Higgins gobernó durante cerca de seis años, desde el mes de febrero de 1817, despues de la batalla de Chacabuco, hasta enero de 1823. En el desempeño de su cargo pagó tributo a las flaquezas propias de la naturaleza humana ejecutando actos dignos de reproche. La posteridad, justiciera a sus méritos i sus servicios, se muestra induljente con sus errores i cubre sus faltas con el velo del olvido. Pero los contemporáneos, ajitados por las pasiones que dividian a los partidos políticos, no tuvieron igual tranquilidad para juzgarle. Léjos de eso, olvidaron las virtudes de que él habia dado ejemplo, desconocieron la importancia de la obra por él realizada i le trataron con amarga severidad.

El asesinato de Manuel Rodriguez i el fusilamiento de los Carreras contribuyeron en gran parte a ese resultado, porque los partidarios de aquellos caudillos no podian perdonar el sacrificio que les fué impuesto. Las contribuciones que O'Higgins tuvo que exijir del pueblo para

organizar la escuadra i la espedicion al Perú tambien habian provocado mucho descontento contra él, aun cuando en esto no habia error ni culpa de su parte. Por último, O'Higgins se habia acostumbrado al réjimen militar, que se funda en la obediencia sin discusion, i no comprendió que, una vez asegurada la independencia, era preciso constituir el gobierno en una forma verdaderamente republicana. Muchos ciudadanos pedian que se convocase al pueblo a elecciones, que se elijiese un Congreso, que se dictasen leyes para fijar los derechos i obligaciones recíprocas de los gobernantes i los gobernados. O'Higgins opuso tenaz resistencia a estos lejítimos deseos de la opinion pública i cometió un error mas grave todavia mostrándose dócil a los consejos de hombres que habian servido hasta la última hora la causa realista i que eran enemigos de toda reforma i de toda libertad.

El descontento no tuvo límites cuando se vió que O'Higgins, en vez de conducirse como gobernante republicano, se empeñaba en ejercer una autoridad dictatorial. Los ánimos se irritaron de tal modo que hubo riesgo de ver al pais envuelto en una guerra civil. Las tropas acantonadas en Coquimbo i Concepcion, desconociendo la autoridad de O'Higgins, se prepararon a atacarle bajo las órdenes de Freire. Por

fin el 28 de enero de 1823 las personas mas notables de Santiago se juntaron en una reunion pública para discutir lo que convenia hacer en tan graves circunstancias. En esa asamblea se produjo un acuerdo unánime para declarar que no era posible permitir por mas tiempo que un solo hombre gobernase a Chile sin leyes i sin Congreso. En consecuencia se nombró una comision para que fuese a la Casa de Gobierno a invitar a O'Higgins a presentarse a la asamblea con el objeto de oir los deseos del pueblo.

Al principio O'Higgins pensó no acudir al llamado. El era Jeneral en Jefe del Ejército i podia hacerse fuerte en el gobierno con el apoyo de las bayonetas. Por fortuna abandonó pronto este mal pensamiento i se dirijió a la sala donde se celebraba la reunion. Las tropas entre tanto permanecian tranquilas en sus cuarteles. Uno de los caballeros allí reunidos tomó la palabra en nombre de la asamblea para esponer a O'Higgins las quejas que el pueblo tenia en su contra i pedirle que hiciese dimision del mando. O'Higgins contestó con digna entereza que su único pensamiento habia sido servir bien a la patria i que no reconocia a esa asamblea el derecho de disponer del Gobierno Nacional. A esto replicó otro de los asistentes: «Es cierto que V. E. es Director de toda la República i que

aquí no se encuentra mas que el pueblo de Santiago; pero yo tuve tambien la honra de concurrir a la reunion que nombró a V. E. Supremo Director i esa reunion se hizo solo del pueblo de Santiago i con un número de personas mucho mas limitado que el presente.» Tambien se observó a O'Higgins que su autoridad habia sido desconocida por el pueblo i las guarniciones de Coquimbo i Concepcion. Estos razonamientos convencieron a O'Higgins de que su deber como ciudadano era sacrificarse para evitar a la República la desgracia de una guerra civil. En consecuencia se sometió a la voluntad de la asamblea i entregó el mando a una Junta de Gobierno constituida para reemplazarle interinamente.

Poco tiempo despues O'Higgins pidió permiso para salir de Chile. No pudiendo vivir tranquilo en el pais, porque los descontentos de su gobierno eran mui numerosos i le trataban duramente, prefirió condenarse a voluntario destierro. En julio de 1823 se embarcó en Valparaiso, con su madre i su hermana, en una nave que zarpaba con rumbo al Callao. El gobierno peruano le recibió con espresivas manifestaciones de respeto i le obsequió una hacienda en recompensa de sus servicios. Allí vivió O'Higgins, ocupado en el cultivo del campo, hasta el año de 1842, fecha de su muerte.

Los servicios de O'Higgins a la independencia de Chile i de la América fueron inmensamente mayores que sus faltas como gobernante. Las buenas cualidades de su carácter fueron tambien muchos mas notables que sus defectos. Con el trascurso de los años se calmaron las pasiones políticas de sus adversarios i la República supo honrar la memoria del mas ilustre de sus organizadores.

La repatriacion de sus restos fué acordada por el Congreso en 1844; pero solo llegó a efectuarse en 1868. En este último año la escuadra chilena, al mando del anciano Almirante Blanco Encalada, zarpó de Valparaiso con rumbo al Callao para recibir allí la urna que encerraba las cenizas del héroe. Cuando la escuadra regresó a Valparaiso, el pueblo hizo una solemne manifestacion en recuerdo de O'Higgins. Los restos fueron traslados a Santiago, cuyos habitantes los recibieron i los acompañaron con gran pompa al cementerio jeneral donde hoi reposan. Mas tarde se erijió en la Alameda de Santiago la estátua que le representa en el momento de salir de Rancagua. O'Higgins pudo haber dicho como San Martin: que en su patria se le haria justicia cuando los hombres le juzgaran sin pasion.

O'HIGGINS

Modelo de virtud, noble guerrero,
No fué tu guia la ambicion villana,
No fué tu espada el hierro carnicero
Avido de teñirse en sangre humana.
El amor de la Patria era tu norte,
Un rayo de justicia era tu espada
I al conducir al campo tu cohorte,
A vencer o morir por tí adestrada,
Solo al deber sagrado obedecias!
Con el valor ardiente del patriota
Por la causa mas santa combatias,
I admirable en el triunfo i la derrota
Que en su eterno vaiven la suerte fragua,
Siempre atrevido, ardiente i jeneroso,
No sé donde te elevas mas grandioso
Si acaso en Chacabuco o en Rancagua!..

J. A. SOFFIA.

3.—Gobierno de Freire.

EL sucesor de O'Higgins en el Gobierno de la República fué el Jeneral Ramon Freire, que tanto se habia hecho notar en la guerra desde las campañas de 1813 i 1814.

El mayor mérito de Freire consistia en su conducta en el famoso desastre de Rancagua. Du-

rante los dos dias del combate dió ejemplo de valor a todo el ejército i mereció que O'Higgins le llamase el bravo entre los bravos. A la salida de la plaza se puso al lado de O'Higgins al frente de los patriotas i, sable en mano, cargó sobre el victorioso español. Mas tarde, en el sitio de Talcahuano i en la batalla de Maipo, adquirió nuevo título a la gloria militar.

Para dar satisfaccion a los deseos del pueblo Freire ordenó que se elijiese un Congreso. Esta corporacion, reunida el mismo año 1823, dictó una Constitucion para la República i declaró la completa libertad de los esclavos que habia en Chile. Esta lei vino a completar la obra del Congreso de 1811, que se habia limitado a declarar libres a los hijos de los esclavos.

Los españoles dominaban todavia en el archipielago de Chiloé, donde habia algunas tropas a las órdenes del coronel Antonio Quintanilla, jefe intelijente i valeroso que estaba dispuesto a hacer todo sacrificio en honor de la bandera de su patria. La independencia de Chile podia estar en peligro miéntras los españoles fuesen dueños de aquellas islas; en efecto, era posible que, con ausilios traidos de España, se organizase allí un ejército para emprender operaciones en primera oportunidad i librar nuevas batallas a los patriotas. Ademas el Gobierno comprendia que

por el honor de la República era necesario libertar del dominio español hasta la última pulgada de su territorio.

En enero de 1824 el Jeneral Freire se dirijió al sur con algunos elementos de guerra, completó en Valdivia sus aprestos i un mes mas tarde se embarcó con 2,500 soldados para invadir y libertar la isla grande de Chiloé. Esta campaña fué mui penosa por la abundancia de las lluvias en aquella rejion. Los patriotas obtuvieron algunas ventajas; pero no lograron vencer a Quintanilla, que organizó la resistencia con la pericia de un exelente militar. La prolongacion de la campaña fué imposible para el jeneral Freire, porque le faltaron municiones i no tuvo como reemplazar a los soldados que se enfermaban. Se vió por esto en la necesidad de suspender las operaciones i regresar a Santiago. Año i medio mas tarde organizó un nuevo ejército espedicionario de 3,000 hombres, venció a los españoles i libertó por fin a Chiloé el 22 de enero de 1826.

El Jeneral Freire solo gobernó hasta el mes de julio de 1826. Los chilenos, que siempre estuvieron unidos durante la guerra contra los españoles, se dividieron en diversos bandos o partidos despues del triunfo. Estos partidos se disputaban el poder como si fueran enemigos i perdian el

tiempo en el Congreso en ajitadas discusiones. Freire disolvió el Congreso i, por segunda vez, llamó al pueblo a elecciones. Este acto arbitrario, lejos de poner término a las dificultades, las hizo mas graves i aumentó el número de los que hacian oposicion al Gobierno. Por fin, el Jeneral Freire renunció el mando, convencido de que le era imposible ejercerlo con tranquilidad.

4.—Cinco años de anarquia.

EN reemplazo de Freire fué elejido jefe de la República el Almirante Blanco Encalada, que no alcanzó a gobernar sino dos meses; en su lugar fué designado D. Agustin Eyzaguirre, que no llegó a completar cinco meses de gobierno; volvió a ser Presidente el Jeneral Freire, que renunció a los tres meses; tomó entónces el mando (2 de mayo de 1827) el Jeneral D. Francisco Antonio Pinto, i lo conservó hasta el mes de julio de 1829; volvió a tomarlo en agosto i lo renunció definitivamente en noviembre del mismo año.

Este continuo cambio de Presidente era el resultado de la discordia que reinaba entre los ciudadanos. Nadie podia gobernar tranquilamente, porque los partidos no respetaban las leyes, ni se cuidaban de conservar el órden público. En

este período de ajitaciones políticas i de movimientos revolucionarios, merece sin embargo ser recordado con gratitud el Jeneral Pinto, que sirvió al pais con desinteres i patriotismo.

El Jeneral Pinto era un hombre ilustrado i justo. Habia sido Ministro de Chile en Londres i en Buenos Aires; tambien habia tomado parte en la guerra de la independencia del Perú al mando de un cuerpo del ejército chileno. En sus servicios diplomáticos i militares se habia hecho notar por su intelijencia i por la tranquilidad de su carácter. Estas mismas cualidades le distinguieron como Presidente de Chile. Quiso mantenerse alejado de las rivalidades de los partidos i dedicar su tiempo a trabajos útiles para la patria. Fundó escuelas i colejios; mejoró notablemente la administracion de las rentas nacionales; fue un gobernante mui respetuoso de la lei i del Congreso. Durante el gobierno del Jeneral Pinto llegaron a Chile dos hombres de estraordinario mérito: el literato español D. José Joaquin de Mora, que fundó un notable colejio en Santiago, i el sabio don Andres Bello. Mora permaneció pocos años en Chile; fué desterrado en 1830 por haber tomado parte en las luchas políticas. Bello hizo de Chile su segunda patria, la sirvió con cariño, se consagró a la enseñanza i mereció la gratitud nacional.

La administracion del Jeneral Pinto fué perturbada por la contienda de los partidos, que en vez de dar fin a sus rivalidades, continuaban tratándose como enemigos irreconciliables. Los liberales triunfaron en las elecciones de diputados i el Congreso dictó en 1828 una Constitucion que establecia en Chile las prácticas políticas de los pueblos mas libres; los conservadores, en vez de resignarse con su derrota electoral, conspiraron contra el Gobierno i por último hicieron una revolucion a fines de 1829. Jefe militar de esta revolucion fué el Jeneral Joaquin Prieto, que estaba en Arauco al mando de las tropas encargadas de perseguir a los indios i los montoneros realistas. El Jeneral Prieto marchó sobre Santiago; las tropas que quedaron fieles al Gobierno salieron a su encuentro i le presentaron batalla en la chacra de Ochagavia. El resultado del combate fué indeciso; pero los jefes enemigos hicieron un convenio segun e cual volveria a ser Presidente de Chile el Jeneral Freire mientras se hacian nuevas elecciones.

Este convenio no fué cumplido. El Jeneral Prieto ocupó con sus tropas a Santiago donde se formó una junta provisoria de Gobierno. Poco mas tarde, a principio de 1830, se reunió un Congreso, que nombró Presidente de la República a D. Francisco Ruiz Tagle i vice Presidente a

D. José Tomas Ovalle, quien ejerció el mando por renuncia de aquel. El Jeneral Freire, apoyado por los liberales, desconoció la autoridad del Presidente Ovalle i formó un ejército con el cual presentó batalla al Jeneral Prieto cerca de Talca, a orillas del rio Lircai. El combate fué sangriento. Eran chilenos los dos ejércitos i pelearon con el mismo encarnizamiento con que los patriotas habian peleado contra las tropas del Rei. En el campo del combate quedaron muertos cerca de dos mil ciudadanos. El triunfo favoreció al Jeneral Prieto, que representaba i servia al partido conservador.

En esa sangrienta batalla, como en otras que mas tarde se han librado tambien en guerras civiles, los vencedores cometieron terribles crueldades contra los vencidos. El enemigo que cae prisionero tiene siempre derecho al respeto i a la proteccion del vencedor. Esta regla de humanidad rije en las guerras entre naciones; con mas razon debe rejir en las guerras civiles, cuando pelean entre sí los hijos de una misma patria. Por desgracia los soldados se enfurecen en el ardor de las batallas i se conducen, no como seres racionales, sino como fieras. Es necesario que el pueblo aprenda a condenar estos excesos para que en nuevas guerras sea valeroso sin crueldad.

5.—Libertad de comercio.

A PESAR del desórden político, de los frecuentes cambios de gobierno i de las sangrientas revoluciones, la independencia produjo en Chile, desde el primer dia, mui benéficos resultados. El mayor de estos beneficios fué la libertad de comercio, en virtud de la cual los habitantes quedaron autorizados para comprar i vender mercaderias segun sus conveniencias, sus necesidades.

Cada hombre necesita alimentos, vestuarios i casa de habitacion, muebles para la casa, servicio para la mesa e innumerables cosas. Nadie puede procurarse todos estos objetos por sí solo porque la produccion o fabricacion de cada uno exije, no solo mucho tiempo, sino tambien capitales, herramientas, máquinas i obreros especiales. Por tal razon los hombres, para satisfacer sus necesidades, tienen que trabajar en distintos oficios—unos en la agricultura, otros en la mineria, otros en las fábricas—i cambiar entre si sus respectivos productos. Estos cambios se hacen por medio de compras i ventas segun las necesidades de cada persona.

Los pueblos, que no son otra cosa que grandes reuniones de hombres, tambien tienen que hacer estos cambios de mercaderias. Chile, por

ejemplo, necesita azúcar i no la produce, necesita tejidos i no los fabrica; para tener esas mercaderias, i muchas otras que le son igualmente necesarias, vende cobre, plata, salitre, trigo i demas productos de su suelo, a comerciantes que los compran para trasportarlos a otros pueblos que tienen necesidad de ellos. Este comercio universal tiene en actividad constante a innumerables buques, vapores i ferrocarriles que cruzan la tierra en todas direcciones.

La libertad de comprar i vender mercaderias es tan razonable, tan justa i necesaria, que parece imposible que alguna vez los hombres hayan sido privados de ella. Pues bien, los chilenos no tenian esa libertad cuando eran gobernados por las autoridades que nombraba el Rei de España. Ya se ha dicho que los estranjeros no podian establecerse en Chile; que tampoco podian venir buques con mercaderias de Inglaterra, Francia i otras naciones, porque el comercio de todas las colonias americanas era un privilejio reservado esclusivamente a los españoles. Por causa de este privilejio, los tejidos, los cuchillos i tenedores, la cristaleria i demas productos de las fábricas inglesas i francesas, no podian llegar a Chile en buques de esas nacionalidades, ni ser vendidos por los mismos fabricantes. Dichos productos eran llevados primero

a España; allí los compraban los comerciantes que volvian a embarcarlos en buques españoles i los mandaban a América con permiso del Rei. De esto resultaba que las mercáderias llegaban a Chile recargadas con muchos gastos i que los comerciantes españoles privilejiados, libres de competidores, fijaban para la venta precios exorbitantes. Así, la privacion de la libertad de comercio obligaba a los chilenos a pagar por aquellas mercaderias precios tres o cuatro veces mayores que lo justo.

No era ese el único daño que recibian los chilenos por la falta de libertad de comercio. Tambien les estaba prohibido vender a los estranjeros sus productos agrícolas i mineros. Los ingleses necesitaban comprar cobre i trigo de Chile; a los chilenos les convenia hacer este negocio, porque podian vender esos productos a mui buenos precios i tambien porque los buques que vinieran a embarcarlos traerian mercaderias de Inglaterra para venderlas baratas. Pero el Rei no permitia realizar tales negocios i los chilenos solo podian vender un poco de trigo a los comerciantes que lo compraban para llevarlo al Perú.

La Junta de Gobierno establecida en 18 de setiembre de 1810 puso término al odioso privilejio de los españoles decretando, en febrero de 1811,

que «los puertos de Valdivia, Talcahuano i Valparaiso quedaban abiertos al comercio libre de las potencias estranjeras.» Este decreto, derogado por los españoles vencedores en Rancagua i restablecido por los patriotas vencedores en Chacabuco, produjo inmediatamente muchos bienes: los chilenos pudieron comprar a bajo precio las mercaderias europeas i pudieron vender mas caras las producciones nacionales; aumentaron así las comodidades de la vida, hubo trabajo abundante para el pueblo, la agricultura hizo progresos considerables i la mineria tomó gran desarrollo en las provincias del norte.

Durante la época colonial, en el año mas favorable, Chile esportaba, segun informaciones de don Manuel Salas, 275,000 pesos en trigo i 116,000 pesos en cobre. Despues de la independencia las esportaciones aumentaron gradualmente, merced a la libertad de comercio, pasando algunos años de 6.000,000 de pesos en trigo i de 20.000,000 de pesos en cobre. Esta prosperidad de la agricultura i la mineria ha enriquecido a la República i ha sido el fundamento de todos sus progresos.

6.—Contribuciones i gastos públicos.

EN tiempo de los españoles Chile era el pais mas pobre de la América. Los gastos públicos ascendian a poco mas de 600,000 pesos al año. Casi la mitad de esta suma se gastaba en sostener el ejército ocupado en las guerras de Arauco. La otra mitad se empleaba en pagar los sueldos del Gobernador, que ganaba 10,000 pesos al año, de los jueces, de los tesoreros i todos los empleados civiles i eclesiásticos desde Atacama hasta Chiloé.

Habia varias contribuciones para reunir estos fondos. La mas importante era la del *Estanco*, pagada por los consumidores de tabaco. El cultivo de esta planta estaba prohibido en Chile i la venta del artículo no era libre. Las autoridades traian a Chile tabaco comprado en el Perú i lo vendian a los chilenos a un precio mucho mas alto, con lo cual obtenian, para atender a los gastos públicos, una renta de 250,000 pesos al año. Cada vez que se vendia una casa o una hacienda se pagaba una contribucion, llamada *alcabala*, que producia 130,000 pesos al año. Tambien habia contribuciones de *aduana* para las mercaderias que se importaban i se esportaban.

Estas contribuciones reunidas nunca alcanzaron a producir una suma igual a los gastos del

servicio público, que casi siempre fueron mayores que el producto de las contribuciones en 50,000 o mas pesos al año. Para cubrir este déficit se traia anualmente, por órden del Rei, una parte de las rentas que las autoridades españolas percibian en el rico Vireinato del Perú.

Despues de la independencia los gastos de Chile aumentaron bastante, porque fué necesario pagar las deudas contraidas para hacer la guerra, mantener un ejército mas numeroso para defenderse de todo nuevo ataque de los españoles, organizar i mantener la escuadra, nombrar mas empleados para mejorar la administracion pública, fundar escuelas i colejios, construir caminos i realizar otros trabajos de importancia.

Con el objeto de atender a estos gastos el Gobierno republicano mantuvo las contribuciones que habia en tiempo de los españoles. El *estanco* i la *alcabala* produjeron mas que durante la colonia, por la prosperidad de los negocios; las contribuciones de Aduana dieron tambien un producto mucho mayor, porque la libertad de comercio hizo que aumentasen las esportaciones i las importaciones. Pero estas rentas no eran suficientes para los gastos de la República, que en 1828 llegaban ya a dos millones de pesos. Fué por esto necesario establecer otras contribuciones, entre las cuales puede citarse la de patentes, pa-

gada por los dueños de almacenes, tiendas i talleres, i el impuesto agrícola, pagado por los dueños de haciendas.

La abundante produccion de las minas i los progresos de la agricultura permitieron a los chilenos pagar sin sacrificios las nuevas contribuciones. Sin embargo, el producto de estas tampoco alcanzaba a satisfacer todas las necesidades de la República i los Gobiernos tenian que ser tan prudentes como económicos para poder cumplir los compromisos nacionales. Durante mas de cincuenta años los Gobiernos de Chile se vieron siempre en dificultades por causa de la pobreza. Es admirable que con recursos tan escasos lograran mejorar la administracion pública, aumentar constantemente el número de las escuelas i colejios, construir caminos, ferrocarriles i telégrafos i ejecutar otras obras de importancia. Para conseguir estos resultados fueron mui severos en la inversion de las rentas, economizaron hasta los centavos i jamas gastaron en empleos inútiles, ni en trabajos de lujo.

Conviene recordar la pobreza i la economia de los antiguos gobierno, no solo porque es justo tributarles un aplauso, sino tambien porque ello sirve de censura a los Gobiernos que, despues de 1880, han tenido a su disposicion centenares de millones de pesos i los han gastado prodigamente.

VIII

RÉJIMEN DE AUTORIDAD

1.—Don Diego Portales.

EL partido conservador, victorioso en la batalla de Lircai, era dirijido por don Diego Portales, ciudadano que por tal motivo ejerció grande influencia en el gobierno de la República i cuyo nombre es inseparable de los hechos mas importantes de la historia nacional.

Portales nació en Santiago el año 1793. Su padre le hizo estudiar con los mejores maestros que habia en Chile; pero él, aunque era intelijente, aprendió mui poco, no solo por falta de competencia de los maestros, sino tambien porque su carácter le inclinaba mas al juego que al estudio. Siempre estaba dispuesto a burlarse de sus profesores i de sus condiscípulos, hacién-

doles objeto de toda clase de travesuras. Una vez se propusó obligar al director del colejio a dar salida estraordinaria a los alumnos internos i realizó su propósito rompiendo las ollas de la cocina e impidiendo asi que se preparase la comida. "En mas de una ocasion vistió con las sotanas del rector, que regularmente era algun canónigo, su propia mula calesera." Su padre tenia un negro esclavo que le servia de cochero. Este usaba, cuando iba en el coche, un sombrero de lata semejante a los que se colocan de muestra en las puertas de las sombrererias. Una mañana el niño Portales calentó el sombrero al fuego i, llamando apuradamente al negro, se lo puso en la cabeza. El esclavo infeliz gritó de dolor i el niño, en vez de arrepentirse de esa crueldad, la celebró como una ocurrencia mui chistosa.

Cuando comenzó la guerra de la independencia Portales tenia edad bastante para hacerse soldado. Pero no sentia aficion a la vida militar, ni entusiasmo por la independencia i permaneció tranquilo en Santiago hasta el año 1824. Entónces se hizo comerciante i poco despues se trasladó con un negocio al Perú, donde vivió cerca de dos años. Volvió en seguida a Chile i siguió trabajando como comerciante en Valparaiso hasta el año 1827. En ese tiempo se tras-

ladó a Santiago i por primera vez tomó parte en la política.

El pais se encontraba, como ya se ha dicho, perturbado por contínuas ajitaciones revolucionarias. Las leyes se cambiaban casi todos los años. Los Presidentes i los Congresos no duraban mas que las leyes. Los soldados que habian combatido por la patria en la guerra de la independencia, no sabian, en este desórden, a quien debian obediencia i respeto. Se hacian la guerra unos a otros siguiendo cada batallon el partido a que pertenecia su comandante. Hubo cinco años de revoluciones, que hicieron mucho mal a la república i causaron la muerte de gran número de ciudadanos. Portales ayudó activamente al movimiento militar encabezado por el jeneral Prieto i despues de la batalla de Lircai fué nombrado por el nuevo Gobierno Ministro del Interior.

El Presidente don José Tomas Ovalle era un buen padre de familia, un agricultor intelijente i laborioso; pero la timidez de su carácter le hacia incompetente para ejercer el mando. El Ministro Portales, por el contrario, parecia haber nacido para mandar; era enérjico, atrevido i mui rápido en sus resoluciones; tenia una intelijencia clara para estudiar todos los problemas de la administracion pública i un carácter impe-

rioso para hacerse respetar de cuantos a él se acercaban. El Presidente se sintió dominado por el Ministro i le dejó en libertad de gobernar a su agrado. El primer acto de Portales fué separar del ejército a todos los oficiales que habian defendido al Gobierno anterior. Con esto cometió una grave injusticia, porque esos oficiales habian cumplido su deber defendiendo al Gobierno. Ademas era una crueldad dejar en la miseria a las familias que ellos mantenian con sus sueldos, mayormente, si se considera, que los oficiales destituidos habian prestado buenos servicios en la heroica guerra de la independencia. Pero el Ministro Portales solo pensaba en evitar que se repitiesen las revoluciones i, para conseguirlo, no vacilaba en ser injusto i cruel con los mejores servidores de Chile.

En seguida Portales se ocupó en organizar los servicios de la administracion pública. Diariamente llegaba a su oficina de madrugada, se imponia de los negocios pendientes i ordenaba despacharlos en el acto, a fin de que nadie pudiera quejarse de que los empleados eran flojos en el trabajo. Le gustaba tambien que los ciudadanos supiesen cuanto hacia el Gobierno i con este objeto estableció un periódico oficial en el cual se publicaban todos los decretos i se daba cuenta de la manera como se gastaba el dinero que pro-

ducian las contribuciones. Queria que los empleados del gobierno fuesen siempre respetados por su honradez. Bastaba que alguno observase mala conducta para que inmediatamente le destituyese. Tambien dictó un decreto ordenando que, cuando algun diario dijese que un empleado faltaba a su deber, este se presentase al juez para probar su inocencia i pedir el castigo del diario; el empleado que no procediese de este modo, debia ser destituido sin mas trámite.

En ese tiempo fué necesario elejir Presidente en reemplazo de Ovalle, que desempeñaba este cargo provisoriamente. Los amigos de Portales querian que él fuese elejido. En todo el pais habia numerosos partidarios suyos que tenian igual deseo. Pero Portales no tenia la ambicion de ser Presidente i cuando sus amigos hablaban de esto, él contestaba: "No quiero gloria, ni brillo, ni empleos de ninguna clase, aborrezco el mando i mil veces he asegurado que no mandaré el pais." Portales aconsejó que se elijiese Presidente al Jeneral don Joaquin Prieto, i luego que este fué elejido, renunció el Ministerio para retirarse a Valparaiso i atender sus negocios que estaban abandonados.

Portales era comerciante de profesion i tenia gusto por los negocios; sin embargo, nunca mostró aficion a las riquezas, ni inclinacion al lujo

Por el contrario, miró el dinero con desprecio i vivió mui modestamente. Cuando era Ministro ni siquiera cobraba su sueldo. Despues de su muerte se supo, por sus papeles privados, que en esa época él estaba mui pobre, llegando a verse en dificultad para juntar doscientos pesos que necesitaba con urjencia. Sin embargo preferia soportar en silencio esta pobreza antes que recibir dinero del Gobierno. El era la persona que entónces prestaba mejores servicios al pais, tambien era el hombre cuya voluntad tenia mas poder en el Gobierno; por esto mismo, para dar ejemplo de delicadeza i honradez, no pedia nada para él ni recibia el justo pago de su trabajo.

2.—Constitucion Política de 1833.

EL Gobierno conservador, despues de haber aniquilado a los liberales con la derrota i el destierro, necesitaba destruir tambien la Constitucion dictada por aquellos en 1828 i reemplazarla por otra que, concentrando el poder en manos del Jefe del Estado, diese a este una autoridad sin límites para conservar el órden público.

Con tal objeto, por lei de 1.° de octubre de 1831 se convocó una convencion que, reunida en Santiago, dictó en 1833 la nueva Constitucion de la República. Este código dió al Presi-

dente de Chile atribuciones tan ámplias como las que tienen los Reyes en las monarquias constitucionales i le autorizó especialmente para usar en ciertos casos de facultades estraordinarias suspendiendo la vijencia de la misma Constitucion i de todas las leyes.

Este sistema de Gobierno no podia conciliarse con las aspiraciones democráticas de los fundadores de la independencia i equivalia, en cierto modo, a restablecer bajo el nombre de la República el despotismo colonial. Pero forzoso es confesar que la anarquia política de los años anteriores habia puesto en evidencia que era indispensable constituir una autoridad fuerte para conservar la paz pública. Tener libertades escritas en las leyes i vivir en perpétua revolucion no podia ser provechoso para el pais, ni hacer felices a los ciudadanos. Los constituyentes de 1833 pensaron que la primera necesidad nacional era afianzar el órden i, para conseguir este resultado, no vacilaron en armar al Presidente de la República de un poder omnímodo.

La esperiencia de largos años ha demostrado que los gobernantes de aquel tiempo tenian razon. La anarquia desapareció de la República para siempre i, aun cuando en tres ocasiones despues de esa fecha se ha perturbado la paz pública, la Constitucion de 1833 ha permitido a

la autoridad lejítima mantener o recobrar su imperio. Hasta el año 1870 la Constitucion rijió tal como la dictaron sus autores; despues de ese año ha sido reformada varias veces en algunos puntos esenciales, de suerte que ya no está en pugna con los principios del Gobierno republicano. En efeto, se han limitado las atribuciones del Presidente de la República, se ha suprimido casi el uso de las facultades estraordinarias, se ha dado mayor independencia al poder judicial i a la autoridad municipal i, finalmente, se ha procurado dar completa independencia a los ciudadanos para el ejercicio de sus derechos electorales.

Estas reformas de la Constitucion en sentido democrático se han realizado por el esfuerzo comun de todos los partidos. Los conservadores las resistieron durante algunos años; pero al fin, reconociendo que habian desaparecido los antiguos peligros de anarquia, concluyeron por aceptarlas i hacerlas triunfar con sus votos en el Congreso.

3.—Finanzas i comercio.

EL gobierno del Presidente Prieto tiene un mérito que le recomienda particularmente al aprecio nacional: organizó la hacienda pública i convirtió a Valparaiso en emporio comercial del Pacífico.

El Ministro de Hacienda don Manuel Renjifo, hombre laborioso, probo i conocedor de los negocios, se empeñó en regularizar la administracion de las rentas nacionales a fin de cumplir los compromisos contraidos en nombre de la República i de pagar puntualmente los servicios públicos. Durante el Gobierno de O'Higgins se habia contratado en Londres un empréstito de cinco millones de pesos, que equivalen a 13.333,333 pesos de la moneda actual, para atender a los últimos gastos de la guerra de independencia i realizar la espedicion libertadora del Perú. El servicio de esta deuda fué desatendido por causa de la anarquia que dominó en el pais ántes de 1830. En consecuencia el crédito de la República estaba perdido en el estranjero i era preciso restablecerlo por medio del pago exacto de los intereses i amortizacion de la deuda. Desgraciadamente los recursos fiscales eran escasos i no bastaban para pagar los gastos de la administracion interna. Los empleados públicos no recibian puntualmente sus sueldos i eran acreedores del Estado por gruesas sumas.

El Ministro Renjifo puso órden en este laberinto, acrecentó las rentas por la reforma del impuesto aduanero, moderó los gastos por medio de la economia i así logró reunir recursos para atender al servicio de la deuda dentro i fuera de

la República. Desde aquel tiempo el Gobierno ha cuidado siempre de pagar sin retardo a los acreedores de la nacion: a ello se debe la confianza que los capitalistas europeos han tenido en las obligaciones que se contraen a nombre de Chile.

Al Ministro Renjifo se debe tambien el progreso comercial del puerto de Valparaiso. Durante la colonia este era el puerto americano mas distante de la Europa, porque las mercaderias estranjeras venian por Panamá i el Perú o por Buenos Aires i la via de la cordillera. Despues de la independencia, Valparaiso pasó a ser el puerto del Pacífico mas cercano de la Europa, porque, mediante la libertad de comercio, se estableció con regularidad la navegacion por la via del Cabo de Hornos i las naves, al fin de tan largo viaje, recalaban a las costas de Chile. En aquel tiempo solo se conocia la navegacion a la vela; el viaje de ida i vuelta entre Valparaiso i Liverpool duraba a o ménos seis meses; tampoco habia telégrafos, por lo cual era imposible abreviar ese largo plazo en la recepcion de las mercaderias que se pedian a Europa. Por estos motivos el comercio europeo necesitaba establecer en el Pacífico un gran depósito de mercaderias jenerales para ofrecerlas a los consumidores sin retardo. El Ministro Renjifo comprendió toda la importan-

cia que tendria para Chile el establecimiento en sus costas de aquel depósito i tuvo la feliz idea de habilitar en Valparaiso almacenes fiscales mui espaciosos i de permitir el embarque i reembarque de mercaderias estranjeras libres de todo impuesto. Esta franquicia produjo los buenos resultados que el Ministro habia previsto. Valparaiso fué el centro de todas las operaciones comerciales del Pacífico i conservó esa ventaja hasta el dia en que la navegacion a vapor i el cable submarino, disminuyendo las distancias, permitieron tener en estos mares, en poco mas de un mes, todo lo que se pide a las fábricas europeas.

4.—Administracion eclesiástica.

LA guerra de independencia dividió a los sacerdotes, como a todos los habitantes de Chile, en dos bandos: uno en favor del Rei i otro en favor de la Patria. Se recordará que en 1813, cuando el Jeneral Pareja ocupó a Concepcion, el Obispo Villodres predicaba, en nombre de Dios, la guerra contra los patriotas, i que el Obispo Andreu i Guerrero, tomando tambien el nombre de Dios, predicaba al ejército del Jeneral Carrera la guerra contra los soldados del Rei.

Durante la reconquista fué consagrado Obispo de Santiago don José Santiago Rodriguez, sacerdote que tenia gran fama de talento i virtud. El Obispo Rodriguez, era partidario ardoroso del Rei i llamaba a los patriotas "pérfidos insurjentes e infames traidores;" de consiguiente celebró como un gran triunfo el desastre de Rancagua i contribuyó con sus consejos a establecer la odiosa tirania que tanto hizo sufrir a los patriotas en aquella época. Por esta causa, despues del triunfo de Chacabuco, el Gobierno chileno dictó órden de destierro contra el Obispo, que se retiró a Mendoza, permaneciendo alejado del pais hasta que en 1822 el Jeneral O'Higgins le dió permiso para regresar.

El Gobierno deseaba hacer desaparecer todo desacuerdo entre las autoridades republicanas i las autoridades eclesiásticas; para conseguirlo, envió a Roma, como representante ante el Papa, al ilustrado i virtuoso canónigo don José Ignacio Cienfuegos. A consecuencia de esta mision, vino a Chile, como Vicario Apostólico, el Arzobispo señor Juan Muzi, acompañado de su secretario señor José Sallusti i del conónigo señor Juan Maria Mastai, que mas tarde fué Papa con el nombre de Pio IX.—Estas negociaciones dieron mui escaso resultado, porque el Papa no aceptaba la independencia i seguia considerando a las

repúblicas americanas como simples colonias del Rei de España.

El Obispo Rodriguez se conducia tambien como súbdito del Rei, por lo cual el Gobierno le separó de la administracion de la diócesis en agosto de 1824 i le espulsó del territorio de la República en diciembre de 1825. El Obispo fué embarcado en Valparaiso a bordo de un buque que lo condujo al puerto de Acapulco en la costa mejicana; de allí pasó a los Estados Unidos i despues a España, donde el Rei le acordó una mezquina pension en premio de su lealtad.

La iglesia de Santiago fué administrada desde 1824 hasta 1830 por los canónigos Cienfuegos i Elizondo, que sucesivamente desempeñaron el cargo de Vicario capitular. En 1830 fué reconocido como Vicario Apostólico el dignísimo Obispo don Manuel Vicuña, prelado que administró la iglesia durante trece años i mereció, por la santidad de su vida, la veneracion del pueblo.

El Obispo Vicuña jamas echó en olvido que el sacerdote cristiano está obligado, por los preceptos del Evanjelio, a sacrificarse abnegadamente en servicio de sus semejantes. Fiel a la palabra i al ejemplo de Jesus, consagró su existencia al ejercicio de la caridad: ausilió a los menesterosos, cuidó a los enfermos, prestó am-

paro a los oprimidos, hizo mas aprecio del afecto de los humildes que de la amistad de los poderosos.

En la época colonial hubo en Chile dos Obispados, el de Santiago i el de Concepcion, sufragáneos del Arzobispado de Lima. Este órden de cosas subsistió hasta que el Gobierno de la República obtuvo del Papa Gregorio XVI en 1840 que erijiese en Arzobispado la iglesia episcopal de Santiago i crease los Obispado de La Serena i Ancud. El señor Vicuña, elevado a la dignidad de Arzobispo de Santiago, fué consagrado en 1841 i falleció el 3 de mayo de 1843, legando al clero chileno el ejemplo de la vida sacerdotal mas abnegada i mas pura.

5.—Segundo Ministerio de Portales.

DURANTE algun tiempo Portales vivió en Valparaiso dedicado a sus negocios. Pero en 1835 el Presidente Prieto tuvo necesidad de él i le llamó al Gobierno. Portales volvió a la Moneda mostrando el mismo carácter dominante i la misma infatigable laboriosidad que en su anterior Ministerio. Ahora tenia mas confianza en sí mismo o menos estimacion por los demas; lo cierto fué que tomó en sus manos toda la auto-

ridad del Gobierno sin cuidarse de lo que pensaran sus amigos i sus adversarios.

La severidad con que gobernaba Portales dió ugar a varios intentos de revolucion. El mismo Jeneral Freire, que habia sido Presidente, vino del Perú con armas i algunos soldados para hacer la guerra al Jeneral Prieto i a Portales. Este, con la enerjia que le era característica, sofocó todas las tentativas revolucionarias i castigó de un modo terrible a sus autores. Unos fueron fusilados como criminales, otros fueron desterrados a la isla de Juan Fernandez. La injusta severidad de algunos de estos actos aumentó el odio que muchos ciudadanos sentian por Portales i fué causa, en gran parte, de su trájica muerte.

Tambien hubo en esos años algunos desacuerdos graves entre el gobierno de Chile i el gobierno del Perú. El Presidente boliviano, Jeneral Santa Cruz, pretendia que Bolivia i el Perú formasen una sola república gobernada por él. Portales pensaba que esto era un peligro para Chile, porque los peruanos i bolivianos unidos serian mui fuertes i mas tarde podrian hacerle la guerra. Por otra parte sospechaba que el gobierno peruano habia ayudado al Jeneral Freire para que viniese a hacer revolucion. A estos motivos de desconfianza se agregaba todavia el descontento que produjo en Chile una lei peruana des-

tinada a entorpecer el comercio gravando con impuestos la importacion de los productos de la agricultura chilena.

Portales, que era omnipotente en el Gobierno, resolvió declarar la guerra al Jeneral Santa Cruz, Jefe de la confederacion perú-boliviana, i procedió a organizar un ejército i preparar los buques que debian trasladarlo al Norte. El ejército se reunió en Quillota bajo las órdenes del coronel don José Antonio Vidaurre. Allí se adiestraban los soldados en el ejercicio de las armas para defender con gloria la bandera de la patria en la tierra estranjera que debian invadir. Pero allí tambien habia enemigos de Portales por la dureza i la injusticia de algunos de sus actos de Gobierno. Muchos de los oficiales estaban descontentos con el Ministro. Ellos creian que era una desgracia para Chile ser gobernado por un hombre que no tenia mas lei que su propia voluntad. Pensaban tambien que, para invadir el Perú i triunfar en esa guerra, era preciso aumentar el ejército i dedicar un tiempo mas largo a su instruccion.

Portales tuvo noticia de todo esto; pero no le dió importancia creyendo que nadie osaria resistir a su autoridad. El mismo fué a Quillota para inspeccionar el ejército i ordenar su traslacion a Valparaiso, donde debia embarcarse.

Algunos de sus amigos le manifestaron que era una imprudencia hacer ese viaje. El desoyó esas amistosas indicaciones i en la noche del 2 de junio de 1837 llegó de improviso al campamento de Quillota. Despues de conversar un rato con el coronel Vidaurre, el Ministro se retiró a dormir para descansar de las fatigas del viaje.

Por la mañana del dia 3 de junio Portales visitó los cuarteles. De órden suya el coronel Vidaurre mandó que a la una del dia formasen las tropas en la plaza de Quillota. A la hora dicha las tropas estaban en la plaza en formacion, con sus fusiles en descanso, i el Ministro comenzó a inspeccionar la línea. Estaba Portales en esta ocupacion cuando observó que los soldados se movian en distintas direcciones. No comprendiendo lo que esto significaba, se imajinó que podia ser algun movimiento ordenado por el coronel Vidaurre para lucir la destreza de sus tropas. Por desgracia no era esto lo que sucedia i el Ministro salió mui pronto de su error. Los soldados fueron formando un círculo al rededor de Portales i, cuando este quedó encerrado, uno de los oficiales, levantando la espada, le dijo:—*El Ministro está preso!*

Era inútil que Portales tratase de resistir. En consecuencia, se entregó preso i fué conducido a uno de los cuarteles. Al dia siguiente el

coronel Vidaurre salió de Quillota con sus tropas en direccion a Valparaiso. Portales, con grillos en los pies, fué colocado en el mismo birlocho que le habia conducido de Santiago a Quillota. Un oficial i algunos soldados iban especialmente encargados de su custodia.

Don Diego Portales era, al llegar a Quillota, el hombre mas poderoso de Chile. Desde el Presidente de la República hasta el último empleado, todos respetaban su voluntad. Ahora se veia con grillos i obligado a seguir como prisionero a los soldados a quienes habia ido a visitar como jefe. En pocos minutos se habia verificado un cambio tan completo en su situacion i él no podia esplicarse la magnitud i las complicaciones del movimiento revolucionario por la incomunicacion en que se hallaba. Pero la fortaleza de su ánimo no le abandonó en aquellas circunstancias; él aceptó su desgracia con la varonil resignacion propia de los grandes caracteres.

6.—Asesinato de Portales.

EN la madrugada del 6 de junio el Coronel Vidaurre llegó con su ejército a Valparaiso. El Almirante Blanco Encalada, Gobernador de la plaza, le salió al encuentro con

las escasas tropas que habia en el puerto. Miéntras los adversarios se batian con denuedo en las alturas del Baron, don Diego Portales estaba encerrado en su birlocho a algunas cuadras del sitio del combate. El oficial que le custodiaba le tenia un odio a muerte; mas de una vez se le habia oido decir que era necesario fusilar al Ministro para libertar al pais de su tirania. Cuando este oficial oyó los primeros tiros del combate se enfureció contra Portales, i haciendo que cinco soldados preparasen sus fusiles para hacer fuego, se acercó al birlocho i con voz siniestra dijo:—¡Baje el Ministro!—"No puedo, contestó Portales; que vengan dos soldados a bajarme." Acercáronse dos soldados al carruaje, el Ministro, apoyándose en ellos, bajó con trabajo i se puso de pié en medio del camino.—¡Arrodíllese usted! gritó entónces el oficial—"No puedo" volvió a decir Portales, porque los grillos no le dejaban libertad para moverse. Hizo, sin embargo, un esfuerzo, se inclinó hasta apoyar una mano en el suelo i así pudo arrodillarse. En ese momento el oficial ordenó a los soldados que hiciesen fuego. Portales, al oir la órden, esclamó:—¿Es posible, soldados, que me tireis a mí?—Los soldados vacilaron un instante; pero el oficial les repitió la órden i ellos dispararon sus fusiles sobre el Ministro. Don Diego Portales cayó al suelo bañado

en sangre. Viendo que aun vivia, el oficial ordenó que los soldados acabasen de matarle a bayonetazos.

Mientras se cometia tan vergonzoso crímen, el Coronel Vidaurre dirijia a sus soldados en el combate i obtenia ventajas precursoras del triunfo. Un oficial se acercó a él i le dijo:— "Coronel, han fusilado a don Diego Portales" —Vidaurre perdió desde ese momento la tranquilidad comprendiendo que el asesinato de Portales era un oprobio para el ejército de su mando. Indignado por el crímen i agobiado por su propia responsabilidad, no pudo llevar adelante el ataque, ni resistir a las tropas del Almirante Blanco Encalada.

A las 6 de la mañana Vidaurre estaba completamente derrotado. El i sus oficiales tomaron la fuga deseosos de ocultarse para no caer prisioneros. Pero todos fueron apresados en los dias siguientes i un mes mas tarde los habitantes de Valparaiso presenciaron con horror un sangriento espectáculo: el Coronel Vidaurre i siete de los oficiales que habian tomado parte en la revolucion fueron fusilados en la plaza de la Victoria con grande aparato militar. El asesinato de Portales fué la causa principal de este tremendo castigo; sin ese crímen algunos de los oficiales habrian logrado que la pena de

muerte se les conmutase en prision o destierro.

La memoria de don Diego Portales merece el respeto de los chilenos. El tuvo defectos i cometió faltas como todos los hombres; se equivocó algunas veces en lo que convenia al pais; otras veces fué injusto en la manera de tratar a los que no pensaban como él; casi siempre obedeció mas a su propia voluntad que a los dictados de la justicia. Pero en compensacion de estos defectos tuvo la virtud de subordinar todos sus actos a lo que él creia necesario a la felicidad i progreso de Chile.

Cuando Portales vivia unos chilenos eran sus amigos i sus admiradores; otros eran sus irreconciliables enemigos. Entre estos últimos se encontraban muchísimas personas que fueron perseguidas por él i que sufrieron toda clase de padecimientos en las cárceles i en el destierro. Despues de su muerte, gradualmente se han olvidado sus faltas para recordar solo sus méritos i se han estinguido los odios que impedian apreciar su carácter con imparcialidad.

Por lei de la República se ha erijido en Santiago una estátua a Portales frente al palacio de la Moneda. Ese es el mejor sitio para el monumento consagrado a la memoria de un gobernante que, a pesar de sus pasiones i sus defectos, fué patriota, fué honrado i nunca sacrificó los intereses

públicos a sus intereses personales. Tal ejemplo es una enseñanza para los Presidentes i los Ministros de Chile.

7.—Campaña del Perú.

LA sublevacion militar de Quillota i el asesinato de Portales produjeron grande alarma en el pais. Los amigos i admiradores del poderoso Ministro creyeron que su muerte dejaba al Gobierno sin enerjia para hacer frente a las dificultades de la situacion. Pero se engañaban, porque Portales, con su ejemplo, habia formado discípulos resueltos a mantener con firmeza su política autoritaria. El mismo sacrificio de Portales fué un estímulo para que el Presidente, los Ministros i los miembros del Congreso se empeñasen en continuar su obra i honrar su memoria. De este modo, Portales, despues de muerto, siguió ejerciendo en el Gobierno una influencia dominadora, i la historia puede decir, al tomar nota de este hecho, que sus dotes para el mando no han sido superadas por ningun otro gobernante de la República.

El Presidente Prieto, fiel al pensamiento de Portales, consagró todos sus esfuerzos a la reorganizacion del ejército destinado a llevar la guerra a la confederacion Perú-boliviana. Para

acelerar los aprestos nombró Jeneral en Jefe al Almirante Blanco Encalada, ordenándole embarcarse con sus tropas a la brevedad posible. El ejército espedicionario, compuesto de 3,194 hombres, zarpó de Valparaiso el 15 de setiembre de 1837, embarcado en 16 trasportes i convoyado por 7 barcos de guerra. Diez i ocho dias mas tarde efectuó su desembarco en la caleta de Quilca i se internó con direccion a Arequipa, que dista mas de cuarenta leguas de la costa.

El Jeneral Santa Cruz, sabedor del avance del ejército chileno, se acercó a Arequipa con tropas bolivianas escojidas i dispuso que las tropas peruanas del norte marchasen tambien hácia la misma ciudad. El Almirante Blanco Encalada se encontró en situacion débil para luchar con su adversario, que tenia fuerzas superiores i contaba ademas con la ventaja de maniobrar en su propio territorio. Felizmente Santa Cruz no deseaba la guerra e invitó al Almirante a una conferencia para tratar de la paz. Blanco Encalada se prestó gustoso a esta negociacion, pactó un convenio para evitar la guerra i regresó inmediatamente a Valparaiso con su ejército.

El Almirante procedió así, porque sus fuerzas eran escasas para luchar con los ejércitos del Perú i Bolivia i, en tal emerjencia, juzgó que su deber le ordenaba retirarse con honra en vez de

esponerse a una derrota. Pero el Presidente Prieto desaprobó su conducta, pues estimaba que la seguridad de Chile estaba amenazada mientras el Jeneral Santa Cruz dominase en las dos Repúblicas del norte. En consecuencia, se apresuró a reorganizar el ejército espedicionario i cuidó en este caso de hacer aprestos mas poderosos a fin de no sufrir nuevos contratiempos. El mando en Jefe fué confiado al Jeneral D. Manuel Búlnes, quien zarpó de Valparaiso, el 10 de julio de 1838, con 5,000 hombres embarcados en 26 trasportes i protejidos por cuatro buques de guerra.

El Jeneral Búlnes desembarcó con su ejército en Ancon, al norte del Callao, en los primeros dias de agosto i tomó posesion de Lima el 21 del mismo mes despues de un combate librado en las puertas de la ciudad. Su residencia en la capital peruana se prolongó hasta los primeros dias de noviembre. En esta fecha salió de Lima, con direccion al norte, en busca de clima mas benigno para sus soldados i de posiciones ventajosas para aguardar a Santa Cruz, que venia a la cabeza de 8,000 hombres a presentarle combate.

Apenas habia salido de Lima el ejército chileno cuando entraron en la ciudad las avanzadas del ejército enemigo. Pronto llegó tambien Santa Cruz, quien se complacia en asegurar al

pueblo que Búlnes se retiraba en vergonzosa fuga. Mientras él completaba sus preparativos de marcha, ordenó que su vanguardia siguiese de cerca i hostilizase sin cesar a los chilenos. Estos, habilmente dirijidos por el Jeneral Búlnes, soportaron las penalidades de aquella retirada con fortaleza de ánimo i con ejemplar disciplina. Ellos sabian que su jefe era tan valeroso como prudente i que su plan de campaña consistia en hacerse perseguir hasta encontrar un campo favorable para batir al enemigo. Por esto marchaban sin murmurar con la plena confianza de que sus sacrificios serian recompensados con el triunfo.

8.—Batalla de Yungay.

EN tales condiciones los dos ejércitos avanzaron hasta el campo de Yungay. El Jeneral Búlnes anunció entónces a sus soldados que habia llegado la hora de presentar el pecho al enemigo en defensa de la bandera gloriosa de la patria. Al amanecer del 20 de enero de 1839 las bandas de música principiaron a tocar la cancion nacional de Chile. Los batallones estaban ya formados i solo aguardaban la órden del Jeneral en Jefe para llevar el ataque a las trincheras del campamento enemigo.

Dada la órden de avanzar, los soldados marcharon en perfecto órden contra las posiciones ocupadas por las tropas de Santa Cruz. Estas se defendieron con denuedo i varias veces rechazaron el ataque causando numerosos bajas en el ejército chileno. El Jeneral Búlnes, atento a todas las peripecias de la batalla, mandaba tropas de la reserva en ausilio de los batallones que corrian mas peligro, atendia con oportunidad i acierto a todas las necesidades i lograba de este modo poner de su parte las probabilidades de la victoria.

El episodio mas notable de la batalla fué el asalto de una formidable posicion enemiga, situada en la cumbre de un cerro que por su forma se llama Pan de Azúcar. Cuatro compañias de la infanteria chilena fueron designadas para apoderarse de esa posicion. Con admirable valor los chilenos ejecutaron esta órden usando sus fusiles como puntos de apoyo para subir por las escarpadas laderas del monte. Los enemigos los fusilaban impunemente desde la cumbre; al mismo tiempo hacian rodar grandes piedras que en su violenta caida atropellaban i despedazaban a los asaltantes. Una bala mató al comandante don Jerónimo Valenzuela que dirijia el ataque a la cabeza de la columna. Su segundo, el Sarjento Mayor don Andres Olivares, que le reemplazó

en el mando, tuvo la misma suerte a los pocos minutos. Tales contratiempos, en vez de intimidar a los chilenos, les hicieron pelear con furiosa enerjia. Guiados por sus oficiales, avanzaron con vigoroso empuje hasta llegar a la cumbre i allí sostuvieron rudo combate cuerpo a cuerpo con los soldados de Santa Cruz. Fué aquella una contienda desesperada en la cual los adversarios se atacaron i defendieron como leones. Al fin, el triunfo fué de los chilenos, que se apresuraron a colocar la bandera de la patria en ese baluarte conquistado con la sangre i la vida de tantos de sus hijos. El cerro quedó sembrado de cadáveres. Mas de 500 bolivianos murieron allí cumpliendo valerosamente con su deber. La mitad de la columna chilena que dió el asalto encontró tambien su tumba en el campo del combate.

En el asalto de Pan de Azúcar se distinguió entre los soldados mas valientes una mujer llamada Candelaria Perez, que hizo toda la campaña del Perú peleando atrevidamente en las batallas, soportando con alegria las privaciones i sirviendo con abnegacion a los heridos i los enfermos. En recompensa de sus servicios i su valor, el Jeneral Búlnes le dió el grado de Sarjento i desde entónces fue conocida en Chile con el nombre de *la Sarjento Candelaria.*

El ejército de la confederacion perú-boliviana opuso tenaz resistencia en toda la línea al ataque del ejército chileno; pero su bravura solo sirvió para prolongar i hacer mas sangrienta la batalla, pues al concluir el dia estaba en completa derrota. El Jeneral Santa Cruz abandonó el campo i se dirijió rápidamente a Lima, con la esperanza de que el pueblo peruano le procurase nuevos elementos para proseguir la guerra; pero ese pueblo habia perdido la confianza en él i no estaba dispuesto a sacrificarse en su servicio. Vencido en el campo de batalla i abandonado por el pueblo, Santa Cruz se vió en la necesidad de marcharse al estranjero.

El victorioso Jeneral Búlnes se trasladó a Lima sin pérdida de tiempo i, luego que las naves estuvieron listas en el Callao, se alejó del Perú con la satisfaccion de haber cumplido con honra i gloria la mision que el Gobierno de su patria le habia confiado. El pueblo chileno recibió a los vencedores de Yungai con loco entusiasmo. En Valparaíso i en Santiago hubo brillantes fiestas en su honor. Poco despues, en las elecciones de 1841, el Jeneral Búlnes fué elevado a la Presidencia de la República en recompensa de sus servicios.

9.—El Presidente Búlnes.

DON Manuel Búlnes nació en Concepcion en 1799. Por consiguiente tenia once años de edad cuando los patriotas en 1810 comenzaron a trabajar por la independencia de Chile. Su padre era español i tenia el grado de capitan en el ejército del Rei. Su madre era una respetable señora chilena, hermana del Jeneral Prieto.

El capitan Búlnes tomó parte en la guerra contra los patriotas. Era su obligacion hacerlo así, porque, como español i como militar, debia obediencia al gobierno de su pais. Pero él quiso tambien que su hijo hiciese lo mismo i con este objeto le enroló como soldado en un batallon español a la edad de trece años. El niño Búlnes, hijo de chilena i nacido en Chile, amaba a su patria i no podia resignarse a hacer armas contra los defensores de su independencia. Su madre, pensando como él, le apoyaba en su resistencia i le aseguraba que su obligacion era no servir en el ejército del Rei. El niño siguió la opinion de su madre, que estaba conforme con sus propios sentimientos, i abandonó mui pronto el batallon donde su padre le habia colocado.

En 1817, despues de la batalla de Chacabuco, el ejército chileno ocupó a Concepcion i puso sitio a Talcahuano, donde se habian refujiado

los restos del ejército realista. El jóvên Búlnes, que ya tenia 18 años, se presentó a O'Higgins para ofrecer sus servicios a la patria i este jeneral le nombró porta-estandarte del rejimiento de su escolta. Desde esa fecha don Manuel Búlnes vivió siempre consagrado al servicio militar, peleando contra los españoles en Talcahuano, en Cancha Rayada i en Maipo. Despues de esta última batalla fué ascendido al grado de teniente.

Mientras el teniente Búlnes se distinguia en el ejército patriota, su padre, el capitan Búlnes, seguia sirviendo en el ejército español. Algunos batallones patriotas fueron a atacar a los realistas que, despues de la batalla de Maipo, se habian encerrado en Chillan. El jefe chileno, queriendo evitar un nuevo derramamiento de sangre, ordenó al teniente Búlnes que se acercase a la ciudad i pidiese la rendicion de la plaza. El jefe español, cuando vió que se acercaba un oficial chileno con bandera de parlamento, dispuso que saliese a su encuentro el capitan Búlnes i le asegurase que los soldados del Rei estaban resueltos a pelear hasta morir. Así se encontraron el padre i el hijo, por una singular casualidad, como representantes de dos ejércitos enemigos. El padre abrazó al hijo con ternura i, despues de comunicarle la resolucion del jefe de la plaza, le aconsejó que siempre sirviese a su

patria con lealtad. El hijo correspondió conmovido a estas manifestaciones del afecto paternal i, una vez cumplido su deber de parlamentario patriota, dió con tristeza el adios eterno al autor de sus dias. El capitan Búlnes se ausentó de Chile i poco mas tarde fué a morir en lejana tierra privado del consuelo de recibir la asistencia cariñosa de su familia.

Al teniente Búlnes le tocó perseguir a los españoles que, junto con los indios, saqueaban en aquel tiempo los campos i las ciudades del sur de Chile. En esas campañas mostró, no solo un gran valor, sino tambien un verdadero talento militar. Aun cuando era uno de los oficiales mas jóvenes del ejército, a él se le encomendaban las operaciones mas delicadas i las que ofrecian mayor peligro. Los jefes ponian entera confianza en él, porque sabian que era tan valeroso como prudente; los soldados, por su parte, le profesaban grande afecto i le obedecian ciegamente, porque él les trataba con justicia i les enseñaba, con su ejemplo, a ser disciplinados en la vida de cuartel i esforzados en los combates.

En 1820, a los 21 años de edad, Búlnes fué ascendido a capitan en premio de su notable comportamiento en varias acciones de guerra. Dos años despues i por igual motivo, fué ascendido a Sarjento Mayor; del mismo modo obtuvo

uno a uno los demas grados de la milicia i en 1830, a pesar de su juventud, ya era un Jeneral aguerrido i esperto. Nombrado Jeneral en Jefe del ejército del sur, él puso término a la guerra de los montoneros realistas i consiguió la pacificacion de los araucanos. Estos antecedentes tan distinguidos justificaron su designacion en 1838 para mandar en jefe la campaña del Perú; el éxito brillante de esta espedicion hizo de Búlnes el primer ciudadano de la República.

El Presidente Búlnes gobernó desde el 18 de setiembre de 1841 hasta el 18 de setiembre de 1851. Durante estos diez años la República vivió en completa paz, libre de revoluciones i de guerras esteriores. En consecuencia los gobernantes tuvieron tranquilidad para trabajar en bien del pais i pudieron ejecutar diversas obras de progreso. En esa época se fundó la Universidad de Chile, que tuvo por primer rector a don Andres Bello; se estableció en Santiago una Escuela Normal de Preceptores, bajo la direccion del ilustre ciudadano arjentino don Domingo Faustino Sarmiento, que mas tarde fué Presidente de su patria; se creó la Escuela de Artes i Oficios de Santiago i la Escuela Naval de Valparaiso; se celebró un convenio con los acreedores ingleses para facilitar el pago de la deuda esterna; se ocupó el Estrecho de Magallanes

fundando allí el puerto de Punta Arenas. Durante la administracion del Presidente Búlnes se estableció tambien la navegacion a vapor en las costas de Chile merced a la iniciativa de don Guillermo Weelwright, distinguido caballero norte-americano que sirvió a Chile con jeneroso espíritu i procuró estender su comercio con las Repúblicas vecinas.

El mas notable de los Ministros del Presidente Búlnes fué don Manuel Montt, quien puso especial empeño en la educacion del pueblo fundando escuelas i mejorando los colejios del Estado. Por estos servicios, por su saber i por la elevacion de su carácter el señor Montt fué elejido Presidente de la República en 1851 al terminar el gobierno del Jeneral Búlnes.

10.—El Presidente Montt.

DON Manuel Montt nació el año 1809 en el pequeño pueblo de Petorca. Su familia vivia en honrada pobreza i ganaba penosamente lo necesario para el sustento de cada dia. Por esto aprendió desde pequeño, en el ejemplo de sus padres, a trabajar sin descanso, a vivir con modestia i a practicar severamente las virtudes cristianas.

Durante la guerra de la independencia el padre de don Manuel Montt fué perseguido por las

autoridades españolas i logró ocultarse en la hacienda de una señora patriota, doña Paula Jara-Quemada. Cuando estuvo seguro en ese asilo, mandó buscar a su hijo, que tenia entónces cinco años de edad, para que le hiciece grata compañia.

Cierto dia llegó de improviso a la hacienda una partida de soldados españoles. El niño Montt permaneció en el patio, contemplando a los soldados; su padre corrió a esconderse para evitar que lo apresaran; la señora Jara-Quemada se dirijió a hablar con el oficial que mandaba la partida.

—Señora, déme las llaves de la bodega, dijo con brusquedad el oficial.

—Si Ud. quiere provisiones, contestó la señora, dígame lo que necesita i se lo daré.

—No, replicó el oficial, quiero que Ud. me entregue las llaves.

—Las llaves no se las entregaré jamas; nadie sino yo manda en mi casa, dijo la señora.

El oficial, irritado con esta respuesta i acostumbrado a tratar a los patriotas como siervos, mandó a su tropa hacer fuego sobre la señora. Esta, en vez de intimidarse, cobró mas valor ante el peligro i se acercó a los soldados hasta tocar con su cuerpo los fusiles.

El oficial no se atrevió a repetir la órden de matarla; pero, deseando vengarse de ella, mandó a sus soldados que incendiasen la casa. La señora, al escuchar esto, dijo a los soldados:— Aquí tienen fuego, i les señaló un brasero con carbon encendido, que habia en la habitacion inmediata.

La serenidad de la señora impuso respeto al oficial, que se alejó inmediatamente de la casa sin hacer ningun daño. Bastó la enerjia de una mujer para resistir victoriosamente a 25 hombres bien armados.

Esta escena, de la cual fué testigo don Manuel Montt a los cinco años de edad, se gravó fielmente en su memoria i le enseñó que en la vida la razon i la justicia pueden ser mas poderosas que la fuerza cuando hai quien las defienda con enerjia.

Despues de la batalla de Chacabuco el niño Montt regresó a Petorca i vivió allí cuatro años. Su padre murió en 1821 recomendando a su esposa que hiciese cualquier sacrificio para conseguir que su hijo se educase en un buen colejio de Santiago.

La señora cumplió el encargo de su esposo i mandó a su hijo a Santiago en 1822 para que

se incorporase en el Instituto Nacional; don Manuel Montt fué el alumno mas estudioso i aprovechado del colejio; todos los profesores le presentaron siempre como un modelo a sus condiscípulos. En testimonio de ello puede citarse la siguiente carta dirijida por el Rector al apoderado del señor Montt:

Instituto Nacional de Santiago, junio 24 de 1826.—Señor Don Cipriano Perez.—Tengo la mayor satisfaccion de anunciar a U. que el alumno don Manuel Montt se ha distinguido tanto por su aplicacion durante el mes de mayo, que ha sido clasificado por su aprovechamiento como el primero de la clase de Filosofia.

Los administradores del Instituto, que se felicitan por un suceso tan lisonjero para ellos, esperan que U. se servirá por su parte contribuir a mantenerle en este estado progresivo, que promete a la patria un ciudadano virtuoso i sabio.

Con este motivo tengo el honor de saludar a U. con mi mas distinguida consideracion.—*Lozier*.

Antes de terminar sus estudios, el señor Montt fué nombrado inspector del mismo Instituto; despues ascendió grado por grado en el servicio de colejio hasta que en 1835, obtuvo el nombramiento de Rector. En el desempeño de este cargo, don Manuel Montt dió a conocer

la fuerza de su talento i de su carácter. El Instituto Nacional llegó a ser bajo su direccion un colejio tan notable por la buena enseñanza que en él se daba, como por la severa justicia i la completa igualdad con que eran tratados los alumnos. Todo marchaba bien en el Instituto, porque el Rector no dejaba falta sin castigo, no toleraba ningun desórden, ni permitia que hubiese escepciones para unos alumnos en perjuicio de los demas.

En ese tiempo era alumno interno del Instituto Nacional el hijo del Jeneral Carrera. Su madre tenia la costumbre de ir a verle cualquier dia i a cualquiera hora, faltando así al reglamento del colejio, que solo permitia visitar a los alumnos el dia juéves despues de las doce. La señora muchas veces llevaba el niño a su casa, aun cuando el reglamento solo permitia que los alumnos saliesen el dia domingo. Por consideracion a la señora, que era mui respetada en Santiago, el Rector i los inspectores del Instituto le habian permitido siempre hacer su voluntad.

Despues que don Manuel Montt fué nombrado Rector, la madre del niño Carrera se presentó un dia en el colejio a buscar a su hijo como estaba acostumbrada a hacerlo. El Rector le ob-

servó que era injusto conceder a su hijo favores de que no gozaban los otros alumnos i que por última vez permitiria que el niño saliese contra lo ordenado por el reglamento.

La señora no dió valor alguno a esta advertencia i pocos dias mas tarde volvió a buscar a su hijo. El Rector le opuso una firme negativa; pero la señora declaró que no se moveria de allí sin llevar al niño. El señor Montt le dijo entónces:—Puede Ud. llevarlo ahora mismo; pero sepa Ud. que su hijo no podrá volver al colejio, porque quedará espulsado tan pronto como haya puesto los pies en la calle.

La señora se retiró satisfecha porque habia hecho su voluntad i pensaba que el Rector no tendria firmeza para cumplir su amenaza. Pero en esto sufria un error: el señor Montt era inflexible en el cumplimiento de su deber i no permitió que el niño Carrera volviese al Instituto.

La señora hizo toda clase de esfuerzos para doblegar la voluntad del Rector i obtuvo que el Presidente de la República i sus Ministros, intercediendo en favor suyo, rogaran al señor Montt que tuviese induljencia con el niño. Todo fué inútil. El Rector hizo cumplir su resolucion para dar un ejemplo de disciplina i para que los niños supiesen que todos eran iguales ante el Reglamento.

El 4 de junio de 1837 llegó a Santiago la noticia del apresamiento de Portales en Quillota i de la marcha sobre Valparaiso del ejército sublevado. El Presidente Prieto i los demas Ministros quedaron consternados con aquel suceso, que privaba al Gobierno de su verdadero jefe i que amenazaba envolver al pais en una revolucion jeneral. Dominados por el temor, los gobernantes perdieron la tranquilidad, se confudieron en mil conjeturas contradictorias i no atinaban a adoptar resolucionesprecisas para conjurar el peligro. Solo don Manuel Montt, que desempeñaba interinamente las funciones de Oficial Mayor del Ministerio del Interior, se mostró sereno en aquel momento i tuvo el acierto de dar consejos adecuados a la gravedad de la situacion. Este incidente confirmó el prestijio de que ya gozaba don Manuel Montt i para nadie fué una sorpresa que en 1838 se le nombrase Ministro interino de la Corte Suprema i que en 1840 fuese llamado al Gobierno como Ministro del Interior. Desde ese momento se hizo sentir en la administracion pública la iniciativa de una voluntad tan enérjica como la de Portales

La eleccion de don Manuel Montt para el cargo de Presidente fué mui combatida por los liberales. El representaba la política autoritaria i

tenia en su contra todos los odios de las antiguas persecuciones contra los vencidos en las guerras civiles. Pocos dias ántes que don Manuel Montt ocupara la presidencia hubo revolucion en las provincias de Concepcion i Coquimbo. El Jeneral Búlnes, luego que entregó el Gobierno el 18 de setiembre, tomó el mando del Ejército i marchó contra los revolucionarios que obedecian a las órdenes del Jeneral Cruz. Los dos ejércitos se encontraron en el campo de Loncomilla, cerca de Talca, el 8 de diciembre de 1851. La batalla fué sangrienta porque los dos ejércitos, estraviados por ciego furor como en Lircai, pelearon sin dar cuartel a los prisioneros ni a los heridos. El campo quedó sembrado de cadáveres i el Jeneral Búlnes, que obtuvo el triunfo, lamentó como chileno esa gran desgracia. Él, que habia peleado i triunfado en las guerras contra los españoles i contra la confederacion perú-boliviana, no podia sentirse contento de un triunfo en guerra civil que costaba la vida a tantos chilenos.

Don Manuel Montt fué Presidente desde el 18 de setiembre de 1851 hasta el 18 de setiembre de 1861. Su gobierno tuvo que resistir, no solo a la revolucion vencida en Loncomilla por el Jeneral Búlnes, sino tambien a otro movimiento revolucionario que en 1859 estalló en las

provincias de Atacama, Aconcagua, Talca i Concepcion. Esta segunda revolucion fue vencida tambien por el Gobierno; sus jefes i todas las personas notables que en ella tomaron parte, fueron apresadas o desterradas.

Las medidas de rigor adoptadas en aquel tiempo contra los revolucionarios dieron lugar a que los adversarios del Presidente Montt le acusasen de déspota. En honor suyo ha de recordarse que la paz es el mayor de los bienes para la República i que los Gobiernos deben hacer toda clase de sacrificios a fin de conservarla. Ademas justo es reconocer que don Manuel Montt siendo, como gobernante, mui severo para hacer cumplir las leyes i para mantener el órden público, era como hombre, benévolo, conciliador, respetuoso del derecho ajeno i sumiso a la justicia i la verdad. En su vida privada fué un modelo de virtud e inspiró el mas profundo respeto a cuantas personas le trataron de cerca.

El Presidente Montt realizó grandes obras que le hacen acreedor a la gratitud de los chilenos. Durante su Gobierno se construyeron el ferrocarril i el telégrafo entre Santiago i Valparaiso, se iniciaron los trabajos del ferrocarril de Santiago al sur, se edificó el cuartel de la

Artilleria en Santiago i se dió principió al Palacio del Congreso. Para ejecutar estas obras contrató en Londres un empréstito de 7.000.000 de pesos que equivalen a 18.600.000 pesos de la actual moneda de oro de Chile.

Don Manuel Montt deseaba especialmente educar al pueblo i dar facilidades a todos los chilenos para que, por el estudio i el trabajo, pudiesen elevarse, como él mismo lo habia conseguido, desde la mas humilde situacion hasta los primeros puestos de la República. Fundó numerosas escuelas en todas las ciudades de Chile, creó en Santiago una Escuela Normal de Preceptoras i atendió con esmero al progreso del Instituto Nacional i de la Universidad. En estos trabajos contó con la ayuda eficaz de don Domingo F. Sarmiento, que estaba sirviendo a Chile desde el Gobierno del Presidente Búlnes.

Para aumentar la poblacion de la República i fomentar la instalacion de industrias nacionales, el Presidente Montt fundó las colonias de Valdivia i Llanquihue, trayendo familias alemanas que han trabajado en esas rejiones con mucho provecho para ellas i para el pais. En esas colonias hai fábricas de cerveza, cuyos productos se venden en todo Chile, i grandes curtidurias en las cuales se preparan suelas de mui buena clase que son esportadas para su venta en Alemania.

El señor Montt no se limitó a traer colonos para fomentar la industria nacional; tambien ocupó a sabios estranjeros para que enseñasen en los establecimientos de instruccion de Chile. Los principales fueron: don Ignacio Domeyko, profesor de química i mineralojia, que mas tarde fué Rector de la Universidad, don Rodolfo A. Phillippi, profesor de historia natural i organizador del Museo que hai en Santiago, i don Cárlos Moesta, primer director del Observatorio Astronómico.

Tambien en aquella época se fundaron los primeros Bancos destinados a recibir depósito de dinero i hacer préstamos a los gricultores, mineros e industriales que necesitaban capitales para dar desarrollo a sus negocios. Estos establecimientos de crédito i los ferrocarriles han prestados inmensos servicios al pais, dando desarrollo a los trabajos agrícolas, haciendo progresar las esplotaciones mineras i facilitando todos los negocios.

Terminado su período de Presidente de la República, don Manuel Montt volvió a desempeñar el cargo de Presidente de la Corte Suprema. Su competencia como jurisconsulto i su probidad personal le hacian igualmente respeta-

ble a todos los ciudadanos. Ejerciendo sus funciones de majistrado, él era ciego como la lei i no distinguia entre amigos i adversarios.

En 1876 el señor Montt representaba en el Senado a la provincia de Chiloé. Entónces se sancionó una lei que restablece la pena de azotes para castigar los delitos de homicidio, hurto, incendio i accidentes de ferrocarriles. El señor Montt negó su voto a esa lei de barbarie i levantó su voz, tres veces respetable, porque hablaba como antiguo institutor, como esperto hombre de gobierno i como sabio majistrado judicial, para pedir que, en vez de restablecer en nuestra sociedad el oficio de verdugo, se aumentase el número de escuelas i de maestros. "Una instruccion fundada en el desarrollo del espíritu i en los principios morales i relijiosos, dijo el señor Montt, es no solo la mejor barrera que pueda ponerse al crímen, sino tambien el antídoto mas eficaz para prevenirlo."

Cuatro años mas tarde, el 21 de setiembre de 1880, don Manuel Montt falleció en Santiago. Con su muerte perdió la República un ciudadano que la sirvió abnegadamente durante medio siglo; pero la historia patria se enriqueció con el ejemplo de una vida siempre subordinada a los mandatos del honor i del deber.

11.—D. Antonio Varas.

DON Manuel Montt tuvo la rara fortuna de unirse en estrecha amistad, desde la juventud, con un hombre bueno, leal i jeneroso que le acompañó hasta su muerte, siendo su prudente consejero en todas las dificultades i participando siempre de sus alegrias i sus amarguras.

La historia de Chile seria incompleta si no diese lugar en sus pájinas a esta amistad de don Manuel Montt i don Antonio Varas, que tanta influencia ha tenido sobre los acontecimientos públicos, no solo mientras los dos intervinieron en el Gobierno, sino tambien en la época posterior por medio del partido político que se formó al rededor de ellos.

Don Antonio Varas nació en Cauquenes el año 1817. Hijo de una familia honorable, que perdió sus bienes durante la guerra, tuvo que labrarse por sí solo el camino de la vida. Su padre, que fué partidario del Rei, se vió forzado a salir de Chile despues del triunfo definitivo de los patriotas i permaneció en el destierro hasta 1822, fecha en que le fué permitido volver a reunirse con su familia.

Este caballero, deseoso de acariciar a su hijo Antonio, que habia quedado en la cuna al salir

él desterrado, le sentó sobre sus piernas, le interrogó sobre diversas cosas i finalmente puso en sus manos un libro, diciéndole:—A ver, muchacho si sabes leer. El niño, impresionado con la repentina presencia de su padre, no pudo hablar, ni leer. El caballero le hizo ponerse de pié i, golpeándole cariñosamente la cabeza con el libro, le dijo:—Estás mui atrasado. Si no trabajas mucho, nunca sabrás nada.

Este era el único recuerdo personal que don Antonio Varas conservaba de su padre, que murió asesinado poco despues. Al referirlo, en su ancianidad, solia agregar:—Es increible la impresion que me hizo esta advertencia de mi padre. En todas las dificultades de mi vida, que no han sido pocas, siempre he recordado que solo trabajando mucho podria vencerlas.

A falta de padre don Antonio Varas fué asistido en sus primeros años de colejio por su hermano mayor, don José Miguel, que en el Instituto Nacional se habia distinguido por su intelijencia i su buena conducta, mereciendo ser nombrado profesor de filosofia a la edad de 20 años. Pero una nueva desgracia vino a privarle de la compañia de este hermano, que hacia para él las veces de padre i de maestro. En 1833 don José Miguel Varas pereció en un naufrajio i don

Antonio se vió solitario en su pobreza cuando mas necesitaba consejo i proteccion.

El Instituto Nacional sirvió de refujio a don Antonio Varas, como ha servido mas tarde a numerosos jóvenes en análogas circunstancias. Allí estudió con tal aprovechamiento que, al concluir sus cursos, en 1837, fué nombrado inspector de internos i profesor de la misma clase que habia desempeñado su hermano. El escaso sueldo de estos empleos le sirvió para ayudar a su madre, que vivia en la ciudad de Talca en suma pobreza. El señor Varas tenia casa i comida en el Instituto Nacional; era mui severo en sus costumbres i mui modesto en el vestir; jamas perdia el tiempo, ni el dinero en los placeres que de ordinario busca la juventud. Su mayor satisfaccion consistia en imponerse privaciones para mandar a veces a su madre el sueldo íntegro que recibia al fin del mes. Siendo su único descanso el estudio i su única distraccion el trabajo, adelantó rápidamente en su carrera universitaria i se graduó de agrimensor en 1839.

Sus amigos i principalmente don Manuel Montt, le aconsejaban que se graduase tambien de abogado, profesion que ofrecia mayores espectativas. El señor Varas pensaba como sus amigos i deseaba seguir el consejo de estos; pero su pobreza no le permitia comprar los li-

bros que se usaban en el curso de leyes sin privar a su madre del auxilio que mensualmente le mandaba. Sospechando sus amigos la verdad, hicieron una suscricion para regalarle los testos que podia necesitar i con esto le decidieron a hacerse abogado. Esta delicada manifestacion de amistad conmovió profundamente al señor Varas, que la recordaba complacido en sus últimos años, cuando referia a sus hijos, para que les sirvieran de ejemplo, los humildes principios de su honrosa vida.

Don Manuel Montt, que era ocho años mayor que don Antonio Varas, conoció a este en el Instituto Nacional i le cobró grande afecto. Por su parte, el señor Varas admiraba ya a don Manuel Montt, porque reconocia en él las dos cualidades que mas enaltecen a los hombres: un corazon recto i un carácter enérjico.

En 1845 don Manuel Montt, nombrado Ministro del Interior por el Presidente Búlnes, llamó a don Antonio Varas a desempeñar el Ministerio de Justicia e Instruccion Pública. En esa época los dos jóvenes amigos del Instituto Nacional eran dos hombres bien preparados para administrar con acierto los intereses nacionales. Continuadores de la política de Portales, pen-

saban, como este, que la primera necesidad nacional era conservar el órden, base necesaria del progreso i la libertad.

Montt i Varas se empeñaron, pues, en mantener con firmeza el réjimen de autoridad sancionado por la Constitucion de 1833; pero, al proceder en este sentido, no les guiaba la ambicion de mando, sino el convencimiento de que ello era indispensable para la prosperidad de la República. Estaban frescos todavia los recuerdos de aquella época de anarquia que precedió a la administracion del Presidente Prieto i se comprende, por esto, que los hombres de Gobierno cuidaran ante todo de robustecer el principio de autoridad.

En 1851 don Manuel Montt tomó posesion del mando como Presidente de la República; su primer acto fué nombrar Ministro del Interior a don Antonio Varas, que estaba desempeñando el cargo desde 1850 i siguió sirviéndolo hasta 1856. De este modo los dos compartieron la honra i la responsabilidad de un Gobierno que ha dejado recuerdos indelebles por sus servicios en favor del progreso del pais i por su severidad en la represion de los movimientos revolucionarios que lo combatieron.

En 1857 el Presidente Montt se encontró en un gravísimo conflicto político. La mayoria del

Senado hacia oposicion a su gobierno i exijia la renuncia del Ministerio. Como éste se negara a renunciar, el Senado acordó no discutir la lei de presupuesto para el año siguiente. El señor Montt, que tenia plena confianza en sus Ministros, que habia aprobado o aconsejado la conducta de estos, creyó que su dignidad persona estaba comprometida en el conflicto i tomó la resolucion de renunciar la Presidencia de la República porque no podia ejercerla segun los dictados de su conciencia.

Don Antonio Varas no formaba parte del Ministerio i, por esta razon, juzgaba con tranquilidad los acontecimientos. Apenas supo que el Presidente iba a presentar su renuncia, se dirijió a la Moneda para tratar de evitarlo. Personas que fueron testigos de aquella entrevista refieren que el señor Varas habló con elocuencia conmovedora para demostrar que la renuncia del Presidente, en tales momentos, pondria en peligro el órden público i haria renacer la anarquia, dominada a fuerza de tantos sacrificios en los últimos veinticinco años.

El Presidente, sin desconocer la justicia de las observaciones del señor Varas, insistia, sin embargo, en llevar adelante su propósito e indicaba que acaso seria menos peligroso renunciar que someterse a la mayoria del Senado con

mengua de su dignidad i sacrificio de sus prerogativas constitucionales.—No, señor Presidente, replicó con vehemencia el señor Varas. La dignidad, la sabiduria i el patriotismo de V. E. quedarán comprobados de un modo elocuente, cuando se vea que V. E. hace, en bien del pais, el sacrificio de sus sentimientos personales i llama, si es preciso, a compartir las responsabilidades de su gobierno, a los mismos adversarios que le combaten en el Senado.

El Presidente tuvo la feliz inspiracion de prestar oido al buen consejo de su leal amigo. Pocos dias despues aceptó la renuncia de sus Ministros, organizó otro gabinete con personas aceptadas por la oposicion i así pudo dominar, con honra para él i con ventaja para la República, un conflicto que parecia sin remedio.

Cuando se acercaba el término de la presidencia de don Manuel Montt, este i todos sus amigos determinaron elevar a don Antonio Varas a la primera majistratura de la República. El señor Varas ejecutó entónces el acto mas digno de su vida: se negó a aceptar la Presidencia porque su participacion directa en las medidas del Gobierno contra la revolucion vencida le hacia odioso a muchos chilenos i él pensaba que el nuevo Jefe del Estado no podria restablecer la tranquilidad social i política, si no merecia el

respeto de todos los ciudadanos. «Este acto de intelijente desprendimiento, dice un escritor que fué adversario de don Antonio Varas, mostró que, despues de haber gobernado a los demas, sabia gobernarse así mismo.»

Una vez que se calmaron las pasiones enconadas contra los hombres de aquel Gobierno por su severidad i por sus errores, el pais unánime reconoció las virtudes del señor Varas i le tributó repetidos homenajes de respeto. Rodeado del prestijio que le daban su patriotismo, su desinteres i su esperiencia, él pudo consagrarse al servicio del pais como miembro del Congreso, como consejero de Estado i como consultor del Gobierno en todas las circunstancias difíciles. En 1879 volvió a ser Ministro del Interior i contribuyó con su enerjia a dar vigoroso impulso a la organizacion de las fuerzas de mar i tierra que debian llevar a feliz término la guerra contra Bolivia i el Perú.

Aparte de sus méritos como político, don Antonio Varas tiene el de haber sido fundador de dos instituciones comerciales mui importantes. La primera es la Caja de Crédito Hipotecario, destinada a fomentar los trabajos agrícolas, i administrada durante muchos años por el mis-

mo señor Varas con ejemplar prudencia. La segunda es la Caja de Ahorros de Santiago, que tiene por objeto recibir en depósito i administrar los pequeños capitales que forman los pobres imponiéndose cada dia el sacrificio de gastar un poco menos que lo que ganan.

Don Antonio Varas falleció en Santiago el año 1887. Su vida, que fué tan útil a la República por la magnitud de sus servicios, será siempre una enseñanza para los ciudadanos, porque ella ofrece ejemplos de las mas nobles virtudes.

IX

RÉJIMEN DE LIBERTAD

1.—El Presidente Perez.

DON José Joaquin Perez, elejido Presidente en reemplazo de don Manuel Montt, gobernó desde el 18 de setiembre de 1861 hasta igual fecha de 1871. El señor Perez era un hombre bondadoso, tranquilo i modesto que no habia tomado parte en la revolucion contra el Gobierno, ni en las medidas de rigor adoptatadas por este para sofocarla. Su neutralidad entre los partidos enemigos i la esperiencia que habia adquirido como Ministro de Estado i como Ministro Diplomático le dieron títulos para ascender a posicion tan elevada. Uno de sus primeros actos en el ejércicio de la Presidencia fué levantar el destierro a que estaban condenados algunos de los revolucionarios. El pais recibió con alegria este acto de clemencia que permitia

volver a la patria a los chilenos perseguidos por causas políticas. El Presidente Perez cosechó el fruto de tan buena obra viéndose honrado con el cariño i el respeto del pueblo. Compartió con él esta honra el Ministro del Interior, don Manuel Antonio Tocornal, ciudadano de mérito sobresaliente por su saber i sus virtudes.

El señor Tocornal ocupaba el primer rango en las filas del partido conservador, que hizo ruda oposicion en los últimos años al Presidente Montt. Los amigos de este formaban mayoria en el Congreso de 1862 i trataron de entorpecer la política del nuevo Gobierno. El señor Tocornal mostró en tales circunstancias las dotes mas sobresalientes de un hombre de Estado. Convencido de que la justicia i el patriotismo aconsejaban apaciguar los odios de la pasada revolucion, defendió en el Congreso con talento i con discreta enerjia los propósitos jenerosos del Presidente Perez i logró hacerlos triunfar contra todas las resistencias.

Hasta entónces los gobiernos habian aplicado con severidad el réjimen autoritario establecido por la Constitucion de 1833 i, para mantener el órden público, habian suprimido la libertad política. El Gobierno del Presidente Perez, apartándose de ese camino, consiguió hermanar la libertad i el órden.

Merced a este espíritu conciliador del Gobierno, los partidos se acostumbraron al ejercicio tranquilo de sus derechos i prepararon, por medios pacificos, la reforma de la Constitucion.

El réjimen de autoridad, iniciado con tanta firmeza por Portales i continuado sin interrupcion por todos los gobernantes hasta 1861, fué transformándose gradualmente en un réjimen de libertad que permitió a los ciudadanos espresar sus opiniones con absoluta independencia, criticar con franqueza los actos del Gobierno, señalar los defectos de la Constitucion i de las leyes complementarias i ejercer, en una palabra, todos los derechos que corresponden al pueblo en un Estado libre. Los Gobernantes posteriores afianzaron por medio de diversas leyes las libertades públicas; pero la iniciativa de este nuevo réjimen se debe al Presidente Perez a quien corresponde, en justicia, el mérito de haber mejorado las costumbres políticas de Chile.

2.—Incendio de la Compañia.

EN la tarde del 8 de diciembre de 1863 ocurrió en Santiago una desgracia que no tiene igual en la historia del mundo.

Celebrábase en la Compañia, antigua iglesia de los Jesuitas, la fiesta final del mes de Maria, devocion predilecta de la sociedad de Santiago.

El templo estaba engalanado con profusion de flores, tapices i colgaduras. Para darle brillante iluminacion habia millares de luces en lámparas colgantes i en candelabros que servian de adorno a los altares. Se queria que la fiesta tuviese un esplendor nunca visto en la capital i con tal objeto se habian hecho preparativos superiores a toda ponderacion.

Al caer la tarde el templo estaba ocupado por numerosos fieles que llegaban temprano para colocarse en los sitios preferidos. Cuando principió a oscurecer, la concurrencia era ya tan grande, que no habia espacio libre ni para los sacristanes encargados de encender las luces. Las personas que no podian entrar permanecian de pié en las puertas del templo, en el átrio i hasta en las calles adyacentes.

Por supuesto, la concurrencia era casi en su totalidad femenina. Aquella fiesta magnífica atraia con igual fuerza a las señoras i a las niñas, a las pobres i a las ricas; no habia mujer cristiana que se resignara a perderla; todas preferian dejar las casas solitarias i abandonadas antes que faltar al llamado de la iglesia. Hubiérase creido, al contemplar el entusiasmo fervoroso de aquella multitud, que la salvacion de sus almas dependia de su asistencia a aquella solemnidad estraordinaria.

Momentos mas tarde el relijioso fervor se mudó con violencia en desesperada angustia. Las piadosas mujeres allí reunidas para entonar himnos de alabanza a la Vírjen Maria, se vieron de improviso condenadas a sufrir el mas doloroso de los martirios. Una de las colgaduras se inflamó al contacto de una vela recien encendida, las llamas subieron como impulsadas por un soplo vigoroso, i en breves instantes todos los cortinajes del templo ardieron cual inmensa hoguera.

Las mujeres, espantadas a la vista del peligro, se precipitaron a las puertas como locas, pidiendo a gritos perdon para sus culpas e invocando, con acentos lastimeros, la misericordia divina. Fácil les habria sido salir a la calle si hubieran conservado la calma necesaria para moverse todas en órden; pero cada una pensaba solo en sí misma, queria ser la primera en llegar a las puertas i empujaba furiosamente a sus vecinas. De este modo se produjo una horrenda confusion. Luchando desesperadamente para ganar la delantera, se atropellaban las unas a las otras, se golpeaban, despedazaban sus vestidos, se derribaban al suelo i ellas mismas hacian inevitable su muerte por el desordenado afan con que procuraban conservar su vida. En las puertas del templo, las que ya se creian libres de la ho-

guera, cayeron al suelo derribadas por el empuje de las que venian atras, estas a su turno tuvieron igual suerte, i así se formaron barreras de cuerpos humanos, que impedian la salvacion de las víctimas encerradas en el interior i hacian ineficaces los ausilios que trataban de prestarles los hombres reunidos afuera.

La funesta noticia se habia estendido con rapidez por la ciudad llevando el terror a todos los hogares. Los padres, los esposos i los hijos, los hermanos i los amigos de tantas infelices condenadas a morir en las llamas, se precipitaban a las puertas del templo resueltos a desafiar todo peligro para salvarlas. Pero los jenerosos impulsos de su corazon se estrellaban contra lo imposible: ni siquiera les era dado penetrar en la iglesia para compartir con ellas el atroz martirio. Forzados a ser espectadores impotentes de la trajedia, se entregaban en las calles a conque les diese consuelo i esperanzas.
movedores arrebatos de desesperacion i erraban de un lado a otro en busca de alguna noticia

Por desgracia el fuego hacia en el interior su obra de esterminio i devoraba a sus víctimas con tormentos infernales. El incendio habia principiado a las siete; dos horas despues el martirio estaba consumado. Entre los escombros del templo ardian los cadáveres de mas de dos

mil seres humanos, que en la tarde de aquel dia en todo pensaban menos en pasar a la vida eterna por un camino que con toda verdad puede compararse al del Calvario.

¡Cuán amarga fué aquella noche para los habitantes de Santiago! No habia familia que no tuviese uno o mas deudos entre las personas que habian concurrido al templo. En medio de la confusion nadie podia saber qué suerte habian corrido sus parientes i sus amigos. Todos los lloraban como muertos i, al propio tiempo, conservaban la vaga esperanza de volver a verlos con vida. Así pasaron lentamente las horas hasta que la luz del nuevo dia vino a revelar la inmensidad de la catástrofe. No hai pluma capaz de describir los horrores de aquel cuadro espantoso. A la vista de las ruinas humeantes del templo i de los cadáveres horriblemente carbonizados, nadie pudo contener el llanto. Las lágrimas daban a lo menos algun alivio a las congojas del corazon.

El mismo dia fué necesario ocuparse en levantar esos restos humanos para darles relijiosa sepultura. Unas pocas personas pudieron identificar los cadáveres de sus deudos i conducirlos a sus tumbas de familia. En su inmensa mayoria los cadáveres estaban desfigurados de tal manera por la accion del fuego, que no hubo como

reconocer sus facciones para saber los nombres que tuvierón en vida. Se les trasportó al cementerio por carretadas, i se les dió sepultura en una tumba comun sobre la cuál se ha construido un severo mausoleo.

3.—Guerra con España.

EL Presidente Perez aseguró la paz interna de Chile con su política moderada i conciliadora; desgraciadamente no tuvo igual suerte en cuanto a la paz esterior, porque le fué imposible evitar la guerra con España. Esta guerra tuvo su oríjen en nobles sentimientos del pueblo chileno, que no pudo resignarse a permanecer indiferente cuando España atacó al Perú con el intento de arrebatarle las islas de Chincha. Obligado a ello por el entusiasmo popular, el Presidente Perez hizo alianza con los Gobiernos del Perú, Bolivia i Ecuador para sostener en comun la guerra.

El Gobierno español mandó una escuadra a bloquear los puertos de Chile, operacion que no ofrecia riesgos, ni dificultades porque solo habia una nave chilena de guerra: la corbeta *Esmeralda*, que mas tarde habia de cubrirse de tanta gloria. Sin embargo esta nave, bajo el mando del Capitan don Juan Williams Rebolledo, ejecutó una azaña memorable presentando combate a la

goleta española *Covadonga*, i capturándola casi a la vista de la escuadra que bloqueaba a Valparaiso a las órdenes del Almirante Pareja. La captura de la *Covadonga* tuvo lugar el 26 de noviembre de 1865. El Almirante español, con trariado con este suceso, se suicidó poco despues a bordo de la *Villa de Madrid*, el buque mas poderoso de su escuadra.

El Gobierno de España envió al Pacífico un barco de mayor poder, la fragata blindada *Numancia*, al mando del capitan Mendez Nuñez, que pasó a ser Jefe de la escuadra. Para vengar la captura de la *Covadonga*, la escuadra bloqueadora ejecutó un acto vergonzoso, que causó muchos perjuicios a Chile, pero que no dió honra ni provecho a España. Valparaiso era entónces un puerto indefenso; no tenia fuertes, ni cañones para combatir con las naves enemigas, de modo que éstas podian destruirlo impunemente con su artilleria. Pero atacar i destruir a una ciudad indefensa no es una operacion lícita de guerra, ni es honrosa tampoco para los soldados o marinos que la ejetan. Hacer eso es lo mismo que atacar con rifle a un hombre desarmado i hacerle fuego cobardemente desde una distancia de cincuenta o cien metros.

El 31 de marzo de 1866, a las nueve i cuarto de la mañana, los buques de guerra españoles

Villa de Madrid, Resolucion, Blanca i Vencedora principiaron a disparar sus cañones sobre el puerto de Valparaiso. Durante tres horas seguidas se ocuparon en hacer fuego sobre los almacenes fiscales i otros edificios, como si estuvieran practicando un ejercicio de tiro al blanco. Poco despues de las doce del dia, cuando ya estaban ardiendo los almacenes fiscales i el barrio mas central del puerto, Mendez Nuñez mandó suspender el fuego. Las pérdidas sufridas por el Gobierno de Chile, por los comerciantes i los propietarios de las casas destruidas, fueron calculados en 14.000,000 de pesos.

Un oficial español, que tomó parte en esa guerra i que muchos años mas tarde escribió su historia, condena la conducta del Gobierno de su patria diciendo: "El bombardeo de Valparaiso fué un acto cuyo recuerdo debe entristecer siempre a la marina española." Realizada esta obra de destruccion, la escuadra de España se retiró de las costas de Chile i la guerra quedó terminada de hecho. En 1867 se celebró un tratado de tregua i doce años mas tarde se pactó la paz definitiva.

Con motivo de esta guerra se vió que Chile necesitaba tener, como tuvo en los primeros años de la república, una escuadra bastante fuerte para atender a la defensa de su dilatada

costa. El Presidente Perez mandó construir las corbetas *O'Higgins* i *Chacabuco*, las cuales, unidas a la *Esmeralda* i la *Covadonga*, constituyeron en aquel tiempo todo el poder marítimo de la República. Para evitar otro bombardeo de Valparaiso se procedió a la construccion de los fuertes en actual servicio.

4.—Libertad i progreso.

PASADAS las ajitaciones de la guerra con España, el pais recobró su tranquilidad i el Presidente Perez, reelecto en 1866, pudo continuar su gobierno en completa paz. En los últimos años sus actos políticos fueron combatidos enerjicamente por los liberales que deseaban la reforma inmediata de la Constitucion de 1833. La oposicion se manifestaba no solo en el Congreso, sino tambien en frecuentes asambleas populares i en numerosos diarios i periódicos satíricos. Algunos de los amigos del Presidente se alarmaban con estos hechos, que les parecian síntomas inequívocos de próxima revolucion, i le aconsejaban que los reprimiese con la fuerza pública. El señor Perez, lejos de participar de tales temores, trataba de tranquilizar a sus amigos i les decia:—Las libertades causan espanto en este pais porque las confunden con el desór-

den. Entre tanto, la esperiencia enseña que los pueblos mas libres son los mas pacíficos. Cuando as leyes son igualmente respetadas por las autoridades i por los ciudadanos, nadie piensa en provocar desórdenes. Por mi parte deseo que el pueblo haga uso de todos sus derechos políticos para que comprenda que nada ganaria con una revolucion.

Los diputados i senadores gobiernistas eran atacados sin piedad por los periódicos satíricos i de caricaturas. Algunos de ellos se molestaban en estremo por las burlas de que eran objeto i llegaban a quejarse de que la autoridad no prohibiese la publicacion de esos papeles. El Presidente Perez, a quien se burlaba de preferencia en dichos periódicos, los leia i comentaba con buen humor. En cierta ocasion se publicó una caricatura que representaba al Presidente dormido en la sala de su despacho dando a entender así que no era capaz de estudiar ni de trabajar. El señor Perez, mostrando esta caricatura a las personas de su familia, dijo alegremente:—¡Vean que tacha! I dirán que no es gracia gobernar bien con los ojos cerrados!

Otra vez tuvo lugar en Santiago una reunion mui numerosa de los liberales opositores, en la cual se nombró una comision encargada de pedir al Presidente libertad para el pueblo. Don

José Joaquin Perez recibió a la comision en su casa particular, fué mui amable con los caballeros que la formaban i, contestando a lo que ellos hablaron, les dijo:

"¿Qué libertades son las que ustedes vienen a pedirme? Tienen libertad de reunirse donde quieran i nadie les ha molestado en la reunion que acaban de tener. Tambien tienen completa libertad de hablar en público i estoi seguro de que ahora mismo han hablado libremente contra el Gobierno. En cuanto a la libertad de imprenta, nada les falta. Al contrario, a mi me gusta leer lo que ustedes escriben i me divierten las caricaturas que hacen de mí. Sobre esta mesa tengo los diarios que ustedes han publicado esta mañana. ¿Por qué vienen a pedirme lo que ya tienen i que nadie piensa quitarles?"

En esa época se terminó la construccion de los ferrocarriles principiados por el Presidente Montt, se prolongó la línea del sur desde Rancagua hasta Curicó i se iniciaron las líneas de Chillan a Talcahuano i de Llai-llai i los Andes. Tambien se construyeron nuevas líneas telegráficas para poner en comunicacion toda la parte central de la República.

La instruccion pública hizo muchos progresos en ese tiempo. Se aumentó el número de escue-

las, se establecieron liceos en las capitales de provincia i se reorganizó el Instituto Nacional de Santiago, bajo la direccion de don Diego Barros Arana, el sabio maestro i notable historiador que ha dedicado su vida entera al estudio i a la educacion de la juventud. En todas las ciudades de Chile hai personas que en el Instituto Nacional fueron discípulos del señor Barros Arana, que a él deben principalmente su educacion i que por eso le recuerdan siempre con cariñosa gratitud.

La Universidad, destinada a los alumnos que han completado sus estudios en el Instituto Nacional i en los Liceos, tuvo por rector a don Andres Bello hasta la muerte de este en 1865. En lugar de Bello fué nombrado rector don Manuel Antonio Tocornal, que falleció en 1867 i fué reemplazado por el sabio don Ignacio Domeyko.

5. Don Andres Bello.

LOS pueblos recuerdan con entusiasmo i con respecto a los guerreros que se han distinguido en los campos de batalla. Las hazañas militares son consideradas como el mayor mérito de las naciones. A los soldados que pelean con valor i a los que vencen a los enemigos se les declara salvadores de la patria i se les

premia jenerosamente. En todas partes hai estátuas de bronce o de mármol en recuerdo de los hombres que mas se han distinguido en las guerras.

Justo es que los pueblos tengan gratitud para los soldados que se sacrifican en su defensa. Pero hai tambien muchas personas pacíficas, que no saben manejar un fusil, que no podrian marchar con un rejimiento, ni asistir a una batalla, i que, sin embargo, merecen gratitud como los mas gloriosos soldados, porque han servido bien al pueblo i han trabajado sin descanso por su felicidad.

Don Andres Bello fué en Chile uno de estos hombres buenos i pacíficos que merecen respeto por sus virtudes i gratitud por sus servicios. Durante treinta i cinco años se ocupó en enseñar a los chilenos, en organizar colejios, en escribir libros de estudio i en ayudar bondadosamente a todos los jóvenes que deseaban instruirse. El no fué soldado, ni ganó batallas; pero hizo mas que muchos militares, porque educó a innumerables ciudadanos i les preparó, con sus lecciones i con su ejemplo, para gobernar al pais, dictar leyes justas i asegurar el órden sin destruir la libertad.

Don Andres Bello nació en Venezuela en 1780 En aquella época los maestros eran mui escasos

i no habia buenos colejios, bibliotecas ni librerias. A pesar de estas dificultades, don Andres Bello se dedicó al estudio desde mui niño i con su estraordinario talento pudo aprender idiomas, historia i matemáticas. A la edad de diez años mas parecia un hombre que un niño, porque su aficion al estudio le hacia indiferente a los juegos propios de la infancia. Sus maestros solian prestarle algunos libros, que él leia i volvia a leer hasta saberlos de memoria. Esta era su ocupacion favorita i así logró adquirir una instruccion mui superior a la que recibian los demas estudiantes.

Cuando principió la guerra de la independencia de Venezuela don Andres Bello tenia treinta años de edad. Como su talento i su instruccion le hacian sobresalir entre todos los ciudadanos, se le designó para acompañar a Simon Bolívar, que se dirijia a Londres con el carácter de representante del gobierno republicano.

Dos años mas tarde los españoles vencieron a los patriotas de Venezuela. El Gobierno republicano dejó de existir i no pudo mandar a sus representantes en Londres el dinero que estos necesitaban para sus gastos personales. Don Andres Bello acababa de casarse con una señora inglesa. Su situacion fué desesperada cuando se vió sin trabajo i sin recursos en un

pais estranjero. No habia pagado la ropa que tenia puesta i estuvo en peligro de ir a la cárcel por este motivo. La bondadosa jenerosidad del sastre, su acreedor, le libró de ese sufrimiento.

Siguiendo el consejo de un amigo, don Andres Bello se ofreció en Londres como profesor de castellano. Durante varios años dió lecciones a algunos jóvenes ingleses i por este medio pudo ganar lo indispensable para el sustento de su familia. Al cabo de diez años de incesante trabajo, en 1822 pudo gozar de cierto alivio. En esa fecha fué llamado a desempeñar el empleo de secretario de la Legacion de Chile en Londres. El sueldo de este empleo era escaso; pero tenia la ventaja de ser pagado con seguridad. Los buenos servicios de don Andres Bello en este empleo, sus notables trabajos literarios i su ejemplar conducta privada le recomendaban de tal modo que en 1829 el Gobierno de Chile le ofreció un cargo de importancia en la administracion pública. El ofrecimiento fué aceptado i don Andres Bello llegó a Santiago con su familia en julio de aquel año.

Desde entónces, hasta su muerte en 1865, vivió dedicado a servir a Chile como el mejor de los ciudadanos. Por su nacimiento fué hijo de Venezuela; por sus trabajos i sus servicios, fué verdadero hijo de Chile. Aquí encontró todo lo

que necesita un hombre para vivir contento en su patria: trabajo seguro, justicia, paz, libertad, respeto a sus méritos, gratitud a sus servicios. El Congreso dictó una lei especial declarándole ciudadano chileno; en seguida fué elejido Senador de la República.

Los hombres mas notables de Chile fueron discipulos de don Andres Bello. Entre ellos puede citarse a don Francisco Bilbao, don José Victorino Lastarria, don Manuel A. Tocornal, don Miguel Luis Amunátegui, don Aníbal Pinto, don Diego Barros Arana i don Manuel Antonio Matta, hombres que se han distinguido por diversos títulos en el servicio del pais. Entre los libros de don Andres Bello merecen recuerdo aparte su *Gramática de la Lengua Castellana*, su *Filosofía*, su *Derecho Internacional* i sus *Poesías*. Así mismo debe recordarse que el *Código Civil de Chile* fué preparado i redactado por él con gran sabiduria.

En medio de sus trabajos don Andres Bello tuvo que padecer duras penas. Nadie en este mundo se encuentra libre de sufrimientos. Algunos creen que la felicidad consiste en no sufrir i, cuando les sucede cualquier contratiempo, se aflijen i se consideran mui desgraciados. Otros, comprendiendo que es necesario soportar con paciencia todo los sufrimientos, pasan la vi-

da resignados con su suerte i buscan alivio a sus penas en el estudio i el trabajo.

Don Andres Bello pertenecia al número de estos hombres que saben sufrir con paciencia. Hubo en Chile unas pocas personas que negaron sus méritos, que le trataron con injusticia i le calumniaron. El dejó pasar en silencio estos ataques a su persona, porque estaba seguro de no haberlos merecido. Por otra parte, la injusticia de unos pocos nada valia en comparacion del cariñoso respeto con que le trataron los demas chilenos.

El verdadero sufrimiento de don Andres Bello fué ver morir en edad temprana a algunos de sus hijos. El mayor, Cárlos Bello, murió a la edad de 39 años, despues de haber sido diputado i Ministro de Chile en el Ecuador. El segundo, Francisco Bello, murió mas jóven, a los 28 años, siendo profesor de latin en el Instituto Nacional. Obtuvo esta clase en un certámen antes de cumplir sus 18 años i escribió para sus alumnos una *Gramática de la lengua latina*, libro de gran mérito. El tercero, Juan Bello, murió a los 35 años de edad, desempeñando el cargo de Ministro de Chile en los Estados Unidos; tambien se habia distinguido como diputado i como profesor de historia en el Instituto Nacional.

Cada uno de estos hijos era para don Andres Bello un pedazo de su corazon. El mismo les habia educado comunicándoles su ciencia i sus virtudes. Ellos eran dignos de tan noble padre i le prometian una vejez dichosa. Por desgracia los hijos cayeron a la tumba en edad juvenil i el anciano padre conservó la vida para llorarlos. Don Andres Bello, lleno de tristeza por estas desgracias, se consagró al trabajo con mayor teson. Desempeñando sus funciones de Rector de la Universidad, escribiendo libros de mucho valor i dando lecciones de literatura i filosofia a varios jóvenes distinguidos, él descansaba de sus penas i al propio tiempo servia al pais de su adopcion.

Las personas que se acercaban por primera vez a don Andres Bello se sentian acortadas por el respeto debido a sus méritos i tambien porque su trato era grave i su semblante severo. Apesar de estas apariencias de terquedad, era afable i mui benévolo; en especial trataba con bondad a los jóvenes estudiantes que recibian sus lecciones i le consultaban sus trabajos literarios. Conversaba con ellos familiarmente, les indicaba los libros que debian leer i les daba provechosos consejos.

Don Andres Bello fué el primer sabio americano i el mejor maestro de Chile. En vida tuvo

la satisfaccion de verse respetado, en América i en Europa, por todas las personas capaces de apreciar el talento i la virtud. Despues de su muerte, la gratitud nacional le ha erijido una estátua de mármol a fin de que su ejemplo siga sirviendo de enseñanza a la juventud.

6.—El Presidente Errázuriz.

DON Federico Errázuriz, elejido Presidente para reemplazar a don José Joaquin Perez, gobernó desde el 18 de setiembre de 1871 hasta el 18 de setiembre de 1876. Los cuatro Presidentes anteriores, Prieto, Búlnes, Montt i Perez, gobernaron diez años cada uno porque fueron elejidos dos veces sucesivas. Errázuriz gobernó solamente cinco años porque en 1871 se reformó la Constitucion prohibiendo que un Presidente pudiese ser elejido para otros cinco años mientras él gobernaba. Esta reforma fué apoyada en el Senado por el mismo señor Errázuriz, en vísperas de ocupar la Presidencia de la República, hecho que debe recordarse en su honor.

El Presidente Errázuriz tuvo la felicidad de gobernar, como el Presidente Búlnes, en completa paz, sin revolucion i sin guerra esterior. Gracias a esta circunstancia pudo preparar i lle-

var a término diversos trabajos de mucha importancia para la República.

Contrató en Londres nuevos empréstitos i dedicó la mayor parte de este dinero a construir grandes obras de utilidad pública: terminó los ferrocarriles cuya construccion dejó iniciada el Presidente Perez, prolongó la línea férrea desde Curicó hasta Chillan i construyó la de San Rosendo a Angol; terminó en Valparaiso, los nuevos almacenes fiscales, que fué necesario edificar despues del bombardeo de ese puerto por la escuadra española; terminó en Santiago, el Palacio del Congreso, cuya construccion estaba suspendida desde el Gobierno del Presidente Montt, i edificó en la Quinta Normal de Agricultura el Palacio de la Esposicion.

Otra parte del dinero tomado en préstamo en Londres, lo dedicó el Presidente Errázuriz a aumentar el poder naval de la República. El Perú tenia en esa época una escuadra compuesta de tres monitores, una fragata blindada i varias corbetas. El Presidente Errázuriz comprendió que Chile no podia permanecer desarmado teniendo un vecino con fuerzas navales tan poderosas. En ese tiempo, al arreglar las cuentas de la guerra de las Repúblicas aliadas contra España, hubo dificultades entre Chile i el Perú i se temió que la amistad de estas naciones se convirtiese

en guerra. Para protejer a la República contra ese peligro, el Presidente Errázuriz mandó construir en 1873 los blindados *Almirante Blanco Encalada* i *Almirante Cochranne* i la cañonera *Magallanes.* Seis años mas tarde estas naves fueron la salvacion de Chile en la guerra contra el Perú i Bolivia. El Presidente Errázuriz ya habia muerto; pero no hubo chileno que no recordara su nombre en los dias de triunfo, puesto que sin aquellas naves la guerra habria sido imposible para Chile.

Don Federico Errázuriz ha sido uno de los mejores gobernantes de Chile, porque respetó la libertad de los ciudadanos i al mismo tiempo ejerció la autoridad con firmeza. Casi siempre los gobernantes que cuidan mucho de su autoridad se convierten poco a poco en déspotas odiados por el pueblo. Por el contrario, cuando los gobernantes carecen de enerjia para hacer respetar su autoridad, facilmente se desorganiza el gobierno i se llega a una situacion en la que todos quieren mandar i ninguno obedecer. El Presidente Errázuriz supo evitar los dos estremos: respetó la libertad del pueblo sin hacer abandono de su autoridad. Tuvo un solo Ministro del Interior durante los cinço años de su Gobierno, atendió personalmente a todas las necesidades del servicio público i así logró hacer grandes

bienes al pais dejando un buen ejemplo a sus sucesores.

7.—El Arzobispo Valdivieso.

EN 1848 fué consagrado Arzobispo de Santiago don Rafael Valentin Valdivieso, el mas ilustre sacerdote de la Iglesia chilena.

El señor Valdivieso, nacido en Santiago el año 1804, creció en medio de las ajitaciones de la guerra de independencia. Su corta edad no le permitió acaso comprender toda la importancia de esos graves acontecimientos; pero su carácter debió fortalecerse con el ejemplo de los sacrificios i el heroismo de los patriotas.

Los muertos i heridos en las batallas, los fusilamientos, los azotes en las cárceles, las persecuciones i el destierro eran en esa época el diario tormento de las familias chilenas. En todos los hogares se vivia en penosa inquietud porque siempre se estaba temiendo el anuncio de una desgracia. Hasta las alegrias de la victoria se mezclaban con las lágrimas del dolor, puesto que cada ventaja en favor de la independencia era conquistada con la sangre i la vida de muchos de los soldados de la patria.

Los niños, que eran testigos de tantos sufrimientos, que lloraban con sus madres al padre

o al hermano sacrificado en la guerra, se educaban, sin saberlo, en esa escuela de la adversidad, para cumplir dignamente sus deberes cuando les llegase el turno de ser ciudadanos i de servir a la patria. Gracias a esta circunstancia la República tuvo mas tarde un buen número de servidores infatigables en el trabajo i dotados de estraordinaria enerjia para defender la verdad i la justicia.

El señor Valdivieso sobresalió desde mui jóven entre estos ciudadanos distinguidos. Segun el testimonio de las personas que le conocieron en su infancia, era un niño intelijente, discreto, de carácter tranquilo, de corazon afectuoso, que no necesitaba reprimendas ni castigos para conducirse bien. Estas cualidades le recomendaron, sin duda, al aprecio del bondadoso don Manuel Salas, quien le elijió en 1824, cuando el señor Valdivieso apénas cumplia 20 años, para que fuese su segundo en la administracion del Hospicio de Santiago.

Los pobres asilados en este establecimiento de caridad encontraron en el señor Valdivieso un verdadero discípulo de San Vicente de Paul: él se consagró a cuidarlos con afecto paternal, les visitaba diariamente, atendia a sus necesidades, trataba de aliviar sus penas i de dar consuelo a sus aflicciones, con frecuencia les servia

los alimentos i las medicinas como un simple criado. En estas ocupaciones, mui gratas a su piadoso corazon, el señor Valdivieso buscó descanso, durante diez años, a las fatigas de sus estudios i sus trabajos profesionales. Habiendo obtenido el título de abogado en 1825, desempeñó hasta el año 1834 varios cargos judiciales, fué miembro de la Municipalidad de Santiago i en dos Congresos formó parte de la Cámara de Diputados.

En 1833, siendo el señor Valdivieso Diputado por Santiago i Ministro de la Corte de Apelaciones, se descubrió en la capital un intento de revolucion, cuyos autores fueron sometidos a un Consejo de guerra. El Presidente Prieto i sus Ministros, perturbados aun por las pasiones de la guerra civil, pretendieron que el tribunal militar condenase a muerte a los conspiradores. El tribunal supo mantener su independencia, estudió la causa con el honrado propósito de hacer justicia i se limitó a imponer a los acusados la pena de destierro. Este fallo del Consejo de guerra pasó en apelacion a la Corte, que lo reformó en favor de los reos disminuyendo las penas. El Presidente de la República, dejándose llevar de un arrebato de ira al ver contrariada su voluntad, cometió la grave falta de acusar ante la Corte Suprema a los Ministro de la

Corte de Apelaciones por el supuesto delito de torcida administracion de justicia. El señor Valdivieso, ofendido como juez i como hombre por esta acusacion del Gobierno, tomó a su cargo la defensa del tribunal i obtuvo de la Corte Suprema, despues de un notable alegato, la mas completa i honrosa absolucion.

No fué esta la única ocasion en que el señor Valdivieso se hizo el defensor de la justicia i la libertad contra las violencias del Gobierno. Seis años mas tarde, en 1839, cuando ya era sacerdote, presentó a la Cámara de Diputados un proyecto de la lei con el objeto de impedir que el Presidente de la República volviese a ser autorizado por el Congreso, como lo fué en 1837, para suspender el imperio de la Constitucion i las leyes i ejercer una dictadura absoluta. Ese proyecto de lei, combatido por el Gobierno, fué rechasado por la Cámara; pero el señor Valdivieso acreditó una vez mas la independencia i la rectitud de su carácter, que no se doblegaba ante los poderosos cuando estos se apartaban de la justicia.

El señor Valdivieso parecia llamado por su talento i sus virtudes a ocupar los primeros puestos en la administracion de la República. Otros en su lugar se habrian sentido dominados por el deseo de sobresalir entre sus compatrio-

tas, porque es propio del hombre ambicionar el poder i la gloria. En tales circunstancias el señor Valdivieso dió la prueba mas elocuente de la elevacion de su alma i de la firmeza de su voluntad: desdeñó como cosas despreciables todas las vanidades humanas, pidió al Obispo Vicuña que le impusiese las órdenes sagradas i se alejó de Santiago para recorrer como misionero las dos provincias mas lejanas i mas desamparadas, primero la de Chiloé, i en seguida la de Atacama. Las penalidades de sus viajes fueron mui grandes, en el sur por la abundancia de las lluvias, en el norte por la aridez del desierto, en una i otra parte por la escasez de víveres, la falta de caminos i la dificultad de encontrar alojamientos. El señor Valdivieso soportó todas las molestias con tranquilidad inalterable, porque justamente deseaba ser sacerdote para consagrarse a la práctica de las virtudes.

Pero la Iglesia tiene tambien su jerarquía i es natural que los sacerdotes mas sabios i virtuosos sean llamados a las mas altas dignidades. Sucedió por esto que el señor Valdivieso, huyendo los honores de la vida civil, se encontró mui pronto solicitado por los honores de la vida eclesiástica. En 1838 el Gobierno quiso proponerle al Papa para el Obispado de la Serena; el señor Valdivieso se negó a aceptar

esta dignidad diciendo que "apénas tenia los conocimientos necesarios para ser un simple presbítero" i persistió en esta negativa, a pesar de la insistencia con que el Presidente de la República i el Ministro del Culto trataron de vencer sus escrúpulos.

En el ejercicio de su ministerio el señor Valdivieso adquirió gradualmente toda la preparacion requerida para las funciones episcopales i en 1845, cuando hubo que proponer candidatos para el Arzobispado de Santiago, vacante por fallecimiento del señor Vicuña i por la no aceptacion de don José Alejo Eyzaguirre, su nombre ocupó el primer lugar en la terna formada por el Consejo de Estado. El señor Valdivieso trató de resistir; pero el Gobierno i el clero unieron sus efuerzos para hacerle comprender que las necesidades de la Iglesia le obligaban a aceptar el cargo i él hubo de someterse al cumplimiento de este deber.

El señor Valdivieso tomó posesion de la autoridad eclesiástica el mismo año 1845; pero su consagracion como Arzobispo no se verificó sino tres años despues con las solemnidades especiales que la Iglesia determina para estos casos. Durante mas de treinta años el señor Valdivieso ocupó la silla Arzobispal. Su conducta en el desempeño de tan delicadas funcio-

nes correspondió por completo a las esperanzas que en él habian puesto los fieles. La mas constante de sus preocupaciones fué mantener la disciplina eclesiástica con severidad a fin de que los sacerdotes se distinguiesen por sus virtudes i mereciesen el respeto público. Para esto prestó atencion preferente al Seminario de Santiago, cuyo rectorado confió a don Joaquin Larrain Gandarillas, el primero de sus discípulos; él mismo predicó con el ejemplo praticando la caridad, viviendo con modestia i aceptando las mortificaciones con resignacion.

La caridad del Arzobispo Valdivieso era practicada en silencio, como manda el Evanjelio, no para recibir aplausos i agradecimientos, sino para dar alivio a los necesitados. Nadie sabia cuanto dinero empleaba en limosnas a los pobres i los hospitales; pero todos podian ver que gastaba mui poco en su persona i en su casa, porque se vestia con pobreza, se alimentaba frugalmente i usaba muebles mui ordinarios. Su dormitorio fué siempre un aposento cuyas paredes estaban blanqueadas con cal, que no tenia alfombra, ni objeto alguno de comodidad i que mas parecia la habitacion de un humilde artesano que la de un Arzobispo. La sala de recibo estaba en armonia con la modestia del dormitorio. En cierta ocasion, estando él ausen-

te, uno de sus deudos arregló esta sala, a costa suya, con muebles mas decentes. El señor Valdivieso se disgustó en estremo cuando vió el cambio i se le oyó repetir que aquello era un mal ejemplo, porque los fieles dirian que él gastaba en lujo un dinero que debia ser mejor empleado.

Se ve, pues, que el Arzobispo Valdivieso vivia con poco dinero i que su renta era mui superior a sus gastos; sin embargo, murió sin dejar bienes de importancia, porque lo que economizaba limitando sus propias necesidades, lo empleaba cristianamente en atender a las necesidades ajenas.

En tiempo en que no habia ferrocarriles, ni buenos caminos, el Arzobispo Valdivieso recorria a caballo la Arquidiócesis para visitar las parroquias, observar la conducta de los curas i administrar los sacramentos a los fieles que estaban privados de ellos. Los sacerdotes jóvenes i robustos que le acompañaban solian rendirse a las fatigas de tan duro viaje; pero el Arzobispo, que debia estar mas fatigado que ellos, léjos de detenerse, seguia adelante sin quejarse i se mostraba igualmente satisfecho alojándose en las casas de una hacienda o en un miserable rancho del camino.

El señor Valdivieso tenia, como todos los hombres, sus defectos i debilidades. El mayor

mérito de su vida fué dominarse a si mismo para correjir aquellos defectos i adquirir las virtudes propias del carácter sacerdotal. Es oportuno referir a este propósito una escena ocurrida poco ántes que el señor Valdivieso fuese Arzobispo. Para arreglar cierta dificultad personal fué con otro sacerdote, amigo suyo, a la casa de un caballero, con el cual sostuvo larga i acalorada discusion. Con un movimiento nervioso el señor Valdivieso hizo caer al suelo un tintero que había sobre la mesa. El dueño de casa, que ya estaba mui irritado, se enfureció al ver su alfombra manchada con tinta i dirijió palabras mui duras al señor Valdivieso. Este, dominando la ira que fermentaba en su pecho, estuvo un momento silencioso; en seguida se puso de rodillas, limpió la alfombra con su manteo, dió escusas a su ofensor i se retiró sin insistir en el arreglo que habia ido a buscar. Este incidente retrata al Arzobispo Valdivieso con entera fidelidad, porque le presenta venciendo un defecto de su carácter i sacrificando su amor propio, para conducirse segun el precepto que ordena al discípulo de Cristo presentar la mejilla izquierda a quien le haya golpeado la derecha.

El Arzobispo Valdivieso era venerado por el clero i por los fieles como un modelo de virtudes. Su muerte, ocurrida en Santiago el año

1878, fué llorada con lágrimas tan ardientes como las que un hijo derrama sobre la tumba de su padre. Hoi mismo, despues que han pasado tantos años, los sacerdotes que trataron al Arzobispo i que recibieron sus enseñanzas, se sienten conmovidos al recordar su irreparable pérdida.

8.—Dificultades i peligros.

CUANDO fué necesario elejir nuevo Presidente en reemplazo de don Federico Errázuriz, se presentaron tres candidatos:

Don Benjamin Vicuña Mackenna, historiador distinguido, ciudadano meritorio que habia servido dignamente a la República en diversos cargos públicos;

Don Miguel Luis Amunátegui, antiguo profesor del Instituto Nacional, escritor notable, que fué Ministro del Interior en la administracion del Presidente Perez; i

Don Aníbal Pinto, que acababa de ser Ministro de la Guerra del Presidente Errázuriz i se distinguia por condiciones de carácter i de intelijencia mui semejantes a las de su padre, el Jeneral don Francisco A. Pinto.

La eleccion favoreció a don Anibal Pinto, que se hizo cargo de la Presidencia el 18 de setiembre de 1876 i la ejerció hasta el 18 de setiem-

bre de 1881. El Presidente Pinto, hombre estudioso, de carácter reposado, amigo de la paz i del trabajo, parecia elejido especialmente para gobernar la República en completa tranquilidad; por desgracia en aquel tiempo surjieron grandes dificultades económicas i gravísimas complicaciones internacionales que, poniendo en peligro los progresos alcanzados en los años anteriores, abrumaron al Presidente con una responsabilidad superior a la que ha pesado sobre los demas gobernantes chilenos.

Las dificultades económicas fueron motivadas por la decadencia de las minas de plata i de cobre, que daban la mayor parte de los productos de esportacion. A fin de completar el pago en el estranjero de las mercaderias traidas a Chile, los comerciantes tuvieron que esportar el oro i la plata acuñada hasta que el pais se encontró sin monedas para hacer los negocios diarios. Esta escasez de moneda, signo de empobrecimiento nacional, se hizo mas grave aun porque las rentas fiscales, disminuidas a causa de la crísis, no bastaron para cubrir los gastos ordinarios de la administracion pública. El Presidente i el Congreso se vieron entónces en la penosa necesidad de declarar inconvertibles los billetes de los Bancos, eximiendo a estos establecimientos, por el plazo de un año, de la obligacion

de pagarlos a la vista en moneda metálica. Este fué el oríjen del papel moneda, que poco despues se estableció a firme por medio de las emisiones de billetes que hizo el Gobierno para atender a los gastos de la guerra con el Perú i Bolivia.

Las complicaciones internacionales pusieron en peligro la paz con la República Arjentina por causa de la cuestion de límites; afortunadamente en los dos paises hubo ciudadanos bien intencionados que se ocuparon en calmar las pasiones populares i consiguieron restablecer el predominio de los sentimientos pacíficos. Apénas calmada esa tormenta, se produjo en las relaciones con Bolivia un conflicto que hizo inevitable la guerra en 1879.

9.—Guerra del Pacífico.

LOS Gobiernos de Chile i Bolivia se disputaron durante largos años el dominio de una parte de los territorios comprendidos entre el mar i la cordillera al norte de la provincia de Atacama. En 1866 se celebró un tratado de límites a fin de poner término a esas diferencias; ocho años mas tarde, un segundo tratado reformó i perfeccionó lo convenido en aquel pacto. Apesar de ello, subsistió la aspereza de relaciones entre los dos Gobiernos, porque el de Chile

tuvo que hacer frecuentes reclamos en amparo de los derechos e intereses de sus nacionales avecindados en el litoral boliviano.

Uno de estos reclamos, desatendido por Bolivia, dió lugar a que Chile declarase nulos en 1879 los tratados de límites i ocupase militarmente el puerto de Antofagasta. El Gobierno del Perú, presentándose como amigo de Chile i Bolivia, ofreció su mediacion para evitar la guerra i mandó al efecto un Enviado especial a Santiago. Por ese tiempo se descubrió que desde 1873 existia una alianza secreta entre el Perú i Bolivia; el gobierno de Chile, al saber esto, consideró a los aliados como enemigos i les declaró la guerra el 5 de abril de 1879.

El Perú creia que su escuadra era mucho mas fuerte que la de Chile. Por su parte, Bolivia pensaba que su ejército era mas numeroso i aguerrido que el chileno. Esta confianza de los enemigos en la superioridad de sus elementos militares se fundaba en los hábitos de cada pueblo. Chile habia vivido en paz, salvo las breves revoluciones de 1851 i 1859, desde la gloriosa campaña del Jeneral Búlnes en 1839; en cambio, el Perú i Bolivia habian vivido sobre las armas en perpétuas guerras civiles. Peruanos i bolivianos tenian el orgullo de estimarse como pueblos belicosos i miraban en ménos al

pacífico pueblo chileno que, segun ellos, era fuerte para el trabajo, no para la guerra.

Apénas rotas las hostilidades, el Gobierno de Chile ordenó a la escuadra que estableciese el bloqueo del puerto peruano de Iquique; al mismo tiempo procedió con actividad a organizar en Antofagasta un ejército espedicionario, mandando a ese puerto los batallones que rapidamente se formaban en todas las provincias. Desde aquel momento pudo observarse que la prolongada paz no habia enervado el carácter chileno i que el pueblo aceptaba la guerra determinado a hacer cuanto sacrificio fuese necesario para asegurar el triunfo.

10.—Combate naval de Iquique

EL Almirante Williams Rebolledo, Jefe de la escuadra chilena, suspendió en mayo el bloqueo de Iquique e hizo rumbo al norte con el objeto de provocar a las naves peruanas que estaban completando su armamento al abrigo de las fortalezas del Callao. En Iquique solo quedaron por inútiles dos viejos barcos: la *Esmeralda* i la *Covadonga*. Justamente en los mismos dias salieron del Callao con rumbo al sur los blindados peruanos *Huáscar* e *Independencia*. Quiso la suerte que en el ancho mar las

naves enemigas se cruzaran sin divisarse. Así el Almirante chileno tuvo en el Callao la sorpresa de no encontrar al adversario que buscaba i su ánimo se llenó de inquietud al pensar en el peligro que corrian los débiles barcos dejados en Iquique. Los blindados peruanos arribaron entre tanto a Arica i sabiendo allí que en el vecino puerto podian hacer fácil presa, marcharon a Iquique sin tardanza.

En la madrugada del 21 de mayo la *Esmeralda* i la *Covadonga* divisaron dos vapores que avanzaban en direccion al puerto; pronto reconocieron en ellos al *Huascar* i la *Independencia*. El Capitan Prat, de la *Esmeralda*, se puso al habla con el Capitan Condell, de la *Covadonga*, le dió breves instrucciones para el combate i términó diciéndole: *Cada uno a cumplir con su deber*. A las ocho de la mañana el *Huáscar* hizo fuego sobre la *Covadonga* i la *Independencia*, sobre la *Esmeralda*. Poco despues el *Huáscar* gobernó sobre la *Esmeralda*, dejando pasar por su proa a la *Independencia*, que se dirijió rectamente sobre la *Covadonga* para atacarla con su espolon. La goleta habia sido atravesada de parte a parte por una bala de a 300 del *Huascar*; pudo, sin embargo, mantenerse a flote i se puso en movimiento, pegada a la costa, con rumbo al sur perseguida de cerca por la *Independencia*.

Entre tanto el *Huáscar* dirijia sus fuegos sobre la *Esmeralda* que por el mal estado de sus máquinas no podia moverse. El Capitan Prat, ántes de contestar los fuegos del enemigo, dijo a sus marineros con voz solemne:

Muchachos! la contienda es desigual. Hasta hoi la bandera de Chile nunca ha sido arriada ante el enemigo; espero que no sea esta la ocasion de hacerlo. Mientras yo viva, esa bandera estará en su lugar; si yo muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber!

Viva Chile! viva Chile! gritaron con entusiasmo los marineros, que hacia rato ocupaban sus puestos de combate, i momentos despues rompieron los fuegos contra el *Huascar*. El monitor peruano, protejido por gruesas planchas de acero, estaba libre de todo daño; los proyectiles chocaban contra él sin herirle i se perdian en las aguas. En cambio la corbeta chilena era atravesada de parte a parte por las balas i granadas que lanzaba la poderosa artilleria enemiga. La sangre corria en abundancia por su cubierta, los muertos i heridos aumentaban sin cesar, los trozos del casco i de los mástiles despedazados saltaban en opuestas direcciones i, mientras mayor era el destrozo i mas grande el peligro, mas firme se mostraba el ánimo de sus tripulantes para prolongar la lucha hasta que no quedara a bordo un hombre con vida.

Eran las once de la mañana, el desigual combate duraba ya tres largas horas, cuando el Capitan Grau, impaciente por concluir, ordenó dar toda fuerza a la máquina para echar a pique a la *Esmeralda* con el espolon. La nave chilena, cuya máquina se habia inutilizado, no pudo evitar el golpe. El *Huascar* chocó violentamente contra ella, hizo una enorme abertura en su casco i allí mismo, con inútil crueldad, disparó sobre ella los grandes cañones de su torre de combate.

En aquel supremo trance de sufrimiento i heroismo el Capitan Prat saltó, espada en mano, sobre la cubierta del *Huascar* llamando a su jente al abordaje. Solo el sarjento Aldea pudo seguir a Prat; los demas tripulantes de la *Esmeralda* no alcanzaron a cumplir aquella voz de mando, porque el *Huascar* se retiró rapidamente. El Capitan Prat i el sarjento Aldea, solos sobre la cubierta del *Huascar*, fueron contemplados con admiracion por sus compañeros de la *Esmeralda*, que desde léjos les vieron avanzar hacia la torre blindada del monitor i caer fusilados por los defensores de ésta. Prat i Aldea sellaron con el mas sublime sacrificio el juramento hecho ante la bandera de la patria al principiar el combate.

El teniente Luis Uribe, condiscípulo de Prat i su amigo de la infancia, tomó el mando de la

Esmeralda por razon de antigüedad. La corbeta destrozada comenzaba a hundirse; prolongar la resistencia en tales condiciones equivalia a condenarse a perder la vida; pero sus tripulantes, fortalecidos por el ejemplo que acababa de darles el Capitan Prat, miraban la muerte, no como un peligro, sino como una honra i un deber. A las once i media el *Huáscar* dió un segundo espolonazo a la *Esmeralda*. En esta ocasion el teniente Ignacio Serrano i doce marineros repitieron la hazaña de Prat i como él murieron sobre la cubierta del *Huáscar*, fusilados a mansalva por los enemigos.

Desesperado con resistencia tan tenaz, el Capitan Grau dió un tercer golpe de espolon a la *Esmeralda* i la gloriosa nave se hundió en el mar, a la hora del meridiano, con la bandera de Chile izada al pico de mesana. El guardiamarina Ernesto Riquelme, que disparó el último cañon, pereció ahogado junto con muchos de los marineros; su nombre lo conservará la historia patria como emblema de serenidad en el sacrificio.

Miéntras en la rada de Iquique la *Esmeralda* se batia con tanto heroismo, la *Covadonga* navegaba con rumbo al sur. Este pequeño barco,

capturado a los españoles en 1866, andaba cinco millas en cada hora i no tenia mas defensa que dos cañones. En su persecucion iba la fragata blindada *Independencia*, con andar de doce millas por hora i armada con dieziocho cañones de grueso calibre. Los peruanos estaban ciertos de apresar a la goleta chilena i de antemano celebraban el triunfo; pero el Capitan Condell i sus oficiales habian jurado, como sus compañeros de la *Esmeralda*, aceptar la muerte antes que rendir la bandera i no habia poder humano capaz de apartarles de esta determinacion.

La *Independencia*, merced a su mayor velocidad, reducia por momentos la distancia que la separaba de la *Covadonga* i hacia fuego sobre esta con sus cañones de proa. El Capitan Condell no podia hacer uso de la artilleria de su buque porque, para ello, habria tenido que disminuir la marcha. Por otra parte, el blindado peruano era invulnerable a los cañones de la *Covadonga*. Como único medio de defensa algunos marineros de la nave chilena, trepados sobre los mástiles, disparaban con sus rifles sobre los artilleros que manejaban los cañones de la *Independencia* i les obligaban, con sus certeras punterias, a interrumpir el fuego.

Viendo los peruanos que la lucha se prolongaba demasiado, resolvieron dar alcance a la

Covadonga para despedazarla a golpes de espolon. El Capitan Condell evitó el choque con una maniobra oportuna i se acercó a la playa cuanto fué posible, a fin de aprovechar la ventaja que le daba el poco calado de la goleta. El Comandante peruano, cegado por la impaciencia, siguió el mismo rumbo sin fijarse en que allí no habia bastante fondo para su fragata. Navegaba la *Independencia* a toda fuerza de máquina i faltaban ápénas unos minutos para que diese alcance a la *Covadonga*, cuando chocó con una roca submarina i se tumbó de costado. Esto sucedia a la una del dia i el combate habia principiado a las ocho de la mañana. El Capitan Condell volvió atras e hizo fuego sobre la *Independencia* para obligarla a rendirse; pero a esa hora apareció en el horizonte el *Huáscar*, que venia de Iquique despues del hundimiento de la *Esmeralda*. El Capitan Condell volvió a poner proa al sur; al dia siguiente llegó a Antofagasta con su buque tan lleno de averias que estaba en peligro de naufragar.

El combate naval de Iquique tuvo una importancia decisiva en la guerra del Pacífico. La pericia, el valor i el patriotismo de los marinos de Chile quedaron consagrados por sacrificios tan heroicos, que todos los ciudadados se sintieron obligados a ser dignos de esa gloria. Los nom-

bres de Prat i Condell, de Serrano i Aldea fueron, durante todas las operaciones militares, los estímulos mas eficaces para que cada soldado i cada marino entrase siempre en combate con la resolucion de sacrificar la vida para no rendir la bandera de la patria.

11.—Prat i Grau.

EL cadáver del Capitan Prat permaneció sobre la cubierta del *Huascar* hasta la terminacion del combate. A su lado estaban los cadáveres del sarjento Aldea, del teniente Serrano i de los marineros que acompañaron a éste en el abordaje. Luego que se hundió la *Esmeralda*, el Capitan Grau dió órden de mandar a tierra aquellos sangrientos despojos. Al cumplir esta órden se notó que el capitan Prat tenia en el bolsillo de su casaca una cartera con los retratos de su esposa i de sus pequeños hijos.

Arturo Prat fué valiente como ninguno; de ello dió prueba haciéndose matar por la honra i gloria de la República. Tambien fué amante, como ninguno, de su familia; jamas apartó de su corazon el recuerdo de la madre, la esposa i los hijos que la formaban. En el momento de abordar la nave enemiga llevaba en la mano derecha la espada que la patria le habia dado para

su defensa i en el pecho llevaba los retratos de los seres queridos a quienes no volveria a ver. El pensamiento de que iba a dejar a su esposa en la viudez i a sus hijos en la horfandad debió hacerle sentir amarga pesadumbre; pero esto no perturbó la serenidad de su ánimo, ni hizo flaquear la firmeza de su voluntad. Su alma, inflamada en santo amor a la patria, se desligó con viril esfuerzo de los tiernos lazos que la ataban a la vida terrenal i se elevó por el sacrificio a la inmortalidad gloriosa de los héroes.

El Capitan Grau guardó con respeto la cartera i la espada de Prat; algunos dias mas tarde envió estos objetos a la viuda del héroe con una carta en la cual hacia cumplido elojio de su valor. El Capitan Grau mereció por este acto de hidalguia el aprecio de los chilenos. Cuatro meses i medio despues el *Huascar* fué vencido i su jefe murió, como cumple a un valiente, en el puesto que el deber le señalaba. El Gobierno de Chile ordenó entónces que los restos de Grau fuesen sepultados en Mejillones con los honores propios de su rango militar. Con estos hechos se enseña a los pueblos que, aun en medio de los horrores de la guerra, la humanidad ordena respetar al enemigo vencido i honrar sus virtudes.

12.—Recuerdos de Prat.

LA corta vida de Prat está llena de nobles ejemplos para la juventud. Desde su infancia tuvo relijioso respeto por el deber i mostró una voluntad inflexible para cumplirlo. Como estudiante i como marino, como hijo, como esposo, i como padre fué un modelo sin tacha. Imitando al virtuoso Franklin, él deseaba correjir sus defectos i enmendar sus faltas en cuanto lo permitiera la humana imperfeccion; para esto examinaba todas las noches su conciencia anotando los actos i pensamientos que le parecian dignos de reproche. Esta severidad para su propia conducta no escluia, sin embargo, la induljencia i la tolerancia para la debilidades ajenas; al verle en su trato diario con los compañeros de estudio i de profesion, nadie habria sospechado, si no le conocia a fondo, que tuviera una conciencia tan escrupulosa, porque jamas se hizo el censor indiscreto de los demas.

La severidad de Prat en la disciplina militar llegaba hasta la exajeracion. Mientras fué cadete de la Escuela Naval i oficial subalterno, supo practicar con dignidad el difícil deber de la obediencia; cuando, por lejítimo ascenso en su

carrera, llegó a ser jefe, supo tambien practicar con justicia los delicados deberes del mando.

En 1873, siendo segundo comandante de la *Esmeralda*, Prat tuvo que castigar con quince dias de arresto a un guardia marina por falta de respeto al teniente encargado de instruirle. A los ocho dias el guardia marina solicitó de Prat que le disminuyese la pena en mérito de su arrepentimiento. "Es bueno, le contestó Prat, que usted se arrepienta de su falta; pero no es justo que pida la disminucion de la pena. Toda falta merece castigo; yo me avergonzaria de pedir que no me castigasen despues de haber confesado mi culpa. Por tanto, en vez de perdonar a usted los siete dias que faltan para cumplir su arresto, le impongo otros siete dias. Espero que esta leccion le sirva para ser un buen oficial."

En mayo de 1875 hubo en Valparaiso un temporal tan récio como repentino. A medio dia sopló con violencia el viento norte, se levantaron inmensas olas i todos los buques surtos en el puerto se vieron en peligro. Algunos de estos buques cortaron sus amarras quedando a merced de las olas i del viento. Arrastrados por la fuerza del temporal, iban ya para un lado,

ya para otro i chocaban con los demas buques causando i recibiendo grandes averias.

Entre estos buques se encontraba la corbeta *Esmeralda*. Su pérdida parecia inevitable. Miles de personas la contemplaban desde tierra con sus corazones angustiados. ¿Quién seria capaz de salvarla? Quién podria dar ausilio a sus desgraciados tripulantes? Entre los espectadores habia algunos que tenian a su hijo, su esposo o su hermano en la gloriosa nave. ¡Cuánto dolor sentian viendo a sus deudos al borde de la tumba!

Arturo Prat era segundo Comandante de la *Esmeralda*. Tambien era profesor en la Escuela Naval. En la mañana el tiempo estaba tranquilo i Prat desembarcó para hacer su clase. Cuando principió el viento abandonó presuroso la Escuela para volver a bordo. Pero el temporal adquiria por momentos mayor fuerza i parecia imposible embarcarse. Nadie creia que una chalupa pudiera mantenerse a flote sobre aquel mar embravecido. Sin embargo, el deber llamaba a bordo al segundo Comandante de la *Esmeralda* i este se manifestó resuelto a perder la vida ántes que permanecer léjos del peligro.

Cuatro bogadores animosos, admirando el valor de Prat, se ofrecieron a acompañarle. Despues de muchas dificultades se embarcaron

con él en una chalupa. La multitud, apiñada en la playa, siguió con emocion los detalles de esa heroica escena. Las olas avanzaban amenazantes como si fueran montañas en movimiento. La débil embarcacion se sumerjia a veces hasta desaparecer de la vista i entónces los corazones de los espectadores se oprimian de afliccion. Segundos despues se escuchaban esclamaciones de confianza al ver que la chalupa reaparecia flotando sobre la cresta de otra ola. Aquel espectáculo conmovedor se prolongó durante mas de media hora. Por fin la chalupa llegó al costado de la *Esmeralda* i Prat pudo ocupar el puesto que le señalaba su deber.

Igual conducta observó el capitan don Luis Lynch primer Comandante de la *Esmeralda*, que tambien estaba en tierra por asuntos del servicio. El pueblo de Valparaiso fué testigo de su valor en aquella solemne circunstancia i tuvo para él iguales aplausos que para Arturo Prat. La *Esmeralda*, diestramente gobernada por sus jefes, se varó en la playa en vez de sumerjirse en el fondo del mar. Sus tripulantes fueron así salvados de una muerte segura; poco despues el buque fué puesto a flote i pudo seguir sirviendo hasta la heroica hazaña del 21 de Mayo.

13.—Captura del Huascar.

DON Miguel Grau, ascendido a Contra Almirante despues del combate de Iquique, era un marino esperto, valeroso i prudente. Viéndose débil en el *Huascar* para librar combate con el *Blanco Encalada* i con el *Cochranne*, adoptó como regla de conducta evitar todo encuentro con ellos i hacer frecuentes correrias por la costa norte de Chile. Con esta táctica se proponia inutilizar las fuerzas navales de Chile e impedir al propio tiempo que las fuerzas de tierra, acantonadas en Antofagasta, se embarcaran para espedicionar en el Perú. El resultado correspondió a los propósitos del Almirante Grau: durante cinco meses el *Huascar* recorrió impunemente la costa chilena, hizo frecuentes ataques a los puertos de Tocopilla, Antofagasta, Taltal i Caldera, apresó el trasporte *Rimac* que conducia tropas de Valparaiso a Antofagasta i paralizó por completo las operaciones de la guerra. Esta situacion produjo en Chile grande alarma i profundo disgusto contra el Gobierno, que al fin se decidió a cambiar los jefes superiores de la Escuadra i adoptar un plan de operaciones navales para impedir las correrias del *Huascar*. El Gapitan de navio don Galvari-

no Riveros fué honrado con el nombramiento de Comandante en Jefe de la Escuadra.

En octubre de 1879 el *Huascar*, que habia navegado con rumbo al sur hasta la altura del puerto de Coquimbo, regresaba al norte, mui próximo a la costa, en busca de algun trasporte chileno. El *Cochranne* estaba cruzando frente a la punta de Angamos; su andar habia mejorado porque sus máquinas acababan de ser limpiadas en Valparaiso. El *Blanco Encalada* cruzaba mas al sur, frente a Antofagasta. El 8 de octubre, a las tres i media de la mañana, los tripulantes del *Blanco Encalada* divisaron las luces del *Huascar* que venia del sur. El Almirante Grau divisó tambien las luces al blindado chileno; pero no se inquietó por esto, sabiendo que el *Huascar* tenia la ventaja en el andar. En consecuencia siguió tranquilamente su camino, pegado a la costa i observando con desden al *Blanco Encalada*, que hizo rumbo al norte para cortarle la retirada por el sur i el oeste.

Los dos barcos navegaron de este modo cerca de cuatro horas. La distancia entre ellos habia aumentado visiblemente; por tanto, el Almirante Grau tenia plena confianza en que no corria peligro alguno. Despues de las siete de la mañana el oficial de guardia del *Huascar* dió parte de que se divisaban humos por el noroeste. El Al-

mirante Grau, observando con su anteojo, comprendió que la situacion era mui difícil, porque el *Cochranne* venia a cerrarle el paso al norte. Su primer pensamiento fué esquivar el combate poniéndose en retirada; mas, ya no era tiempo de hacerlo, pues si el *Cochranne* le impedia continuar el camino que llevaba, el *Blanco Encalada* le impedia escaparse por otros rumbos.

El *Huascar* se aprestó entónces para entrar en combate con el *Cochranne* antes que el otro blindado chileno estuviese a distancia de tiro. El *Cochranne* era mandado por el Capitan don Juan José Latorre, jefe mui acreditado por su pericia i su valor. A las 9.20 de la mañana, cuando la distancia entre los dos buques era de 3,000 metros, el Almirante Grau mandó disparar sobre su enemigo los grandes cañones del *Huascar*. El Capitan Latorre no contestó el fuego: tranquilo en el puente de combate, desafiando con bravura el peligro, avanzó a toda fuerza de máquina hasta colocarse a 2,000 metros del *Huascar* i solo entónces mandó disparar la gruesa artilleria del blindado. Dos balas chocaron contra el *Huascar* i le hicieron averias de consideracion. El *Cochranne* acortó mas aun la distancia i por segunda vez hizo fuego con igual acierto. Una bala partió en mil pedazos la torre blindada del Comandante del *Huascar*. El

Almirante Grau, que estaba allí dirijiendo la maniobra, fué completamente destrozado: al recojer los cadáveres, despues del combate, solo pudo encontrarse el pié derecho i un trozo de pierna del ilustre marino.

Grau fué reemplazado sucesivamente en el mando por el segundo i el tercer Jefe del *Huáscar*. El Capitan Latorre dirijìa el ataque con tanta enerjia que no daba al enemigo ni un momento de reposo. Las balas del *Cochranne* herian al *Huáscar* sin cesar, perforaban su casco, destruian su artilleria i diezmaban su tripulacion. El *Blanco Encalada* llegó tambien a tomar parte en el combate poco despues de las diez. En tal situacion no quedaba al monitor mas recurso que hundirse heróicamente como la *Esmeralda* o arriar su bandera. Hizo esto último, minutos ántes de las once de la mañana, despues de una hora i cuarenta minutos de valerosa resistencia.

El *Huáscar*, tripulado por Jefes, oficiales i marineros de los blindados chilenos, navegó con rumbo a Valparaiso, de donde volvió a zarpar, en los primero dias de 1880 para tomar parte en las operaciones contra las fortalezas de Arica i del Callao.

14.—Victorias del Ejército de Chile.

EL ejército chileno estaba acantonado en Antofagasta aguardando, para dirijirse al Perú, a que el *Huascar* fuera capturado o destruido por la escuadra. De consiguiente, al otro dia del combate de Angamos se iniciaron los preparativos de la campaña i en el mes de noviembre la provincia peruana de Tarapacá estaba ocupada totalmente por las fuerzas de Chile, victoriosas en el puerto de Pisagua el dia 2 i en la batalla de Dolores el 19.

Las tropas enemigas derrotadas en Tarapacá se retiraron a Tacna donde se estableció el cuartel jeneral bajo las órdenes del Jeneral Campero, Presidente de Bolivia. El ejército chileno, reorganizado en Iquique i Pisagua, se trasladó por mar al puerto de Ilo a fines de febrero de 1880 i en mayo avanzó a las órdenes del Jeneral don Manuel Baquedano sobre el campamento de los aliados. La batalla tuvo lugar el 26 de mayo en la vecindad de Tacna. Los peruanos i bolivianos estaban en su propio pais i ocupaban un campo bien atrincherado para la defensa; los chilenos, que habian hecho un largo viaje por mar i tierra llevando penosamente los víveres, armas i municiones, tenian que batirse a pecho descubierto, sin dar descanso a sus cuerpos fatigados,

Apesar de tantas desventajas, el ejército de Chile obtuvo un triunfo completo: se apoderó del campo enemigo, ocupó la ciudad de Tacna i en los primeros dias del mes siguiente, el 7 de junio, tomó por asalto la plaza fortificada de Arica, último refujio de los peruanos.

En esta campaña tan afortunada se distinguieron dos ciudadanos que, no siendo militares de profesion, prestaron los mas valiosos servicios en la organizacion i direccion del ejército. Estos ciudadanos fueron don Rafael Sotomayor i don José Francisco Vergara.

El señor Sotomayor era Ministro de la Guerra i marchaba con el ejército para atender oportunamente a todas las dificultades que pudieran presentarse. Las fatigas i penalidades de la vida militar en territorio enemigo gastaron la salud del señor Sotomayor, que falleció repentinamente el 20 de mayo en el campamento chileno. El no tuvo la satisfaccion de presenciar las victorias de Tacna i Arica; pero el ejército i el pueblo de Chile asociaron su nombre a la gloria de aquellas jornadas, rindiendo así un merecido homenaje a su memoria.

El señor Vergara estaba prestando sus servicios como voluntario desde los primeros dias de la guerra. En la campaña de Tarapacá tuvo a su cargo la delicada comision de esplorar el

territorio enemigo i se batió brillantemente, al mando de una compañia de cazadores a caballo, contra un escuadron de caballeria peruana. En la campaña de Tacna el señor Vergara, con el grado de Coronel de guardias nacionales, fué Comandante de la caballeria chilena, practicó prolijos reconocimientos para preparar el avance del ejército i sostuvo tambien un combate, al frente de 500 soldados de cazadores i granaderos, contra una avanzada peruana, mandada por el Coronel Albarracin, en las inmediaciones del campamento enemigo. En mérito de estos servicios el señor Vergara fué llamado al Ministerio de la Guerra en reemplazo del señor Sotomayor.

15.—Ocupacion de Lima.

DESPUES de la derrota de Tacna los soldados bolivianos se retiraron a su patria i no volvieron a ejecutar acto alguno de hostilidad contra Chile. Los peruanos, por su parte, se ocuparon activamente en organizar nuevos ejércitos i manifestaron la resolucion de combatir sin tregua mientras no se agotasen sus medios de defensa. Esto obligó al Gobierno de Chile a preparar una formidable espedicion contra la capital peruana.

En noviembre de 1880 se dió principio a la movilizacion de las fuerzas chilenas para realizar la tercera i final campaña de esta guerra. En Tacna i Arica habia un ejército de 25,000 hombres dividido en tres cuerpos i mandado en Jefe por el Jeneral Baquedano. El trasporte marítimo de esta tropa, con las armas, los víveres, las ambulancias, los caballos i cuanto era necesario para la atrevida empresa, exijia un trabajo colosal i una perfecta organizacion, así del ejército i de la escuadra, como de todos los servicios administrativos de la República. Llegado el momento de iniciar la campaña, se vió que nada faltaba, porque las autoridades civiles habian preparado, con espíritu previsor i con perseverante esfuerzo, hasta el último detalle de la espedicion. En esa oportunidad se puso en evidencia que la paz interna de que Chile habia gozado durante largos años, le daba una ventaja considerable sobre sus enemigos, puesto que merced a ella tenia un Gobierno constituido con solidez i capaz de dirijir metódicamente las operaciones bélicas.

Los peruanos, exasperados con sus derrotas i comprendiendo que en la nueva campaña iba a jugarse el porvenir de su patria, se consagraron con infatigable afan a preparar la defensa de Lima. Ejercia el gobierno de esa República con el carácter de Dictador, don Nicolas de Piérola,

hombre de estraordinaria enerjia, que se creia llamado a salvar al Perú del último desastre i rehabilitarle ante la América. En verdad el Dictador Piérola hizo cuanto era humanamente posible para resistir al ejército invasor: puso sobre las armas 26,000 soldados de línea i 18,000 de reserva; adquirió armamento i municiones en abundancia para una lucha prolongada; construyó dos estensas líneas de fortificaciones i las dotó de poderosa artilleria. La magnitud de estas obras de defensa inspiraba a los peruanos tan absoluta confianza en la victoria que les parecia imposible que los chilenos tuviesen siquiera la osadia de intentar un ataque contra Lima. "Ese pueblo está loco," esclamaba Piérola en una proclama, al anunciar que Chile iba a provocar una batalla en tales condiciones.

Entre tanto el ejército chileno, conducido con toda felicidad por una gran flota de trasportes i barcos de guerra, desembarcaba al sur del Callao el 21 de diciembre de 1880 i al amanecer del 13 de enero de 1881 atacaba de frente al ejército peruano atrincherado en su primera línea de fortificaciones. Allí, como en Tacna, los soldados de Chile pudieron mas con su valor que los enemigos con sus trincheras, i a las doce del dia ya habian alcanzado una espléndida victoria. Los jefes i oficiales rivalizaron en arrojo

con los simples soldados. Obedeciendo a los impulsos de su ardiente patriotismo, unos i otros desafiaron el peligro i avanzaron, dejando el campo sembrado de muertos i heridos, hasta colocar la bandera de Chile en las mismas fortalezas donde flameaba horas antes el estandarte del Perú. En esta batalla, conocida con el nombre de Chorrillos, el ejército chileno tuvo 800 muertos i mas de 2,500 heridos; el peruano, 5,000 muertos, mas de 4,000 heridos i 2,000 prisioneros.

Al dia siguiente de la batalla hubo negociaciones de paz promovidas por los representantes de las naciones neutrales; pero el resultado de ellas fué nulo i el 15 de enero, a las dos de la tarde, se rompieron nuevamente los fuegos entre los dos ejércitos enemigos. Despues de cuatro horas de lucha, el ejército chileno se apoderó de la segunda linea de fortificaciones. Piérola huyó precipitadamente al interior del pais con un pequeño número de Jefes i oficiales; su ejército, diezmado en las dos batallas, se dispersó por completo. En esta segunda accion, llamada de Miraflores, el ejército chileno tuvo 500 muertos i 1,625 heridos; el peruano, no menos de 3,000 entre muertos i heridos.

La capital del Perú quedó a merced del victorioso ejército de Chile. El 17 de enero una di-

vision de 4,000 hombres de las tres armas, a las órdenes del Jeneral don Cornelio Saavedra, entró en la ciudad i restableció el órden perturbado por las tropas peruanas fujitivas i por el populacho, que se ocupaba en saquear las casas particulares i los establecimientos comerciales. La guerra estaba terminada, i los vencedores, tan temidos durante las batallas, pasaron a ser los guardianes de la vida i las propiedades de los habitantes de Lima, así peruanos como estranjeros.

Dos meses mas tarde el Jeneral Baquedano regresó a Chile con una parte del ejército. En Valparaiso i Santiago fué recibido con grandes fiestas i aclamado como salvador de la patria. El Ministro de la Guerra, señor Vergara, permaneció en Lima algun tiempo mas, en la esperanza de que se constituyese un Gobierno para negociar la paz. Pero los repetidos desastres habian aniquilado de tal modo al Perú que no hubo ningun ciudadano capaz de iniciar en aquel momento la difícil tarea de su reorganizacion política i administrativa. El Gobierno chileno se vió forzado por esta causa a prolongar indefinidamente la ocupacion de Lima. El ejército de ocupacion fué puesto a las órdenes de don Patricio Lynch, ascendido a Contra Almirante en premio de sus distinguidos servicios.

El Almirante Lynch, que en las batallas habia mostrado un valor a toda prueba, adquirió justa nombradia por la prudencia con que administró el territorio peruano sometido a su autoridad. Supo mantener la mas severa disciplina en el ejército de su mando i procuró causar los menores daños a los habitantes pacíficos del pais enemigo, consiguiendo de este modo suavizar los males de la guerra sin debilitar la autoridad de que estaba investido. El Almirante Lynch permaneció en Lima hasta abril de 1884, fecha en que se ratificó el tratado de paz entre Chile i el Perú.

16.—El Presidente Pinto

LA escuadra i el ejército de la república merecen eterna gratitud por haber cumplido noblemente su deber durante la guerra. Igual homenaje es debido a los miembros del Gobierno que organizaron las fuerzas de mar i tierra, que atendieron oportunamente a todas sus necesidades i que les señalaron el plan jeneral de sus operaciones. En primer término es acreedor a la gratitud de la patria el Presidente don Aníbal Pinto, sobre quien pesaba la enorme responsabilidad de la direccion de la guerra. Para apreciar en su justo valor la conducta por

él observada en aquella situacion tan grave, es necesario conocer su correspondencia privada con el Ministro de la Guerra en campaña i con el Intendente Jeneral del Ejército i Armada. En sus cartas se ve que atendia personalmente a todos los detalles del servicio militar, que su consejo era de ordinario el mas acertado para la buena marcha de las operaciones i que la tranquilidad de su espíritu jamas fue perturbada ni por los triunfos, ni por las desgracias.

El avance siempre victorioso del ejército hacia creer en Chile que no habia dificultades sérias para llegar a Lima. La opinion pública solia culpar al Gobierno por la lentitud de las operaciones, pues pocas personas se daban cuenta exacta del inmenso trabajo que exijia la traslacion del ejército. Refiriéndose a esto, el Presidente Pinto escribia lo que sigue:

"En esta tierra, como usted sabe, es preciso hacer la guerra sin las eventualidades de la guerra. Aquí los ánimos estan tranquilos esperando el desenlace de la espedicion a Lima con ciega confianza en su resultado. Nadie se imajina que puede haber algun entorpecimiento. En los Clubs i en las calles no encuentra usted sino Césares que llegan, ven i vencen.

"Yo no dudo del resultado de los combates que puede haber cerca de Lima; pero me preo-

cupa mucho la traslacion del ejército con animales, víveres i pertrechos, por los pocos elementos que tenemos para hacer esto debidamente.„

Otra de las dificultades que preocupaba al Presidente Pinto era la de llenar las bajas del lo que ejército espedicionario.. En octubre 1880 escribia lo que sigue:

„¿Debido a qué es el gran número de bajas que hai en el ejército? Pasadas las victorias de Tacna i Arica, pedí a Baquedano un estado de las fuerzas para mandar los reemplazos. En un telegrama me dijo que con 4,000 hombres estarian llenas las bajas. Se mandaron de cinco a seis mil i cuando vino Velazquez me dijo que las bajas asdendian a 4,500. Ese ejército es, por lo visto, un tonel de las Danaides. Recomiende a los jefes que no sean mui exijentes con la tropa que se les remite. La jente que se les envia es examinada aquí i, sin embargo, la desechan allá por mil capítulos. Si pretendemos tener un ejército de granaderos de Federico, es probable que no sea mui numeroso.

„La jente para la guerra va escaseando. Será difícil conseguirla una vez que vengan las cosechas. Será de todo punto imposible llenar las bajas, si los jefes se muestran tan exijentes. Es preciso que se les haga entender que el pan

está ya escaso i que debemos contentarnos con tortas.»

Como estas cartas podrian citarse muchas otras que hacen ver la intervencion directa del Presidente Pinto en el arreglo de los servicios militares, la prudencia de sus actos en todo lo concerniente a la guerra, el acierto de su juicio i la inalterable serenidad de su espíritu cuando todos se sentian ajitados por el entusiasmo o por la zozobra.

No ménos prudente, no ménos digna de respeto fué la conducta observada por don Aníbal Pinto en el Gobierno interior de la República.

Su intelijencia estaba bien cultivada por el estudio; su carácter tenia una firmeza que jamas vacilaba ante el deber; sus costumbres eran tan sencillas, sus gustos tan moderados, su conciencia tan recta i pura, que podia presentársele como un modelo de virtud. Nunca salió de sus labios una palabra inconveniente o grosera. Sus condiscípulos recordaban que ni en el colejio le habian escuchado las frases e interjecciones incultas de uso jeneral entre los estudiantes. Tampoco hubo quien le tachara de haber faltado alguna vez a la verdad o de no haber sido leal i sincero en todos sus actos.

Con estas cualidades de intelijencia i de carácter don Aníbal Pinto no se sintió perturbado por la vanidad cuando ocupó la Presidencia de la República. La elevacion a un cargo de tanta importancia despierta en ciertos hombres el deseo de realizar grandes cosas, de recibir muchos honores i de ostentar su autoridad. Don Anibal Pinto siguió siendo en el Palacio de la Moneda el mismo humilde ciudadano que en su casa particular; se consideró, no el primero en el mando, sino el primero en el servicio del pueblo; dejó a un lado, como necia vanidad, los honores oficiales i solo pensó en cumplir dignamente sus deberes.

Don Anibal Pinto hablaba poco; sin duda él pensaba, como Franklin, que en la conversacion el hombre aprende mas por lo que oye que por lo que habla. Los que solo juzgan por las apariencias se esplicaban la actitud silenciosa del señor Pinto atribuyéndola a dificiencia intelectual. Entre tanto, pocas personas en Chile tenian una intelijencia tan sólida i bien cultivada como la suya. Estudió filosofia i literatura con don Andres Bello, quien le trataba con particular afecto. Completó sus estudios viajando por Europa, no como paseante en busca de placeres, sino como jóven deseoso de aprender. Desde la niñez tuvo grande aficion a la lectura; puede

decirse que este fué su único gusto exajerado, pues todo lo sacrificaba a la satisfaccion de recibir i leer un libro de mérito.

Se conservan unos apuntes escritos por don Aníbal Pinto en los ratos de sosiego que le dejaba la Presidencia. Hai en ellos observaciones i noticias del mayor interes sobre los sucesos de la época. Su juicio íntimo sobre las personas i las cosas, está consignado en esas pájinas con la franqueza propia del hombre que siempre respetó la verdad. ¿Pensó el señor Pinto que estos apuntes verian la luz pública? Tuvo la idea de escribir mas tarde sus Memorias i para esto hacia aquellas anotaciones? Nadie puede saberlo, porque ni a sus hijos había comunicado la existencia de estos papeles, que fueron encontrados en su escritorio despues de su muerte.

En los últimos dias de 1880 los partidos se preparaban para la eleccion del sucesor de don Aníbal Pinto. Era práctica establecida en Chile que el Presidente en ejercicio interviniese en las elecciones para hacer triunfar una candidatura de su agrado. Esta práctica se fundaba principalmente en la voluntad de los mismos ciudadanos a quienes correspondia el derecho de elejir. Muchos de éstos no aguardaban a que el Presidente designase la persona que deseaba como sucesor, sino que se anticipaban a suplicarle que

hiciese esta designacion, como si ello no fuese contrario a las leyes de la República.

Don Aníbal Pinto resolvió no intervenir en la eleccion del Presidente que debia reemplazarle i perseveró en este propósito a pesar de que algunos políticos trataron de apartarlo del buen camino. A esto se refieren las siguientes líneas escritas por él en diciembre de 1880:

"Muchas son las personas que me vienen a ver con el objeto de exijirme pronuncie mi opinion respecto a algunos de los candidatos a la futura presidencia del pais.

"Se me observa que la abstencion absoluta del Presidente en esta materia está produciendo ya mucha anarquia en los partidos i en los hombres, i que no es posible lleve mi abstencion hasta el punto de no insinuar el nombre de la persona que me pareceria mas acreedora i preparada al desempeño de estas funciones.

"Es curioso que muchos de los hombres que me exijen tomar esta parte en la designacion del futuro Presidente, sean los mismos a quienes he oido en el Congreso i en los meetings declamar i protestar vivamente contra la intervencion electoral de los gobiernos.

"Es cierto que se nota alguna anarquia en el partido liberal respecto a la eleccion de candidato por no conocer la opinion del Presidente; pero

esta situacion tendrá que pasar una vez que se convenzan de que sustento con sinceridad el propósito de no tomar parte alguna en la cuestion presidencial.

"Tengo formada ya esta resolucion i así lo he hecho presente en las ocasiones en que he podido hablar públicamente. No estoi, pues, dispuesto a prestarme a hacer una farsa de estas promesas, tanto ménos cuanto que creo de mucha conveniencia hacer ya el ensayo de una eleccion libre de toda influencia oficial."

En cierta ocasion quedó vacante un empleo para el cual se necesitaba nombrar a una persona que tuviese competencia i preparacion especiales. Don Aníbal Pinto propuso a un ciudadano que no era amigo suyo, que tampoco pertenecia a los partidos que apoyaban su Gobierno; pero que poseia todas las condiciones requeridas para el buen desempeño del empleo. Los Ministros se opusieron al nombramiento de este ciudadano por la única razon de pertenecer al partido que les era contrario. El Presidente insistió en su propuesta, los Ministros se mantuvieron su negativa, i aquel hubo de someterse en homenaje al deber de respetar la mayoria parlamentaria representada por sus Ministros.

Don Aníbal Pinto refiere este incidente en una anotacion que termina así:—"Pocos Presidentes

habrán tenido como yo un propósito mas decidido de apartar las consideraciones e intereses políticos de los nombramientos de carácter administrativo; sin embargo, no he podido en mi gobierno satisfacer este buen propósito, por los inconvenientes que para realizarlo me han opuesto esos mismos intereses políticos."

Don Aníbal Pinto falleció en Valparaiso el año 1884, mostrando hasta su último instante la bondad de su alma i la entereza de su carácter. Un distinguido sacerdote se acercó a su lecho de muerte para instarle a que confesase sus culpas. El señor Pinto, despues de agradecer la respetuosa atencion, contestó:—Tengo la conciencia de haber andado siempre por el camino recto. Reconozco muchos errores, hijos de la flaqueza humana; pero declaro que jamas he hecho mal al prójimo con mi voluntad i conocimiento.

Su cadáver fué trasladado a Santiago i colocado en la gran sala del Congreso Nacional, donde se reunieron miles de ciudadanos para honrar su memoria. Terminado este funeral cívico se le condujo al cemeterio con gran acompañamiento popular.

17.—El Presidente Santa Maria.

PARA reemplazar a don Anibal Pinto fué elejido Presidente don Domingo Santa Maria, que gobernó desde el 18 de setiembre de 1881 hasta el 18 de setiembre de 1886. El señor Santa Maria principió su carrera política en 1848, fecha en que fué nombrado Intendente de Colchagua por el Presidente Búlnes. En tiempo del Presidente Montt fué opositor i revolucionario, por cuyo motivo se le condenó al destierro. El Presidente Perez le nombró Ministro de Hacienda en 1864 i, al principiar la guerra con España, le mandó al Perú como Enviado Estraordinario i Ministro Plenipotenciario para negociar el tratado de alianza. El mismo Presidente le nombró Ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago, cargo que desempeñó con talento i probidad. El Presidente Pinto le nombró Ministro de Relaciones Esteriores primero i del Interior en seguida, en los dias mas difíciles de la guerra del Pacífico.

Al Presidente Santa Maria correspondió la tarea de negociar la paz con el Perú. En los dos primeros años de su administracion le fué imposible conseguir este resultado, porque algunos jefes peruanos, que tenian fuerza armada en el interior, impedian que se constituyese un

Gobierno nacional. Vencidos esos jefes por tropas chilenas que el Almirante Lynch envió a perseguirles, en agosto de 1883 se organizó un Gobierno peruano, presidido por el Jeneral Iglesias. El tratado de paz se firmó en octubre del mismo año i quedó ratificado, con aprobacion de los Congresos, en abril de 1884. En virtud de ese pacto el Perú cedió a Chile incondicionalmente toda la provincia de Tarapacá; Tacna i Arica quedaron sometida a las autoridades de Chile por el término de diez años, al cabo de los cuales sus habitantes resolverian por votacion la suerte definitiva de dichos territorios. A consecuencia de este tratado el ejército chileno que ocupaba a Lima, Callao i otras poblaciones del Perú, regresó a la patria i dejó a aquella República libre de las calamidades de la guerra.

El Gobierno de Bolivia mandó representantes a Santiago en 1884 i con ellos se celebró un tratado de tregua en virtud del cual Chile seguiria ocupando toda la costa boliviana hasta que se negociase un tratado de paz.

A principios del Gobierno del Presidente Santa Maria se aprobó tambien un tratado de límites entre Chile i la República Arjentina celebrado al fin del Gobierno del Presidente Pinto. En ese tratado se reconoció que la cordillera de los Andes divide a las dos Repúblicas, que el estre-

cho de Magallanes es chileno, que la Patagonia es Arjentina, i que la Tierra del Fuego pertenece a las dos naciones i se divide segun un deslinde convenido entre sus Gobiernos.

Despues de la guerra con el Perú, el Gobierno de Chile ha sido mui rico porque la provincia de Tarapacá esporta algunos millones de quintales de salitre i cada quintal paga una contribucion de un peso cincuenta i cinco centavos de la actual moneda de oro. Con esta riqueza se cancelaron las cuentas pendientes de la guerra, se hicieron nuevos ferrocarriles en el terrritorio de Arauco i se construyeron numerosos edificios públicos. Tambien se aumentaron los sueldos a casi todos los empleados i se crearon muchos empleos nuevos. Así principió a crecer el presupuesto de los gastos anuales de la República, que ha llegado mas tarde a sumas exajeradas. Desde entónces, este pais, que ántes vivia modestamente en su pobreza, se ha acostumbrado a gastar sin necesidad muchos millones de pesos al año i esto le ha traido grandes sufrimientos

El Presidente Santa Maria fué combatido sin descanso por los conservadores i gran parte de los liberales. El trató de organizar un partido que estuviese dispuesto a servirle i acompañarle en todos sus actos; para lograr su objeto intervino en las elecciones de Diputados i Senadores

del año 1882, procurando que sus adversarios no fuesen miembros del Congreso. Este fué un grave error del Presidente. Faltó a la lei interviniendo en las elecciones, irritó a los partidos que le eran hostiles i no se aseguró la amistad de los diputados que le debian su eleccion. Por el contrario, algunos de estos fueron en el año siguiente los mas resueltos adversarios de su Gobierno.

Sin embargo, el Presidente no aprovechó esta enseñanza. En 1885 volvió a cometer las misma falta i a sufrir el mismo desengaño. Sus candidatos triunfaron en todas partes con el apoyo de las autoridades i tuvo mayoria de votos para conseguir la aprobacion de sus actos; pero en la Cámara de Diputados los opositores, unidos a algunos de los elejidos por el favor del Presidente, le crearon grandes dificultades i le pusieron en peligro de no poder gobernar tranquilamente con arreglo a la Constitucion i las leyes. Este ejemplo debe servir a todos los Gobiernos. El abuso de intervenir en las elecciones hace daño al pais i no aprovecha a los gobernantes que lo cometen. Mas vale cumplir lealmente la lei i someterse a la voluntad de los electores, porque con ello se gana el respeto del pueblo i la consideracion de los adversarios.

El Presidente Santa Maria promulgó dos leyes llamadas de rejistro i de matrimonio civil.

Hasta entónces solo los curas llevaban libros para anotar en cada parroquia los matrimonios, los nacimientos i las defunciones. Las nuevas leyes ordenaron que hubiese en toda la República empleados especiales con este objeto. Desde esa fecha los habitantes de Chile están obligados a presentarse a los oficiales del rejistro civil cuando contraen matrimonio, a declarar ante ellos el nacimiento de sus hijos i a darles parte de las personas que fallecen en sus casas. Con esto se ha querido poner al amparo de la autoridad la constitucion de la familia i dar garantias a los derechos civiles que corresponden a cada persona.

Al presente hai cementerios comunes para enterrar a todos los muertos; ántes habia cementerios especiales para los que no eran católicos, porque los Obispos no podian permitir, segun las leyes de la Iglesia, que fuesen sepultados en la misma tumba los padres con los hijos o los hermanos con los hermanos cuando no pertenecian a la misma relijion. La libertad de cementerios, asegurada por la lei durante el gobierno del Presidente Santa Maria, vino a completar la libertad de cultos, establecida legalmente durante el gobierno del Presidente Perez.

18.—Don Miguel Luis Amunátegui.

HAI hombres para quienes todo es fácil en la vida. Nacen en la opulencia, crecen rodeados de comodidades, tienen a su servicio los mejores maestros i pueden adquirir, si lo quieren, una educacion esmerada que les permita distinguirse en la sociedad por el saber i la virtud. Sucede, sin embargo, que los privilejiados de la fortuna pierden de ordinario aquellas ventajas i se confunden, por la ausencia de méritos, con el número infinito de los que pasan por este mundo sin dejar ningun recuerdo duradero.

Por la inversa, hai otros hombres para quienes la vida es una lucha incesante con la adversidad. Estos conocen desde la infancia las amarguras de la pobreza i las fatigas del trabajo. El estudio suele ser para ellos el mas penoso de los sacrificios porque les obliga a imponerse mui duras privaciones. Sin embargo, muchos de estos humildes batalladores triunfan de todos los obstáculos i llegan a merecer, por sus servicios, el respeto de los contemporáneos i la gratitud de la posteridad.

Don Miguel Luis Amunátegui pertenece a esta categoria de hombres que se elevan por su propio esfuerzo ganando justos títulos a la celebridad. Nació en Santiago el año 1828 i fué

hijo mayor de un abogado tan notable por el talento i la ilustracion, como por la probidad de su conducta. Este caballero se propuso ser el maestro de su hijo: él mismo le enseñó a leer i escribir, le dió lecciones de jeografía, historia, gramática i matemáticas i le puso en estado de incorporarse en el Instituto Nacional a los doce años de edad.

Preparado con las lecciones de su padre, el niño Amunátegui tenia conocimientos mas completos que sus condiscípulos i sabia estudiar con método. Por esta causa i tambien por su aplicacion i su intelijencia, siempre obtuvo el primer premio en sus clases i mereció que sus profesores le tratasen con especial afecto. Estas distinciones acordadas por los maestros eran ratificadas por los demas alumnos, quienes, reconociendo la superioridad de Amunátegui, acudian a él para consultarle sus dudas i pedirle auxilio en la preparacion de sus exámenes.

En 1842 Amunátegui tuvo la desgracia de perder a su padre. Este suceso, junto con sumirle en la afliccion, echó sobre sus hombros una responsabilidad enorme. Teniendo catorce años de edad, siendo un simple estudiante del Instituto Nacional, se encontró con la doble obligacion de trabajar para atender a las necesidades de la familia i de dirijir la educacion de sus hermanos

menores. La tarea parecia superior a las fuerzas de un niño, sobre todo si se considera que el padre de Amunátegui habia dejado obligaciones por pagar i que, para cubrirlas, fué preciso vender "desde los libros de su biblioteca hasta los cubiertos de la mesa."

Pero Amunátegui mostró en esas circunstancias que, si era un niño por la edad, era un hombre superior por el talento i por el carácter. Sin interrumpir sus estudios en el Instituto, se consagró al profesorado i destinó las horas de que podia disponer a dar lecciones, en casas particulares, a los niños que necesitaban ayuda de un pasante para seguir sus cursos o preparar sus exámenes. "Cada una de estas clases le procuraba una entrada de cuatro pesos mensuales, que era la tarifa comun i corriente por esta clase de servicios. En esta forma Amunátegui enseñó la gramática castellana a don Manuel Pardo, jóven intelijente que fué mas tarde Presidente del Perú. Esta circunstancia relacionó a Amunátegui con el eminente literato don Felipe Pardo Aliaga, entónces Ministro Plenipotenciario del Perú cerca del Gobierno de Chile. Don Felipe Pardo le manifestó mucha estimacion i le pagó como honorario de la clase hecha a su hijo una onza de oro, precio que en aquella época parecia estraordinario i exorbitante."

El escaso dinero que Amunátegui ganaba con tanto sacrificio no bastaba, por cierto, para satisfacer las necesidades de su hogar. En consecuencia, él tenia que vivir del modo mas económico posible i se privaba en absoluto, no solo de los placeres propios de su edad, sino tambien de las cosas mas indispensables. El i su hermano Gregorio Víctor eran alumnos del mismo curso; por razon de pobreza no podian tener libros separados i se sentaban juntos en las clases a fin de atender en un testo comun a las lecciones del maestro.

Para cumplir dignamente sus obligaciones de estudiante i de profesor, Amunátegui tenia que trabajar hasta la media noche. Cuando podia disponer de un rato libre, no lo destinaba al paseo, sino que se dirijia a la Biblioteca Nacional, para leer allí los libros que no podia adquirir por falta de dinero. En la edad en que los niños gozan de la vida i emplean muchas horas en agradables pasatiempos, Amunátegui estudiaba dia i noche gozando en sus trabajos mas que los otros en sus diversiones. ¡Qué ejemplo para los niños que encuentran penoso el estudio i creen que el trabajo es un sacrificio!

Recordando la juventud de Amunátegui, uno de sus biógrafos ha dicho: "Desde niño llevó una vida de trabajo, de pesar i de pobreza. Sus es-

trenos en la vida fueron duros, pero soportados con la firmeza i la constancia de los fuertes. Son pocos los hombres de su jeneracion que hayan olvidado aquel rostro lívido, aquel cuerpo endeble en que se advertian las huellas de la enfermedad i de las veladas, i bajo el cual habia, sin embargo, un estudiante infatigable, un eterno conquistador de laureles.»

En 1847 Amunátegui, que acababa de terminar sus estudios en el Instituto, se presentó como candidato a una clase de gramática castellana, historia, jeografia i matemáticas creada por reciente decreto del Gobierno. Los opositores debian rendir pruebas de competencia ante una comision nombrada al efecto. Amunátegui hubo de solicitar permiso del Consejo de la Universidad para tomar parte en el certámen porque solo contaba 19 años de edad i la lei exijia 21. El Consejo otorgó el permiso en vista de los informes de don Andres Bello sobre el talento i la competencia del solicitante. Llegado el dia de las pruebas, Amunátegui demostró tal superioridad sobre los demas candidatos que la comision examinadora le recomendó en primer término i el Gobierno dictó sin demora el decreto de su nombramiento.

Aquel triunfo, que acreditó a Amunátegui como distinguido profesor, le valió el ser lla-

mado a hacer clases en algunos colejios particulares i le permitió procurarse recursos para subvenir de un modo mas completo a las necesidades de su familia. Esto le impuso un trabajo que bastaba para ocupar todo el tiempo de un hombre activo i en plena salud; no obstante, él pudo completar su instruccion literaria, hacer prolijas investigaciones sobre la historia nacional, escribir varios libros de mérito sobresaliente i tomar parte en la administracion pública como Ministro del Interior del Presidente Perez, como Ministro de Instruccion Pública del Presidente Pinto i como Ministro de Relaciones Esteriores del Presidente Balmaceda. Tambien fué diputado i Presidente de la Cámara; la elocuencia, la erudicion i la sinceridad de sus discursos le dieron grande influencia en esa asamblea e inmenso prestijio en todo el pais.

Don Miguel Luis Amunátegui ha sido uno de los primeros ciudadanos de la República, no solo porque la sirvió con eficacia en el profesorado i en el gobierno, sino tambien porque, con su conducta pública i privada, dió constante ejemplo de las mas nobles virtudes. Su muerte, ocurrida en 1888 cuando desempeñaba el cargo de Ministro de Relaciones Esteriores, fué con justicia lamentada como una desgracia nacional.

19.—El Presidente Balmaceda

DON José Manuel Balmaceda, elejido Presidente en reemplazo de don Domingo Santa Maria, principió su Gobierno el 18 de setiembre de 1886 i lo terminó el 28 de agosto de 1891, pocos dias antes de cumplirse el período de cinco años señalado por la Constitucion.

La eleccion del Presidente Balmaceda dió lugar a una lucha mui ardiente entre los partidos. El Gobierno i muchos liberales lo apoyaron enérjicamente; los conservadores i los liberales de oposicion lo combatieron con igual firmeza. El mismo dia que asumió el mando, el señor Balmaceda nombró un Ministerio en el cual habia personas que contaban con las simpatias de los liberales de oposicion. Esto hizo ver que el Presidente deseaba unir a todos los liberales i formar con ellos un solo partido que apoyase al Gobierno dejando a los conservadores en la oposicion. Este propósito fué manifestado claramente seis meses despues con el nombramiento de otro Ministerio en el cual figuraban dos liberales de los que mas se habian opuesto a la eleccion del Presidente.

Creyendo haber asegurado con esto la tranquilidad de su administracion, el Presidente Balmaceda se ocupó en preparar grandes trabajos

públicos para dar inversion a la cuantiosa renta que el Gobierno recibia de Tarapacá, Antofagasta i Taltal por el impuesto sobre el salitre. Contrató la construccion de nuevos ferrocarriles en las provincias del centro i del sur por valor de mas de 30.000,000 de pesos; edificó escuelas i colejios en casi todas las ciudades de la República por valor de mas de 10.000,000 de pesos; mandó construir en Europa el blindado *Capitan Prat*, los cruceros *Presidente Errázuriz* i *Presidente Pinto* i las torpederas *Almirante Condell* i *Almirante Lynch;* continuó los trabajos del gran dique de Talcahuano, iniciados por el Presidente don Aníbal Pinto; renovó el armamento del ejército comprando rifles i cañones de los sistemas mas perfeccionados; adquirió tambien cañones poderosos para trasformar los fuertes de Valparaiso i construir baterias en Talcahuano e Iquique.

La tranquilidad política, tan necesaria para el buen gobierno de la República, fué desgraciadamente de mui corta duracion. El Presidente Balmaceda cometió tambien el error de intervenir en las elecciones de senadores i diputados que tuvieron lugar en 1888. Deseando tener mayoria a su favor en el Congreso, apoyó con las influencias de las autoridades a todos los candidatos que eran entónces amigos suyos; pero

pronto hubo de sufrir el mismo desengaño que el Presidente Santa Maria: sus amigos pasaron a ser sus adversarios i en 1889 la mayoria de Congreso le era hostil.

Desde entónces la República se sintió ajitada por ardientes pasiones que amenazaban comprometerla en una guerra civil. La oposicion liberal conservadora exijió que el Presidente nombrase Ministros aceptados por la mayoria del Congreso. Resistiendo a esta exijencia, el Presidente sostuvo que la Constitucion le daba la facultad de nombrar Ministros a su agrado sin someterse al Congreso, ni a los partidos. En 1890 los partidos de oposicion atribuyeron al Presidente el propósito de imponer al pais, como sucesor suyo en la eleccion que debia hacerse en 1891, a uno de sus amigos personales. Para resistir a tal propósito i hacer prevalecer su voluntad, la mayoria del Congreso se negó a autorizar el cobro de las contribuciones, colocando así al Presidente en la imposibilidad de gobernar por falta de recursos para hacer los gastos de la administracion.

En esos momentos, cuando el conflicto era mas grave, se produjo un acuerdo entre el Congreso i el Presidente: aquel aprobó las contribuciones i este nombró un Ministerio con aceptacion de las dos Cámaras. Por desgracia el nue-

vo Ministerio no logró apaciguar las pasiones exaltadas durante el conflicto i hubo de renunciar en breves dias al verse impotente para dominar la situacion. El Presidente le reemplazó con un Ministerio no aceptado por la mayoria del Congreso i, a fin de evitar discusiones, se abstuvo de convocar a las Cámaras a sesiones estraordinarias para la discusion de la lei anual de presupuestos.

Así llegó el 1.º de enero de 1891 i el Presidente Balmaceda declaró en el *Diario Oficial* que rejiria en el nuevo año el mismo presupuesto de gastos que habia rejido en 1890. Con esto el Presidente se puso en rebelion contra las leyes de su patria i ejecutó un acto verdaderamente revolucionario. La mayoria del Congreso hizo, en represalia, otro tanto. El Vice-Presidente del Senado, don Waldo Silva, i el Presidente de la Cámara de Diputados, don Ramon Barros Luco, se trasladaron a Valparaiso, nombraron comandante de la Escuadra Nacional al Capitan de navio don Jorje Montt, i se embarcaron con este jefe a bordo del blindado *Blanco Encalada*.

En la mañana del 7 de enero de 1891 se supo en toda la República que la Escuadra Naciona desconocia la autoridad del Presidente Balmaceda mientras éste no gobernase de acuerdo con el Congreso como ordena la Constitucion.

Desde ese momento Chile se encontró envuelto en una guerra civil que habia de causarle inmenso daño. El Presidente Balmaceda declaró traidores a la patria al capitan Montt i a los comandantes de las naves que obedecian sus órdenes, asumió un poder dictatorial i organizó un ejército que llegó a tener 40,000 soldados. La Escuadra, dirijiéndose a Tarapacá, tomó posesion de esa provincia despues de sangrientos combates; allí los representantes del Congreso constituyeron una Junta de Gobierno para dirijir la guerra contra el Presidente Balmaceda.

El 21 de agosto desembarcó en Concon un ejército de 10,000 hombres organizado en Tarapacá por la Junta de Gobierno. El mismo dia ese ejército se batió con las tropas que guarnecian a Valparaiso quedando victorioso. Una semana despues, el 28 de Agosto, tuvo lugar otra batalla en la Placilla i la victoria favoreció tambien al ejército de la Junta de Gobierno. Esta segunda derrota produjo la caida del Presidente Balmaceda. En la misma noche del 28 de agosto, luego que tuvo noticias del resultado de la batalla, el Presidente abandonó el Palacio de la Moneda i se trasladó a la casa del Ministro de la República Arjentina, donde permaneció oculto hasta el 19 de setiembre. En los dias siguientes el ejército vencedor avanzó sobre

Santiago i fué recibido por el pueblo como libertador. La Junta de Gobierno, instalada en la Moneda, dictó un decreto ordenando practicar elecciones de Municipales, Senadores, Diputados i Presidente de la República, i siguió gobernando hasta que hubo autoridades elejidas con arreglo a la Constitucion.

Entre tanto el ex-Presidente permanecia en la casa del Ministro arjentino, en completa incomunicacion con el esterior, porque era preciso ocultar a todo el mundo su refujio. Pero hasta él llegaban los rumores de la calle haciéndole saber que el pueblo simpatizaba con los vencedores. Esto hizo profunda impresion en su ánimo. Su dolor no tuvo límites cuando supo que las casas de sus deudos, sus amigos i partidarios eran saqueadas i destruidas por turbas que maldecian su nombre llamándole tirano i verdugo de la patria. Estos lamentables exesos, cometidos en Santiago el 29 de agosto, no pueden imputarse al ejército de la Junta de Gobierno, que todavia no habia ocupado la capital. Fueron la consecuencia dolorosa de los odios enjendrados durante la guerra civil i del abandono en que se encontró la ciudad cuando se supo que el Presidente habia dejado el mando.

Balmaceda pudo salir disfrazado de la Legacion Arjentina i ponerse a salvo, pasando la

cordillera, como lo hicieron muchos de sus servidores. Pero él pensaba que era impropio de su dignidad salir de Chile en esas condiciones, despues de haber sido Presidente de la República. Por algunos dias pensó en entregarse a la Junta de Gobierno, "esperando, segun declara él mismo en una carta escrita el 18 de setiembre, ser juzgado con arreglo a la Constitucion i las leyes i defender, aunque fuera del fondo de una prision, a sus correlijionarios i amigos." Desechó tambien este pensamiento, porque se imajinó que no seria respetado por los vencedores. No queriendo evadirse, ni darse preso, tomó tranquilamente la resolucion de morir i solo aguardó, para realizar este propósito, a que se cumpliesen los cinco años del período por el cual fué electo Presidente de la República.

Al amanecer del dia 19 de setiembre de 1891 Balmaceda se vistió con traje negro, arregló los muebles i útiles de la habitacion que le servia de asilo, hizo personalmente su cama, escribió una carta para el Ministro Arjentino i la colocó sobre una mesa junto con otras cartas escritas el dia anterior a personas de su familia i de su amistad: en seguida cargó su revólver i, tendiéndose en la cama, disparó sobre su sien derecha un balazo que instantáneamente le quitó la vida. ¡Triste fin de un gobernante que pudo haber he-

cho grandes bienes a su patria i haber recibido, al concluir su gobierno, las bendiciones de sus conciudadanos!

La guerra civil costó la vida a mas de diez mil chilenos, que cayeron en los campos de batallas peleando unos contra otros como feroces enemigos. La Escuadra perdió el blindado *Blanco Encalada*, echado a pique en el puerto de Caldera, con trescientos de sus tripulantes, por un torpedo que le aplicó el *Almirante Lynch* al servicio del Presidente Balmaceda. Los dos gobiernos, el de Santiago i el de Iquique, gastaron mas de cien millones de pesos en armas, municiones, sueldos militares i demas servicios estraordinarios. El crédito de la República, penosamente adquirido en largos años de paz i trabajo, quedó quebrantado en el esterior por el desprestijio que produjó el trastorno revolucionario.

Será preciso recordar siempre estas desgracias para que los gobernantes i los gobernados no vuelvan a echar en olvido que la conservacion de la paz es el mayor de los bienes i que todos están obligados a sacrificar sus intereses i dominar sus pasiones, para que las dificultades de carácter político se resuelvan por la razon, no por la violencia.

APÉNDICE.

FRAGMENTOS DE „LA ARAUCANA"

1.—Don Alonso de Ercilla.

EL Capitan español don Alonso de Ercilla i Zúñiga vino a Chile despues de la muerte de Pedro de Valdivia i permaneció tres años en el pais peleando valerosamente en las guerras contra los araucanos. Al propio tiempo que peleaba, escribia en versos la historia de esas guerras. Este libro, dice Ercilla, „se hizo en la misma guerra i en los mismos pasos i sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel i, en pedazos de cartas algunos tan pequeños que apénas cabian seis versos."

Ercilla declara, hablando del valor de los araucanos, „que son pocos los que con tal constancia i firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como los españoles" i agrega: "es cosa de admiracion que sin tener ni muro, ni casa fuerte para su reparo, ni armas, a lo ménos defensivas, con puro valor i porfiada determinacion hayan redimido i sustentado su libertad derramando en sacrificio della tanta sangre así suya como de españoles, que con verdad se puede decir haber pocos lugares que no esten della teñidos i poblados de huesos."

2.—Descripcion de Chile.

Chile, fértil provincia i señalada
En la rejion Antártica famosa,
De remotas naciones respetada
Por fuerte, principal i poderosa:
La jente que produce es tan granada,
Tan soberbia, gallarda i belicosa,
Que no ha sido por rei jamas rejida,
Ni a estranjero dominio sometida.

Es Chile Norte Sur de gran longura,
Costa del nuevo mar del Sur llamado,
Tendrá del Este al Oeste de angostura
Cien millas, por lo mas ancho tomado;
Bajo del polo Antártico en altura
De veinte i siete grados prolongado,
Hasta do el mar océano i chileno
Mezclan sus aguas por angosto seno.

I estos dos anchos mares, que pretenden,
Pasando de sus términos, juntarse,
Baten las rocas i sus olas tienden;
Mas esles impedido el allegarse:
Por esta parte al fin la tierra hienden
I pueden por aquí comunicarse;
Magallanes, Señor, fué el primer hombre
Que, abriendo este camino, le dió nombre

3.—Retrato de los araucanos.

Son de jestos robustos, desbarbados,
Bien formados los cuerpos i crecidos,
Espaldas grandes, pechos levantados,
Recios miembros, de nervios bien fornidos,
Ajiles, desenvueltos, alentados,
Animosos, valientes, atrevidos,
Duros en el trabajo, i sufridores
De frios mortales, hambres i calores.

No ha habido Rei jamas que sujetase
Esta soberbia jente libertada,
Ni estranjera nacion que se jactase
De haber dado en sus términos pisada;
Ni comarcana tierra que se osase
Mover en contra i levantar espada:
Siempre fué exenta, indómita, temida,
De leyes libre i de cerviz erguida.

Los cargos de la guerra i preeminencia
No son por flacos medios proveidos,
Ni van por calidad, ni por herencia,
Ni por hacienda i ser mejor nacidos;
Mas la virtud del brazo i la exelencia
Esta hace a los hombre preferidos;
Esta ilustra, habilita, perfecciona
I quilata el valor de la persona.

4.—Almagro i Valdivia.

Pues don Diego de Almagro, Adelantado,
Que en otras mil conquistas se habia visto,
Por sabio en todas ellas reputado,
Animoso, valiente, franco i quisto,
A Chile caminó, determinado
De estender i ensanchar la fé de Cristo;
Pero en llegando al fin de este camino
Dar en breve la vuelta le convino.

A solo el de Valdivia esta victoria
Con justa i gran razon le fué otorgada,
I es bien que se celebre su memoria,
Pues pudo adelantar tanto su espada:
Este alcazó en Arauco aquella gloria
Que de nadie hasta allí fuera alcanzada;
Su altiva jente al grave yugo trujo
I en opresion la libertad redujo.

Vióse en el largo i áspero camino
Por la hambre, sed i frio en gran estrecho;
Pero con la constancia que convino
Puso al trabajo el animoso pecho:
I el diestro hado i próspero destino
En Chile le metieron, a despecho
De cuantos estorbarlo procuraron,
Que en su daño las armas levantaron.

5.—Soberbia i codicia de los castellanos.

El felice suceso, la victoria,
La fama i posesiones que adquirian
Los trujo a tal soberbia i vanagloria,
Que en mil leguas diez hombres no cabian;
Sin pasarles jamas por la memoria
Que en siete pies de tierra al fin habian
De venir a caber sus hinchazones,
Su gloria vana i vanas pretensiones.

Crecian los intereses i malicia,
A costa del sudor i daño ajeno,
I la hambrienta i mísera codicia
Con libertad paciendo iba sin freno:
La lei, derecho, el fuero i la justicia
Era lo que Valdivia habia por bueno,
Remiso en graves culpas i piadoso,
I en los casos livianos riguroso.

Así el ingrato pueblo castellano,
En mal i estimacion iba creciendo,
I siguiendo el soberbio intento vano
Tras su fortuna próspera corriendo;
Pero el Padre del cielo soberano
Atajó este camino, permitiendo
Que aquel a quien él mismo puso el yugo
Fuese el cuchillo i áspero verdugo.

6.—Parlamento araucano.

El estado araucano acostumbrado
A dar leyes, mandar i ser temido,
Viéndose de su trono derribado,
I de mortales hombres oprimido;
De adquirir libertad determinado,
Reprobando el subsidio padecido,
Acude al ejercicio de la espada,
Ya por la paz ociosa desasuda.

Por dioses, como dije, eran tenidos
De los indios los nuestros; pero olieron
Que de mujer i hombres eran nacidos
I todas sus flaquezas entendieron:
Viéndolos a miserias sometidos,
El error ignorante conocieron,
Ardiendo en viva rabia avergonzados
Por verse de mortales conquistados.

No queriendo a mas plazo diferirlo,
Entre ellos comenzó luego a tratarse
Que, para en breve tiempo concluirlo
I dar el modo i órden de vengarse,
Se junten en consulta a definirlo,
Do venga la sentencia a pronunciarse,
Dura, ejemplar, cruel, irrevocable,
Horrenda a todo el mundo i espantable.

Iban ya los caciques ocupando
Los campos con la jente que marchaba,
I no fué menester jeneral bando,
Que el deseo de guerra los llamaba
Sin promesas ni pagas, deseando
El esperado tiempo, que tardaba,
Por el decreto i áspero castigo,
Con muerte i destruccion del enemigo.

7.—Discurso de Colocolo.

EN la junta o parlamento se reunieron todos los caciques con sus vasallos. Allí estaban: el temido *Tucapel*, que fué el primero en presentarse; *Lincoya*, que era "de proporcion i altura de jigante"; *Elicura*, reputado uno de los mas fuertes; *Lemoleno*, a quien obedecian "seis mil hombres de pelea"; *Paicabí* con sus tres mil guerreros; el anciano i prudente *Colocolo; Tomé*, *Puren*, *Andalican*, *Millarapue* i otros muchos jefes de igual fama.

La reunion fué mui ajitada. Todos los caciques se disputaban el mando i a este motivo de discordia se agregaba la embriaguez, porque los indios, siguiendo su vieja costumbre, hablaban i bebian al mismo tiempo. En el calor de la disputa los araucanos tomaron las armas para herirse unos a otros cual furiosos enemigos,

Levantóse entónces el respetado *Colocolo* i habló así:

Caciques, del Estado defensores
Codicia del mandar no me convida
A pesarme de veros pretensores
De cosa que a mi tanto era debida:
Porque, segun mi edad, ya veis, señores,
Que estoi al otro mundo de partida;
Mas el amor que siempre os he mostrado
A bien aconsejaros me ha incitado.

¿Por qué cargos honrosos pretendemos,
I ser en opinion grande tenidos,
Pues que negar al mundo no podemos
Haber sido sujetos i vencidos?
I en esto averiguarnos no queremos,
Estando aun de españoles oprimidos:
Mejor fuera esa furia ejecutalla
Contra el fiero enemigo en la batalla.

¿Qué furor es el vuestro ¡oh araucanos!
Que a perdicion os lleva sin sentillo?
¿Contra vuestras entrañas teneis manos
I no contra el tirano en resistillo?
¿Teniendo tan a golpe a los cristianos
Volveis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
No sea en tan bajo estado i abatido.

Volved las armas i ánimo furioso
A los pechos de aquellos que os han puesto
En dura sujecion, con afrentoso
Partido, a todo el mundo manifiesto:
Lanzad de vos el yugo vergonzoso;
Mostrad vuestro valor i fuerza en esto;
No derrameis la sangre del estado
Que para redimirnos ha quedado,

No me pesa de ver la lozania
De vuestro corazon, ántes me esfuerza,
Mas temo que esta vuestra valentia,
Por mal gobierno el buen camino tuerza:
Que, vuelta entre nosotros la porfia,
Degolleis nuestra patria con su fuerza:
Cortad, pues, si ha de ser desa manera
Esta vieja garganta la primera:

Que esta flaca persona, atormentada
De golpes de fortuna, no procura
Sino el agudo filo de una espada,
Pues no la acaba tanta desventura.
Aquella vida es bien afortunada
Que la temprana muerte la asegura;
Pero, a nuestro bien público atendiendo,
Quiero decir en esto lo que entiendo,

Pares sois en valor i fortaleza;
El cielo os igualó en el nacimiento;
De linaje, de estado i de riqueza
Hizo a todos igual repartimiento;
I en singular por ánimo i grandeza
Podeis tener del mundo el rejimiento:
Que este precioso don, no agradecido,
Nos ha al presente término traido.

En la virtud de vuestro brazo espero
Que puede en breve tiempo remediarse,
Mas ha de haber un capitan primero
Que todos por él quieran gobernarse:
Este será quien mas un gran madero
Sustentare en el hombro sin pararse;
I pues que sois iguales en la suerte
Procure cada cual ser el mas fuerte.»

Ningun hombre dejó de estar atento
Oyendo del anciano las razones,
I puesto ya silencio al parlamento
Hubo entre ellos diversas opiniones:
Al fin, de jeneral consentimiento,
Siguiendo las mejores intenciones,
Por todos los caciques acordado
Lo propuesto del viejo fué aceptado.

8.—Los caciques mas forzudos.

OBEDECIENDO al consejo de *Çolocolo*, se trajo a la reunion el pesado tronco de un grande árbol, para poner a prueba la fuerza personal de cada cacique. *Paicabí* fué el primero en levantar el tronco i en sus valientes hombros

Seis horas le sostuvo aquel membrudo
Pero llegar a siete jamas pudo.

Elicura, que vino en seguida, resistió nueve horas; *Puren*, medio dia; *Ongolmo*, mas de medio; *Tucapel* alcanzó a las catorce horas; pero, al fin le tocó su turno al jigante *Lincoya* i este, con asombro de todos los indios, permaneció mas de veinticuatro horas con el tronco sobre sus hombros.

No se vió allí persona en tanta jente
Que no quedase atónita de espanto
Creyendo no haber hombre tan potente
Que la pesada carga sufra tanto:
La ventaja le daban, juntamente
Con el gobierno, mando i todo cuanto
A digno jeneral era debido,
Hasta allí justamente merecido.

Ufano andaba el bárbaro i contento
De haberse mas que todos señalado;
Cuando *Caupolican* a aquel asiento
Sin jente a la lijera habia llegado:
Tenia un ojo sin luz de nacimiento,
Como un fino granate colorado;
Pero lo que en la vista le faltaba
En la fuerza i esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho
Varon de autoridad, grave i severo,
Amigo de guardar todo derecho,
Aspero, riguroso, justiciero,
De cuerpo grande i relevado pecho,
Hábil, diestro, fortísimo i lijero,
Sabio, astuto, sagaz, determinado
I en casos de repente reportado.

Con un desden i muestra confiada
Asiendo del tronco duro i nudoso,
Como si fuera vara delicada,
Se le pone en el hombro poderoso:
La jente enmudeció, maravillada
De ver el fuerte cuerpo tan nervoso;
La color a Lincoya se le muda,
Poniendo en su victoria mucha duda.

El bárbaro sagaz despacio andaba,
I a toda prisa entraba el claro dia,
El sol las largas sombras acortaba,
Mas él nunca descrece en su porfia:
Al ocaso la luz se retiraba
Ni por esto flaqueza en él habia:
Las estrellas se muestran claramente
I no muestra flaqueza aquel valiente.

Salió la clara luna a ver la fiesta
Del tenebroso albergue húmedo i frio,
Desocupando el campo i la floresta
De un negro velo lóbrego i sombrio:
Caupolican no afloja de su apuesta,
Antes con nueva fuerza i mayor brio
Se mueve i representa de manera
Como si peso alguno no trajera

Era salido el sol cuando el enorme
Peso de las espaldas despedia,
I un salto dió en lanzándole disforme,
Mostrando que aun mas ánimo tenia:
El circunstante pueblo en voz conforme
Pronunció la sentencia i le decia:
"Sobre tan firmes hombros descargamos
El peso i grave carga que tomamos."

Al nuevo juego i pleito definido,
Con las mas ceremonias que supieron
Por sumo capitan fué recibido
I a su gobernacion se sometieron.
Creció en reputacion, fué tan temido,
I en opinion tan grande le tuvieron,
Que ausentes muchas leguas dél temblaban
I casi como a rei le respetaban.

9.—Hazañas de los araucanos.

CAUPOLICAN tomó el mando sin demora. Su primera hazaña fué atacar i destruir un fuerte donde habia una guarnicion española. Valdivia, sabedor de este suceso, se puso en marcha con sus mejores tropas i presentó batalla a los araucanos.

Gran rato anduvo en término dudoso
La confusa victoria de esta guerra:
Lleno el aire de estruendo sonoroso,
Roja de sangre i húmeda la tierra:
Quien busca i solo quiere un fin honroso,
Quien a los brazos con el otro cierra,
I por darle mas presto cruda muerte
Tienta con el puñal lo ménos fuerte.

Los araucanos quedaron por fin vencedores i mataron sin piedad a todos los españoles; Pedro de Valdivia, hecho prisionero i conducido a presencia de *Caupolican*, murió en duro tormento. En premio de sus servicios en este combate, *Lautaro* fué designado segundo jefe de los araucanos:

Fué *Lautaro* industrioso, sabio, presto,
De gran consejo, término i cordura,
Manso de condicion i hermoso jesto,
Ni grande, ni pequeño de estatura:
El ánimo en las cosas grandes puesto,
De fuerte trabazon i compostura,
Duros los miembros, recios i nervosos,
Anchas espaldas, pechos espaciosos.

Los españoles, resueltos a tomar venganza de la derrota i muerte de Valdivia, salieron a campaña a las órdenes de Francisco de Villagran. *Lautaro* les hizo frente en la cuesta de Marigüeñu con tal denuedo que el combate duró cinco horas i los españoles fueron totalmente derrotados. La pelea terminó con una famosa carga de los araucanos contra la artilleria, que estaba causando estragos en sus filas.

La presta i temorosa artilleria
A toda furia i priesa disparaba,
I así en el escuadron indio batía
Que cuanto topa enhiesto lo allanaba:
De fuego i humo el cerro se cubria,
El aire cerca i léjos retumbaba;
Parece con estruendo abrirse el suelo
I respirar un nuevo Monjibelo.

Visto *Lautaro* serle conveniente
Quitar i deshacer aquel nublado
Que lanzaba los rayos en su jente
I habia gran parte della destrozado,
Al escuadron que a *Leucoton* valiente
Por su valor le estaba encomendado,
Le manda arremeter con furia presta
I en alta voz diciendo le amonesta:

"¡Oh fieles compañeros victoriosos
A quien fortuna llama a tales hechos!
Ya es tiempo que los brazos valerosos
Nuestras causas aprueben i derechos:
Sús, sús, calad las lanzas animosos;
Rompan los hierros los contrarios pechos,
I por ellos abrid roja corriente
Sin respetar a amigo ni a pariente.

"A las plazas guiad, que si ganadas
Por vuestro esfuerzo son, con tal victoria
Célebres quedarán vuestras espadas
I eterna al mundo dellas la memoria:
El campo seguirá vuestras pisadas,
Siendo vos los autores desta gloria."
I con esto la jente envanecida
Hizo la temeraria arremetida.

Unos por defender la artilleria
Con tal ímpetu i furia acometida,
Otros por dar remate a su porfia,
Traban una batalla bien reñida:
Para un solo español cincuenta habia,
La ventaja era fuera de medida;
Mas cada cual por sí tanto trabaja
Que iguala con valor a la ventaja.

....

Mas eran los contrarios tanta jente
I tan poco el remedio i confianza,
Que a muchos les faltaba juntamente
La sangre, aliento, fuerza i la esperanza:
Llevados, pues, al fin de la corriente
Sin poder resistir la gran pujanza,
Pierden un largo trecho la montaña
Con todas las seis piezas de campaña

Mientras los araucanos festejaban su victoria con interminables borracheras, los españoles volvieron a Concepcion para reedificar la ciudad. Pero *Lautaro* estaba vijilante i acudió ántes de mucho con numeroso ejército a hacerles guerra. Los españoles, despues de reñidos combates en campo abierto, corrieron a refujiarse en un fuerte que acababan de construir, acosados de cerca por los araucanos victoriosos. Allí se renovó el combate con nuevo furor.

Con audacia, desden i confianza
Lautaro contra el fuerte caminaba:
Síguele atras la jente en ordenanza,
I él con gracioso término arrastraba
Una larga, nudosa i gruesa lanza,
Que airoso poco a poco la terciaba
I tanto por el cuento la blandia
Que juntar los estremos parecia.

Los pocos españoles salen fuera,
Que encerrados no quieren esperallos:
De arcabuces delante una hilera,
Otra de picas luego, i los caballos
A los lados: i así desta manera
Con fiera muestra vienen a buscallos.
Llegados a dó ya podian herirse
Los unos a los otros dejan irse

I de rencor intrínseco aguijados
Los movidos ejércitos venian:
Suenan los arcabuces asestados,
Del humo, fuego, i polvo se cubrian.
Los corvos arcos con vigor flechados
Gran número de tiros despedian:
Vuelan nubadas de armas enastadas
Por los valientes brazos arrojadas.

Cuales contrarias aguas a toparse
Van con rauda corriente sonorosa,
Que, resistiendo al tiempo del mezclarse,
Aquella mas violenta i poderosa
A la ménos pujante, sin pararse
Volverla contra el curso es cierta cosa:
Así a nuestro escuadron forzosamente
Le arrebató la bárbara corriente.

No pudiendo sufrir la fuerza brava
Del número de jente i movimiento,
Al español el bárbaro llevaba
Como a liviana paja el recio viento.
Entran sin órden, que ya rota andaba,
Todos mezclados en el fuerte asiento,
I dentro del cuadrado i ancho muro
Comienzan pié con pié un combate duro.

Lautaro, jente i armas contrastando,
En la fuerza el primero entrado habia
I muerto a dos soldados en entrando
Que en suerte le cupieron aquel dia.
Lincoya iba hiriendo i derribando:
Mas ¿quién podrá decir la braveria
De *Tucapel*, que el cielo acometiera
Si hallara algun camino o escalera?

No entró el fuerte por puerta ni por puente,
Antes con desenvuelto i diestro salto
Libre el foso saltó lijeramente,
I estaba en un momento en lo mas alto:
No le pudo seguir por allí jente,
El solo de aquel lado dió el asalto;
Mas, como si de mil fuera guardado,
Se arroja luego en medio del cercado.

Apénas puso el pié firme en la plaza,
Cuando el furioso bárbaro, esgrimiendo
La ejercitada, dura i gruesa maza,
Iba a los enemigos esparciendo:
No vale malla fina, ni coraza;
I las celadas frentes, no pudiendo
Sufrir los recios golpes que bajaban,
Machucando los sesos se abollaban.

Unos dejan tullidos i contrechos,
Otros para en su vida lastimados,
A quién hunde el pezcuezo por los pechos,
A quién rompe los lomos i costados
Cual si fueran de blanda cera hechos:
Magulla, muele i deja derrengados,
I en el mayor peligro osadamente
Se arroja sin temor de armas i jente.

El grave *Leucoton*, no ménos fuerte,
Con el valor que el cielo le concede,
Hiere, aturde, derriba i da la muerte,
Que nadie en fuerza i ánimo le escede:
No sé como a escribirlo todo acierte,
Que mi cansada mano ya no puede
Por tanta confusion llevar la pluma
I así reduce mucho a breve suma.

En esto un rumor súbito se siente
Que los cóncavos cielos atronaba,
I era que la victoria abiertamente
Por el bárbaro infiel se declaraba:
Ya la española destrozada jente
Al camino de Itata enderezaba
Desamparando el suelo desdichado
De sangre i enemigos ocupado.

11.—Victorias i desastres.

LOS araucanos, en celebracion de sus victorias, pasaron muchos dias entregados a la embriaguez, hasta que *Lautaro* consiguió ponerlos nuevamente en campaña para atacar a Santiago i acabar allí con los españoles. Alarmados estos al saber la marcha de *Lautaro*, mandaron a su encuentro una partida de esploradores. A poco estos regresaron precipitadamente a Santiago en completa derrota:

Sin aliento, cansados i aflijidos
Vuelven con testimonio asaz bastante
De como fueron rotos i vencidos
Por la fuerza del bárbaro pujante,
Lasos, llenos de sangre, mal heridos,
Con pérdida de un hombre, el cual delante
I en medio de los campos desmandado
A manos de *Lautaro* habia espirado.

Cuentan que levantado un muro habia
A donde con sus bárbaros se acoje
I que infinita jente le acudia
De la cual la mas diestra i fuerte escoje:
Tambien que bastimentos cada dia
I cantidad de municion recoje
Afirmando por cierto, fuera desto,
Que sobre la ciudad llegará presto.

Francisco de Villagran, que estaba enfermo, mandó a un sobrino suyo, Pedro de Villagran, a batirse con *Lautaro*. El triunfo fué de éste; pero los españoles pelearon con tanta bravura que el indio comprendió que necesitaba mayores fuerzas para atacar a Santiago. Suspendió en consecuencia su marcha, regresando al sur en busca de nuevas tropas, i algun tiempo despues volvió a ponerse en campaña.

En esta ocasion la suerte le fué adversa. Un indio, amigo de los españoles, sirvió a estos de guia para llegar de sorpresa al campamento araucano. *Lautaro* no tuvo tiempo ni para tomar sus armas; presentóse desnudo en lo mas récio del combate i allí mismo una flecha le atravesó de parte a parte matándole en el acto:

Por el siniestro lado ¡oh dura suerte!
Rompe la cruda punta, i tan derecho,
Que pasa el corazon mas bravo i fuerte
Que jamas se encerró en humano pecho.

Esta derrota hizo perder a los araucanos las ventajas conquistadas por *Lautaro*. Sin embargo, mandados por *Caupolican*, volvieron a la guerra con gran valor. Entre otros combates hubo uno mui sangriento en Talcahuano, donde murieron innumerables indios. En estos comba-

tes se distinguieron *Rengo*, *Tucàpel*, *Galvarino* i otros valerosos caciques.

Galvarino cayó dos veces prisionero. La primera vez, los españoles le cortaron las dos manos, dejándole en libertad para que los demas indios escarmentasen al verle mutilado. La segunda vez, le condenaron a morir en la horca. Momentos antes del suplicio, Galvarino

Sin respeto ni miedo de la muerte,
Habló, mirando a todos, desta suerte:
¡Oh jentes fementidas, detestables,
Indignas de las glorias deste dia!
Hartad vuestras gargantas insaciables
En esta aborrecida sangre mia;
Que, aunque los fieros hados variables
Trastornen la araucana monarquia,
Muertos podremos ser, mas no vencidos,
Ni los ánimos libres oprimidos.

Caupolican tuvo un fin mas desgraciado que *Lautaro* i *Galvarino*. Por la traicion de un indio cayó en poder de los españoles, quienes le ataron las manos por las espaldas i le condujeron al campamento junto con otros prisioneros. En el camino fué apresada *Fresia*, mujer de *Caupolican*, que huia con su hijo. *Fresia*, al ver al indio en poder de los españoles, se indignó contra él acusándole de cobarde.

No reventó con llanto la gran pena,
Ni de flaca mujer dió allí la muestra:
Antes de furia i viva rabia llena,
Con el hijo delante se le muestra
Diciendo: "La robusta mano ajena
Que así ligó tu afeminada diestra,
Mas clemencia i piedad contigo usara
Si ese cobarde pecho atravesara.

"¿Eres tú aquel varon que en pocos dias
Hinchó la redondez de sus hazañas,
Que con solo la voz temblar hacias
Las remotas naciones mas estrañas?
¿Eres tú el capitan que prometias
De conquistar en breve las Españas
I someter el ártico hemiferio
Al yugo i lei del araucano imperio?

¡Ai de mí! cómo andaba yo engañada
Con mi altiveza i pensamiento ufano,
Viendo que en todo el mundo era llamada
Fresia mujer del gran *Caupolicano!*
I agora, miserable i desdichada,
Todo en un punto me ha salido vano,
Viéndote prisionero en un desierto,
Pudiendo haber honradamente muerto

¿Qué son de aquellas pruebas peligrosas,
Que así costaron tanta sangre i vidas:
Las empresas difíciles dudosas
Por tí con tanto esfuerzo acometidas?
¿Qué es de aquellas victorias gloriosas
De esos atados brazos adquiridas?
¿Todo, al fin, ha parado i se ha resuelto
En ir con esa jente infame envuelto?

Díme ¿faltóte esfuerzo, faltó espada
Para triunfar de la mudable diosa?
¿No sabes que una breve muerte honrada
Hace inmortal la vida i gloriosa?
Miraras a esta prenda desdichada,
Pues que de ti no queda ya otra cosa.
Que yo, apénas la nueva me viniera,
Cuando muriendo alegre te siguiera.

Toma, toma tu hijo, que era el nudo
Con que el lícito amor me habia ligado;
Que el sensible dolor i golpe agudo
Estos fértiles pechos han secado:
Cria, criálo tu, que ese membrudo
Cuerpo en sexo de hembra se ha trocado;
Que yo no quiero título de madre
Del hijo infame del infame padre."

Diciendo esto, colérica i rabiosa
El tierno niño le arrojó delante,
I con ira frenética i furiosa
Se fué por otra parte en el instante:
En fin, por abreviar, ninguna cosa
De ruegos, ni amenazas fué bastante
A que la madre ya cruel volviese
I el inocente hijo recibiese.

12.—Suplicio de Caupolican.

Descalzo, destocado, a pié, desnudo,
Dos pesadas cadenas arrastrando,
Con una soga al cuello i grueso nudo
De la cual el verdugo iba tirando,
Cercado en torno de armas, i el menudo
Pueblo detras, mirando i remirando
Si era posible aquello que pasaba,
Que visto por los ojos aun dudaba.

Desta manera, pues, llegó al tablado
Que estaba un tiro de arco del asiento,
Media pica del suelo levantado,
De todas partes a la vista esento;
Donde con el esfuerzo acostumbrado,
Sin mudanza i señal de sentimiento,
Por la escala subió tan desenvuelto
Como si de prisiones fuera suelto.

Puesto ya en lo mas alto, revolviendo
A un lado i otro la serena frente,
Estuvo allí parado un rato viendo
El gran concurso i multitud de jente,
Que el increible caso i estupendo
Atónita miraba atentamente,
Teniendo a maravilla i gran espanto
Haber podido la fortuna tanto.

Llegóse el mismo al palo donde habia
De ser la atroz sentencia ejecutada,
Con un semblante tal, que parecia
Tener aquel terrible trance en nada,
Diciendo: "Pues el hado i suerte mia
Me tienen esta muerte aparejada
Venga, que yo la pido, yo la quiero,
Que ningun mal hai grande si es postrero."

Luego llegó el verdugo dilijente,
Que era un negro gelofo, mal vestido,
El cual viéndole el bárbaro presente
Para darle la muerte prevenido,
Bien que con rostro i ánimo paciente
Las afrentas demas habia sufrido,
Sufrir no pudo aquella, aunque postrera,
Diciendo en alta voz de esta manera:

"¿Como qué? en cristiandad i pecho honrado
Cabe cosa tan fuera de medida,
Que a un hombre como yo tan señalado
Le dé muerte una mano así abatida?
Basta, basta morir al mas culpado,
Que al fin todo se paga con la vida;
I es usar deste término conmigo
Inhumana venganza i no castigo.

¿No hubiera alguna espada aquí de cuantas
Contra mí se arrancaron a porfia,
Que usada a nuestras míseras gargantas
Cercenara de un golpe aquesta mia?
Que aunque ensaye su fuerza en mi de tantas
Maneras la fortuna en este dia,
Acabar no podrá que bruta mano
Toque al gran jeneral Caupolicano."

Esto dicho i alzando el pié derecho
(Aunque de las cadenas impedido,)
Dió tal coz al verdugo, que gran trecho
Le echó rodando abajo mal herido:
Reprehendido el impaciente hecho
I él del súbito enojo reducido,
Le sentaron despues con poca ayuda
Sobre la punta de la estaca aguda.

No el aguzado palo penetrante,
Por mas que las entrañas le rompiese
Barrenándole el cuerpo, fué bastante
A que al dolor intenso se rindiese:
Que con sereno término i semblante
Sin que labio ni ceja retorciese,
Sosegado quedó de la manera
Que si asentado en tálamo estuviera.

En estos seis flecheros señalados
Que prevenidos para aquello estaban
Treinta pasos de trecho desviados
Por órden i despacio le tiraban:
I, aunque en toda maldad ejercitados,
Al despedir la flecha vacilaban
Temiendo poner mano en un tal hombre,
De tanta autoridad i tan gran nombre.

Mas fortuna cruel, que ya tenia
Tan poco por hacer i tanto hecho,
Si tiro alguno avieso allí salia,
Forzando el curso le traia derecho:
I en breve, sin dejar parte vacia,
De cien flechas quedó pasado el pecho,
Por do aquel grande espíritu echó fuera,
Que por ménos heridas no cupiera.

Quedó abiertos los ojos, i de suerte
Que por vivo llegaban a mirarle,
Que la amarilla i afeada muerte
No pudo aun puesto allí desfigurarle:
Era el miedo en los bárbaros tan fuerte
Que no osaban dejar de respetarle;
Ni allí se vió en alguno tal denuedo
Que puesto cerca dél no hubiese miedo.

Paréceme que siento enternecido
Al mas cruel i endurecido oyente
Deste bárbaro caso referido
Al cual, señor, no estuve yo presente,
Que a la nueva conquista habia partido
De la remota i nunca vista jente;
Que si yo a la sazon allí estuviera
La cruda ejecucion se suspendiera.

ERRATAS

En la correccion de pruebas se han deslizado algunos errores tipográficos. Por ejemplo: la paj. 153, línea 7 dice *cima* en vez de *sima* i la paj. 342, línea 22, *respecto* en vez de *respeto*. Bastará un poco de atencion de parte de los maestros para enmendar tales errores.

INDICE

I.—Los Indíjenas.

II.—La Conquista.

III.—La Colonia.

IV.—Revolucion de 1810.

V.—La Reconquista.

VI.—La Independencia.

VII.—La República.

VIII.—Réjimen de autoridad.

IX.—Réjimen de libertad.

Apéndice

BIBLIOGRAFIA

Historia Jeneral de Chile por Diego Barros Arana. —Santiago.—Imprenta Cervantes.—1884.

Los Oríjenes de la Iglesia Chilena por Crescente Errázuriz.—Santiago.—Imprenta del Correo.—1873.

Los Precursores de la Independencia de Chile por Miguel Luis Amunátegui. —Santiago. —Imprenta de la República.—1870.

Historia de San Martin i de la emancipacion sud-americana por Bartolomé Mitre. — Buenos Aires.—Felix Lajoune, editor.—1890.

Historia Eclesiástica i Civil de Nueva Granada por José Manuel Groott.—Bogotá.—Imprenta a cargo de Focion Mantilla.—1869.

El Ostracismo de los Carreras por Benjamin Vicuña Mackenna.—Santiago.—Imprenta del Ferrocarril.—1857.

D. Diego Portales por Benjamin Vicuña Mackenna. —Valparaiso.— Imprenta i Libreria del Mercurio. — 1863.

El Ministro Portales por Ramon Sotomayor Valdes. —Revista Chilena.—Tomo I.—Santiago. — Imprenta de la República.—1875.

Historia de la Campaña del Perú en 1838 por Gonzalo Búlnes.—Santiago. — Imprenta de Los Tiempos.—1878.

El Instituto Nacional bajo los rectorados de D. Manuel Montt, D. Francisco Puente i D. Antonio Varas por Domingo Amunátegui Solar.—Santiago.—Imprenta Cervantes.—1891.

Obras de D. F. Sarmiento.—Tomo III. — Necrolojias i Biografias.—Santiago.—Imprenta Gutemberg. —1885.

Los Constituyentes Chilenos de 1870 por Justo i Domingo Arteaga Alemparte. —Santiago.—Imprenta de La Libertad.—1870.

Vida de D. Andres Bello por Miguel Luis Amunátegui.— Santiago.— Impreso por P. G. Ramirez.— 1882.

Vida i Obras del Ilmo. i Revmo. Señor Dr. D. Rafael Valentin Valdivieso por Rodolfo Vergara Antúnes.--Santiago.--Imprenta Nacional.— 1886.

Biografia de D. Miguel Luis Amunátegui por Diego Barros Arana.—Paris.--Imprenta de A. Lahure.

Historia de la Guerra del Pacífico por Diego Barros Arana.—Santiago.—Libreria Central de Servat i Ca.—1880.

Los Combates Navales en la Guerra del Pacífico por Luis Uribe.—Valparaiso.—Imprenta de la Patria.—i886.



